LA REVOLUCION DE ENERO

(APUNTES PARA UNA CRONICA)

A mis compañeros de la División Cerro Largo, en el recuerdo conmovido de Enrique Goicoechea, Segundo Muniz, Luis J. Gino, Basilio Pereira y Marcos Mieres, muertos en el servicio de la República.

El autor

NUESTRO PROPOSITO

Un día se ha de escribir el proceso íntimo de esta hora de angustias que sufre el Uruguay, desde que una mano ruda desgarró los ceñidos velos de los sueños inocentes que treinta años de paz habían creado en la conciencia del país.

Del rigor científico con que se estudien las causas de los fenómenos políticos que culminaron en el movimiento revolucionario de Enero, surgirá la total justificación del mismo, no en su plano moral, que eso lo está, por su esencia, sino en el de su necesidad, empujándonos a la acción.

Tentados estamos nosotros de hacerlo en este instante; tan nítidas son las líneas que componen el paisaje social de nuestra tierra, merced a la violencia con que la Dictadura ha polarizado los intereses y borrado, con su cruda luz, las medias tintas y los matices con que ciertos espíritus mutilados de timidez pretendieron apagar ante la conciencia del pueblo, los rojos y negros violentos con que matan y mueren los explotadores y los explotados.

Pero el pensamiento tiene sus alas encadenadas entre nosotros y la verdad se ahoga y muere entre las tupidas redes de una ley de imprenta que un Ministro de Instrucción Pública redactó, para su vergüenza.

Por otra parte, si ese proceso escribiéramos, no haríamos más que agregar una página más a la historia de la decadencia de este siglo que, como todas, mues-

tra su agonía con el encumbramiento de un Mussolini en Europa y de todos los tiranuelos —de una legalidad más o menos hipócrita— que padece la América del Sur.

En la actitud de un escritor, han de ser escritas estas páginas. Y para adoptarla, fuerza es que apartemos de ellas la imagen de Gabriel Terra y quienes le sirven.

Porque este ejemplar de nuestra historia política y social, ni siquiere ofrécese al espíritu con esa oculta simpatía con que el autor tienta a su objeto, ya no por sus valores morales —que no es fin indispensable de quien crea o escribe—, pero sí por lo que el objeto tiene de calor humano y, por lo mismo, estético.

Cierto es —y ya se ha dicho— que si Sarmiento puso su mano cargada de odio en el primer instante del comienzo del bosquejo magnífico de la figura de Facundo, terminó la noble tarea, con ella ablandada de simpatía por la fuerza virgen y avasalladora, como un torrente despeñado de la montaña, de aquella figura tan americana.

Es que sin esa simpatía —aún producida por antítesis— que se establece entre el creador y su objeto, por más que muchas veces aquel la ignora, la obra de arte vuélvese imposible.

Encendida curva de vida encerrada en ella, la frente del creador como la augusta curva del vientre materno, siente que sólo el amor despierta al misterio dormido en ella, y le conduce y conforma, hasta tenerlo, vivo, entre las manos calentadas de ternura, para soltarlo luego a andar por la claridad del mundo.

¿Pero cómo sentir esa simpatía estética, por ese desfile de mediocridades sin relieve, en el que hasta la tragedia que han provocado, parece una cosa pegadiza y sin sentido?

Apuntes, y no otra cosa, serán estas páginas de La Campaña Libertadora de 1935.—Visión objetiva de los

hombres y los sucesos que hemos conocido en las cansadas marchas y en la media voz de los fogones de los campamentos.

Tal nuestro propósito, determinado por las circunstancias al volver nuestra vista hacia aquellas cercanas horas de la Revolución, desde esta del destierro en que escribimos.

Se aviva en nosotros una vieja imagen de la infancia. Acaso traída hasta la frente, por la visión de esta pared en la cual están luchando la clara luz y las recortadas sombras de la tarde; reloj que fué nuestro, cuando en los días escolares se iba nuestro pensamiento por el silencio extendido de las calles y los cercados, que perfumaban las madreselvas y sombreaban los parrales.

Sobre la pared de la sala escolar, pende un cartón en el que se recortan, nítidos, los siete colores del arcoiris. En él está fija nuestra atención, imaginando el momento en que una mano enérgica lo hace girar sobre su eje; y entonces las franjas que quietas, permanecen recortadas, sin comunicarse, comienzan a mover su color y a expandirse en una recíproca simpatía, unas sobre las otras, hasta perder los límites propios y formas y, con la luz de todos, componer la blanca luz de los días.

Así están el paisaje y los hechos ante el espíritu que los contempla desinteresadamente. Recortadas sus formas; nítido el color, la sierra, el llano, el cielo y el monte; están ante nuestros ojos que ven entre ellos moverse a los hombres; sucederse sus hechos; como indiferentes los unos de los otros.

Nunca es más claro el contorno, ni más viva la luz que los señala en el paisaje, que cuando los contempla el artista, él también, indiferente y alejado de las cosas.

Mas como el cartón coloreado, si una emoción enérgica pone en movimiento los planos más hondos de

nuestra conciencia, vemos, revelarse ante nosotros una luz inédita, armonía del mundo, que se extiende y envuelve a los hombres y el paisaje.

Muévense entonces, cerro, bosque, cielo y río; y vienen a encontrarse y recrearse en nuestro espíritu con sonidos sinfónicos. La simpatía de nuestra emoción anímalos de tal vida, que ya no sabemos más donde nació la luz que los une y comunica; si estaba en nosotros, o de los cielos y los campos nos vino.

Y creemos que no aquella quieta, y dispersa imagen que del paisaje conocieron nuestros ojos físicos, es la realidad; sino ésta que nuestra emoción une y conforma; idéntica a sí misma en el hecho del hombre, la curva de los días y la claridad de los ríos.

Sólo entonces el artista está en el mundo, y éste en aquél; porque sólo entonces percibe a los hechos de la vida moverse con el ritmo imperturbable de la eternidad de los tiempos.

Realidad de realidades, desde la que ascienden los sueños del hombre, desde que comenzó su día inacabable de sufrimiento; o descendida de esos sueños, por ellos creada, para expresar su anhelo tenaz de una justicia permanente.

Así, sabemos que un día hemos de narrar esta lucha contra los grandes asesinos del mundo, de los que los gobernantes actuales del Uruguay no son más que instrumentos.

Por ahora, sólo trazamos estos apuntes de sentido autobiográfico, pues es también nuestro fin entregar a las manos del crítico de la sociedad de nuestro tiempo, un vivo documento más, de la conciencia de un hombre americano.

Justino Zavala Muniz

Brasil, 1935.

CAPITULO I

LA PARTIDA

—Está linda la tierra.

—Ahora sí; casi azul en los surcos abiertos entre los maíces tan verdes.

—¡Pensamiento... Alegría... Bienvenido...!

Más alta que nuestras voces en la ancha puerta del comedor, llega hasta los patios la voz de Rufino en la chacra, donde él es, encorvado bajo el peso del sol, una línea clara que avanza tras la mancha roja de sus bueyes, bajo el arco negro y musical de los pájaros que se abaten en el suelo abundoso de los surcos.

Horas van ya que el sol secó los húmedos cantos en la garganta de los gallos. Sólo las cigarras, infatigables, rayan el cristal del silencio.

Tranquila paz de los campos, en la que el hombre trabaja con premura lenta bajo la luz quemante del sol de Enero; esforzándose por cortar la tierra húmeda, antes de que vuelvan los días de seca y hagan imposible toda labor.

—Debía vender las naranjas.

—¡Tú crees? — pregunta la madre.

—¿Qué sabe uno lo que puede pasar antes del fin de verano?

—Vendrá la revolución?

—Desde que Terra traicionó al país, cualquier día puede asomar en estos campos.

—¡Treinta años de paz, y ahora...!

—El la interrumpe con su deslealtad. En el espíritu del país, que vivía en el júbilo de sus pacíficas luchas, fiestas populares de nuestras esperanzas de justicia, se ha acostado ahora el desengaño.

—¿Y el ejército? ¿No sentirá que hace treinta años que el pueblo mantiene su existencia de ocio, porque en su juramento de lealtad a la Ley, descansaba la alegría del trabajo? Con tal que les paguen sus altos sueldos, ¿será lo mismo para los militares recibir el dinero de manos del pueblo que lo produce, que de las de un Dictador que lo expolia?

—¿Quién lo sabe? En él hay mentalidades jóvenes, poseídas de las ideas de su tiempo. Estos son los grandes momentos para un carácter verdadero.

—¡Pensamiento... Bienvenida... Alegría... suurco, buey!

La voz de Rufino se alza en la chacra y llega hasta los patios, refrescándose en la ternura de los álamos.

—Por el camino de su casa viene un jinete. ¿Será policía? Míralo: ya lo esconden los fresnos.

—No parece..., así, al galope...

—Ya tus árboles interrumpen el camino, mirado desde aquí. Toda la historia familiar, hablándome en las alturas, con la copa de los árboles: Allá, los dos ombúes de la estancia; desde su sombra, tu abuelo vigilaba la vida del pago. Estos naranjos, que el amor de tu padre levantó, mirándolos perfumarse de azahares refrescaba su alma, que duros desengaños no lograron quebrar. Cuando volví este verano, al subir el cerro de la estancia antes que al monte de esta casa, vi en la cuchilla al tuyo; recta línea obscura asomándose al camino. Pronto descansaré, mirando la llanura extendida, bajo los árboles que tu hijito cuidó.

—¡Ojalá en su nieto se interrumpa la tristeza conocida por sus mayores, de ver a los hombres levantar la guerra en defensa de una libertad que les roban.

—Así sea. Pero, si es preciso, que haga él también el camino de Vds., que no nazcan de nosotros, los que no oigan esa voz que conocí de niña, en la casa de mi padre... ¿Estuvieron los policías, anoche, en tu casa?

—Yo no los sentí.

—Vendrán hoy, entonces.

La hermana llega y se sienta entre nosotros, y el mate da el ritmo de la conversación.

—Se oye el motor de un automóvil. ¿De dónde vendrá?

—¿Dónde tienes el caballo? — pregunta la madre.

—Ensillado, oculto bajo los ombúes que miran al río.

—¿Por qué no montas? —aconseja, inquieta, la hermana.

—No es preciso; en un auto solo, no vendrán.

—Sí; es seguro. Dos veces ya estuvieron aquí, y eran como una gran cuadrilla de bandoleros. Revisaron las casas, el monte, el bañado. Inquietos y groseros, ni la intimidad de nuestros cuartos dejaron de hollar.

—Así se vive ahora.

—Ellos mismos se avergüenzan de lo que están haciendo. Por lo menos, lo dicen.

—Vergüenza que es de Terra, y no la siente.

—Si fuera capaz de sentir la de estos hechos, antes se habría muerto de ella, cuando la sangre de Brum y de Grauert, le salpicaron la vida.

—¡Pensamiento... Arbolito...! — suena la voz del labrador, mientras los bueyes avanzan apagando entre el verde fresco de los maíces las encendidas llamas de sus lomos rojos bajo el sol. Ya corre por la avenida sombreada de eucaliptus, hasta detenerse al principio del patio, el auto cuyos ecos las naranjas repiten.

—¿Vas a ir tú mismo?

—Sí; conozco al viajero. — Decimos, ya alejándonos hacia el amigo que se ha bajado junto a una palma.

Todavía nos alcanza la pregunta de la madre:

—¿Es Exequiel?

—El estará en los montes, según creo. Vendrán de su parte.

Así era. Dos años de afanosos trabajos, tolerando la grosera insolencia con que los agentes de la dictadura quitaban toda tranquilidad al espíritu; en Cerro Largo, en Montevideo. Dos años en los que nos sorprendieron los más amargos conflictos, sin poder detenernos en ellos para sondear su grandeza, porque la atención toda, puesta la teníamos en acercar esta hora que por fin ha llegado, imprevista en ese día, en el chasque veloz, en el diálogo breve:

Su impaciente alegría no necesitó detenido comentario; ni extensa explicación:

—Vengo de parte del hombre; ya está en el monte. Es preciso que el domingo a la noche nos levantemos.

—¿Ya el domingo? ¿No combiarán de nuevo de actitud, y otra vez tendremos que esperar?

—Imposible, no podrán hacerlo; les faltaría el tiempo.

—¡Por fin! ¿Qué otra cosa ordena?

—Para Vd., nada más. Vd. sabe su marcha y la hora. Sólo le pide que trate de llegar la mañana del lunes, y que no se deje sentir hasta la noche del domingo.

Se hizo un silencio.

—¿Qué día es hoy? — preguntamos.

—Viernes, pues.

—¡Viernes!... ¿Y es este domingo?

—Sí. — Y nuestro amigo bromeó. — Ya estamos con el pie en el estribo.

—Dos días, apenas. No nos será posible avisar a todos. Descorazonados, tiempo hacía que no hablábamos a nadie... Y ahora, así, tan de pronto. Exequiel lo habrá pensado...

—Todo está previsto.

Nos pusimos de pie; las manos se estrecharon con una amistad más cordial. La misma esperanza ponía idéntica alegría en la mirada de ambos.

Bajo la bóveda de los naranjos resonaba ya el motor

de aquel auto que aun debía correr por los campos de Cerro Largo llevando las órdenes, cuando volvimos junto a la madre y la hermana.

—Bueno, ya está.

—¿Era un chasque de Exequiel?

—Del mismo; la revolución está ahí.

—¿Ya?—Y en los ojos familiares, aquel anuncio tan esperado, puso una mirada de asombro.—¿La guerra?...

Bromeamos para alejar de los rostros amados, aquella detenida preocupación:

—Estos chasques en auto, no conoció Ud., madre, en la vieja estancia del caudillo. Bien ve, cómo nos vamos civilizando; hasta la guerra será menos incómoda.

La dura vida de los campos del país llenando con sus visiones de guerra los patios familiares desde su infancia, ha quitado de los ojos de nuestra madre, las lágrimas inútiles en los momentos definitivos. El deber que nos pone en sus brazos y en los de la hermana trémula, en el instante de la despedida, exige de ellas, como de nosotros, que enmudezcan las palabras de queja. En esta ley moral nació, y nos crió; no ha de traicionarla ahora, por más congoja que esté levantándose en su alma.

Poco después avanzábamos por los campos sobre los que tantas veces extendimos nuestra imaginación, pretendiendo evocar el momento en que nuestros paisanos ya idos, iban coronando las mismas cuchillas que suben hasta la estancia donde el caudillo los esperaba ya, con la divisa en el sombrero.

En los patios llenos de sol de nuestra pequeña casa, la sirvienta iba, con afanoso andar, poniendo orden en las cosas; en la ladera, alzábase y caía la luz de la azada con que Vicente iba abriendo ruedas oscuras al pié de los aromos.

Desde el bañado, venía el canto de un carrero.

Por entre el verdor de los álamos, vimos las manchas

rojas de los bueyes que la voz de Rufino alentaba, volviendo al corral de la casa paterna.

—¡Alegría... Alegría... Alegríiia... buey!

En el silencio resonante de la luz de la mañana, las palabras del labrador nos alcanzaron en la cuchilla; corrieron por la cañada, el monte...

Y se acallaron.

¿Por cuánto tiempo?

* * *

Somos tres ya en el monte. A la sombra de un sauce que una yerba de pajarito perfuma y mata, esperamos la noche para marchar.

Pesa sobre el espíritu la preocupación de poder llegar al campamento revolucionario, tal como es el deber que nos hemos impuesto.

Desde la picada abierta por nosotros sobre el río Tacuarí, observamos los tres caminos que conducen a nuestra casa. Los policías los hacen de continuo, en una vigilancia tan torpe como tenaz. Empeñados en reducirnos a la inacción cuando el traidor que los manda en Cerro Largo se los ordene, nos asedian con su grosera vigilancia, impidiendo todo reposo al espíritu, que no logra distraerse en ningún largo trabajo. No importa a su temor, el vernos por las mañanas y las tardes, sólo ocupados en el cuidado de los árboles; no importa que vivamos alejados de toda sociedad en el pago, ignorantes de lo que está ocurriendo en el país. Saben que gobiernan a un pueblo que los odia, y no les da descanso su miedo.

En realidad, éramos prisioneros en nuestra propia casa.

Un día irrumpieron en nuestros patios, armados a guerra, fiero el gesto, y nos hicieron abandonar nuestra mesa de trabajo, para conducirnos a la cárcel| Otro, recién empezada la mañana, turbaron la paz laboriosa de la casa paterna; violentos, armados para un combate

que sólo ellos podían imaginar, y revisaron casa, quinta, chacra, bañado y monte; en largas horas nerviosas, en busca de un armamento que según ellos teníamos, y no hallaron.

Nuestra tranquilidad era una burla que les azotaba el rostro.

El día de la rebelión, por fin ha llegado.

¿Los burlaremos hoy?

Desde la alta cuchilla que interrumpe el paisaje, nuestra pequeña casa blanquea al extremo del sendero, verde alfombra que ya recortan los árboles plantados por la mano de nuestro hijo.

Desde ella nos llega el canto de un gallo. Isabel va y viene por el claro de los patios. Su imagen, a cuyos movimientos la distancia vuelve lentos, nos trae la emoción de la soledad que se está extendiendo densa, como las sombras nacidas en los bosquecitos que nuestra mano elevó.

"Cuando viene la guerra civil, sólos los cobardes y los ladrones, buscan refugio en los montes".

Así escribimos, en los primeros años de la mocedad, en nnestro primer libro, esta convicción que es hoy divisa de nuestro deber.

Ahora han vuelto a nuestra memoria, esas palabras que resumen nuestra más alta preocupación del instante. Porque en ellas creemos, sentimos que ya no podremos volver a construir nuestros sueños entre aquellas blancas paredes que la tarde ilumina, si no es vencedores o vencidos.

Aún bastaría un galope del Charrúa, que está allí bajo los árboles; inquieto por el murmullo de la brisa en el monte; como tantas veces, como aquella, en que bajo el mismo sauce esperamos a que la tarde apagara la violencia de su luz para que nuestro pensamiento recreara con las suyas las viejas imágenes idas de nuestro campo; como entonces, un breve galope nos volve-

ría a la mesa donde evocamos para el romance, una vida campesina que creíamos para siempre perdida.

Todo igual a entonces y, sin embargo, tan distinto. Desde el monte a la casa, se abre para nosotros el abismo insalvable de la ignominia de dejarnos apresar, y faltar a la cita que nuestro deber nos señala.

Llegó la hora de las definitivas resoluciones.

A nuestro lado, el labrador observa el campo cercano; campo de su trabajo humilde, terminado en los anocheceres en la tranquila rueda familiar, donde su hija, chingolito de los patios, halla siempre unos brazos abiertos por colmada porción de ternura.

Junto a la playa del corral, lo esperan, pacientes, sus bueyes, mientras miran los planos de fresca verdura de las cañadas, donde pace el ganado.

En los patios de la casa, se eleva la voz de la esposa. Los dos estamos pensando que la distancia ahoga a la de su hijita que estará allí, bajo la palma recta de amplias hojas como una mano abierta señalando los cielos, a la espera de su regreso; igual a todas las tardes como ésta, en que él volvía, lento, arreando la música ingenua de la majada.

¿Cuántos como él, estarán ahora desunciendo los bueyes ,ahogado el surco en los rastrojos, y vendrán luego con breves palabras a asombrar las miradas de la esposa y los hijos, viéndoles así interrumpir el trabajo y montar a caballo, mientras siguen los chasques corriendo por los campos, de Cerro Largo?

A nuestro lado, Vicente recrea ante nuestros ojos, el romántico entusiasmo que de los antiguos guerreros oímos mentar en los fogones. Pasión de mocedad espolea a su ánimo por rebelarse contra aquel que engañó a su partido y buscó humillar a sus hombres.

Su mirada atenta describe, en espaciados movimientos, el círculo del pago cercano, mientras su voz firme va, con la mención de las imágenes que descubre, expresando la confiada paz del contorno:

—Allá va el barbero... Aquellos carreros van a marchar cuando se haga la nochecita; dejaron apagar el fogón... Isabel arrea los terneros; ¡cómo dispara el manchado; le extraña el vestido!... Bueno el rosillo de don Tomás! Bien podía prestármelo ahora.

Rufino pregunta:

—¿Quién silba en el monte?

—Es José que viene a enseñarle la picada a don Segundo.

Los altos pajonales se abrieron al paso del nuevo jinete que esperábamos. Fuerte el busto; graves las líneas del rostro, que la mirada clara dulcificaba; lenta la voz, Segundo Muniz se ha sentado junto a nosotros.

Hijo del caudillo, el pago todo recordaba en él la honradez de alma, el valor impávido, la noble amistad y esforzado tesón en el trabajo, que los viejos paisanos de Bañado de Medina admiraron en Justino Muniz.

—Te llamamos para avisarte: El domingo nos levantaremos.

—Gracias; ya lo sabía. Yo estoy pronto. ¿Cuándo se van de aquí?

—Esta noche.

El diálogo se extendió, con acento indiferente, sobre los rápidos preparativos para la marcha de los que habían de quedar en el pago, hasta la noche del domingo. Por debajo de las palabras y las resoluciones, todo giraba ya en torno del punto invisible y trágico de la muerte.

—Recién es viernes...

Rufino ha expresado la idea que nos impacienta a todos. Es preciso que durante estos dos días que aún faltan, nada denuncie nuestra actitud; de otro modo, trastornaríamos los planes de Exequiel Silveira. Sólo la astucia y el ánimo decidido, podrán burlar el cerco policial y abrirnos los caminos.

—¡Que podamos llegar; sólo eso pido ahora!

—Llegaremos. Cuando un hombre quiere, en verdad,

ir a la guerra, siempre le queda un camino. Que lo busque, y lo encontrará.

—¿Y el tiempo? Los chasques sorprenderán a muchos.

—Los que quieren ir, no esperan a los chasques. Para cumplir el deber nunca pasó el momento.

—¿No les parece que algunos se quedarán, descreídos? —pregunta Segundo—. Tantas veces se ha anunciado...

—Pero no como ahora. Además, nunca cree que ha llegado la hora del sacrificio, aquel que le huye. El que la espera, es más fuerte que todo desengaño, y su esfuerzo la acerca.

—¿Seremos muchos? ¿Qué hará Montevideo? ¿Y el ejército?

—Cómo saberlo? Treinta años hace que vivíamos en paz. Sólo podemos estar seguros de que entre los que irán, no faltaremos nosotros; por ahora es lo único que importa.

—Tal vez se queden muchos, si no ven a una parte del ejército al lado nuestro.

—Esos no irán nunca. No es de los hechos de esos hombres, que se nutre la historia de los pueblos en sus grandes momentos.

—No falta quien diga que será un sacrificio estéril de los hombres del campo.

—Sólo la cobardía y el egoísmo son estériles. Aunque seamos vencidos ahora, si nuestra causa es la verdad del pueblo, nuestro sacrificio precipitará la victoria de mañana. En todo caso, sólo nos habremos perdido nosotros; pero nuestra pérdida será la llamita que el país necesita para conocer su interés, y luchar por él.

—¿Y si cae Terra, terminará todo?

—¿Ustedes creen que basta eso?

Fué una, la respuesta de los tres trabajadores:

—No daríamos, sólo por eso, nuestras vidas.

—Juntos lucharemos por una justicia más cierta.

—Pero; ¿y si se quiere parar ahí todo?

—Terra ha sido un hecho con que la historia nos ha enseñado a muchos; ya no podremos jamás, confiar en palabras inocentes. Quien no sepa ver esto, será también vencido.

Así, mientras el mate iba de una a otra mano, bajo la sombra ya extendida del sauce, el diálogo asomaba a los labios las curvas más altas del pensamiento que nos ocupaba entonces.

Segundo montó para marcharse.

—Conseguirás salir el domingo sin que te adviertan?

—Los dejaré durmiendo, a la hora de siesta—contestó, con una bondadosa sonrisa en los labios y en los ojos.

Comenzó a caer la tardecita.

La brisa sobre el pajonal; los viajeros pasando por el alto camino; la voz de las majadas; las sombras de los ombúes en la casa paterna, parecían moverse con la misma lentitud con que iban acercándose los horizontes.

Y hasta las palabras que se venían diciendo dos jinetes sobre las ondulaciones del sendero del bañado, nos llegaban lentas, graves, como la voz de la tarde.

—Ensille, Vicente.

Cuando los caballos pisaron el campo abierto, la alegría del Charrúa sacudió al silencio de su querencia, en un relincho.

Y montamos.

—Aquellos que vienen por el bañado son policías. Traen este rumbo.

Era preciso esperar. No podrían buscar la picada en que estábamos, sólo de nosotros conocida. Era probable que buscasen el abrigo del monte para esperar allí a que cerrase la noche y entonces, como de costumbre, rodear nuestra casa. Era su táctica conocida.

Las dos pequeñas sombras recortándose sobre el rojo del horizonte, tenían sujetas nuestras miradas, mientras de las amplias preocupaciones por la suerte del país, el

pensamiento volvió, como un pájaro amigo, a posarse sobre los seres y las cosas del paisaje familiar.

Como los cielos que nos circundaban; rojo y azul a izquierda y derecha, así el estado de espíritu mirando las calladas formas de nuestra casa. Insinuándose por debajo de nuestra firme resolución de marchar, la voz de aquellas imágenes que el atardecer dulcificaba, hablándonos con apagado reproche: ¡tanta esperanza; tantos sueños y dolor entre ellas sufridos, ahora así abandonados, sin un gesto cordial!...

Frente al rojo encendido de la alegría de un esperado deber que comienza a cumplirse, los vagos contornos azules de una emoción que nos viene de las formas por nosotros levantadas, como un pensamiento por siempre expresado, entre las formas del campo.

Anochecer del paisaje con lenta luz que no quiere apagarse, lejana, mientras se enciende, sola y clara en el cielo desolado, la limpia luz del lucero.

Anochecer del espíritu, donde se desgarra, lenta, una luz que fué de alegres días y queda, solo y alto, el lucero del recuerdo del hijo distante.

Un fogón se encendió en la casa paterna. Y su luz fué como una palabra lanzada en el bosque de las sombras levantadas, a la que contestaron, una luz en nuestra casa; otra más allá; más lejos otra aún; sucedidos ecos del tranquilo descanso del hombre en la rueda apretada del mate, que la extendida noche intimida.

—No se sienten los hombres que entraron al monte.

—Estarán ahí no más. Cruzaremos en la otra picada. Ya está bien oscuro; ¿vamos?

—Cuando quiera.

—A caballo, entonces. Será preciso no hablar, ni fumar, mientras costeamos el río.

Al sentir el cuerpo de Vicente, el Charrúa alza el arqueado cuello y aspira con impaciencia la brisa que está llenando de ligeras vocecitas las bóvedas de los árboles. El mozo siente el influjo de la audacia ágil con

que el noble caballo lo lleva, abriendo surcos oscuros entre los pajonales.

—La taba está en el aire... —dice, apagando la voz.

—Que ruede, o se clave, como quiera...

El monte quedó atrás; alta línea oscura cercando la llanura del bañado por donde avanzamos rumbo a Guazú-Nambí. Con sonidos de maderas quebradas, los caraguatás se inclinan bajo el pecho de nuestros caballos, o se agarran a nuestro poncho de verano, amenazando desgarrarlo.

Arriba, la noche se va enjoyando; abajo, van apagándose las luces de los hombres.

—Esta caldera del diablo, va marcando con su sonido nuestra marcha. ¿La dejaré?

—Si no puede arreglarla, tírela.

—Hace rato que quiero hacerlo, pero no puedo. La dejaré aquí; bien señalado el lugar. Quién sabe no regreso y vuelvo a tomar mate con ella.

Un chajá lanzó su grito de alerta al silencio. Y su voz fué la última con que nos despidió el pago.

El bañado continuó desarrollando su plana ensombrecida ante el trote sostenido de nuestros caballos. Así por largo tiempo fuimos despertando su sueño; unas veces en la sombra de seda de una garza volando sobre las lagunas iluminadas de estrellas; otras, en el apagado rumor con que los ganados huían de los trozos del campo limpio, a esconderse en los pajonales que íbamos dejando a la espalda. Más lejos, en las voces medrosas con que las ovejas se llamaban sobre el piso sonoro del rodeo, donde el aire se tornaba acre y caldeado.

Breves frases interrumpen el largo silencio que guardamos, mientras los caballos se impacientan por acompasar a un mismo trote la marcha, que a cada instante interrumpen perdidas lagunas, los duros caraguatás, o zanjas que se abren, imprevistas, entre los pajonales.

En la extensión abierta que cruzamos, el mismo rum-

bo nos une; y es como el pensamiento unánime, expresado en alta voz.

A veces se deja concretar en palabras la sensación que nos viene acompañando, posada como un pájaro, en la frente:

—La llanura es como el agua. Mirada, siempre parece corta; es preciso andarla, para medirla.

En la palma de la mano, abovedada de propósito, se ahogaba la pequeña lucecita de nuestro cigarro.

Una colina, por fin.

Suena, con ecos musicales que el monte multiplica, un alambrado al caer.

—¿Cruzamos el camino?

—Es preferible el campo abierto.

—¿Dará paso esta zanja?... Más a la izquierda, que aquí va el alambre de una chacra... Todavía tienen luz en aquella casa... ¿Te acordás, al lado de estas cinacinas hay una apretada... Sí, llevamos un rumbo recto...

Así va el comentario, jalonando las leguas en el campo perdido en la oscura noche.

El ladrido de unos perros respondió a los ecos de nuestros caballos sobre la senda endurecida del camino.

Una luz se abre en las sombras de unos ranchos, mientras, cordial y apagado, nos acoge el saludo que nos invita a bajar.

Estamos en casa de un viejo compañero. Encaneció en el trabajo, después que las guerras conocieron su audaz mocedad. Ahora tiene la palabra cansada entre los labios sonrientes.

Dos hijos suyos seguirán con nosotros. El pago sabe del valor del anciano, pareja de su honradez en la mención de todos, que revive en sus hijos.

La luz de la lámpara se quiebra y multiplica en los vasos de cerveza, colmados para nuestro obsequio y despedida; en los rostros humildes de la madre y sus hijos, que se han sentado en círculo distante de la mesa

que ocupamos, en atento silencio bajo la palabra de los hombres; y se aviva en el rojo pañuelo que uno de los hijos se anudó al cuello, como su primer gesto de rebeldía.

La palabra es alegre, en los hombres. La certidumbre de que el cerco de la vigilancia policial ha sido burlado por nosotros, se vuelve broma fácil en todos.

—El segundo comisario está en la máquina—dice don Francisco.

—¿Aquí cerca?

—Sí, muy cerquita. Están trillando ahí no más.

—A lo mejor, nos sale.

—No me gusta...—Y una sonrisa de burla, comenta la frase.

—El hombre es vivo y porfiado.

—Ya se ve. Les van pasando por el hocico, y siguen dormidos.

—Al mejor cazador se le va la liebre.

—Es que algunos de éstos, en ciertos lugares, pierden la vista de noche.

—¡Quién iba a decirnos — comenta el anciano — antes, su abuelo... Y los viejos tiempos que el padre conoció y evoca en breves frases, atan a sus labios las miradas del hijo menor, un muchacho apenas, que envidia a sus hermanos esta hora de partir.

Sólo en el rostro de las mujeres, la despedida tiene la emoción del fin que nos mueve. Sobre la pared sus sombras exageran la humildad de los cuerpos curvados hacia nosotros.

—Y yo que creí que la guerra ya sólo quedaba como un cuento de viejos...

—Terra lo ha querido así.

—Pero él se queda, tranquilo, en la ciudad.

Caracolean impacientes los caballos bajo la enramada, abreviando los abrazos entre las palabras de la despedida.

—Van con usted, señor.

Así suelta de sus brazos la madre a los fuertes mozos que se curvan sobre su frente para dejar en ella la emoción callada de la partida.

El hilo de luz del rancho, dando sobre el cuello blanco de nuestro caballo, es como un saludo extendido de aquellas sombras que se han quedado en el patio, imaginando nuestra marcha, aún borrosa por el claro del camino.

—¿Quién lleva el rumbo—pregunta el mayor de los mozos.

—Tómelo usted, que es baqueano — respondemos.

El se detuvo un instante; evocó los accidentes del pago; trazó el rumbo y, por su línea invisible, avivó el trote decidido de su caballo.

Por el campo abierto, lo seguíamos de cerca, unidos a él por palabras joviales.

—Allí está la trilladora. Que le echen galgos—, comentó, riéndose.

Los caballos nos llevaban, ágiles, a través de los llanos, las laderas, los sucios chircales.

De pronto, las líneas de los alambrados detenían nuestro paso.

Sin premura, el baqueano sacudía los postes cercanos; a su derecha, a su izquierda, hasta encontrar la huella buscada.

—Es aquí—, decía, apeándose. Otro le imitaba.

Bajo el peso de los cuerpos, el alambre se estremecía hasta acostarse en el suelo.

Los caballos olfateaban, ariscos, las sonoras líneas tendidas delante de sus cascos, hasta aventurarse sobre ellas, cautelosos.

Y otra vez el sonido de las siete cuerdas, como un latigazo al silencio, y nosotros marchando, campo adelante.

La Cruz del Sur, como una divisa de luz, brillaba sobre la frente de la noche.

Así íbamos por las huellas escondidas de los contrabandistas, que el baqueano señalaba en voz alta.

Nos detuvimos en un bajo que oscurecía un montecito de álamos.

Ladraron los perros de la casa cercana, al sentir el latigazo del alambre al caer. Se abrió una puerta desde la que surgió una luz.

—Nos han sentido—, comentamos.

—Es que están esperando a los hombres de la casa.

La luz fué descubriendo, lenta, las blancas paredes, de un extremo al otro; se detuvo un instante, y volvió, con igual lentitud, al extremo donde había surgido.

En el silencio del bañado, aquella luz rondando con lenta gravedad la casa callada, tenía la emoción misteriosa de los relatos oídos en nuestra infancia.

—¿Qué hacen?—preguntamos en voz baja.

—Creen que somos los viajeros a quienes hoy esperan del Brasil.

—¿Y por qué así se pasea?

—Es seña de que pueden llegar; no hay ningún peligro.

—¿Son contrabandistas?

—Sí; son trabajadores.

Ya subíamos la loma próxima, dejando a nuestra espalda la casa, cuando nos volvimos para mirar; detenida bajo un eucaliptus, a cuyo tronco daba contornos fantásticos, la luz estaba quieta, como expresando la sorpresa de quien la sostenía, ante el alejarse ensordecido de nuestra marcha.

—¿No sorprenderán a los vecinos, estas apretadas?

—Venimos cumpliendo la ley del pago: No cortamos ningún alambre; seguimos las huellas de los trabajadores, y volvemos a ocultarlas. Nos tomarán por una partida de ellos y nadie hablará. —Comenzamos a subir hacia las sierras de Guazú-Nambí.

El trote de nuestros caballos tiene sonoridades metálicas que las hondonadas repiten; o se apaga, muelle,

en los bordes de las cañadas que el instinto de nuestros animales va salvando.

Al coronar una cumbre, vemos resplandecer en el horizonte, la luz de Melo.

Más a la izquierda, lejos, nuestra memoria sitúa la cuchilla en donde está, empequeñecida bajo el peso de las sombras, la casita blanca que abandonamos al anochecer. Se olvida en la mano la rienda del caballo; no miramos ya la silueta borrosa del baqueano que sigue abriendo el camino; ni sentimos la brisa que aletea en el poncho de verano. No pensamos en la guerra, el país, la posible suerte de éstos que nos acompañan, y de todos aquellos que a estas horas irán, al igual de nosotros, buscando los escondidos campamentos, para surgir el lunes retando a los defensores mercenarios de la dictadura.

Una lejana tristeza afloja la mirada tenaz con que íbamos descubriendo el seguro camino en la aridez de las sierras.

Esta marcha señala la hora de un inmenso desgarramiento, que nos alivia el espíritu.

Aquella casa que nuestro esfuerzo levantó; ¡tan humilde y, no obstante, amplia para proteger en ella tantos sueños, ahora desvanecidos en la violenta luz de una realidad no esperada; los arbolitos creciendo mientras las Tres Marías, agujas de luz en la esfera de la noche, van, lentas, cayendo con las horas desde lo alto hasta el horizonte; el hijo lejano...

Camino andado, que nunca retornaremos; perdidas ya para nosotros las huellas por las cuales llegamos; ignoradas, entre sombras, aquéllas por donde avanzaremos.

La noche está cayendo sobre nosotros, luminosa de estrellas, como río de profundas aguas que dividen para siempre la llanura de nuestra vida.

¿En qué ignorados y lejanos horizontes se refresca-

rán nuestros ojos, con la inocencia de un nuevo amanecer?

Sobre el campo en sombras, en el ágil caballo tordillo, somos una sombra que va dejando a su espalda, algo más íntimo y luminoso que las cuchillas del pago.

Y a estos que ahora nos acompañan, bajo la lejana bóveda iluminada del cielo, ¿los llevará este camino invisible, hasta los anchos campos soleados por la alegría de ver para ellos realizada una justicia verdadera?

¿Qué habrá para ellos, más allá de esta noche en cuyo rumbo avanza tan seguro, el baqueano?

Altas sierras; hundidas llanuras; cercos de firmes alambres; río; nada detiene su paso ni tuerce el trote decidido de su caballo que la mano firme guía. El sabe ver en la noche, a dónde lleva el sendero que su mirada descubre.

¡Quién tuviera, como él, la misma seguridad, conduciéndolos por los campos ensombrecidos de sus destinos!

Baqueano de sus vidas, ¿cómo tener la certeza del rumbo, en el paisaje sin huellas de los días venideros?

Perdido el pensamiento, íbamos sobre el sonoro suelo de la sierra, sin advertir el cansancio con que el recado comenzaba a lastimar los muslos.

Así, hasta sentir a la brisa convertida en fresco viento, en las alturas que coronábamos.

—¿Llegamos a las casas?—preguntó uno.

—¿No habrá un monte cerca?

—Hay una isla, perdida entre estas sierras; apartada de toda casa y camino.

—Allí podremos campar. ¿Conocen al dueño del campo?

—Aunque nos descubriese, bastaría decirle que somos trabajadores.

Tensa la rienda; abiertas las piernas; erguido el busto, comenzamos a descender por el suelo huidizo, alentando a los caballos que avanzaban medrosos al sentir

cómo resbalaban sus cascos sobre las piedras desnudas, sucediéndose interminables.

—¡Cuidado con el manantial!

Advirtió el baqueano, cuya sombra vimos sacudirse amenazando caer, mientras se quejaba el caballo en el esfuerzo por arrancar sus patas de la prisión de tierra empapada, donde se hundía hasta el pecho.

Esforzando la mirada para descubrir entre las chircas los traidores manantiales, continuamos andando por el cañadón a cuyo extremo se alzaba la sombra densa del monte.

Sonó el quejido seco de un poste, al quebrarse; sobre el suelo de alto pastizal, tendióse, vibrando, el alambre...

En las cercanas bóvedas, el grito asombrado de un hornero adelantó el amanecer que era, recién, un grave resplandor en el horizonte opuesto a aquel en el que estaban cayendo las Tres Marías.

—¿Aquí no más?

—Sí; aquí mismo.

Imprecisos rumores comenzaban a andar por el campo.

De las copas de los árboles se desprendían, hojas musicales, los pájaros que nuestra llegada despertó.

—¿Madrugamos luego?—preguntó una voz, desde el tronco de un coronilla.

—Ya el día nos despertará.

En lo alto, el lucero estaba solo, centinela de la noche, guardando el paisaje.

CAPITULO II

El Primer Campamento

Las palabras llegaban como de una remota distancia; imprecisas, aisladas, entre los relinchos de los caballos y el sonar metálico de los cerrojos de las armas, cuyos ecos se multiplicaban a lo largo de la roca viva que nos servía de abrigo. Y el pensamiento, recién salido del sueño, se dejaba llevar por ellas, mientras íbamos evocando las visiones de la noche anterior y comenzábamos a recordar nuestra llegada al campamento.

La memoria se poblaba con las dispersas escenas: el atardecer en que los cinco compañeros volvimos a montar, en aquel montecito donde nos detuvimos el sábado, protegidos de la lluvia tenaz, bajo la copa de un coronilla; nuestra breve marcha entre las sierras, bajo las garúas, descendiendo con peligro de rodar sobre las mojadas piedras del corralón; las figuras iluminadas de rojo, y sus perdidos contornos en la densa oscuridad de aquella isla hundida de improviso en el campo; los nombres conocidos, vueltos a oír al paso de los jinetes por el estrecho pasadizo abierto en el cerco de piedra que descendía de las alturas próximas y cerraba el campamento.

Ya entonces la temprana luz pesaba ligeramente sobre los párpados, todavía entornados por el sueño; se enternecía en las hojas de las arneras; se apagaba en

las ramas de los coronillas y, más alta aún, quebrábase en las desnudas rocas elevadas sobre la hundida isla.

Así las voces; pausadas por el mate en un fogón cercano; alegres en el círculo donde sonaban cerrojos de armas y se sentían sonar las balas que los hombres iban eligiendo y clasificando; silbidos tendidos sobre las inquietas cabezas de los caballos; saludos lanzados desde lo alto del campo, donde asomaba un jinete, levantando en el campamento sonoras ondas de respuestas joviales.

Dulce reloj del monte apresado de la isla, sonaba el canto del sabiá en la húmeda mañana.

Desde un fogón, nos levanta la invitación cordial:

—¿Un mate, don?

Un viejo compañero de humilde voz, pequeña estatura y mirada lenta, es quien nos habla.

—Creíamos que usted no había venido—bromeamos, al tiempo de adelantar por entre las chircas mojadas por las garúas de la noche.

El comprende y sonríe, malicioso:

—Dudé en dirme con los milicos. Estos meses de cárcel, me acostumbraron a estar entre ellos.

—Podrá encontrarlos de nuevo, Enericio.

—Estamos de vecinos. De aquí a la sub-comisaría, no hay más de quince cuadras. Tal vez vengan a visitarnos... Sería un algo completamente de mérito. ¿Un amargo, don Emilio?

Junto a la rueda se ha detenido un hombre joven, de menudos rasgos el rostro que avivan los ojos negros.

—¿Han llegado muchos?,—le preguntamos.

—Siguen llegando. De aquí a la tarde, estarán todos.

—¿Qué tal las armas?

—Y, yo creo que van a alcanzar. Ahora estaba distribuyéndoles la munición. La humedad perdió mucha.

—Parece que los centinelas no han avisado ninguna novedad.

—Todo está tranquilo.

—¿Porque es domingo?

—Es verdad; ya no faltan más que unas horas.

—¿Marchamos en seguida? — Nos preguntó un paisano incorporándose sobre el recado que le servía de cama.

—No; esta noche.

—¡Caramba; me recordé creyendo que ya habían ensillado y no me daban tiempo pa un mate!

¿Y no vamos avanzar a esos milicos? — preguntó nuestro cebador.

—Si se quedan ahí, sí.

—¡Sería una lástima!...

—Es la orden. No conocemos el plan trazado para todo el país; una alarma antes de la hora fijada...

—¿El general Basilio ya entró?

—Muñoz pasará esta noche la frontera.

Entró al campamento un jinete cuya presencia hizo levantar de los fogones a los paisanos. En el círculo formado bien pronto en torno de su caballo, se alzaron las manos buscando a la suya que estrechaban, mientras sonreían los labios del mozo con una lenta sonrisa que acentuaba la mirada picaresca de sus ojos verdes.

Era fuerte el busto bajo el poncho patrio levantado junto a la cabezada por el caño de la carabina; breves las palabras espaciadas con que respondía a las preguntas, nerviosas de afecto, de los amigos.

Su nombre fué llevado por todos los labios a lo largo del campamento.

—Arturo. Llegó Arturo...

Era el matrero del pago; amigo leal, compañero esforzado; de probada valentía sin gestos, ni alardes.

Desde aquel plano elevado en que nos hallamos, vemos todo el espacio abierto donde el campamento se anima, mientras se abre la mañana en las sierras.

Nuestros ojos recogen la realidad que nos circunda, de un modo primario, fragmentada, sin que nuestro re-

cuerdo de las formas totales, la complete. Una recta de humo levantándose de aquella piedra; dos botas calzadas, tendidas sobre un cojinillo; una espalda curvada, que las hojas iluminadas de una embira casi a ras del suelo, decoran; el vientre de un caballo es un arco invertido, bajo el que se enrojece un trozo de carne elevándose sobre los altos pastos; un rayo de luz sube y cae entre las ramas de un coronilla por cuya copa se escapan golpes secos. Grita una voz: ¡Junio...; y otras más altas, corean: ¡Tenés un tiento?, Esta arma no tira.

Un silbido eleva un trozo de vidalita por encima del lomo de aquel caballo...

De pronto una idea comienza a subir, imprecisa, y se extiende bajo el arco de la frente; como una sombra levantada en el horizonte, que envuelve y apaga las figuras iluminadas, y sus voces: ¿Qué será de estos hombres mañana? ¿Esas armas que ensayan entre alegres voces, servirán para abrirles el camino de una justicia que a ellos aproveche, por fin?

Uno de ellos pasa, y nuestra conciencia recoge y detiene su imagen. Cuatro son, con él, los hijos que la madre entrega a la revolución. Sus vestidos tienen la huella de la pulcritud amorosa con que las manos maternas los tendieron sobre la cama, mientras calladas lágrimas corrían de sus ojos. Así fué antes; el mismo doloroso trabajo mientras bajo los ombúes del patio el abuelo iba ensillando su caballo de guerra; así después, cuando la partida del padre; así ahora; historiada en cicatrices de dolor sobre su corazón, la vida del pago, y del país.

Y este otro, que ahora va cruzando entre los ponchos extendidos, lleva en el rostro la misma gravedad con que lo vimos sentado al calor de un brasero, en los fríos anocheceres del otoño pasado, oyendo sin atender la conversación de las dos mujeres de la casa, cuidadosas de no alzar las tímidas voces para no turbar el silencio del hombre. Cuidaba entonces con igual amor, el

caballo y los árboles. Nunca animó la mirada bajo los párpados entornados, la expresión de ninguna otra esperanza. ¿Cuál le mueve ahora?

Más lejos, Arturo es el principio de un semicírculo de contrabandistas, que hablan, tranquilos. Junio, Peragildo, López, Rosalío; cada nombre una pelea; una muerte; largas noches de matreraje, y la extendida atención del pago.

Olvidados los surcos; entristecidas las ruedas familiares a la sombra del rancho, donde el mate disimula el silencio con que se está evocando al padre, perdido en la loma próxima, viajando hacia los desconocidos caminos de la guerra.

—¿Cuál de ellos retornará?

Y éste, de ojos azules; alto; ágil, cuya palabra alegre se le adelanta recorriendo todos los fogones donde siempre lo acogen las bromas, ¿estará llamado a quedar, inmóviles las nerviosas manos, más azules los ojos por el cielo que caerá en ellos, impasibles? Sentimos que entonces somos responsables de la suerte de estos hombres que están, jubilosos, reunidos a la sombra de los árboles, mientras el sol pesa sobre los lomos brillantes de los caballos.

—¿Qué tal compañero, lo mojó la lluvia de anoche? Nos gritaba el Mulato, con amplio gesto cordial, al tiempo que se detenía junto a nuestro fogón.

Era, con Emilio, el otro compañero a quien seguían los hombres allí reunidos. Cuando su llamado llegó a las casas, los ranchos, los perdidos campamentos de los contrabandistas, nadie dejó de obedecer, espontáneo, a la voz de aquel hombre, de cuyas haciendas y horas todos pudieron siempre disponer.

Rubio, alto, fornido, el Mulato es la más sorprendente contradicción entre su apodo y su figura física. Quien le observa el gesto, donde jamás se nubla la más clara alegría, y oye la palabra solícita con que su generosidad acoge a los humildes y perseguidos del pago, piensa

que sólo su bondad inmutable es la que mantiene a su alrededor el ancho círculo de afectos que rodea a su casa en la comarca.

No otra fama se evoca en su presencia. Y, sin embargo, más allá de Tacuarí todavía resuenan en el comentario de los paisanos los ecos de sus hazañas.

—¿Qué nos dice de los policías?

—Ahí están, los hombres, amontonándose.

—¿No nos habrán sentido?

—Yo creo que no. Si no vienen de Melo, avisados por alguna alarma allá, por éstos no hay cuidado.

—Los centinelas dominan los caminos de Melo.

—¿Entonces, será grande la cosa?

—Suponemos. Siempre se dijo que la orden sería dada con sólo veinticuatro horas de anticipación. Eso lo saben todos, desde hace dos años.

—¿Y Montevideo?

—No tenemos ninguna noticia directa.

—¿Vd. cree en el ejército?

—Las revoluciones debe hacerlas el pueblo.

—Pero debe haber más de un regimiento con nosotros. ¿No halla?

—Nuestras noticias son ésas. Se nos dice que un general y otros jefes de fuerzas militares estaban prontos.

—¿Cómo se levantará Cerro Largo?

—Eso es lo que nos preocupa. Estábamos tan desengañados, que hace tiempo que a nadie hablábamos del asunto.

—Sí; a mí me quedarán unos cuantos para atrás.

—¡A la orden, compañero!

Nos dice con palabra firme un hombre de cabello encanecido, resuelta actitud, vestido de chiripá, recogidas las mangas de la camisa, que se ha detenido junto a nosotros seguido de tres mozos que empuñan carabinas.

En la severa arrogancia del gesto, tiene un tenue matiz de inocencia, que nos impresiona.

—Bueno, ya sabe Don Damián: que no pierdan de vista los caminos de Melo y la subcomisaría.

—¿A pie o a caballo, los centinelas?

—Con el caballo por la rienda, es mejor. A la sombra de cualquier piedra, pueden hacer ocultos el bombeo.

—Ta bien. ¡Media vuelta, vamos!

Y se alejó, seguido de los tres mozos: firme el paso, erguido el busto, hacia la salida del campamento.

En lo alto de la pared de piedra que cerraba el campo, asomaron cinco jinetes. Uno de ellos, alto, magro, extendió el brazo señalando nuestro fogón. Al verlos, les gritó Vicente:

—¡Baje, Don Fermín!

Por unos instantes las altas piedras volvieron a ocultarlos; pero después formaron rueda entre nosotros.

Eran nuestros esperados compañeros de Melo: los dos Mujica, Fermín y Jacinto, y Edmundo Pica; con ellos llegaron Luis Gino, hombre mozo de reposada bondad en el rostro, y un paisano llamado Felipe Almeida.

Su presencia animó la charla, que se hizo de preguntas ávidas; de respuestas desviadas por una palabra que otro deja caer, distraído, en el diálogo; de pensamientos cuya expresión no se termina, cortado por el comentario del otro que quiere penetrar, por fin, en la intimidad del ambiente revolucionario.

—¿Cómo anduvo esa salida de Melo?

—Muy bien. Esos zonzos no paran a nadie.

—¿Conseguirá el comandante Amestoy sacar a los suyos?

—¿Vd. cree que en la Jefatura hay hombre para salirle al paso?

—¿Y Exequiel?, — preguntó otro.

—Esta noche marchamos a incorporarnos.

—A nosotros nos sorprendió el aviso; no creímos que fuese tan pronto.

—La gente de Villanueva Saravia parece que ayer no sabía nada. — Comentó Gino.

—¿Irán?, — le preguntamos.

—Creo que sí. Por lo pronto, yo ya me vine.

—Sin el ejército va a ser difícil. ¿Tendremos armas?

—Los que dirigen el movimiento han dispuesto de nuestra absoluta confianza, y han trabajado en secreto. Veremos para qué.

—El país está con nosotros.

—Pero una cosa es estar contra Terra, y otra ser capaz de montar a caballo y partir para la revolución.

—De esos van a haber muchos.

—Si Montevideo no se levanta, nos echarán encima sus ejércitos.

—Los directores deben haberlo pensado.

—¡Claro!, es tan sencillo...

—Nuestro Partido debe estar bien organizado, ¿no?

—Será una lástima que fracase Cerro Largo.

—¿Qué hora es?

—Como las tres de la tarde.

—Si termina la tarde sin que nos sientan, aquí todo estará salvado.

—¿Y los otros departamentos? ¿No los prenderán, antes, a los jefes?

—Suponemos que si son jefes, deben haber pensado en eso.

—La cuestión es Montevideo.

—No; la cuestión es que en todo el país se produzca el levantamiento.

—¿Y Rivera y Tacuarembó?

—Treinta y Tres está armado, ¿no es así?

—Bien armado, no hay ningún departamento. Pero Treinta y Tres debe tener con qué levantarse. Así estamos nosotros.

—¿Qué le parece la policía de Cerro Largo? ¿Impe-

dirá esta noche la incorporación de todos nuestros grupos?

—Esa dispara y se amontona esta noche en las comisarías.

—¿Los buscaremos?

—Nuestro interés inmediato es reunir toda la División Cerro Largo...

—Natural. Ellos son los que guardan el orden... — Termina uno riendo.

Se nos acerca un muchachón con rostro de niño.

—¿Ya vamos a marchar, compañero?

—Todavía, no. ¿Por qué?

—Y... quería ir hasta casa... ¿Sabe?

—Pregúntele a Emilio o al Mulato.

El muchacho queda un instante dudando, como si nuestra respuesta le hubiera desconcertado.

El Mulato y Emilio se han sentado, solos, junto a la entrada del campamento. El los ve y dirige sus pasos hacia el lado opuesto.

—¿Ya se habrá arrepentido éste?

—Tal vez no.

—Se habrá olvidado de algo.

—¿Vamos a agarrar gente?

—¿Antes de salir?

—Sí, y después.

—Antes, no. Es preciso salir ya hecha la noche y llegar mañana temprano. No tendremos tiempo que perder.

—¿Qué distancia calcula de aquí a Aguiar?

—Según el rumbo que tomemos.

—¿No iremos recto? Si rumbeamos dejando Frayle Muerto a la izquierda, acortamos camino.

—Las noches son muy chicas. Y esta tarde, que no termina nunca...

—En cuanto caiga el sol ya se podrá marchar. Podremos ir ladereando las sierras; el obscurecer nos encontraría con dos leguas andadas.

—De aquí al Paso de Aguiar es un tirón largo.

—¿Qué hora, dijo, que era?

—Más de las tres.

—Todavía corremos el riesgo de ser descubiertos. Un aviso telefónico, y de Melo a aquí pueden llegar antes de la noche.

—Sí; estamos muy cerca. ¿No sería bueno cortar el teléfono?

—Es preciso tener paciencia. Necesitamos hacer todo lo posible para no despertar ninguna sospecha; el éxito depende de que la revolución surja de improviso en todo el país. Que nuestra impaciencia no vaya a servir de pretexto para que otros se queden sin ir.

La rueda del fogón fué disgregándose, atento cada uno a sus deberes. En el campamento continuaba oyéndose el ruido de las armas que se limpiaban apresuradamente por los recién llegados, mientras dormían a la sombra de los árboles los que desde la noche anterior ya formaban entre nosotros.

Edmundo nos acompañaba en nuestra recorrida por los fogones donde intentábamos conocer el espíritu de todos en esos momentos. Nuestro amigo no había logrado aún penetrar íntimamente en los sucesos que se estaban desarrollando y esperaba hacerlo en este diálogo de confidencias.

—¿Crees que venceremos?

—No podremos saber qué magnitud tendrá este movimiento. Hace más de un mes que el Comité Nacional Batllista no nos comunica el estado de los trabajos en todo el país.

—¿Cuándo llegó la orden a Cerro Largo?

—El viernes; directamente de Exequiel.

—¿De modo que en Montevideo han dispuesto de tiempo necesario para hacernos llegar cualquier palabra?

—De allá a nuestra casa se llega en menos de veinte

horas de viaje en auto. Si hubieran querido comunicarse con nosotros, pudieron haberlo hecho.

—¿A qué obedecerá ese silencio?

—Será por conservar un secreto que ellos creerán necesario.

—Pero nosotros teníamos derecho a que nuestro Partido nos comunicase directamente. Nadie podía dudar de nuestra actitud... Aquí estamos.

—Esa será nuestra mejor respuesta. ¡Ojalá todos puedan darla igual. Nos hemos comprometido con Exequiel en todo lo que se refiere a Cerro Largo, y cumpliremos ese compromiso, sin vacilaciones. De lo demás, ya hablaremos después.

—No veo que tengas grandes esperanzas.

—¿No te parece que basta con tener la noción clara de cuál es nuestro deber? Vencedora o vencida, esta revolución es necesaria, y se hará.

—Así es. En cambio, qué franca alegría tienen estos compañeros!

—No es menor la nuestra; aunque nazca de una dramática posición espiritual. Hay una hora para el hombre en que el deber, pura y simplemente, constituye un placer.

—En ese fogón no hay ninguno que no sepa lo que es enfrentarse a la muerte, luchando contra los policías.

—Nos llevan esa gran ventaja.

—¿Será una emoción alegre la del valor cuando se emplea en la lucha? Oyéndolos hablar a algunos de éstos, parecería que fuese así.

—No tengo ninguna certidumbre de cómo será. Muniz, se cuenta, entraba alegre, más que a una fiesta, al combate, y terminaba enardecido y bravío aun con los que le seguían.

—¿Será un sentimiento espontáneo?

—En algunos, tal vez. Pero aquellos a quienes nos

falta, confiamos en poder sustituirlo con el sentido de la propia dignidad.

—Sin embargo, los nervios podrían traicionarnos. Esa sería la injusticia...

—Una voluntad ejercitada y despierta, ha de poder dominarlos. En las mesas de juego de las pulperías, conocí a un paisano que asombraba a todos por la imperturbable serenidad con que perdía, durante toda la noche. Mientras otros se impacientaban hasta el insulto, contra las cartas o la suerte, él continuaba impávido, como si tuviese la segura certidumbre de su triunfo final. Cuando la suerte se acercaba a sus manos, igual indiferencia. Nadie le oyó nunca una queja, ni una expresión de irreprimible contento. Y se jugaba, todas las noches, el pan diario de su casa.

Sorprendidos ante aquella admirable voluntad, le preguntamos, una vez en qué había perdido, sin levantar un poco más que de costumbre sus párpados entornados, todo el dinero que puso delante suyo al sentarse: ¿En qué consiste que usted no sufra la emoción de la pérdida, durante el juego? — Y nos contestó, con la misma indiferencia con que colocaba sobre las cartas su dinero, que el tallador recogía, invariablemente.

—Es que, cuando me siento, lo doy todo por perdido. Ese es el sencillo secreto por el cual, después, ya nada me duele.

¿No podría ser ésta, acaso, la explicación íntima del valor de muchos hombres?

—En todo caso, podría ser para nosotros, una lección ejemplar para estos días.

—Pues bien; que talle ahora el Destino, como quiera. Sobre la carpeta está todo cuanto tenemos. ¡Ojalá nos sorprenda la carta de la buena o mala suerte, con el gesto impasible del jugador!

—¿Qué le parece, si vamos haciendo ensillar?

—Como quiera, Ferreyra — contestamos a la pregunta del Mulato.

Sobre el espacio abierto del campamento, los paisanos volvieron a sus caballos, a los que iban enfrenando o conduciendo hasta las fogones junto a los cuales recogían los recados, que sirvieron de cama para la siesta.

De pronto resonó, por encima de las voces con que los jinetes aquietaban la impaciencia de sus caballos, la voz de un centinela desde lo alto:

—¡El avión!

Y sus palabras levantaron altos ecos entre las copas de los chalchales y en los labios de los hombres.

—¡Viene un avión!... ¡Escondan todo! ¡Que nadie se asome!

Sobre la nerviosidad de unos, las bromas jactanciosas de otros, la indiferencia de los que continuaban sorbiendo el mate, se repitieron las palabras enérgicas.

En los senos de la sierra resonaba el zumbido lejano acercándose velozmente hacia nosotros, mientras allí, en el hundido campamento, hombres y caballos desaparecían bajo las frondosas copas de los árboles.

—¿De quién son esos cojinillos blancos que están ahí?

—Míos, don; ya voy a recogerlos—contestó una voz.

Uno preguntó:

—¿Le tiramos?

—Tengan prontas las armas, pero esperen la orden. ¡Que nadie tire antes!

Por los caminos silenciosos del cielo, sentíamos avanzar el zumbido jadeante cuyos ecos recogían y multiplicaban las altas rocas que escondían al campamento.

—¡Apaguen esos fogones, pues!

—Ya empiezan a amolar estos bichos—dijo una voz detrás nuestro.

Parecía temblar el cielo y el campo; la isla era una sonora campana invertida, sobre la que caían los golpes del motor avanzando. Piafaban los caballos, intentando librarse de la sujeción de los cabestros bajo los árboles, y huir al campo abierto.

Buscando un claro de cielo, las miradas de los hom-

bres se alargaban por entre los ramajes, esperando ver pasar al pájaro fantástico que adelantaba hacia nosotros, brillando el sol en sus alas.

—¡Se nos viene encima!...—gritó la nerviosidad de un centinela.

—¡Quietos!

En el extendido silencio del cielo,; sobre el atento silencio del campo, apareció, cortando el azul clarísimo como una reja luminosa cavando un surco gris, el sereno vuelo del avión, por encima de los cerros de Guazú-Nambí.

Las manos firmes de los hombres dominaban la inquietud de los caballos, mientras la curiosidad dejaba en suspenso a las palabras y agudizaba las miradas hacia la altura.

Ya volaba sobre nuestras cabezas cuando de pronto, galopante sobre el caballo embravecido por la espuela; en alto el brazo que la carabina alargaba; echado hacia atrás el sombrero; firme la mirada puesta en el avión; desafiante el gesto del rostro envejecido, irrumpió un jinete en el claro del campamento.

Sin contestar a las voces que le llamaban; pareciendo sólo él seguro sobre el instante de emoción que lo rodeaba, guió el galope hacia la salida del campo cercado, trazando una paralela con la línea altísima que el avión iba extendiendo sobre nosotros.

—¡Adónde va, viejo? ¡Hemos dicho que se escondan todos!

Pretendió sofrenar su galope, una voz de enojo.

—Pues... ¡voy a descubrirlo, capitán!...—contestó, asombrado y severo, el jinete.

Más altas que los ecos del motor ya alejándose, resonaron a la espalda del guerrero inocente, las burlonas carcajadas.

—¿Nos habrá visto? — fué la pregunta que todos se dijeron, mientras volvían al inquieto apronte para la marcha.

La tarde comenzó a caer.

Alargadas sombras tendieron las altas paredes en las copas de los árboles; junto a los caballos ya ensillados; sobre las chircas blancas que la brisa empezaba a mover.

En el cielo turbado por el paso del avión, ahora se ahondaba un alto silencio envolviendo los contornos azules de las sierras lejanas.

Enrojecíase el camino bajando de Guazú-Nambí, a cuya vera blanqueaba la pulpería entre los sombríos eucaliptus.

La tarde pareció acercar la masa enorme del Cerro Largo, cuyas quebradas eran chorros violetas descendidos desde el lomo gris, suavizado de cielo.

Junto al centinela que vigilaba el camino de la subcomisaría, veíamos adelantár entre ligeras nubecillas de polvo que perdían a las patas de los caballos, a un grupo de jinetes entre los cuales, de pronto, se avivaba un rayo de sol en la vaina de un sable.

Iban lentos, dispersos, por el camino descubierto. En la sonoridad de la hora, un grito nuestro los alcanzaría.

Se hundieron en una curva de la altura. Reaparecieron más allá, casi perdidas las siluetas, pasando delante de los eucaliptus. Donde el camino se dobla hacia la isla de nuestro campamento, el sol iluminó la cabeza blanca de uno de sus caballos.

La claridad del cielo pareció dividir el grupo, recortando en luz los contornos oscuros de las figuras, cuando pasaron frente a la escuela.

Y lentos, empequeñecidos, fueron entrando en la sombra que un monte acostaba sobre el camino.

Y se perdieron.

—Van tranquilos — comentó el centinela.

—Por fin anochece — respondimos.

—¿Ya marchamos?

—Sí; recoja la guardia.

En la cañada van surgiendo los jinetes nuestros, que

se hablan con lentas voces; como si no quisieran turbar el silencio recogido que en el seno de las sierras va acostando la hora.

El Mulato y Emilio nos esperan, apartados de todos, para convenir la marcha.

Ellos conocen el rumbo; calculan la distancia y las posibilidades de encontrar alguna partida policial a la que combatir para afirmar la alegre disposición de espíritu de nuestros compañeros.

Si tomamos rumbo a Bañado de Medina para cruzar el Tacuarí en el Paso de los Carros, y de allí a Laguna del Negro, la distancia se acorta. Si tomamos hacia el Quebrachal, tendremos más de veinte leguas por delante. Será entonces preciso trotar sin descanso, si pretendemos llegar a Aguiar cuando empiece la mañana.

En ese rumbo sería posible sorprender a algunos policías si ya hubiesen sentido a la gente de Exequiel. Por otra parte, recogeremos a algunos compañeros a quienes se les ha enviado chasque.

De pié, los dos baqueanos extienden su sombra sobre nosotros, mientras ellos explican, certeros, cada trecho del viaje.

Iremos por sus huellas de contrabandistas, evitando los pasos sobre los caminos.

Vicente se ha acercado trayéndonos a Clarín. Un año ya, que no veíamos a este noble caballo nuestro.

—Se vé que estaba en manos amigas—decimos al Mulato, aludiendo a la bella fortaleza que ostenta el alazán de blanca frente.

—Se lo cuidé para ésta — contestó aquél bromeando.

Un último rayo de la tarde, se hacía luz sobre el anca dorada como un campo de trigo.

Nervioso entre tantos caballos, temblaron sus rojas narices, de viril impaciencia; bajo el pelo brillante, se avivaron las venas, como ríos; alzada la cabeza, su relincho anunció que allí estaba ,él sólo, poderoso y feliz.

CAPITUIO III

EN MARCHA

—¿Montamos?

—Cuando quiera.

Ya sobre el caballo, pedimos.

—Un favor de amigos: los batllistas que vamos aquí, quisiéramos ser los primeros en tirar a los enemigos que se puedan encontrar esta noche. Es seguro que si a algunos hallamos, ésos serán terristas, traidores a nuestro Partido. ¿Tienen ustedes los blancos, algún inconveniente en ello?

—Pues sí, ¿cómo no? Pero si llegamos a encontrarnos con herreristas, traidores nuestros, seremos nosotros los primeros.

—Muy bien; muchas gracias. Ocuparemos, entonces, la vanguardia.

—De acuerdo.

Ya está el lucero encendido, cuando por el cañadón comienzan a extenderse las voces de los jinetes que se hablan alegres, invitándose para formar juntos en la misma columna.

No hay divisas en los sombreros; ni las románticas lanzas de los guerreros de antes; ni aquella china de chiripá y golilla tendida en la espalda, que vimos pasar confundida con las figuras desgarradas de los hombres, una lluviosa mañana de 1904, por las calles de Melo; ni sables en cuya empuñadura de nácar resbale, tierna,

la luz de la tarde. Ni guitarra, promesa de extendida emoción en los venideros campamentos.

Apenas encuentra la brisa, la breve bandera de los ponchos de verano, para agitar sobre las inquietas ancas de los caballos.

Alineados de a tres, allí están, unidos por la voluntad de librar al país del dictador a quien sirven mercenarios que visten de uniforme en los cuarteles, de frac en los salones de orgía, y manchan el aire del palacio del Parlamento con el vaho de servilismo que sube de sus palabras de adulación a quien los arrebaña y los paga.

Llevan las misma ropas con que viven, desde el principio de los días hasta que el sol se pone, en la pesada labor de los surcos cuyo silencio sólo interrumpe, como truncada canción de un trabajo sin alegría, el alargado nombre de los bueyes. Los humildes trajes de los contrabandistas, con las cicatrices de los espinillos y los talas en las picadas escondidas. Las rasgadas y descoloridas camisas de los trilladores, que ayer no más agitaban bajo un sol de fuego, y arrojaban en círculos dorados en el azul del cielo, las pesadas gavillas que llovían sobre los rostros, lastimando los ojos, polvo de oro.

Pocos son los que calzan botas nuevas, lucen golilla de seda y montan sobre apcros cuidados.

Ya los dos baqueanos delante, la impaciencia anima palabras alegres en los labios de todos, mientras aún esperamos a que se densifiquen las sombras del atardecer.

—¿Marcamos nosotros, el trote de la marcha?

—Pues sí, sería mejor. — Nos contesta el Mulato.

—Cuando quiera, entonces.

—Cuando quiera.

Avanzaron los baqueanos. Ocupamos el claro por ellos dejado delante de la columna y, volviéndonos, dijimos con una alegría que la voluntad no pudo reprimir:

—¡En marcha, al trote!

Multiplicándose en las cañadas, las altas piedras, turbó el silencio de la hora el grito unánime:

—¡Viva la Revolución!

La energía de aquel grito, que ningún labio calló; el tamborileo repetido del trote en la ladera sonora; el término —¡por fin!—, de la inquietud con que esperábamos aquel instante y aquel grito; la severa grandeza del paisaje, ahuyentaron de nuestro pensamiento toda sombría preocupación por la suerte de aquellos que iban, con alegres voces, despidiéndose del pago, en cuyas alturas comenzaban a encenderse los fogones.

Olvidados de todo; de la realidad amarga y de la tímida esperanza; de la responsabilidad y del deber; de lo que fuimos, y de lo que no alcanzamos a ser; de la vida y de la muerte, nos dejamos llevar por el trote gallardo de Clarín, envueltos en aquella fresca brisa, más débil que el viento nuevo de alegría que nos arrebata el alma y la lanza, bajo los grandes cielos, sobre los campos abiertos, tras las sombras fugitivas de los baqueanos, conduciendo el redoble repetido de la columna.

Así debió ser antes. Así será siempre.

Viva luz en el hombre, ¡que nunca se apague! Y que ella sólo sirva un día para iluminar los anchos caminos de la justicia para los que como éstos van, más pobres que nadie, por los obscuros rumbos de esta noche en busca del amanecer, en un horizonte todavía para ellos desconocido.

Sobre el caballo ágil, que pide rienda sin que lo intimiden las zanjas que cortan el campo, el resbaladizo suelo de las sierras, los empinados cuesta-arribas; que aspira sonoramente la brisa húmeda de las cañadas, y recoge las lejanas voces de los ranchos en las orejas, cambiantes como dos banderitas de sombra con que su instinto nos va anunciando todo extraño ruido o forma, avanzamos hacia el Norte, entre los resplandores

de las luces de Melo a nuestra derecha; las de Frayle Muerto en los ojos, mientras, más alta aún, la Cruz del Sur se afirma sobre la curva perdida del Cerro Largo.

Se ensordeció la marcha en la llanura del Tacuarí. Las sombras apagaron la luz caída de las estrellas en una laguna del río; despertóse el monte dormido, en el quebrarse de los sarandíes de la picada y en los gritos asombrados de un hornero.

A nuestro lado un arma disparó, y el chasquido de la bala fué como un largo latigazo sobre el agua quieta.

—¿Hirió a alguien? — Preguntamos.

—A nadie — contestó una voz desde la orilla del monte.

—Andando, entonces.

De nuevo rehechas las filas, comenzamos a subir las alturas de Frayle Muerto.

—¿Cómo va, Edmundo?

—Muy bien—, contesta cerca nuestro la voz amiga.

—¿Y el compañero Gino, extraña el viaje?

—Por ahora, no.

Detrás nuestro se han ido acallando las voces; cada uno va sólo con su pensamiento, que el trote de los caballos acuna sin cesar.

Los baqueanos se dicen en voz baja breves palabras rectificando el rumbo, y continúan avanzando delante nuestro, agujereando a la noche con la punta de los cigarros.

—¿Cuántas leguas habremos hecho, Don Fermín?

—Con aquella vuelta que dimos, tal vez más de seis.

—¡Vamos muy retrasados!

—Ah, si; la noche no nos va a alcanzar. Recién estamos al principio del viaje.

Avivado por la espuela, las sonoras narices de Clarín van casi tocando el anca de los caballos de los baqueanos.

Sobre el campo limpio que vamos cruzando, resuenan los golpes de los rebenques a lo largo de la columna,

que se esfuerza, sin tregua, en acompasar su marcha con la nuestra.

Frayle Muerto está a menos de una legua de la cuchilla por donde comenzamos a descender hacia la costa del arroyo.

Toda nuestra atención se fija, desde entonces, en aquel extendido campo de sombras que rodean a las luces diseminadas del pueblo. Por él pueden llegarnos los amigos o los enemigos.

En la avanzada noche, ya duerme el pequeño pueblo, cuyas luces vemos ahora espaciarse en el llano, tender dos rectas paralelas hacia el arroyo, y volver a multiplicarse en la altura próxima.

En cada uno de los dos barrios hay una comisaría. Desde tiempo atrás están bien armados y prevenidos sus hombres, porque el rumor popular señala a Frayle Muerto como el primer punto de ataque de Exequiel Silveira y nuestro. Hacia allí convergen los caminos de la región del jefe batllista, y los de aquélla de donde hemos partido esa noche.

De allí ya habrían salido entonces los compañeros que se unirían, los primeros, a Exequiel. Es imposible que en una población de tres mil almas, los gubernistas no los hayan sentido.

—Esa gente debe haber ocupado los pasos para cortarnos el camino.

—Puede ser. Es imposible que a estas horas ya no tengan noticias ciertas del movimiento. Es muy difícil conservar en secreto estas cosas.

—Se nos informó que estas policías están reforzadas. Con Frayle Muerto como base, las fuerzas terristas pueden tener vigilada toda la región que nuestros amigos necesitan atravesar para incorporarse a Exequiel.

—¡Seguro! Creo que nadie ignora en Cerro Largo que en caso de levantamiento nos concentraríamos en el Paso de Aguiar, sobre el Río Negro.

—En ese caso, si llegamos a reunirnos allí, será más

vergonzoso para las fuerzas terristas el haber sabido con anticipación un hecho tan importante y no haberlo evitado.

—¿Vd. contó cuantos hombres somos aquí?

—Cuarenta hombres, todos armados.

Jacinto Mujica intervino en el diálogo que en voz baja veníamos sosteniendo con su hermano Fermín.

—¿Por dónde va a pasar Don Basilio Antúnez?

—Si ha podido moverse tranquilo, traerá este mismo rumbo. No debe venir lejos; nosotros vamos sirviéndole de vanguardia.

Nuestros jinetes avanzados se detuvieron un instante bajo la pesada sombra del monte, buscando en la obscuridad el lugar por donde se adentraron en ella, uno detrás del otro.

—¡De a uno! —Dijimos al verlos desaparecer entre las altas barrancas.

Los caballos comenzaron a hundirse, quejándose, en el agua que corría formando remolinos a su alrededor. La clara luz de una linterna iluminó el anca del de uno de los baqueanos, y nos mostró la estrecha galería de árboles, cuyas ramas se cruzaban sobre nuestras cabezas.

La obscuridad en que andábamos se hizo impenetrable.

Clarín avanzaba apenas, chapoteando las aguas que le llegaban hasta el vientre; tropezando a cada instante con los troncos escondidos debajo de ellas, o rozando nuestras botas contra las oscuras paredes de los mimbres que se apretaban sobre nosotros.

—¡Cuidado aquí! — Se oyó, baja y enérgica, la voz del baqueano, al tiempo que la luz de su linterna señalaba la gruesa rama de un sauce, atravesándose en la picada a la altura del pecho del jinete.

Fué preciso tenderse en una misma línea con el cuello inclinado del caballo; tensa la rienda, evitábamos cual-

quier desvío de la huella sinuosa que entre los gruesos troncos iba describiendo la luz de la linterna.

Apagadas, corrían bajo la bóveda oscura las palabras enérgicas:

—¡Cuidado aquí! ¡Más a la izquierda!... ¡Pegue su pingo al anca del mío, compañero!

Los caballos se detenían, medrosos, frente a las pesadas sombras que los cegaban; olfateaban el agua sonoramente, hasta que, firmes las riendas, avanzaban azuzados por la espuela.

De pronto, nos llegaba una voz desde el fondo de aquella prolongada galería, en la que se multiplicaban los ecos de los cascos sobre la corriente:

—¿Se lastimó?

—No, no fué nada; siga.

Otras veces era el chasquido violento de un rebenque, y unas palabras nerviosas:

—Bartolo, ¿dónde vas?

—Aquí, pues; no te retrases que vas a perderte.

Más cerca, otra voz dijo:

—¿Tiene un fósforo, compañero? Encienda, que mi caballo no encuentra la salida.

—¡Altooo! ¡A la derecha...! ¡Cuidado con el pozo!

Como de una lejana distancia, nos llegó la voz de los baqueanos. Y la linterna iluminó la corriente ancha del arroyo, sobre la que caían las fantásticas sombras de los mimbres.

Un sauce llorón era una ojiva por la que entraban la luz de la bóveda del cielo, en el que comenzaba a levantarse la luna.

Sobre el claro del campo recogido en el seno del monte, del otro lado del arroyo, fueron surgiendo las lentas sombras de los jinetes.

Las distancias comenzaron a hacerse visibles, bajo la clara luz que se iba elevando sobre las cuchillas que quedaban a nuestra espalda.

Entre los que ya estaban apeados, Gino era una som-

bra más densa, arrollada junto a la sombra de su caballo.

—¿Cómo va ese ánimo, compañero? ¿Siente mucho la marcha?

—No; voy bastante bien. — Pero su palabra tenía el cansancio que su admirable voluntad quería ocultarnos.

—Le va a venir bien este alto que hacemos mientras terminan todos de pasar la picada.

—¿Estamos rodeando a Frayle Muerto? Hace como una hora que siempre lo tenemos ahí, tan cerca, y siempre a nuestra derecha.

—Es que veníamos haciendo un círculo sobre él, buscando la picada.

—¿Qué hora será?

—La luna recién salió; deben ser las once y media.

—¿A qué hora salimos de Guazú-Nambí?

—Antes de las siete de la tarde.

—¡Cansa, este trote! Algunos vienen quejándose.

—Vamos muy retrasados. Prometimos estar el lunes, temprano de la mañana.

—Ya no llegamos; la distancia es muy larga, y la noche muy corta.

A medida que iban saliendo del monte, los hombres se llamaban en voz baja y formaban pequeños grupos, sentándose y teniendo el caballo por la rienda. Apenas si se oía el murmullo de sus diálogos.

Mientras tanto, nosotros comentábamos con el nuevo baqueano, el rumbo a seguir.

Las lucesitas de los cigarros brillaban y se apagaban, entre las sombras dispersas. Sonaba el rumor de los caballos comiendo. Se imaginaba una mano ahogando una carcajada que se elevó, distraída y ruidosa, en el extremo del campo.

Así por breve tiempo, hasta que volvimos a montar.

El baqueano puso su caballo señalando el rumbo, y nos preguntó:

—¿Vamos cortando campo, o buscamos las porteras?

—Corte lo más recto que sepa, y apure la marcha.

Poco después se alzaba ante nosotros el terraplén de la vía del ferro carril, cuyos alambrados y telégrafo cortamos.

La luna clarea sobre la limpia llanura extendida ante nosotros.

—¡Al galope!

Y el silencio resuena con el redoble de los caballos que la espuela aviva y levanta.

Nadie habla, entre las sonoras sombras que continúan largamente por el campo abierto, donde de súbito suenan los hilos de un alambre al caer, o el grito de los teru-terus levantados en las laderas.

La luna va creciendo en el cielo; descubre los angostos trillos de las majadas, fugitivas cintas grises que pasan bajo el pecho de nuestros caballos; levanta lejanas arboledas en las cuchillas que recortan círculos oscuros en el horizonte; aviva escondida luz de agua apretada entre las barrancas; y es polvo de plata que la brisa va esparciendo sobre los pajonales.

Se empequeñece en el llano; es una nubecilla en los altos, frente al limpio cielo; se nos esconde en las quebradas y de nuevo la alta luz lo alcanza en las laderas; pájaro de la noche es el baqueano, como los correcaminos del día. Nuestro galope lo acerca y lo aleja, siempre él delante, mientras las leguas quedan a nuestra espalda, en dormidos silencios.

Así por largo espacio, hasta que se nos acerca un jinete.

—Los hombres no pueden más. Vienen deshechos por esta marcha.

—¡Qué extraño! Son todos paisanos...

—Sí; pero se vienen quejando de este galope tan sostenido.

—Está bien; trotaremos unas leguas.

No habíamos avanzado mucho por el suelo sonoro

de un camino, cuando un nuevo jinete se acerca a decirnos:

—Gino y Edmundo vienen enfermos; no resisten más la sed.

—¿Nadie trae caña?

—Sólo uno la traía, y ya no le queda nada.

—Arrímese entonces con ellos a aquella zanja. Nosotros iremos esperándolos.

La columna descendía ya una cuchilla detrás de la cual se habían apeado los amigos, cuando sentimos acercarse un galope precipitado:

—¿Qué ocurre?—preguntamos.

—Por la retaguardia se siente venir un grupo hacia donde quedaron Edmundo y Gino.

—¿No quedó nadie de los nuestros, atrás?

—Nadie; nosotros venimos cerrando la marcha.

—¿Qué rumbo traen los que llegan?

—De Frayle Muerto. Por el ruído del galope, parece una partida.

Torcimos bruscamente nuestro caballo, y avisamos a los compañeros que formaban con nosotros la vanguardia:

—¡Viene gente!... ¡Vamos!

Herido por la espuela, Clarín era una bella voluntad tendida hacia la cuchilla donde sonaba el galope de los otros.

Una voz enérgica resonó en la noche. Junto a nosotros se extendió un semicírculo de sombras inquietas, donde piafaban los caballos sofrenados de pronto y el resonar metálico de los cerrojos de las carabinas.

En el declive de la ladera, abiertos en guerrilla, hasta ocho jinetes, de los cuales uno se había adelantado hacia el bajo, audaz.

—¿Quién vive?

Gritó la voz de nuestro compañero López.

Y, como un eco, tan igual fué la energía, contestó el desconocido:

—¿Quién vive?

Hubo un emocionado silencio de palabras, que el golpear de los cerrojos llenó.

—¡Viva la Revolución!—vibró sobre la atención nerviosa, la voz del nuestro.

Y otra vez contestó el eco en la ladera:

—¡Viva la Revolución!

Después de una pausa preguntó:

—¿Quién manda esa gente?

López le gritó nuestro nombre. Entonces, la voz del otro, aún enérgica, se hizo cordial:

—¿Es usté, sargento López? Yo soy Espejo. Acérquese uno solo; el jefe o usté.

Una voz nos gritó desde el círculo de los nuestros:

—¡No vaya! ¡Ordénenos tirar... mire que se nos escapa!

Y el círculo intentó cerrarse sobre el jinete.

—¡Acérquese uno sólo, o tiro! —gritó el otro.

Mientras López nos enteraba sobre su filiación política, los nuestros se impacientaban ante la audacia con que el desconocido estaba allí, firme su caballo en la ladera. Sólo cuando nos vieron avanzar a pié hacia él, se acallaron las palabras de desafío con que amenazaban prenderlo.

Brevemente, nos enteró de que Frayle Muerto estaba con guardias reforzadas; que nuestros compañeros de allí ya habían salido y que él, por su parte, andaba reuniendo gente para dirigirse rumbo a Tupambaé y de allí, en busca de Villanueva Saravia.

Un cordial apretón de manos terminó el ligero diálogo, y volvimos a separarnos.

Ya andábamos de nuevo sobre el camino, cuando uno nos dijo:

—Tanto milico en Frayle Muerto, y no hay uno que se anime a salir del cerco del pueblo. Estarán asustaos.

—A ésos les roban los ponchos con que están tapaos, y no se mueve ninguno—comentó otro, riéndose.

El peso del revólver parecía incrustarnos el cinto en las carnes; ya apenas sentíamos los cojinillos, aplastados sobre los bastos por la prolongada presión del cuerpo; de pronto teníamos la sensación de que uno de nuestros estribos se había alargado y nos obligaba a un incómodo equilibrio; el calor del cigarro nos quemaba la garganta reseca.

Hasta la brisa nos pesaba en los hombros, agitando nuestro poncho de verano, mientras nos apretaba el sombrero sobre la frente.

—Empezamos a sentir el rigor de esta marcha.

—Es la hora, compañero. Está viniendo la madrugada —nos contestó Fermín Mujica.

En el pensamiento fatigado, sólo estaban un instante la llanura, la zanja, el camino, la cuchilla, que el trote de Clarín nos iba descubriendo.

Y la voluntad, firme como la rienda que el noble alazán tiraba como al principio del viaje, buscaba una idea en que distraer el ánimo, que el cansancio y el sueño amenazaban abatir.

El baqueano se detuvo para cortar las dos líneas de alambre que cercaban un corredor.

Miramos hacia atrás, sorprendidos de no sentir el trote de la columna, y la vimos, detenida y dispersa, sobre una ladera.

Un compañero se adelantó a decirnos:

—No se puede seguir marchando; Gino y Edmundo se han tirado del caballo, rendidos.

—Descansemos, entonces, unos momentos.

Rodeados por los amigos, los dos compañeros se habían tendido en el campo, perdida la voluntad, dispuestos a quedarse.

Esforzábanse todos por hacerles comprender la imprudencia que significaba quedarse allí, expuestos a ser apresados por los gubernistas que seguirían nuestras huellas. Por nuestra parte, no podíamos abandonarlos

así, ni detener tampoco la marcha precipitada hacia la concentración.

Nos dolía la crueldad del esfuerzo que estábamos exigiendo de ellos, hombres ciudadanos, de volver a montar y continuar aquel penoso viaje. Era un duro deber.

Cuando niños, nos había sorprendido el hecho de que nuestros antiguos gauchos, cuando evocaban la crueldad de la guerra, más que por el sacrificio de los combates llenábanse de emoción sus palabras describiendo las torturas de las marchas interminables; vencidos por el hambre, la sed y el cansancio, hasta que por fin el sueño los volteaba del caballo y los tendía, inmóviles en las cuchillas aunque sintieran llegarles las voces de los clarines enemigos tocando a degüello.

Entonces teníamos la dolorosa imágen de aquel cansancio, en aqellos dos amigos, delante nuestro.

—Es la madrugada,—dijo uno, comentando su propio pensamiento en silencio.

—¡La peor hora! — dijo otro.

Reuniendo las últimas energías, en un esfuerzo admirable de la voluntad, los dos compañeros se pusieron de pié y asieron las riendas de los caballos.

—Marcharemos al tranco — les dijimos, intentando una disculpa para nuestra tenacidad.

—No; como quieras — respondieron ambos.

Y otra vez andando, en el silencio con que el cansancio cerraba los labios de todos.

El día nos sorprendió sobre las llanuras que se extendían hasta el Río Negro.

En el campo; en el cielo; en el cercano monte, las voces y la luz tenían una inocente y niña alegría.

Sólo en los párpados; en los lentos ademanes y las cansadas palabras del grupo que iba trotando por la llanura, quedaban aún las huellas de la noche.

Las iluminadas manos de la mañana iban abriendo y alejando los horizontes.

Bajo el macizo verde de unos mimbres, junto al azul

intenso de una laguna, dormía una garza rosada; como una estampa olvidada del amanecer.

El paisaje tenía la ternura del canto de los pájaros, cuando de pronto el trepidar del motor de un avión quebró su inocencia.

La columna se desvió hacia el monte del Frayle Muerto.

Apenas entrábamos en él, cuando un compañero preguntó:

—¿Desensillamos?

—Sí; vamos a refrescar los caballos mientras el avión recorre estos campos.

—?Se podrá dormir?

—Va a ser peor. Nos faltan, todavía, unas leguas.

—¿Pero podremos tomar un mate?

—La mañana es muy clara; desde tan alto, ya se le perderá en la luz una columnita de humo.

Mientras el avión continuaba poblando de resonantes ecos el cielo y los campos, algunos de nuestros hombres corrían por la llanura en busca de caballos; otros encendían pequeños fogones bajos los árboles, o se tendían en los recados.

—!No se duerma, que es peor! Vamos a seguir en seguida.

Iban repitiendo el inútil consejo a los compañeros que se alejaban buscando lo más intrincado del monte, donde se dejaban caer, volteados por el sueño.

Por largo espacio el avión continuó acercando y alejando sus roncas voces entre los diálogos junto a los fogones, hasta que, cansado de buscar en vano con su alta mirada en los tranquilos campos, dirigióse hacia los lejanos cielos, hiriéndolos con breves lanzas de luz.

—¡Vamos, compañeros; es preciso marchar!

Los hombres se esforzaban por levantar los párpados; el sueño murmuraba en sus labios palabras sin sentido; acomodábanse de nuevo sobre el recado y, con

ademán de enojo ante nuestra insistencia, intentaban cubrirse la cabeza con el poncho.

—¡A caballo!... ¡Ensillen... ya vamos a llegar!...

Sonaban las voces; enérgicas; cordiales; como un ruego, sobre los fogones donde unos esperaban la vuelta del mate, mientras otros calentaban pequeños trozos de carne, que pusieron bajo los cojinillos la mañana del día anterior, última vez en que había comido la columna; o sobre los que, sentándose en el recado, hundían la cabeza entre las rodillas alzadas, rodeándola con los brazos, y así permanecían, doblados por el sueño.

En fila deshecha fué la columna saliendo al bañado, mientras aún en el monte se oían las voces de los que iban levantando a los amigos.

De pronto, en la llanura abierta que se alargaba al término de los curaguatás, vimos a una pequeña columna de jinetes tenderse en guerrilla.

En la mañana luminosa que los envolvía, azul, sobre el verde del campo, como un césped de juguetería, achicados por la distancia, de frente sus caballos, amenazando cortarnos el paso, aquellas figuritas oscuras, tenían una emoción infantil, dispersas en el llano.

Nos detuvimos, todavía ocultos por los caraguatás, para reunir a nuestros compañeros.

El Mulato y Emilio formaron con nosotros el grupo desde el cual observábamos a los desconocidos.

—¿Qué les parece aquella gente?

—No se les ve relumbrar sables.

—¿Serán policías?

—No se alcanza a ver si hay alguno de uniforme.

—Los hombres parece que quisieran pelear.

—Sí, se están acomodando.

—Son como treinta.

—Por ahí.

—¿Qué compañero nuestro puede andar por aquí?

—A esta hora, ninguno.

—Allá se aparta un jinete; endereza pa acá.

—Vendrá a reconocernos.

—Yo le voy a salir, — dijo el Mulato.

—Nosotros lo seguiremos.

Por la llanura avanzaba el primer jinete desprendido del grupo, cuando nuestro compañero salió al campo abierto, seguido por nosotros. Al vernos, dos de ellos avanzaron al galope hasta alcanzar al primero. Emilio y los Mujica se adelantaron con nuestros hombres desplegados en guerrilla.

Ya distinguíamos claramente las formas de los jinetes, cuando el Mulato nos dijo:

—Ese gordo que viene ahí, parece Leiva.

—¿Es compañero?

—Sí, es blanco.

Pareció que en el grupo que se nos acercaba, el diálogo había tenido el mismo sentido, pues espolearon sus caballos poniéndolos al galope hacia nosotros.

—¡Viva la Revolución!

—¡Viva la Revolución!

Fué el grito alegre, en la llanura abierta; repetido junto a los caraguatás; multiplicado en el monte, entre las cantos de la mañana.

Los compañeros Brutti y Leiva comandaban el grupo que galopó, disperso, hacia el nuestro, que iba a su encuentro con extendidas palabras de amistad.

Y juntos ya, continuamos andando teniendo el Frayle Muerto a nuestra derecha, rumbo al rincón donde el arroyo desagüa en el río.

—No creíamos encontrarlos por aquí, a estas horas.

—Sí; ya debíamos haber marchado. Pero teníamos una comisión que cumplir, aquí en la séptima.

—¿De Exequiel?

—Del mismo. Nos dijo que podíamos entretenernos tranquilamente en esta sección.

—¿No encontraron policía?

—No, en toda la noche. Salió como dijo Exequiel.

—El conoce mucho, todo esto.

—Son como sus canchas.

—¿Estamos lejos de Aguiar?

—Allí se ve el bañado. Nos va a costar encontrar paso.

—Traemos baqueano.

—¿Muy conocedor?

—El dice.

A nuestro frente, inmensos pajonales sobre los que se alzaban los caraguatás erizados, señalaban el bañado interrumpiendo la llanura y adentrándose hasta las islas de espinillos que se adelantaban en los senos que el monte del Río Negro iba dibujando en el paisaje.

La vista del río animó las palabras a nuestra espalda, como si hubiera ahuyentado de los cuerpos el cansancio de tantas horas de viaje.

—Ya llegamos, amigo Edmundo.

—Eso lo vienes diciendo desde anoche—comentó él, en un reproche cordial.

—Pero ahora se ve el río; allí está.

—¿Y ese bañado?

—En cuanto lo pasemos, ya estaremos en el campamento.

—La cuestión es pasarlo. ¿Tendremos que rodearlo? Serían dos leguas más.

—Nos tiraremos derecho. En esta época debe estar seco.

El baqueano se detuvo sobre la barranca de una zanja que separaba el pajonal del campo limpio. Ante su actitud de duda, se acercaron otros jinetes indicando distintos rumbos por donde aventurarnos en la travesía.

Bajo el pesado sol de la mañana, veíamos iluminarse a trechos la extensión del bañado con los reflejos de la luz sobre las lagunas que se escondían, traidoras, entre los altos pajonales.

Ni una huella que indicase un rumbo; ni un animal en la extensión callada, que señalase un punto de des-

canso en la travesía; ni un árbol, ni pequeña loma entre los pajonales cerrados. Si alguien se aventuró algún día a imprimir allí la huella fugitiva de su caballo, la lavaron las aguas; la borró el pantano; la escondieron las altas pajas; y el bañado quedó igual, inhollado.

—¿Nos tiramos?,—preguntó el baqueano.

—Sí, vamos.

Los caballos comenzaron a hundirse, temblorosos, en la blanda superficie que se abría un instante bajo sus cascos, y se cerraba alcanzándoles hasta las rodillas.

En bruscos escarceos, Clarín intentaba arrancarnos las riendas de la mano, para extender el cuello hasta los troncos de los macizos de paja y buscar, por sí mismo, el camino del regreso hacia el campo limpio.

Bajo el castigo de la espuela; alzada la cabeza por las riendas, reafirmábase en ellas, abierta la boca, resoplantes las narices; cayéndose; irguiéndose; detenido un momento; intentando dar saltos que la presión del pantano hacía imposibles; olfateando el aire tibio que subía de las lagunitas cubiertas de gramilla, que el sol calentaba; quejándose al sentirse herido por los caraguatás, jadeante por adelantarse al caballito del baqueano que iba, cayéndose, delante suyo. Aflojaba una mano; una pata; doblábanse las rodillas; tropezaba, se alzaba, levantando grandes chorros de agua ennegrecida que el chapotear de sus cascos arrojaba sobre el anca del otro caballo.

Era inútil mirar en busca de un trillo mejor. Abiertas las piernas; firme la rienda; erguido el busto; sólo seguíamos la orilla de la huella que el baqueano iba abriendo en el fango, y sobre la que volvían a levantarse las pajas.

Detrás nuestro oíanse las palabras de los compañeros, comentando los tropiezos, las caídas, el latigazo de barro blando con que el de atrás les golpeaba las espaldas; y sonaban los rebenques; cerca, lejos, en la

marcha trabajosa de la columna. A la izquierda; a la derecha; cerrando casi un círculo; trazando un canal recto y oscuro entre los caraguatás, avanzó por largo rato el caballito del baqueano. Hasta que, erguido el cuello, trotó ágil sobre el campo duro que escondían aún las últimas revoledas del pajonal.

Ya fuera, nos apeamos a esperar el paso de todos.

Apenas si se veían como pequeños puntos oscuros, casi perdidos, los jinetes lejanos; cerca, los rostros asomaban por encima de las pajas, contraídos en un gesto tan firme como la mano que levantaba el paso tambaleante de los caballos.

—¿Falta alguno?—preguntamos, al fin.

—Sí; falta Gino, que se cayó en el barro.

—¿Volvió a montar?

—No; viene a pié, con el caballo por la rienda.

Por la última curva de la huella, apareció Gino; cubiertas las ropas de barro; cayéndose en aquella agua sucia que le alcanzaba hasta las rodillas; intentando sostenerse en las pajas, que le herían las manos o se doblaban bajo su peso; exhausto el gesto de cansancio.

Pero más fuerte que su vencimiento físico, fué el ánimo bondadoso con que respondió a las bromas que le dirigieron los amigos.

Trotábamos ya en el seno formado por la barra del Frayle Muerto y el Río Negro, acercándonos a los montes del río sobre el Paso de Aguiar. Desde la sombra de unos espinillos, vimos salir unos hombres.

¿Eran los nuestros?

Corriendo por la llanura se adelantó uno de ellos, dando grandes saltos y agitando violentamente los brazos.

Una extraña sensación grotesca y salvaje tenía aquella figura humana corriendo hacia nosotros, lanzando a grandes voces palabras que la distancia borraba.

Hasta que,ya más cerca, le vimos agitar nerviosa-

mente el sombrero en la mano, y gritarnos, sin dejar de correr:

—¡Viva la Revolución!

Nuestros compañeros avivaron hasta él el galope, y lo fueron rodeando con los brazos extendidos, entre los que lo estrechaban.

—Es Rufino Noblía,—nos dijo uno.

Ni el traje de campaña, ni la noche de viaje, alcanzaron a borrar del rostro del amigo la iluminada inocencia de su juventud.

—¿Está solo?

—Con cuatro compañeros.

—¿Y Exequiel?

—No sabemos nada. Estamos como perdidos.

—¿No ha visto pasar grupos de compañeros?

—A nadie, absolutamente. ¿No habrán podido llegar? Hemos recorrido el monte hasta Aguiar, y no hay rastros de nadie.

Bajo los macizos de los espinillos, se iban tendiendo los recados; brillaban al sol los sudorosos lomos de los caballos, entre el pajonal.

—¿Está cansado, compañero? Hemos troteado catorce horas sin parar.

—Tenemos sed. ¿Cuántas leguas habremos hecho?

—Más de veinte, de un tirón.

—La gente debe tener mucha hambre; desde ayer por la mañana, que no come.

—Ahora no quieren más que dormir. La marcha fué muy brava para un cuerpo desacostumbrado.

En un claro del monte que un mimbre sombreaba. se encendió el fogón junto al cual estábamos, a la espera del mate.

¿Qué habrá sido de Exequiel y los amigos?

Pensábamos, mientras la llamita roja jugaba, ágil. entre los grises troncos que la guardaban.

CAPITULO IV

LA DIVISION CERRO LARGO

Los hombres que están allí, junto al monte del Río Negro, tendiendo los recados para el breve sueño después de una noche de marchas; sorbiendo el mate mientras en el fogón se doran los asados, o limpiando las armas bajo los espinillos, han llegado de todos los puntos de Cerro Largo.

La voz de guerra resonó por los cuatro costados del departamento, del Río Negro hasta el Yaguarón; del Yaguarón al Tacuarí; del Tacuarí al Cordobés llamando a los hombres que van llegando, sin arreos de guerra, sin uniformes, sin armas casi; pero en el día y sobre el campo que los chasques señalaron.

Cerro Largo está allí redivivo en los viejos nombres que todavía señalan los rumbos, denominan las comarcas.

Viejos nombres de los caudillos de antes; Muñoz, Amestoy, Noblía, Iarza, Muniz, Perdomo, González; que ahora los llevan hombres de cabellera encanecida, o negra de mocedad.

Son pequeños ganaderos que han visto detenido el trote de su caballo, por los dilatados cercos de los inmensos latifundios; luchadores esforzados por vivir de una pequeña industria que la incapacidad social detiene, y la voracidad del gobierno ahora mata. Arrinconada en la casa paterna, la lanza de los cruentos tra-

bajos del padre, mientras los hijos de hoy esgrimen la palabra que lucha, briosa como el caballo del viejo caudillo, en la tribuna y en la prensa. Lentos jinetes arreando por los campos oscurecidos o por los caminos calientes del día, las mugientes sombras o avivados colores de la tropa hacia los embarcaderos del ferrocarril.

Viejos nombres de Cerro Largo, en hombres nuevos, cumplen una consecuencia de sí mismos; ninguno de ellos ausente de este improvisado campamento de guerra que se ha levantado señalando el límite de una época.

Montedónico, Rebollo, Artigas, Ubilla, Garate, Techera, Jorge, Delgado, López Toledo; la ciudad conformó sus hábitos; ensanchó sus aspiraciones, o ha puesto palabras nuevas en sus labios, que suenan a herejes en la quietud de la pequeña ciudad.

Y entre ellos, más que ellos, los que no tienen historia, y son la historia.

Vienen de los surcos, de las picadas, ojivas puntilladas del monte por donde cae en el río la luz del cielo, y pasan las lentas sombras de los contrabandistas tironeando las formas de los matungos, que los cargueros de caña y tabaco, ensanchan; de los recados tendidos bajo el alero de los galpones en que duermen, en pesebres muelles, toros importados; de los mostradores rayados por las negras paralelas de las sombras de la reja, detrás de la cual duerme el campo en la luz, mientras el silencio encerrado canta en el zumbido de las moscas, y se agría en el vaho de las pipas de vino; de las oficinas de Melo, donde saltan las teclas de la máquina de escribir, cuyo sonido ahoga el carro que pasa, conducido por las altas voces del hombre, rompiendo con sus ruedas las piedras de la calle.

Nada llena sus maletas, perdidas de vacías, entre los cojinillos; nada más que dolor quedó en la casa, donde

mañana entrará la miseria a ocupar el hueco que entre los suyos dejaron.

Y sin embargo, ellos aman aquella casa, aquel rancho; la tierra gris de la huerta que el verde luminoso de los yuyos cubrirá de olvido en el paisaje; los labios que se alzan, temblorosos de admiración, hasta sus labios callados por silencios de sucedidas noches; la débil voz del niño que los alcanza en la calle dormida en la pereza del medio-día.

Lucharon contra la esperanza; terca, dolorosamente, hasta encerrarla en el círculo de la humilde realidad. Y así avanzan por los resecos caminos del deber que los otros les imponen de fuera, sin pararse apenas a mirar cómo, a largos trechos, está manando, callado, un hilito tímido de aquella agua fresca que escondieron tan hondo en sus vidas.

¿Qué más alta esperanza trajo a unos anoche, a dormir a la sombra de los espinillos después de cansadas marchas, y a los otros, que buscan en los espacios abiertos del monte y el pajonal, donde atar la soga de sus caballos?

Vieja voz de los pagos, que creímos para siempre apagada en Cerro Largo bajo el trepidar de los aviones en los cielos anchísimos; por el jadear de las máquinas en los caminos y las chacras; por el ferro-carril y el auto; se ha levantado ahora, después de treinta años de paz, en los que el rico se hizo más rico y el pobre más pobre.

Vieja voz, que sonó en la guitarra de los payadores; se hizo relámpago de muerte en la hoja de los cuchillos junto a las rejas de las pulperías; reunió a los gauchos a lo largo de las paralelas de los trillos, en la emoción de las "partidas" de galopes arrollados de los parejeros, en cuyas patas pasaba la mayor velocidad que conocía la lenta vida del pago; que era cansado silbido del carrero, y gastada narración de una vida, en todos los labios.

Vieja voz que hizo la música; el valor; el juego; los amores románticos, la patriada y el entrevero. Porque el campo era ancho, hasta más allá de las querencias; los caminos largos para el columpio de los galopes; grandes los rodeos, sobria la mesa del rico; y sobre la carona, junto al fogón mismo, bajo los ombúes, la del pobre. Perdido en los desconocidos rumbos de los días, el que pudiera llegar hasta los patios donde el sol se encendía en las amapolas y cortaba las manos y el rostro de las mozas. Y así la lealtad al hombre único que llegaba entre ausencias de largos meses, era el más fácil ejercicio del alma, en la soledad vacía de tentaciones. Porque mientras los hombres iban en viaje de guerra por los pagos lejanos, el pulpero esperaba. Y si allá se perdían, aún quedaba el patriarcado del estanciero, que se ejercitaba, fácil, en una lechera prestada, un trozo de carne, unos pocos dineros y viejos vestidos, para la viuda y los hijos, que pasaban a ser una propiedad más, que un bautismo o el trato cordial justificaban.

Treinta años hace, que en Cerro Largo se están cercando los campos; acortando en las rectas de las carreteras, las distancias. Allí mismo, en el Paso de Aguiar, crece y ruge el Río Negro hasta hundir las altas barrancas, inundar la llanura, bajo los arcos del puente por el que siguen pasando las tropas; los camiones que se vacían llenando los estantes de las lejanas pulperías; la jardinera del correo que lleva las oscilaciones diarias de la tablada.

La mesa del rico se ha hecho lujosa; ya no cabe en ella el pobre. Los ganados se amansan en los potreros cercados; asustarían su pastoreo las risas y los cantos de los niños del puestero, ya inútil.

Treinta años hace que todo un pueblo aguarda la primavera y el verano, por que entonces llegan la esquila y la trilla, que llaman a sus brazos parados a los

grandes galpones y bajo los soles quemantes de las chacras.

Treinta años, en los cuales al principio todo fué el gozo de restañar las heridas de aquellos otros que quedaron, sembrados de guerra y de muerte, para siempre olvidados, creían, entre ellos. Y en cuyos últimos, después de un encorvado dolor de trabajo cada día más duro para una vida cada día más pobre, los labios que ya no conocieron la alegría ingenua de las milongas, ni los éxtasis lentos de los estilos, comenzaron a pronunciar palabras de una nueva esp ranza que el manotazo de Terra tronchó, en la mañana del 31 de Marzo de 1933.

Y la vieja voz del pago, que hizo el valor en Cerro Largo, se alzó de nuevo; más alta que el jadear de los aviones gubernistas en los callados cielos. Y las antenas sutiles de las almas campesinas la recogieron, más clara y distinta que las misteriosas que el pampero trae en las noches desde la ciudad, y las vuelca sobre la mesa junto a la que el estanciero escucha el precio de la lana, y la hija languidece de ausencias bajo las quejas de los bandoneones.

Cambiarán las palabras; pero la misma, antes y siempre, será la voz, cuando las garras de los tiranos,—cualesquiera sean,—aprieten hasta ahogar, las gargantas.

Apenas si se diferencian en los vestidos, los capitanes de los soldados. En este rincón del monte, bajo el claro sol del medio-día del 28 de Enero, se está reuniendo una sociedad en la que sólo queda el recuerdo de las jerarquías que quedaron allá, donde aún dominan las fuerzas gubernistas.

Estos que aún van llegando, entre alegres vivas; que estiran sus maneadores a los que van cubriendo de grasa; que miran al cielo por el alargado agujerito del cañón de sus carabinas; que enlazan el caballo de nerviosa cabeza entre las tropillas que unos jinetes, pacientes, rondan, eran los últimos en la sociedad que

Terra avasalló. Y sin embargo, aquí en la hora de la liberación, son los primeros.

Ellos harán los pueblos, y desharán las tiranías.

Donde ellos no estén, habrá golpe de Estado, o motín; no revoluciones. Sin ellos, habrán discursos; proclamas sonoras; sacrificios nobles; mezquinas ambiciones entrechocándose. Pero la historia permanecerá inmóvil, indiferente.

Sólo cuando ellos se pongan en marcha, a pié o a caballo, ella avanzará prestamente.

Sin ellos no habrá caudillo posible. Cuando ellos lo precisen, en su seno ha de nacer y crecer.

Parecen tardos para comprender; pero una vez tomado un rumbo, nadie los desviará.

Y tienen, más que todo, la admirable incapacidad para encontrar la palabra o la actitud de la puerca sensatez con que el egoísmo y la cobardía quiebran los brazos que se adiestran para el sacrificio de remover los cimientos del mundo.

Cerro Largo, tierra de los caudillos de antes, y sus revoluciones; aquí está de nuevo a la orilla del monte del Río Negro, aunque surquen sus cielos los aviones; corran los autos por sus carretras, y en los invisibles círculos de la brisa pase vibrando la amenaza del Dictador.

Aquí se aprendió antes, que quien monte a caballo sólo para vencer, no vencerá.

Dos años hace que el país sufre, amordazado, la tiranía de las fuerzas oscuras de la sociedad, sostenida por armas mercenarias.

Ni el diario ni el libro, han podido levantar la voz que el lápiz de un escribientillo cualquiera de una comisaría, ahogaba con una línea negra.

El pueblo se hastiaba de palabras; quería otra voz.

¡Aquí está la voz!

¿Hasta dónde se oirá? ¿Cuáles serán sus ecos?

* * *

Parecían llegarnos de lejos las palabras.
—El coronel pregunta por usted.
Nos calzamos de nuevo las botas, mientras tratamos de reconocer el lugar en donde nos habíamos dormido después de tantas horas de marcha.
—¿Ya estamos todos?
—No; faltan todavía Basilio Antúnez, el Dr. Goyenola, Sofío Díaz y Edelmiro Noble.
—¿Cuántos seremos aquí?
—Como cuatrocientos.
—¿Qué hora serán?
—Ya pasó el medio-día.
Ibamos así hablando; interrumpiéndonos de continuo para estrechar las manos amigas que se nos tendían desde los fogones junto a los cuales cruzábamos buscando a Exequiel Silveira.
—¿De quién es este caballo ensillado?—gritaban, desde la sombra de un espinillo, frente al que pasó dando saltos un caballo que la manea apenas si sujetaba.
—¿El Coronel?—preguntamos.
—Está más adelante; allí, en la vuelta del monte. Siga a esos jinetes que se le van a presentar.
En un pequeño claro del monte, hallamos a Exequiel Silveira en compañía del Comandante Amestoy.
El abrazo con que nos estrechamos, tenía la alegría de un término tantos días esperados a través de inquietudes, desengaños, fracasos.
Este hombre de palabra enérgica y gesto bondadoso, nació rico, y no lo es. Trabajó siempre, vivió sin ostentación ni lujos sensuales; sobrio en su vida, pródigo en la amistad.
Vió pasar sobre los campos de la estancia paterna, las guerras del 97, de 1904 y las del 10.
Pero él era, o demasiado mozo, o el que quedaba para salvar lo que se podía del diezmo de las luchas.

En las rinconadas del Frayle Muerto y el Río Negro, vivió su alejada vida, en el trabajo tenaz, y no aumentó la herencia recibida.

En la amistad con que le extienden la mano emocionada los humildes paisanos, que van llegando ahora y reciben de él las balas y el máuser, se aprende la razón.

Batllista, ofreció su esfuerzo al Partido; sencillamente, como un paréntesis abierto unos días entre los trabajos continuados de su casa.

Es franco, generoso y cordial, como un paisano.

Un día le sorprendió la noticia trágica; su Partido traicionado; Brum muerto; la dictadura sobre el país.

Buscó en Melo al amigo de siempre; al que acompañó en todas las pacíficas luchas, sin preguntas. Llevaba ahora la interrogante angustiosa, de cual habría de ser su actitud. Y el amigo, aquel que era primero en la cosecha de las dádivas, en Cerro Largo, negó al Partido, a Brum, al País.

Desde entonces, Exequiel Silveira, que nunca fué a la guerra, que jamás dirigió multitudes; que sólo entendió la paz del trabajo; que fué amigo sin reservas; que únicamente creyó en los caminos de la bondad, que eran los suyos, deseó la guerra; buscó las multitudes, no trabajó más que para la lucha; repudió al amigo; viajó de continuo por los rumbos y las picadas, donde cualquier noche pudo hallarlo dura muerte.

Conoció el desengaño; la traición; las pequeñas intrigas de las ambiciones; las palabras brillantes, alzadas sobre los oscuros propósitos; el halago; la prisión.

Dos años así, esperando, acercando la orden, por fin recibida.

Ahí está, calzadas las altas botas; firme la actitud gallarda; con alegría bondadosa el gesto que el chambergo sombrea.

Le llegó la orden del levantamiento, en la frontera del Brasil; y la cumplió, sin preguntas ni vacilaciones.

Ese es un hombre.

A su lado está Amestoy.

Nervioso; de menudas formas; vivos los ojos oscuros y pequeños; bondadosa sonrisa, con una olvidada emoción de inocencia infantil en el rostro coronado por el cabello ya encanecido. Suave la blancura de la piel; tiernas las formas de los dedos alargados; envuelve a su figura un extraño ambiente de pulcritud varonil que acentúa, aún más, la sensación de bondad condescendiente que suena en su voz fina y clara.

Sin embargo, nadie más que él, guerrero entre todos los que allí están. Desde niños, su paso por las calles de Melo nos llevó la mirada, curiosa por evocar en su pequeño cuerpo las imágenes de la hora de su valor en las guerras, que los labios de todos comentaban en la paz. Nunca supo quedarse; ni le ataron el salto sobre el caballo esperándolo bajo los paraísos, los brazos amantes, en el primer día del matrimonio; ni gastaron sus fuerzas las balas que lo voltearon frente a las guerrillas.

Como Exequiel es colorado batllista, Amestoy es blanco. Pero mientras uno no había conocido hasta ahora los campamentos, el otro ha dormido en ellos; perseguido; persiguiendo; cansado de las marchas y de los combates contra los paisanos y soldados de divisa colorada.

Y Amestoy, sin celos, sin vanidades; pulcro en la actitud moral como en el traje de guerra que viste, está ahí, junto al caudillo del partido cuyas balas derramaron su sangre; a sus órdenes, disciplinado y cordial.

La dictadura terrista ha borrado por fin el espacio de odios ancestrales que en el país separaba a hombres de este carácter.

Amestoy tiene ya puesta en el sombrero la nueva divisa; azul, blanca y roja, en él.

—¡Caramba, Coronel Silveira!, ¿lo trajeron tan apurado los gubernistas, que dejó la suya arrancada en algún tala?—bromeamos al ver el sombrero del amigo.

—Es que no volví a casa después del aviso, y allá se quedó.

Le ofrecemos la nuestra, que aún llevábamos sin haber usado, roja, blanca y azul, para los batllistas.

—¿Y usted? —pregunta Amestoy—. Le devuelvo entonces ésta que usted mismo, hace algún tiempo, me dió.

—Está sobre noble frente, Comandante.

—Muchas gracias. A llevarlas con honor, Coronel, nos obligan las manos que las hicieron.

—¿Va a ordenar algo?—preguntamos al jefe para callar las palabras que la respuesta caballeresca del amigo trajo a nuestro ánimo.

—Sí; hágase cargo de la jefatura del Estado Mayor; nombre los ayudantes y vuelva, que vamos a ordenar la marcha.

—¿Quiere indicar algún nombre para ir cerca suyo?

—Todos los que están aquí, tienen mi confianza.

—¿Se sabe algo de Basilio Muñoz?

—Debe pasar hoy, de acuerdo con sus planes, por el camino de la cuchilla. Allí lo está esperando el capitán Joaquín Rebollo con su escuadrón, para protegerlo contra cualquier sorpresa de la policía de Tacuarembó, cuya comisaría queda allí mismo.

—¿Trae mucha gente Muñoz?

—Apenas serán unos pocos, pues vienen en dos autos y dos camiones cargando unas armas que teníamos en el Brasil.

—¿Y así pasó la línea fronteriza?

—Así lo tenía resuelto.

—¿Qué distancia debe recorrer para llegar hasta aquí?

—Tal vez más de treinta leguas.

—¿Treinta leguas por los caminos públicos, el General de la Revolución, cuando nosotros ya la habíamos proclamado ayer, al caer la tarde? ¿No lo habrán detenido?

—Es un gesto de audacia, en la que tal vez confíe con razón.

Nuestras guardias avanzadas sobre el Paso de Aguiar, han traído al campamento a varios viajeros, detenidos en los caminos de Cerro Largo y Tacuarembó. Por ellos nos enteramos de la sorpresa que ha causado nuestro movimiento. Cerro Largo ha sido dominado durante la noche del domingo, por la Revolución, que ha podido desarrollarse sin ningún tropiezo, hasta concentrarse allí sobre el Río Negro: tal como estaba previsto y ordenado en los planes de Exequiel Silveira.

Aunque todavía faltan llegar algunos jefes compañeros, todo induce a creer que podrán realizar la travesía sin mayores inconvenientes.

Hemos dispuesto de todo el día anterior para las pequeñas concentraciones, y de la noche para las marchas, que para algunos fueron de más de veinte leguas.

Las policías se han concretado a enviar chasques de un lado a otro, que cruzaban huyendo por los caminos; o han abandonado los puestos de observación y aún mismo sus locales; en una huída que nos permitió montar a caballo a la hora en que lo habíamos dispuesto, después de haber ocupado todo un día en limpiar y distribuir nuestras armas.

Los viajeros detenidos por nuestras guardias, a los que inmediatamene se pone en libertad, nos dan la exacta sensación de lo que está ocurriendo en Cerro Largo. Los policías huyen a concentrarse en Melo, desde donde no se han atrevido salir, ni una partida de ella, ni un escuadrón del regimiento que guarnece la ciudad, en nuestra descubierta. Y ya más de quinientos hombres en armas han cruzado todos los caminos del departamento: de Melo, de Frayle Muerto, Cerro de las Cuentas, Tupambaé, Santa Clara; ciudad y pueblos, han salido los contingentes revolucionarios y marchado en los rumbos que se les había señalado, sin haber sido perseguidos por nadie.

Nos han abandonado el campo, mientras se arrinconan en la capital y facilitan así los primeros pasos de la Revolución. Estamos sobre el límite de los departamentos de Tacuarembó y Cerro Largo; campados sobre una carretera hacia la cual convergen caminos de clara importancia estratégica para las fuerzas gubernistas. A menos de cuatro horas de viaje desde Melo, donde hay un regimiento armado de todas las armas, más de doscientos policías, y dos aviones de guerra. A una hora del pueblo de Frayle Muerto, estación del ferrocarril de Montevideo a Melo, que dista menos de una hora de esta ciudad; a pocas cuadras de distancia de la comisaría octava de Tacuarembó.

Y allí estamos, en la media tarde del lunes, dominando los puntos de tránsito que nos rodean; con un escuadrón avanzado sobre la Cuchilla de Pereyra, vigilando el pasaje de Basilio Muñoz, pronto para protegerlo de cualquier ataque.

La sola noticia de la Revolución, liberta los campos y cerca en la ciudad y los pueblos a las medrosas fuerzas gubernistas, de entre las cuales en vano se espera que surja un hombre audaz que comprenda nuestra necesaria desorganización y nuestra carencia de armamento, y salga a descubrirnos y atacarnos.

Dos años se han pasado rodeando las casas de todos nuestros compañeros señalados como futuros jefes de los grupos revolucionarios; siguiendo nuestros más insignificantes pasos; invadiendo nuestros domicilios; con cualquier pretexto, a cualquier hora, insolentes, en la inútil ostentación de su fuerza.

Todo éso para que, llegada la hora de la Revolución, ninguno de nuestros hombres fuera preso; ni una de nuestras armas, tomadas; ninguno de nuestros pequeños grupos, atacados o dispersos. Tanta fuerza lucida en una paz que ellos erizaron de rencores, se ha cercado por su propio miedo en las calles de la ciudad y los pueblos.

Generales; Estados Mayores, espionaje extendido corrompiendo la moral del pueblo; artillería, radio, aviación; estrategas; los más modernos instrumentos y métodos de guerra, ¿para qué sirven cuando falta un hombre¿

Frente a ellos, ahí está el campamento revolucionario.

Sin un militar entre sus fogones; paisanos ciudadanos, sus capitanes y soldados. Más de un año hace que se les dió el rumbo; se les distribuyó un armamento que debió ocultarse entre los pajonales, en los senos de las sierras, bajo tierra. Robándole al pesado sueño después del trabajo en las huertas, unas horas de la noche para llevar los chasques; obligados a explicar hasta al más torpe o el más mozo, la razón de las órdenes que se les trasmiten, pues el espíritu ciudadano repugna la disciplina con que el jefe del cuartel puede sacar a sus soldados para conducirlos a morir por la libertad o por la tiranía. Aislados por el espionaje gubernista que recorre los caminos, se agazapa en los rincones de las pulperías; llega, como un ladrón, en la noche a los patios de las casas campesinas; viola impúdicamente nuestra correspondiencia; soborna a los débiles y alienta a la canalla, con la promesa del empleo público o la tolerancia para vivir y medrar contrariando la ley, mercaderes del delito.

Bastaron cuatro palabras la noche del domingo, para que el estudiante, el periodista, el labrador, el peón, el pequeño hacendado, vencieran todos los escollos, quebraran todas las resistencias. Y se lanzaron al campo, sin armas, casi; aventurándose en la noche y en la clara mañana que los aviones gubernistas vigilaban; desafiando al número, la vanidad y la fuerza de los que ahora se esconden y se miran, desconfiándose; servidores de la traición, se aprietan y revuelven en las calles de Melo no sabiendo qué piensan unos, ni la inten-

ción de los otros; recelando el General del Coronel; éste de aquél; el capitán del soldado.

Se requisan los autos, los camiones, las caballadas; se ocupan los teléfonos, las radios.

¡Nadie puede salir de Melo, ni de ningún centro poblado!

Y los revolucionarios siguen saliendo y llegando a nuestro campamento.

Entretanto, unos escuadrones fantásticos les roban el sueño y el hambre a los policías que, para su tremenda angustia, han destacado en el pueblo de Frayle Muerto los jefes gubernistas.

La mañana es clara; las distancias son visibles hasta lejanos horizontes; por el cielo limpio continúan volando los aviones, que escudriñan los montes y las sierras; por los caminos siguen llegando los viajeros a quienes nadie ha detenido.

De pronto, por las calles del pueblo corre un jinete levantando nubes de polvo, entre el ladrido de los perros asombrados, y las miradas curiosas de las mujeres.

Tembloroso el caballo; sudoroso el rostro; reseca de polvo la boca abierta con que vino tragando el viento caliente de la mañana, el chasque policial se detiene junto a la puerta de la comisaría.

Le acogen oídos ansiosos. Bien quisiera el comisario levantar las orejas hasta la boca del jinete, que se ha encorvado sobre el pescuezo del caballo, y sobre el pelo empastado del cuasi enano que lo escucha, le golpea con las graves palabras:

—¡Ahí viene la Revolución! ¡Ya se ven sus guerrillas por las laderas!

—¿Son muchos?

—Sí, es toda la gente de Exequiel. Se nos vienen encima!...

Suenan las botas sobre los pisos enmaderados; los sables golpean contra los marcos de las puertas; cae un rebenque contra los mosaicos, y parece que va a

quebrarlos; brillan los cañones de las carabinas; las calderas chorrean su agua hirviendo sobre el fogón.

Grita el comisario, el sargento, el soldado.

—¡Ahí vienen!... ¡A caballo!

Y salen los héroes; los valientes escogidos entre los que corren hacia los caballos. Van a descubrir a la Revolución.

En la clara mañana avanzan cautelosamente.

Allí está el monte del Frayle Muerto henchido quién sabe de qué trágicas sorpresas, por los revolucionarios.

Se adelantan los bomberos; descubren el paso; pisan la otra orilla. Avanzan los héroes. Cruzan la llanura; trasponen una loma; suben una cuchilla. Un jinete mira hacia atrás, donde quedó el pueblo; ¡cuánto se alejan!

Quien los manda, dialoga con el chasque:

—¿Detrás de aquella cuchilla?

—Sí; de aquella misma.

—¿De ésa que está sola; de la única que vemos ahora? ¿Por ahí venían ya?

—Sí, sí, eso es...

Es preciso entonces, avanzar más despacio; desplegados; con el arma pronta.

Ya están en la cumbre.

Los ganados pastan tranquilamente en el bajo; los caballos, dispersos, están durmiendo el sueño de la mañana; las ovejas van, bajo los balidos, en abiertas columnas buscando la sombra de los mimbres.

—¡Allá están! ¡Mírelos, tendidos en guerrillas!

Dice el bombero sofrenando el caballo; extendiendo el brazo hacia la ladera próxima.

—¿Dónde?

—Allí, allí, ¿no los ve? Están paraos, esperándonos.

—¿Aquella fila que baja la cuchilla?

—Sí, aquélla, aquélla misma.

—¿Usted crée?—pregunta el jefe, que ha reconcentrado el gesto. Sólo él ha recordado qué son aquellas

siluetas que el soldado señala. Y calla. Medita la orden que ha de impartir a sus guerreros.

Hasta que, rudo, valeroso, se dirige a su tropa señalando los bultos dispersos; con la voz temblándole de coraje:

—¡Soldados, de frente y al galope!

Ante el épico galopar alzan, sorprendidos, el lento cuello de los ganados; sacuden su sueño los caballos; huyen entre balidos medrosos las ovejas.

Y los héroes galopan, firmes, en abierta guerrilla; desafiantes, entre sonoros redobles de los cascos; avanzando hacia la ladera. Las armas prontas; el gesto fiero; relumbrantes los sables que acompasan los saltos de los caballos, que la espuela decidida hiere.

Pronto llegan sobre la altura; sólo uno se ha retardado. Rodean a los audaces bultos que han esperado impasibles, dispersos, en la ladera.

Y los reconocen.

Son los mismos que hace años están allí, alzados, alineados; postes de piedra sosteniendo el alambre que un revolucionario, la noche antes, cortó.

El sudor de la carga decidida, vuelve pesado el sombrero sobre la frente y corre por las mejillas de los guerreros, que se miran con ojos alegres.

Echan pié a tierra; lían y encienden un cigarro.

No hay tiempo que perder. Otra vez a caballo.

El jefe delante, duro el gesto, emocionada la voz, grita:

—¡Viva el Superior Gobierno! ¡Viva Terra!

Y en el grito se alivia el alma de los jinetes.

Otra vez galopan, firmes, en abierta guerrilla, hacia el Frayle Muerto. Los ganados tornan a pacer tranquilamente en el bajo; los caballos vuelven a dormir el sueño de la mañana; las ovejas se agrupan, con ahogada tos, a la sombra de los mimbres.

Ya entran los guerreros por las calles del pueblo. ¡Qué ágil galope pone la espuela en sus caballos!

Han arrollado la pelota con que unos niños jugaban al fútbol. Inútil es que las palabras infantiles les alcancen, sonando a llanto; los guerreros galopan, sin mirar para atrás, firmes, callados. De la sombra de un cardo, despierta una gallina aterrada; corre, salta, vuela; pronto es un montón de polvo, de gritos y de plumas.

Los guerreros galopan, sin pausas de piedad; a cual más ágil, más bravo.

Más lejos, una vecina ha soltado a la calle a su cerdo. ¡Maldito cerdo, casi rueda sobre él, el caballo del jefe!

Con andar dormido, una lechera va buscando los pastos verdes que las zanjas de la calle protegen del sol; arrastrando una soga con la que va dibujando víboras sobre la tierra.

Los guerreros se acercan; el caballo de uno de ellos pisa la soga y la vaca da un violento cabezaso hacia atrás. Ya la rodean la pechan y la dejan; quieta, asombrada, mientras los siguen los ladridos de los perros y las miradas de las mujeres que se han asomado, curiosas, a las ventanitas de los ranchos.

Los guerreros llegan; fieros, jadeantes, sucios de sudor y tierra, a la puerta de la comisaría.

Trasmiten el parte de la descubierta, con gesto grave que los niños admiran desde respetuosa distancia.

Y otra vez el grito, de los que llegaron y de los que estaban, domina en el pueblo.

—¡Viva el Superior Gobierno! ¡Viva Terra!

Pero el día es largo; el peligro cercano; las vecinas se lanzan de una a otra acera, desde la sombra de los parrales, noticias graves; los hombres se reúnen en las esquinas y se trasmiten secretos que el oído nervioso de los guerreros no puede percibir.

Y los nervios se excitan; la inteligencia se fatiga; en la frente laten las venas.

Por la cuchilla cercana, se ve pasar galopando a una punta de ganado; los caminos se vacían y permanecen,

bajo el pesado sol, como en una silenciosa espera de algo que está a llegar desde los campos callados.

La noche va a caer sobre el pueblo a nueve leguas de Melo. De pronto, un nuevo jinete irrumpe en las calles.

Ahora sí, se ven las guerrillas de la Revolución acercándose. De nuevo salen los valientes. Más cautelosos, cruzan el arroyo, suben la cumbre, galopan sobre la ladera.

Se despliegan; corren los cerrojos de las armas; decididos, fieros, acometen a los bultos que esperan, impávidos, alineados en el campo.

Los rodean; los cercan; los reconocen. Echan pié a tierra, y recuestan un momento el cansancio de la angustia, en los postes de piedra del alambre, hasta que el jefe ordena, decidido:

—¡A caballo! ¡Al galope!

De nuevo se alarga en el grito de ¡viva Terra!, el descanso del alma; como aquel que estira los brazos y las piernas para sentir que existe, cuando vuelve su pensamiento de una pesadilla.

Mientras tanto, a diez leguas del pueblo donde los guerreros gubernistas batallan con su miedo, comienza a levantarse el campamento revolucionario.

El capitán Rebollo ha traído dos novedades de importancia: una de ellas decide nuestra marcha: El General Muñoz no llegó por el camino por el cual se le esperaba, sino que pasó, algo más abajo, rumbo al Paso de Pereira en el Río Negro. Va a situarse en los límites de los departamento de Cerro Largo, Tacuarembó y Durazno, a nuestra espera. La comisaría de la Cuchilla ha sido abandonada por los policías que huyen hacia el norte, arreando las caballadas del vecindario.

Buscamos al Coronel Silveira que ya está, con el caballo por la rienda, dando instrucciones a los chasques que han de quedar para indicar nuestro rumbo a los

compañeros Antúnez, Goyenola, Díaz y Noble, que aún no han llegado.

—La columna está pronta, Coronel. ¿Estos policías que están ahí, son compañeros?

En la tarde tranquila, de suave luz dorándose en los pajonales, la División Cerro Largo avanzó al tranco, por la orilla del monte, buscando la carretera del puente de Aguiar.

—Este pobre segundo comisario, si no llegamos a triunfar, va a ser la primera víctima de la vanidad herida del jefe terrista.

—Creíamos que eran voluntarios, y le servían de escolta...—bromeamos.—¿Son los que estaban al frente del puesto policial que vigilaba su estancia?

—Este es el segundo de Frayle Muerto. Los otros dispararon anoche, dejando en la oficina hasta un par de botas y un maletín lleno de munición.

—Parecía tan guapo el que los mandaba...

—Ligero, es; cuando llegamos, de ellos ya no quedaba más que el rastro. Pero a este pobre lo prendí esta mañana, en el camino.

—¿No intentó pelear? Ellos son cuatro.

—Sí; el hombre iba a pelear, confundiéndonos con la gente del comandante Muñoz, de cuyo paso unos carreros le habían dado aviso. Pero cuando me adelanté al galope a intimarle que se rindiera, me reconoció y resolvió entregarse sin resistencia. ¡Pobre; cargado de familia, no le van a perdonar el que se haya dejado aprehender por mi! ¡Es una lástima!

—Se hubiera hecho matar, si se resiste.

—Nosotros éramos como doce hombres. Resistirse era inútil y un crimen contra sus propios soldados. Pero usted va a ver: si la Revolución no triunfa, a éste lo arrojan a la miseria.

—Con ese criterio, antes tendrían que destituir a los que han huído sin saber de qué. Desde anoche parece que la tierra se tragó a toda la policía de Cerro Largo.

—Ah, sí. Pero éste no se salva; lo pensé desde que lo vi frente a nosotros en el camino. ¡Un paisano bueno, el pobre!...

—Pero al servicio de una dictadura que es responsable de la muerte de Brum; del crimen contra Grauert y de todas las muertes que acaso tengamos que lamentar entre los que van aquí. Esta es la dura virtud de la lucha; o se está con nosotros, o contra nosotros. Y con las armas en la mano.

—Sí, desde luego. Pero justo, a este buen hombre, cargado de familia, le había de tocar ser el primero. Esa es la lástima.

—Si estuviera libre, iría a engrosar las filas gubernistas. Y las balas de este bueno, matarían a otro tan bueno como él, pero más pobre y, sobre todo, que ha venido con nosotros a luchar por los permanentes intereses de este mismo subcomisario que, si pudiera, lo perseguiría y mataría. El peor de los espectáculos, y el más desmoralizador, es el de los buenos al servicio de los malos.

—Y... las necesidades.

Sirviendo a quienes sirve, no hará más que remachar sus propias cadenas. Y éso importa más que todas las íntimas intenciones.

La columna va avanzando por el departamento de Tacuarembó, entre las palabras alegres y tranquilas de las mujeres que desde las casas próximas nos saludan y despiden.

Marchamos por el camino público, sin que se advierta ningún signo de que las fuerzas gubernistas nos persigan o esperen.

Nadie se aparta de su escuadrón; nadie llega a una casa de las muchas que bordean el camino; ni corta un alambre; ni apresa a un hombre de los que se ven, detenidos de sorpresa, sobre los surcos o en los patios; ni se quita un caballo.

Nadie huye de la columna revolucionaria que conti-

núa al tranco, mientras la tarde empieza a tornarse azul y dorada.

Después de treinta años de paz, ahí va pasando la guerra; anunciada por la gran polvareda que la brisa no alcanza a levantar más alto que la cabeza de los jinetes; por las caballadas que marchan dispersándose, reuniéndose; deteniéndose a arrancar, en rápidos mordiscos, las matas de pasto verde que crecen en las huertas vecinas y se extienden hasta los alambres del camino.

Las pulperías permanecen abiertas; el pulpero en la puerta, sin temor.

La sombra de una enramada acentúa la sensación de frescura que la vista de un barril levantado sobre sus pequeñas ruedas, produce en el ánimo de los soldados sedientos. Varios jinetes, unos apeados, otros sobre el caballo, se han adelantado y esperan sobre el camino, con paciencia cortés, a que les alcancen el jarro con que una mujer los sirve, entre palabras alegres.

Pegándose contra el alambre que cierra por un costado al camino, un niño va al tranco, golpeando con sus pequeños pies descalzos al petizo que monta. Nos mira desfilar, con ojos asombrados, con una lentitud que el lerdo petizo alarga hasta la angustia. De la multitud guerrera parten voces, saludándolo; ofreciéndole cambiar el caballo que se lleva del cabestro, por el suyo, que se va deteniendo, con apagados relinchos, entre las caballadas.

Lo envuelve la pesada nube de polvo en la que él entró, con una detenida sonrisa en los labios; lo achica la distancia en una vuelta en el llano. Y así nos separamos en el paisaje, él hacia el sur, la columna hacia el norte. Un pequeño punto oscuro en el alto; una alargada masa en el bajo, anunciándose en los relinchos, con puntas de sol entre la polvareda, sobre el caño de las armas.

Desde una casa próxima nos sale al encuentro un

muchacho. Llega preguntando por el Coronel, a quien alcanza en un alto del camino, junto a una pulpería.

—¿Qué andás haciendo?

—Vine buscándolo, Coronel.

—¿Y para qué, muchacho?

—Para acompañarlo. Yo también quiero ir.

—¿Te invitó alguien?

—No, señor. Estaba trabajando en aquella casa que se ve allá; de lejos ví venir a la Revolución, y le salí al encuentro.

—¿Tenés caballo y armas?

—No tengo nada; vine como pude.

El Coronel sonríe ante la decidida voluntad del muchacho, que nos mira como pidiéndonos que no lo dejemos.

—¿Y cómo vas a ir, entonces?

El se deja engañar por la broma y contesta, humilde y enérgico.

—Como usted quiera, Coronel.

El pulpero se ha acercado a estrechar la mano amiga del jefe revolucionario y sonríe, con la suficiencia de los años, oyendo el diálogo.

—¿No se anima, compañero, a prestarle unas garritas a este guerrero?

—¡Cómo no, Coronel! Tengo un recado pobre, pero que le va a servir.

Se da orden de que se le entregue un caballo; y el muchacho se aparta de nosotros, agradecido y feliz porque se le llevará en las filas.

—Si todos los que deben hacerlo salen, como este humilde muchacho, al encuentro de la Revolución, veremos cuánto valen las tropas gubernistas.

—Por desgracia creo que no va a ser así. Tengo la impresión de que ésto va a andar muy mal.

—Vd. estuvo últimamente con los dos jefes de la Revolución. ¿No estaba todo el país pronto, cuando dieron la orden?

—Me parece que ahí está la falla. Impresionan como si desconfiaran entre ellos, y se ocultaran intenciones. Yo fuí sorprendido por la orden del levantamiento, al salir del Brasil. Usted sabe a qué había ido.

—¿Muñoz le envió la orden?

—Sí; usted recuerda que siempre se nos dijo que de él nos vendría, pues sería el jefe inmediato nuestro y desde él nos llegaría más pronto y seguro el chasque.

—Así es, desde que se piensa en la Revolución. ¿Qué día recibió la orden de levantarnos?

—El jueves, como a las cinco de la mañana.

—Hoy ya es lunes; de modo que han tenido tiempo para trasmitirla a todo el país.

—La cuestión es que lo hayan hecho.

—No se justificaría otra cosa.

—Ya veremos. A mí se me aseguró que todo estaba dispuesto.

—Cerro Largo ha cumplido su palabra. Aquí va, sin faltar ninguno, tal como lo había prometido. Otros son los responsables de lo que ocurra en toda la República.

—Si los que mandan han hecho bien las cosas, el resultado puede sernos favorable.

—No sabemos nada de Montevideo.

—Anoche debió ser allí el pronunciamiento. Esta ausencia de enemigos que vamos notando...

—Puede ser un síntoma de que allá el Gobierno tambalea...

—Vamos a ver.

El anochecer está cayendo en la llanura por donde continúa avanzando la columna.

De las cañadas se empieza a levantar un aire frío que va librando a los cuerpos de la pesadez que el sol violento dejó en la frente y en las espaldas. A nuestra derecha, clarea en el cañadón una laguna donde se alzan las voces de los caballerizos, azuzando a los animales que se resisten a seguir, viendo el agua fresca y las gramillas húmedas.

—¿Marcharemos toda la noche?

—No; vamos despacio, haciendo tiempo para que nos alcancen Basilio, Antúnez y otros compañeros que faltan.

—La gente viene sin haber dormido casi.

—Cuando se haga la noche haremos alto.

La callada hora del campo ha levantado las voces de los hombres, que nos llegan desde las apartadas filas de la retaguardia. Delante nuestro el cielo se abre y se cierra sobre el grupo de los exploradores, en los altos y los bajos.

Desde una distancia ya perdida en la noche, relincha, celoso, un pastor al sentir los ecos de las caballadas llegarle hasta la tropilla que él domina y conduce.

En una cuchilla en donde se ha encendido un fogón, suena el balido de un ternero llamando a la madre, sorprendida por la noche lejos de la playa del corral.

Ya la brasa de un cigarro es una luz roja en el paisaje oscurecido.

Seguimos marchando, mientras la noche crece y se ahonda en las puntas de luz de las estrellas.

Encerrado entre altas cuchillas, se abre un llano por el que pasa una zanja cuya agua resplandece a trechos.

La columna hace alto; se ordena echar pié a tierra. Con el caballo por la rienda, unos soldados buscan algo con que improvisar un fogón para calentar el agua del mate; otros encienden fósforos entre las barrancas, buscando un paso para llenar las calderas; más allá, entre confusas formas apretadas, los cigarros se empeñan en cavar un pozo de luz en la oscuridad. No es más alto que el murmullo de los caballos pastando, el de los diálogos de los hombres.

Se encendió un fogón; después otro, otro... Son tantos como los escuadrones de la División en la que apenas si alguna risa se eleva venciendo al cansancio.

Mientras unos sorben el mate, otros van tendiendo los cojinillos sobre los pastos que el rocío ya ha mo-

jado. Los veteranos calientan el trozo de carne que levantaron del campamento; otros, sólo quieren dormir.

—Que no se desensille. Vamos a descansar con el caballo por la rienda.

Junto al automóvil en el que Montedónico conduce a nuestro pequeño parque, el Estado Mayor rodea al Coronel.

—¿No se animan a conseguirme un poco de agua?

—Yo se la traigo, Coronel—se ofrece Edmundo, que ocupa cerca nuestro el cargo de ayudante, con el grado de teniente.

Clarín está inquieto al sentir la proximidad de los demás caballos, que se cierran en círculo apretado sobre nosotros, sujetos del cabestro por los asistentes.

Los cigarros se han apagado, en la mano olvidados, cuando Edmundo vuelve, alumbrándose con una pequeña linterna.

—Aquí está el agua—dice en voz baja, inclinándose sobre nosotros, ya tendidos en los recados.

—Gracias, ya no la precisa. . .—bromeamos.—El Coronel se ha dormido.

En el círculo alejado que nos rodea, brillan y se apagan las lucecitas de los cigarros, señalando la altura de las cuchillas en las cuales las guardias cuidan el sueño del campamento.

CAPITULO V

¿HEMOS SIDO ABANDONADOS?

Nos hemos levantado con el día. La noche pesa aún sobre nuestros párpados, los hombros, las cansadas piernas.

Dormimos tirados sobre los cojinillos; de almohada la maleta; calzadas las botas; envueltos en el poncho de invierno.

No podemos precisar en los recuerdos, que libres asoman y se van de nuestra frente, si oímos o soñamos los relinchos cercanos, distantes, de los caballos en la noche; una voz preguntando, entre perdidos silencios: ¿consigue dormir?; el círculo rojo de un fogón, que no pueden apagar las pesadas sombras con que el cielo lo aprieta en el bajo; el sordo sonar de unas botas pasando casi junto a nuestra cabeza; la palabra dormida de Vicente, aquietando a Clarín.

Y cómo los recuerdos, las imágenes pasan, o están ante nuestros ojos; dispersas, incomunicadas, sobre el llano apretado, en el día recién amanecido. Ya montan unos sobre los caballos de inclinada cabeza, mientras otros aún permanecen tirados sobre el campo, cubierta la cara por el sombrero que los protegió del sereno de la noche y ahora de los ágiles rayos de luz que bajan de la cuchilla al llano, por los caminos de cristal del rocío; más allá, una rueda cerrada sobre un fogón, donde pasa el mate y suenan vivas palabras so-

bre un hombre acostado, como un tronco tirado, entre sus compañeros; Gino duerme aún, opreso por los cajones de munición que llenan el auto que ya en la clara hora, tiene tendida sobre los ojos dormidos del Coronel, una alargada sombra, como un trozo olvidado de la noche.

Las palabras se alzan; acláranse los rostros; se avivan los pasos; las manos ágiles van quitando del campo las manchas blancas y oscuras de los cojinillos y los ponchos; los fogones son pequeñas ruedas grises que las nerviosas patas de los caballos dispersan. Como entre las distancias escondidas de un monte, los amigos se llaman, y los jefes dan órdenes. Tira del cabestro un soldado a su caballo que se alejó en la noche buscando las tiernas gramillas y aún viene, lerdo, parándose para arrancar las altas matas; cuelga de la mano de otro un rebenque, suspendido de un círculo de luz.

Mientras los ayudantes ya galopan por el campo, todavía, aquel que nunca siente prisa, está con el caballo por la rienda; tendida en el suelo la carabina; el mate en una mano, la caldera en la otra; perdidos la mirada y el pensamiento en las cuchillas lejanas que la luz inunda.

Sobre el cansado cuerpo en el caballo al tranco, la mañana nos golpea, con los ligeros dedos de la brisa en la frente; de la luz en los ojos; de sus voces lejanas, que se agudizan en el canto del gallo de aquella casa blanca sobre la cuchilla. Y se nos adentra en el espíritu, en el que se anima el pensamiento, que ahora aviva un recuerdo, y otro, y repasa un juicio; amplio y claro como la luz del paisaje que vamos, con la marcha sonora y oscura de la columna, cortando.

—Coronel, si nos permite vamos a buscar caballos.

La orden se da, y bien pronto vemos desprenderse de la columna a un grupo de jinetes que enderezan el rumbo hacia un rincón del monte desde donde ha llegado el anuncio de un relincho.

Son apenas cinco, que marchan al principio al tranco, mientras arreglan las armas para que no los molesten en la carrera. Luego sueltan el galope en el llano; ya se dispersan, empequeñecidos en el plano inclinado de las laderas; suben la cuchilla, se recortan en el horizonte; ágiles, oscuros, son una pequeña bandada de pájaros en cuyas alas de pronto se aviva una punta de sol, o es un poncho de verano, sobre el caballo tordillo, una garza blanca que vuela, lenta, en el azul del cielo.

Las casas nos miran pasar y alejarnos, con los espejos iluminados de sus ventanas; agachados los ranchos a la sombra de los ombúes; cerradas las puertas de las pulperías, junto a las cuales sólo el palenque traza una recta negra en el suelo, que ninguna otra sombra apaga.

Dóranse los patios con las hojas secas que la noche volteó en ellos, olvidados en la crecida mañana por la sirvienta cuyo canto enmudeció el trote de nuestros baqueanos coronando la cuchilla; mugen las vacas de hinchada ubre junto a los corrales, donde permanecen aún sus hijos, con el sol tan alto, a la espera del peón que no llega; bajo el peso del yugo se adormece la quietud de los bueyes, en cuyos claros ojos se va cerrando el paisaje.

Vacíos el campo, el camino.

Sólo un viajero se cruzó con nosotros, y se alejó con el asombro de nuestra presencia guerrera, dejándonos la amargura de su noticia.

El día anterior, lunes, había salido y llegado, de Montevideo a Cerro Largo.

Casi toda la extensión del país, de una frontera a otra cruzó, y sólo allá en nuestros pagos le sorprendió la guerra. Los puentes de las carreteras permanecían intactos; las vías del ferrocarril, útiles. Nada detuvo al tren, ni vió interrumpido, en el largo trayecto, el trabajo de nadie.

Montevideo se inquietaba con rumores muy vagos so-

bre pronunciamientos revolucionarios; el Gobierno aprehendía a políticos conocidos y a ciudadanos de humilde actuación; se hablaba de nosotros sin saber cuántos éramos; ni dónde estábamos; ni qué armas teníamos.

Pero nada más.

En el sur funcionaban los teléfonos, telégrafos; los servicios públicos y privados, todos.

Y desde el atardecer del domingo anterior, ya los hombres de Cerro Largo se habían lanzado al campo y allí iban, desafiando a las poderosas fuerzas gubernistas.

¿Qué había ocurrido?

Mientras marchamos, en la mañana tan clara, el pensamiento ha perdido las palabras, ahuyentadas por una duda amarga.

Dos años hace que la Revolución se espera como el único camino posible por el cual salir de la injusticia y el oprobio en que ha caído el país; hemos creído en la unanimidad del movimiento de opinión que la hará estallar, y en la discreta capacidad de quienes la comandarán.

El Gobierno, tantas veces alarmado sin motivo por sus innúmeros espías, ha sido sorprendido por nuestro levantamiento. Nos explicamos su desconcierto de las primeras horas, y la falta de decisión de sus jefes para salir a descubrirnos y perseguirnos, ya, a más de cuarenta horas que estamos sobre las armas.

Pero, ¿y nuestros amigos?

Desde el 25 no hemos recibido una sola noticia de Montevideo ni de ningón otro punto del país. Este mismo departamento de Tacuarembó, por cuyo camino vamos avanzando, ¿ha sido conmovido por nuestros compañeros aquí residentes?

Y estamos viviendo las horas decisivas de las revoluciones; todo tiempo que pase sin que se pronuncie en la extensión del país la rebeldía, será favorable al

Gobierno, que podrá reponerse de la sorpresa que nosotros le habremos causado, distribuir su multiplicada vigilancia, y reunir a sus ejércitos para echarlos armados de todas las armas, sobre nosotros.

En el centro de la columna de Cerro Largo que va avanzando por el paisaje ondulado, vamos recordando palabras y gestos de los que, como nosotros, proclamaban la necesidad de la guerra.

¿Qué se habrá hecho de aquel incontenido entusiasmo de unos; qué, de las solemnes promesas de otros, de lanzarse a la calle a gritar su adhesión a los primeros que salieran al campo; qué de aquellas frases electrizadas de temeridad, que vibraban desde las tribunas políticas sobre la cabeza de las multitudes y arrebataban y lanzaban a los espíritus por los caminos sombreados de la emoción, azuzándolos como una espuela de fuego?

¿Dónde están ahora, los conductores de multitudes? ¿Y los de gesto huraño, palabra solemne, que el secreto terrible, sólo por ellos conocido, emociona; los que todo lo saben y lo callan, porque tienen la sagrada responsabilidad de lanzar a una sociedad al sacrificio para conquistar sus más altos destinos?

Los que conocen el genio del pueblo; los que tienen leales oídos en todos los cuarteles; los que no adoptan una divisa de clase, porque tienen el milagroso instrumento que une al fuego y al agua y con él llevarán del brazo, a morir por una misma libertad, al capitalista que mata al obrero en el taller, y al hijo de ese obrero, que agoniza de miseria; los prudentes, que siguen sirviendo a Terra y ocupando puestos públicos, con la heroica decisión de perderlo todo, pero sólo cuando haya sonado el primer disparo en el país, ¿estarán en estos momentos sitiando a Terra; acorralándolo en el cuartel de Bomberos?

¿Y los generales, y los coroneles, cuyos nombres se pronunciaban con emocionada voz por el hombre del

pueblo, que los creía dispuestos a ser el brazo viril que derribaría el árbol podrido de la Dictadura? Ellos, los que no hablaban, ni actuaban: los del gesto reconcentrado; dioses de puños erizados de rayos que en la hora de la Revolución lanzarían, terribles y únicos, sobre las atemorizadas fuerzas gubernistas. ¿Dónde están, con sus ejércitos libertadores?

Y mientras tanto, la División Cerro Largo va desenvolviendo lentamente los paisajes; vacíos, callados, sin otro viajero que aquel que dejó entre nosotros, con sus palabras, la semilla del primer desencanto.

Los ferro-carriles siguen turbando el silencio de los ríos, con el estrépito de sus llenas voces sobre los puentes; los autos apresan y extienden las distancias en las cintas desatadas de las carreteras; las palabras nerviosas de los generales de la Dictadura, pasan a lo largo de los hilos del telégrafo, de los que huyen en asustado vuelo las golondrinas.

Ni un chasque nos ha llegado; las cuchillas y las llanuras siguen sólo manchadas por la tranquila paz de los ganados, que un momento turban los galopes de nuestros jinetes arreando las caballadas.

No se trae de las casas que bordean el camino, un sólo hombre obligado a servir en aquella columna que va a la guerra, a través del sacrificio, a conquistar una justicia que será de todos; de los esforzados y de los indiferentes.

En ellas quedan, mirándonos pasar hacia la lucha o la muerte, los que dicen ser, tanto como nuestros humildes soldados, enemigos de la Dictadura.

Y tal vez lo sean; y acaso tan sinceramente como este anciano que va aquí, a nuestra espalda, narrando con voz alegre el recuerdo de su último pasaje por esta misma llanura, en los días tan lejanos de 1904.

La acción, cualquiera sea, tiene siempre un claro acento de sinceridad, que despoja al espíritu de los

confusos pliegues de las frases y los prejuicios ambientes.

Y una acción como ésta a que nos hemos lanzado, como el vuelo de un pájaro que el pampero abraza, sacude y lanza cerrándole los rumbos a la voluntad, a través de los cielos, sobre los campos, nos limpia el alma y así la lleva hasta los desnudos paisajes de la realidad, que sólo los ojos de una conciencia libre de gastadas palabras, pueden comprender bajo su cruda luz.

Realidad de lo más íntimo de nosotros mismos, que subirá a la frente y moverá nuestras palabras, brazos y piernas, más que toda palabra o discurso.

Realidad de los hechos que nuestra voluntad ya no podrá desviar; que romperá nuestros juicios que a ella se opongan y cumplirá sus leyes, indiferente a las de nuestro pensamiento si él se empeña en no percibirla y ordenarse como ella.

Tal vez nos espera el momento de comprender que no somos lo que quisimos ser, sino lo que somos, vencida toda voluntad; que los hechos no se suceden cómo y por qué nuestros deseos subjetivos los ordenan; sino con una mecánica propia que recién descubriremos.

Desde aquel atardecer en que nos despedimos de los pagos familiares, una mano ruda, indiferente a nuestros sueños, a nuestras esperanzas, sacude el columpio invisible y cierto que nos lleva y nos trae, entre los grandes términos de la vida y la muerte.

Detrás de aquella cuchilla puede estar, escondido para nosotros, insospechado cuando creíamos que la voluntad trazaba las rectas de nuestra vida, el pequeño punto desde el cual seremos lanzados tan alto, o arrojados tan hondo.

Dichosa frente a la que el viento del columpio sacude y aligera de todo egoísta pensamiento; ojos a los que el vértigo de flecha disparada en el arco invertido, borra los pequeños detalles, formas mezquinas, y

sólo deja ver las grandes orillas de los espacios insondables que el alma arrebatada presiente; oídos sin palabras, que sólo el viento del columpio llena con sus voces; piés sin caminos, sin rumbos, sin cansancios, levantados y agudos como una quilla, enderezada hacia el cielo, sin huellas.

Vuelo en un paisaje sin medidas; en un día sin horas; para el que sirve de cuerda donde asentar el alma una idea cualquiera, si es verdad en nosotros y sabe desatar en los oscuros senos del ser, los vientos de la pasión, emparedados por las duras piedras con que nuestros juicios, esclavos de los otros, van, día tras día, ajustando unas sobre otras.

Felices las almas capaces de saltar así, por encima de las pequeñas realidades y columpiarse en la total realidad, aunque la ruda mano que las sacude, las lance en un minuto a los abismos que sus piés orillean, y cuya presencia las angustia.

Así son las de los que van ahora por los campos de Tacuarembó; no importa cuales sean sus palabras, cultas o torpes, ni sus gestos. De los que siguen avanzando, aunque ningún chasque se acerque a decirles que el Gobierno se debilita ante la rebeldía de todo el país; que la Revolución, cuyo trozo son ellos, los espera en el sur, se les acerca en el norte; vengadora, justiciera.

En las casas del camino; en los pueblos; en las ciudades, quedarán los que tienen claras palabras para definir la virtud, juzgar el mal. Los que saben cuáles son los caminos de la justicia de los que por su falta se mueren, y no los toman. Los que saben que el sacrificio existe; y lo describen, y lo exaltan; y lo rehuyen. Los que se llenan la boca con el nombre de los muertos héroes, y sueñan con sus hazañas; pero se fatigan nada más que de mirar a un espíritu que ama y quiere vivir en el heroísmo. Los que admiran la generosidad, y la pagan con avaricia. Los que claman por un sueño que los liberte de un orden que les oscurece y mutila

la vida; y cuando lo tienen, se llevan las manos a los ojos, quemados por su luz. Los que tienen un ideal—es palabra de su lenguaje—y miran como se lo arrebatan o se esfuma en cercanos horizontes, y permanecen quietos, mudos, sin alzar los brazos para alcanzarlo, sin un grito desgarrado que lo llame. Los que dicen que fué grande Cristo, porque murió en la cruz; Dantón, a quien la guillotina cortó la cabeza, bosque de tempestades; Lenín, que estuvo en Siberia.

Y siembran el mundo de catedrales en que lo adoran; las plazas de monumentos; las tribunas de palabras.

Pero, mientras tanto, cuidan su empleo; la amistad del que puede; o embalsaman su amorcito, como un feto.

De éstos se sirven los tiranos—hombre, clase o prejuicio—más que de sus escribas, sus espías y sus ejércitos.

De aquéllos, todos los que esperan justicia; un mundo mejor.

La columna ha hecho un alto en el camino, sobre la cuchilla de Caraguatá.

Aunque son alegres las palabras y los gestos, en lo íntimo del espíritu de los oficiales está trabajando la tristeza por aquella falta de noticias en que vamos adentrándonos por el departamento de Tacuarembó.

En algunos, ya el descontento comienza a dictarles palabras que los sodados oyen, comentan y extienden por toda la División.

El Coronel ha quedado en una casa próxima, a nuestra espalda, en busca de noticias sobre lo que está ocurriendo en todo el país.

Nosotros nos hemos bajado del caballo y formado rueda en el escuadrón del Comandante Amestoy.

A cada instante se nos acerca un soldado:

—Mayor, yo no tengo tabaco.

Luego otro:

—Yo no tengo cojinillos.

Así vemos cómo aquellos cientos de hombres dispuestos a la muerte por realizar un país donde el hambre no aposente más a la tuberculosis en el hogar del obrero; donde las madres no tengan más lágrimas por los hijos asesinados por las balas de la Dictadura; donde el trabajo de todos no sea esclavizado por el capital de más allá de los mares al que Terra y los suyos sirven como todos los dictadores de Sud-América; éstos, que todo lo van a dar por conquistar la paz de todos, no tienen nada.

Y damos la orden de que se aprovisionen de lo indispensable en una pulpería cercana.

El Comandante Amestoy ordena al Capitán Isidoro Noblía que asegure el respeto al dueño del comercio y a su propiedad; mientras el Teniente Aníbal Artigas transmite a todos los escuadrones nuestra orden: Bajo la responsabilidad de cada comandante de escuadrón, se hará una lista de todo lo que sus hombres necesiten, y sea, exclusivamente, artículo preciso para los fines de la guerra. Todo cuanto en el comercic sea adquirido, debe ser documentado de acuerdo con los precios establecidos por su dueño, y firmado por el comerciante y el Capitán Noblía.

La cultura, la hombría de bien y el carácter del joven capitán revolucionario, aseguraban el fiel cumplimiento de la orden, que ningún soldado, espontáneamente, intentó desoír.

El cansancio; el hambre—no se ha comido desde la mañana del día anterior—; la falta del mate amargo que muchos, rendidos de sueño, no tuvieron tiempo de tomar en el campo donde acabamos de pasar la noche; y, más que todo, la carencia de noticias de lo que está ocurriendo en el país, han oscurecido los gestos, en la mañana tan clara.

Los capitanes con sus soldados forman grupos en donde el disgusto pone un acento duro en las pala-

bras; en otros, el desaliento dicta frases injustas que alguien oye y trasmite, abriendo brecha en la firme voluntad de todos por continuar la marcha.

Observamos con profunda tristeza cómo la disciplina amenaza resquebrajarse y la desilusión que todos padecen quiebra la voluntad de los más débiles, algunos de los cuales ya hablan del retorno a los pagos.

La mayor parte de los que forman la División Cerro Largo, no ha conocido nunca los continuados y duros trabajos de la guerra, ni los desencantos en la intimidad de la vida política.

Treinta años de paz en el país, han apagado las más fuertes potencias morales que las sucedidas guerras crearan en el espíritu de nuestros paisanos en el pasado.

Por otra parte, las necesidades económicas de cada uno; el aumento de la cultura ambiente, han hecho ya de estos hombres, conciencias despiertas que exigen saber hacia donde van, cómo y para qué.

Antes de que las necesidades de la guerra les hagan comprender, por los avisos del instinto de conservación, que la disciplina es el medio para lograr sus fines y salvar la vida de los más, no es posible dictarles órdenes que un soldado de cuartel obedece en cualquier tiempo, porque para eso ha sido deformada su psicología.

Sin embargo, el sentimiento espontáneo del deber, y el recuerdo del gobierno contra el cual estamos en lucha, ponen un límite a las palabras de protesta, y una valla al desencanto.

De pronto, en el cielo clarísimo, comienzan a resonar los potentes ecos de un avión; y los espíritus se distraen, mientras las miradas sondean los iluminados horizontes entre los que se repiten los resonantes ecos, como los de un insecto fantástico volando, aprisionado y jadeante, entre los curvados muros de la inmensa bóveda del cielo.

Una voz lo señala en el espacio, sobre la llanura donde se retuerce la curva obscura del Río Negro.

Avanza hacia nosotros en línea recta, veloz, con un rayo de luz levantado sobre su cuerpo gris, como una bandera.

Estamos sobre la curva más elevada del paisaje varios cientos de hombres; nuestras caballadas reunidas en los círculos que los caballerizos les forman; el auto que conduce a nuestro parque está, con sus cristales, haciendo un saludo de luz a las distancias, como en los ingenuos tiempos de los enamorados gauchos.

Todo hace creer que no dejará de descubrirnos la pupila de tan larga mirada del pájaro gris, que se acerca haciendo estremecerce al aire suave de la mañana.

Los rostros se alargan hacia la altura, mientras las manos nerviosas cogen las armas y suenan los cerrojos, aprestándolas para el ataque.

Atravesó el horizonte; cruzó sobre las sierras lejanas; voló sobre la línea oscura del río; la llanura es una pequeña plana que su velocidad abre y cierra en minutos. Sólo queda la cumbre de la cuchilla en la que estamos detenidos, limitando el paisaje bajo el cielo cuyo silencio turba el pájaro de alas rígidas que ya vemos tendidas hacia nosotros.

Pero de pronto describe una curva, que el sol vuelve una raja de luz en el aire azul, y se aleja como atraído por la sugestión de las ondulaciones del monte del Río Negro.

Estos modernos exploradores de las fuerzas gubernistas, van ya dos días que nos buscan incesantemente, sin poder señalar nuestros rumbos en los campos abiertos por los cuales avanzamos al tranco, mientras sus policías nos huyen.

Campamos al descubierto; tendemos nuestros escuadrones avanzados, en las cuchillas; seguimos por los caminos públicos, formados en compacta columna; y estos aviadores gubernistas que desde hace dos años

no hacen otra cosa que inquietar la paz de los campos con el trepidar de sus máquinas, todavía no han podido precisar ni nuestra ubicación, ni nuestra marcha.

Es que según la mentalidad torpe de quienes los dirigen, o la de ellos mismos, sólo nos buscan a lo largo de los grandes montes de los ríos; y éso mismo, volando a una altura que les confunde una tropa de ganado con un campamento revolucionario, y les hace bombardearla.

Todo porque en la mañana del lunes, uno de ellos creyó atemorizar a nuestros hombres amenazándolos desde la impunidad de una altura que calculó mal, y fué ahuyentado por las balas revolucionarias.

Desde entonces hasta el final de la guerra, los heroicos aviadores gubernistas tendrán la cautela de arrojar sobre los campamentos rebeldes sus potentes bombas, desde una altura que los pondrá a cubierto del más lejano riesgo de una respuesta.

¡Gallardos y temerarios hombres jóvenes, al servicio de una dictadura; éstos son los héroes únicos que los generales gubernistas han encontrado para salir a mirar, desde tan alto como las nubes, a la Revolución que les cruza los campos, que ellos abandonan sin siquiera desplegar ante nosotros sus guerrillas.

Continuamos avanzando al encuentro de Basilio Muñoz, sin alejarnos del camino público por el que va Montedónico conduciendo en el auto a nuestro parque. Lo acompaña Gino, quien aún no se ha repuesto del cansancio del viaje desde Guazú-Nambí.

Nuestra mirada va fija en el auto donde los amigos se nos adelantan; se nos pierden en los bajos; se hunden en las cuevas de las laderas donde el camino toma un rumbo contrario al nuestro; o sólo sabemos de su marcha por los ecos del motor entre los montes de eucaliptos que sombrean las casas.

En aquel auto va todo cuanto tenemos, después de

la munición que lleva cada soldado, y conducido por uno de los hombres más esforzados y capaces de la División Cerro Largo. El que durante los dos años de angustias, optimismos y desengaños de la preparación revolucionaria, siempre fué el mismo;sereno, incansable; sin gestos de alardes, ni muecas de vencimientos. Cuyas huellas cuidan desde entonces los policías a la puerta de su casa en Melo, y las pierden siempre en el primer camino; que no había conocido hasta entonces, más que el trabajo y el estudio, y por lealtad a la República conoció luego con nosotros la cárcel, el peso de una acusación criminal; los viajes más largos que el término de las lunas en la curva del cielo; los más graves secretos y más arriesgadas empresas entre los círculos que la policía estrechaba sobre sus pasos. Y nunca tuvo fatiga, ni reproche; ni palabras imprudente; ni obstáculos que detuvieran sus viajes; ni caminos para su voluntad desconocidos; ni miedo.

Todo ello sencillamente, en las horas robadas al descanso, para volver al día siguiente a Melo, — sin haber dormido, ni haberse alimentado siquiera, — y dejarse ver por los torpes ojos policiales, distraído en el más tranquilo trabajo.

El conduce nuestro parque, esperanza de todos en la lucha.Y se lleva por las curvas del camino, la mirada de todos los hombres de la Divición Cerro Largo por que, más que por la munición que carga, a los paisanos inquieta la posibilidad de cualquier sorpresa que nos arrebatara a aquel hombre ciudadano que mueve la admiración y el afecto de todos con su lealtad y audacia, probadas cien veces con la más bella de las serenidades.

El aire se quiebra en incontables cristales de luz que hieren los ojos, mientras el sol de la mañana avanzada aplasta el poncho de verano sobre las espaldas.

Las zanjas que encontramos al paso, nos ofrecen un

agua turbia y caliente que nos pesa en el estómago y no apaga la sed.

El cansancio ha extendido el silencio en la columna y en las caballadas que van, dispersas, a sus flancos, hacia la retaguardia.

Coronamos una cuchilla; el Río Negro está ante nuestra vista.

Por la dilitada llanura sus anchísimos montes oscurecen el paisaje bajo la luz derramada del sol sobre los campos. En una de sus curvas, se adelanta hacia nosotros un ancho pajonal; en otra, espaciados grupos de espinillos avanzados sobre la llanura; un collar de cuchillas levanta bajo el inmenso cielo una casa rosada entre el verde oscuro de los eucaliptos, y nos oculta el horizonte por donde el Río Negro sigue alargando sus montes hacia el oeste.

La presencia del río; la quietud de los campos; la ausencia de caballos en toda la extensión que nuestros jinetes, desprendidos en busca de ellos, recorren; la soledad del camino, inquietan el ánimo de nuestros hombres.

Comienzan entonces a llegar los partes de algunos escuadrones: hacia la derecha se ha visto a unos jinetes alejarse al galope, buscando el monte; desde la retaguardia divisaron a otros, apeados en la curva de una cuchilla, como atentos bomberos vigilando nuestra marcha; junto a aquella casa lejana se ve levantarse el humo de varios fogones.

La inquietud mueve palabras nerviosas o bromas alegres en los labios; hinca las espuelas en los ijares del caballo y aliviana su tranco; repite los partes que llegan al Estado Mayor obligando a un continuo galope a nuestros ayudantes que recorren la columna, suben las cuchillas, sondean los claros paisajes, y vuelven a nosotros sin haber podido descubrir las novedades que se anuncian.

Mientras tanto la División avanza hacia el Río Ne-

gro que está allí, visibles ya las manos alzadas de sus palmeras sobre el inmenso semicírculo que describe su monte a nuestro alrededor, y que nuestra marcha va cerrando sobre nosotros.

En sus senos pueden estar aguardándonos los enemigos cuyas huellas no hemos hallado desde la noche del levantamiento.

Estamos en los límites de Tacuarembó, Cerro Largo y Durazno; tres departamentos sede, cada uno de ellos, de una jefatura de zona militar.

Tal vez hallemos allí, en el repiqueteo de las ametralladoras multiplicándose sobre las quietas aguas de las lagunas bajo los espinillos, la razón de la prolongada ausencia de las tropas gubernistas; de los vuelos de los aviones por los cielos que cubrían nuestras marchas.

Aunque la inquietud de muchos continúa repitiendo los partes de alarma, el Coronel sigue impasible, sin creer en ellos.

En la vanguardia, a corta distancia de nosotros, los comandantes Amestoy y Muñoz van rayando con sus siluetas, el tranco perezoso del caballo, el rumbo de la columna que los baqueanos van punteando sobre la llanura.

—¿Qué le parece esta ausencia de enemigos, Coronel?

—Es muy extraña. Quién sabe lo que está pasando en el Sur. Tal vez se hayan pronunciado los regimientos que se decían comprometidos; y si Montevideo se ha inquietado, es probable que el Gobierno no tenga fuerzas ni coraje para hacernos atacar. De todos modos, lo que está ocurriendo prueba que, a pesar de todas las precauciones gubernistas, la revolución ha podido contar con más de cuarenta y ocho horas para pronunciarse y organizarse.

—Esta misma lentitud en las fuerzas del Gobierno se observó en 1904 y 1910. Mientras no forman un ejército dotado de todos los instrumentos de guerra, no son

capaces de salir al campo. Trescientos revolucionarios sin armas, sin munición, sin contacto con ninguna otra fuerza amiga, se atreven a lanzarse al campo sembrado de enemigos y avanzar hacia sus objetivos decidida. audazmente. Pero trescientos hombres de un regimiento dotado de todas las armas, sabiendo lo que está ocurriendo en el país; con bases de operaciones hacia las cuales replegarse rápidamente en cualquier caso, o de las cuales recibir prontos refuerzos; con aviones que les sirven de descubiertas en el trayecto que se proponen hacer, son incapaces, aún así, de arriesgarse a salir en busca de la Revolución. Esta es la ventaja indudable que en las primeras horas de los sucesos tienen los revolucionarios sobre el Gobierno, y que la experiencia anterior comprueba.

—Por desgracia, parece que esa ventaja no ha sido aprovechada por los nuestros. ¿No le extraña esta soledad en que vamos marchando? Ni un chasque, ni noticias de levantamientos aquí, en Tacuarembó...

—¿En dónde estará actuando el jefe militar del batllismo? No sabemos nada de él.

—Desde que salí del Brasil, me inquieta profundamente la falta de armonía que me pareció ver entre los dos jefes militares de la Revolución.

La presencia de dos jinetes empequeñecidos por la altura distante, interrumpe nuestro diálogo, mientras el Coronel los señala y nos dice:

—¿No son dos hombres a caballo, aquellos que se ven allá, en la cuchilla? Mírelos con sus gemelos.

Los poderosos lentes nos acercan las imágenes de dos hombres, uno apeado, otro sobre el caballo, que observan la llanura por la cual va avanzando la columna. No podemos precisar bien, si es un reflejo del sol sobre la cabezada del recado, sobre el pasador de una estribera o sobre la vaina de un sable, la línea de luz que vemos temblar junto al que permanece montado.

Ahora se han reunido de tal modo, que la distancia

confunde sus formas con las de una alta piedra en el camino, o con un pequeño árbol. Están sobre el punto más alto de la curva; la cabeza sobre el horizonte; a sus espaldas se presiente la llanura envuelta por los anchísimos montes del río.

—Son dos, Coronel.

—¿Serán paisanos?

—Tienen ropas oscuras. A esta hora, con un sol tan fuerte, es raro que no se vea blanquear la camisa de ninguno de ellos. Por el bajo, a la izquierda, se acercan otros, galopando.

—Esos son nuestros; más atrás vienen los compañeros formando ronda a una tropilla.

—Es verdad; ahora los vemos. Estos dos siguen inmóviles, dándonos el frente de sus caballos, disimulando sus siluetas. Tiembla un rayo de sol al costado de uno.

—Está bien; mándelos descubrir.

Cuando cinco de nuestros jinetes se desprendieron de la columna galopando hacia ellos, los que permanecían en la altura abrieron un claro de luz entre sus caballos y emprendieron la fuga hacia el horizonte caído detrás de la cuchilla.

Los ojos de todos continuaron puestos en aquellas formas veloces de los nuestros, abiertos en semicírculo, en persecución de los dos puntos oscuros que parecían volar por la línea curvada del paisaje, hacia el monte del río.

Así, hasta que unos se perdieron, y los nuestros, desesperanzados de alcanzarlos, volvieron hacia nosotros.

—No pudimos rodearlos. — Dijo el que los mandaba. — Pero creemos que son bomberos del Gobierno; los dos eran policías.

La presencia de aquellos bomberos observándonos desde la cuchilla que nos ocultaba el campo cerrado por el monte; su huída en dirección a la margen del río y sobre el punto por donde nosotros debíamos atra-

vesarlo, terminaron por inquietar el espíritu de la División con la posibilidad de una cercana sorpresa, aguardándonos en aquel círculo de montes y cuchillas que nuestra marcha estrechaba cada vez más sobre nosotros.

Transmitiéndose por los labios de los más impacientes, llegaban hasta el Estado Mayor las noticias de los signos de la presencia del enemigo: a nuestra derecha; a nuestra izquierda; a la retaguardia.

De una casa en un alto, se vió claramente salir a cuatro jinetes galopando hacia el monte; otro viene marchando en línea paralela a la columna, perdiendo su silueta en el macizo oscuro de los árboles, en cuyas islas avanzadas entra y sale.

Un parte llega de la retaguardia: El enemigo está a la vista. Por la orilla del monte; en la dirección en que huyeron los bomberos, se ve adelantar gente conduciendo una caballada, como si tuvieran la intención de ocuparnos el Paso.

El Coronel, irritado ya por la insistencia de la alarma y en vista de la seriedad del capitán que envía un parte tan concreto, nos ordena, enérgico:

—Vaya Vd. mismo, Mayor; tome unos tiradores y descubra y ocupe el Paso. Llévese al compañero Coutiño, que es baqueano, y si no encuentran novedad en el Paso, atraviéselo y busque el lugar conveniente para campar la División.

Ya levantando en la rienda al ágil caballo zaino que montamos, preguntamos aún:

—¿Vd. cree posible que encontremos cerca al General Muñoz?

—El General debe estar más adelante, ya sobre Durazno, pero en este mismo rumbo. Interrogue a los vecinos, a ver si sabemos la hora en que pasó por aquí y qué dirección llevaba.

Llamamos de entre los ayudantes al Capitán Jacinto Mujica; pedimos seis tiradores a la vanguardia que

marcha bajo las órdenes del Comandante Muñoz, y partimos hacia el monte del río, que aun está distante de la cuchilla que el galope de nuestros caballos vuelve sonora.

Mientras el viento de la carrera agita el poncho de verano y nos hace flamear las puntas del pañuelo sobre el rostro, el pensamiento se sorprende ante la inusitada alegría que se ha levantado en nuestro ánimo.

Bello el galope del caballo que nos lleva, firme, por la llanura abierta; una íntima simpatía nos une a los compañeros que vienen detrás nuestro entre alegres redobles de cascos sobre el piso de la cuchilla... ¡Qué grandes el cielo, el campo y el silencio sobre el monte hacia el cual corremos para descubrir qué guarda su seno!

A nuestra derecha galopa el Capitán Jacinto Mujica; guapo entre los guapos, en la memoria de los pagos. Su nombre ya está envuelto por los tules vagos de la leyenda: atravesando los temores que la fama extendía alrededor de su figura, Jacinto Mujica buscó al célebre matrero Martín Aquino y le rodeó una noche en un rancho. Frente a frente; a cada disparo saltando hacia el rectángulo de luz donde el matrero asomaba, lo venció en brava lucha; tirándose casi al alcance de la mano.

En cerrado semicírculo detrás nuestro, las cabezas de los caballos de los seis soldados quieren adelantarse, unas a las otras, impulsadas por la decidida voluntad de los jinetes.

El viento del galope en la llanura, no sólo nos tira para atrás el flotante poncho de verano y los blancos banderines del pañuelo; una vida toda de paciente modelar de un espíritu; las más tenaces esperanzas a través de los años; la más pesada amargura, caída sobre los ojos más que los párpados volteados por el cansancio, oscureciéndonos la claridad del mundo; lenguaje de una cultura, con su sensibilidad y sus juicios; aventado

todo en el campo abierto, por el galope del caballo veloz y enardecido.

¿Es esto un sentimiento atávico, o simplemente un prejuicio actuando en el espíritu, a pesar de nuestra atenta voluntad? ¿Llegaremos así, con esta desnuda alegría hasta el momento decisivo? ¿O debajo de ella está aguardando un sentimiento que ha de saltar a nuestros ojos, tirará de la rienda deteniendo la carrera, y pondrá un gesto en nuestros labios, que nuestra vergüenza ya no olvidará jamás?

¿Qué oculta, para nuestra serenidad en la acción, este poncho cuyas puntas el viento agita en torno nuestro como un ágil pensamiento, y este sombrero que apenas sentimos sobre la frente? ¿Cómo será el valor? ¿Y el miedo?

Mientras tanto, el redoble se ha ensordecido en las gramillas; ya algunos árboles nos manchan con fugitivas sombras; el silencio se ahonda; los horizontes se apoyan en las copas iluminadas de los espinillos.

El campo se ha reducido a pequeños círculos que se abren y cierran entre los grupos de árboles, a cada trecho más compactos, que nuestros compañeros, en línea abierta, registran.

De pronto dos de los nuestros asoman por el sendero del camino por donde avanzamos, trayendo un prisionero.

Es un hombre joven; de aspecto ciudadano; al que el sol del verano ha enrojecido el pálido rostro.

—Mayor: este hombre trae un parte del General Muñoz.

El desconocido nos grita en voz alta, tanto que los soldados le oyen, la noticia desconcertante:

—El General Muñoz disolvió ayer a su gente en el Cordobés, y ordenó que nos entregáramos con nuestras armas. Aquí traigo una carta para Isidoro Noblía, que da fe de mis palabras.

—¿Quién es Vd.?

—Un voluntario de la Revolución. Estaba entre los hombres que el General ordenó volver a su casa.

—¿Dónde está el General?

—Yo creo que a estas horas él mismo se ha entregado. La Revolución fracasó.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El lo dijo.

—¿Fué después de algún combate desgraciado?

—No hemos visto a las fuerzas gubernistas. Parece que lo desilusionó no hallar los contingentes revolucionarios que esperaba.

Leemos la carta que el desconocido nos entregó y que firmaba una persona cuyo nombre nos era extraño; en ella se confirmaba la veracidad de la noticia que acabábamos de oír.

—¿Quién es este hombre que firma aquí?

—El comerciante que vive del otro lado del Paso de Pereira.

—¿Vd. no se encontró con algunos de ésos que vienen por la orilla del monte arreando una caballada?

—Los vi de lejos: no sé quiénes son, ni de qué gente. ¿Noblía viene con Vds.?

—Es Capitán del escuadrón del Comandante Amestoy. Acompañen a este señor hasta alcanzar al Coronel. Díganle que nosotros ya vamos llegando al Paso; que le dejaremos allí las novedades recogidas en los interrogatorios y continuaremos en busca de campamento sobre el Cordobés.

Ya se apartaban nuestros caballos, cuando aun preguntamos:

—¿Esa noticia nos la trae por orden del General Muñoz?

—No señor; digo lo que oí.

Se ensombrecieron los rostros de todos los que continuábamos internándonos en el monte del Río Negro, cuyas lagunas ya veíamos brillar bajo el sol del mediodía.

—Qué le parece, Mayor? — Nos preguntó Mujica.

—Puede ser un desertor, Capitán, que necesita justificarse.

—No parece.

—Es verdad; no parece.

Y al silencio lo llenaron los ecos de los caballos sobre el piso del camino cayendo al Paso de Pereira.

Sentimos sobre nosotros las miradas de los compañeros, como interrogándonos. Deseosos de defenderlos de la desilusión que la noticia debe haber producido en ellos, como en nosotros, comentamos en alta voz:

—Todos los que huyeron del campo de pelea en la batalla de Arbolito, cuando la guerra del 97, llegaron a Melo asegurando que habían visto morir a Muniz en la carga a lanza que produjo el entrevero. Y era Muniz quien había lanceado a dos, y vencido en la acción. Nadie confiesa que huye sólo de susto.

—Pero este hombre no parecía asustado.

Mujica expresa la convicción de todos, que nuestra palabra no ha podido hacer vacilar.

Sobre las barrancas del Paso nos desviamos hasta una casa donde nos reciben con mirada nerviosa sus dueños.

Blanca la piel; los labios rojos; graciosa elegancia del vestido y dulce la timidez con que sus manos oprimen nerviosamente el brazo del esposo; de una belleza tierna, el rostro, de grandes ojos negros, que el temor ilumina, la joven señora es para nuestro espíritu como una inusitada imagen de la ciudad que trae a la frente un melancólico recuerdo.

Mientras nuestros hombres sorben ávidamente el agua fresca que se les alcanza, sentimos que aquellos dos seres que preguntan nuestros nombres y nos hablan con tranquila sonrisa, viven felices en su amor escondido al margen del camino, en la paz encerrada en el seno del monte, bajo el cielo profundo. Y sin que nos lo confesemos, nos quitamos el sombrero al hablar-

les; dulcificamos el gesto y la voz, para que nuestra presencia guerrera no turbe ni un instante aquella emoción recogida bajo los enormes espinillos florecidos.

Muy vagas eran las noticias que podían darnos sobre Basilio Muñoz. Apenas si nos aseguraban que el día anterior, lunes, creían haberlo reconocido cuando pasó por aquel mismo camino que nosotros llevábamos, viajero aún en un auto. En cuanto a la afirmación de que había desistido del propósito revolucionario, conocían el rumor, sin poder precisar su veracidad. Cierto era, también, que en todo el contorno, apenas si la guerra había hecho su aparición con la presencia de algunos revolucionarios viajando por el camino.

Volvemos a marchar hacia el Paso de Pereira, por el cual cruzamos al departamento de Cerro Largo.

Al salir del seno de las barrancas, por las que el Río Negro inunda el campo en sus crecientes, llegamos a la pulpería cuyo dueño escribiera la carta que portaba el revolucionario detenido por nosotros.

Interrogado minuciosamente, apenas si puede ampliarnos las noticias desalentadoras que veníamos recogiendo. Pero todo nos induce a creer que el General Muñoz no ha logrado reunir el ejército revolucionario que todos esperábamos, y que, acaso decepcionado, ha desistido de dirigir en aquella zona a la Revolución.

Interrogábamos aún al comerciante, cuando nuestros tiradores detienen a dos paisanos que galopaban por el camino de Cerro Largo, y en la dirección que traía la caballada vista por nosotros. Sabemos por ellos que son soldados de uno de los hermanos Saravia, y que aquellos caballos están destinados a servir a esos compañeros, que se están organizando para plegarse a Basilio Muñoz. Dicen haber visto la mañana anterior al general revolucionario, y no ser ciertas las noticias que se nos han transmitido.

—Mayor: voy en una comisión urgentísima del Coronel ante el General Muñoz, y necesito un buen caba-

llo. — Nos grita al acercársenos el teniente Rufino Noblía.

—¿Vd. recibió la orden del Coronel cuando él ya había recibido nuestro último parte y un prisionero?

—Sí, Mayor. Conocía por mí esa novedad. Anoche estuve cerca del bañado en donde ahora se encuentra el General. Ha disuelto a su gente y sólo esperará tres días más; si al cabo de ellos no recibe ninguna incorporación apreciable, se entregará a la policía.

—Hágale entregar ese caballo que va de tiro, Capitán Mujica. ¿El Coronel insiste en marchar en busca de Muñoz, Teniente?

—Llevo orden de decir al General que el Coronel va marchando a su encuentro con quinientos hombres. Le pide que no se entregue, que nosotros lo acompañaremos hasta quemar el último cartucho.

—¿Espera todavía encontrar al General?

—Sé dónde está, y ahora, con este caballo que Vd. da a mi baqueano, vamos bien montados.

Poco después volvíamos a partir al galope rumbo a los montes del Cordobés, más de una legua distantes, en busca de campamento para la División.

Por la llanura de la Cañada de los Tres Hermanos ya corren nuestros carneadores conduciendo el ganado por el rumbo que nuestra marcha les va señalando.

Pesa el sol de la tarde sobre los hombros, el cansancio en los muslos; el calor reseca la garganta; el sueño quiere voltear los párpados que la tenaz voluntad levanta.

No hemos comido desde la mañana del día anterior; ni siquiera probado un mate. Y hemos marchado sin cesar, apenas tirándonos una parte de la noche sobre el duro suelo del campo, sin más cama que los cojinillos.

La amargura que nos producen aquellas noticias sobre Muñoz, abate el espíritu; entonces el cansancio del

cuerpo se apodera del pensamiento al que la voluntad ya no dirige.

A nuestro lado pasa, galopante, iluminado de alegre decisión el rostro, Rufino Noblía, acompañado de su baqueano.

—¡Hasta la vista, Mayor!

—¡Que sea feliz, Teniente!

En la cansada mirada nos queda la imagen de aquel joven compañero, adelantando al firme galope, en la hora que para nosotros se ha llenado de dudas.

¡Qué larga la llanura para nuestro cansancio; el fuerte sol de la tarde seca y renueva el sudor sobre las paletas del caballo, y vuelve húmedas las riendas en las manos.

—Allí está el Paso del Gordo, sobre el Cordobés. ¿Vamos a campar en él?

—¿Hay buenas aguadas y sombra?

—Son un poco escasas.

—Corte entonces el alambre; vamos a buscar arroyo abajo.

Un largo mugido que la sangre ahoga; el grito cansado de un hombre; un silbido; dispersión de colores rojos, blancos, entre los azulados árboles distantes; multiplicados ecos alejándose por la llanura; jadear de muerte en el pecho de una vaca, con un arco de encendidos rubíes volcándolos sobre el campo verde; un relincho. Allí se está fijando el campamento, mientras la mancha oscura de nuestro caballo nada por la blancura iluminada del arroyo.

Lejos, la División Cerro Largo, lenta, empequeñecida bajo los grandes arcos de los horizontes que la gran llanura aleja, continúa avanzando hasta el rincón sombreado de la Isla de los Muertos, donde ya empieza a levantarse la línea recta y gris del primer fogón encendido.

CAPITULO VI

AL ENCUENTRO DE BASILIO MUÑOZ

Mientras el campamento se va tendiendo a la orilla del monte, se dispersan las caballadas, ávidas por la llanura, entre los grandes círculos que los caballerizos les forman, y pasan soldados con trozos de carne sangrante hacia los fogones ya encendidos, juzgamos con el Coronel la situación en que nos hallamos.

Ya era para nosotros cierto, que el país no se había pronunciado por la Revolución, con la entidad y energía que habíamos esperado.

Los viajeros detenidos en el camino; los pulperos; los dueños de las estancias, cuyas radios captaban las ondas de las transmisoras argentinas, ninguno había podido decirnos una sola y segura palabra sobre lo que estaba ocurriendo en la República.

Y ya había pasado la hora de la expectativa esperanzada. El Gobierno habría dispuesto de tiempo suficiente para ahogar, antes de pronunciarse, cualquier tentativa en la Capital. Ahora podría lanzar sus ejércitos sobre nosotros y mantener su dominio en el Sur con las fuerzas policiales, reforzadas con los contingentes que le proporcionara la leva.

Aquel plan de acciones por sorpresa y decisivas, por el cual sacrificamos nuestro criterio de agitación de los elementos populares, ya estaba fracasado, y del modo más absoluto.

Sólo quedaba la esperanza de una conmoción general y espontánea en el país, que nuestra presencia armada pudiera provocar.

Pero nosotros no creíamos en ella; como tampoco creímos nunca en la eficacia revolucionaria de la técnica de organización y propaganda, adoptada por quienes tenían la dirección del movimiento.

Los directores políticos de los partidos revolucionarios, inducidos por el noble propósito de no dispersar ni amenguar las fuerzas de la Revolución, actuaban sobre un punto muerto de la psicología popular, que decretaba de antemano la debilidad del movimiento.

Su punto de partida. para razonar, era de un carácter puramente político. Caían en el error de creer que debía contarse como revolucionario activo, a todo aquel que repudiaba a la Dictadura.

De ahí tenía que surgir, necesariamente y sobre todo en lo que a las ciudades se refiere, un equivocado optimismo. que produciría aquel desengaño que estábamos padeciendo.

Al espíritu de liberalismo político de nuestra sociedad, repugna unánimemente la dictadura de Terra, por lo que tiene de despótica, policíaca y brutal.

Esta es la certidumbre, ajustada a la realidad, de la mayoría de los directores políticos de la oposición.

Un gobierno así repudiado, manchando con la sagre de Brum, Grauert y Sanguineti, no puede perdurar.

Caerá por la propia descomposición de sus fuerzas; mercenarias, no sólo en los que visten uniforme policial o militar, sino también en los que llevan toga o la túnica del médico.

También es esto exacto, aunque nuestros juicios sean dispares en cuanto a la apreciación de las causas.

Pero de estas comprobaciones de una certera lógica, no puede deducirse, necesariamente, que las masas sociales de un modo unánime, estén dispuestas a luchar para que el gobierno vuelva a manos de los partidos

de la oposición, con sus métodos y hombres anteriores a la Dictadura.

Aquellas comprobaciones, sólo inducen al juicio a afirmar que el pueblo es contrario al Gobierno. No, que sea partidario de la Revolución; tal y cómo deben entenderse las disposiciones del espíritu público, para una lucha de ese carácter.

Eran necesarias directivas claras y precisas.

¿Para quiénes se hacía la Revolución? ¿Con qué fines?

¿Por la libertad, exclusivamente?

La Dictadura señalaba, en cuanto le fué posible, claramente el camino.

Se apoyó en la policía; en el ejército; en los grandes terratenientes; en las empresas extranjeras; en los dueños de la banca; en la iglesia; fuerzas todas de la reacción en lo político, lo económico y lo moral.

Cierto es que llevó en su seno, y como una precaución necesaria en los primeros instantes, para ocultar las orejas de lobo con el gorro frigio de la democracia política,—prestigiosa a los ojos de un pueblo educado desde hacía treinta años en el concepto de que él era el dueño de su destino,—una porción extraña al conjunto, encabezada por el Dr. Alberto Demichelli.

Este mismo Dr. Demichelli, que después de haber sido Ministro de Policía de la dictadura, nos enteramos ahora en el destierro, que acaba de ser baleado alevosamente por Francisco Ghigliani, a quien la víctima acusa de haberlo pretendido asesinar por la espalda.

La demagogía de Demichelli, ya estaba de más en la legión de camisas negras que Ghigliani va sacando a lucir en la arena pública.

Y pretendieron matarlo, con la misma saña y un poco menos de la impunidad, con que la tiranía, que él sirvió, mató en su tiempo, a Graner y Sanguineti.

Pero la Dictadura es consecuente consigo misma, porque obedece a sus leyes de origen.

La oposición, en cambio, titubea y se llama neutral en un grave conflicto entre el capital y el trabajo, que Terra, como era lógico, decide a favor del primero. Ataca al Ministro de Policía, y llena las páginas de sus diarios con fotografías de los comisarios que matan a cualquier infeliz; y se conmueve, y proclama el heroísmo y desinterés de esos mercenarios brutales, porque caen bajo las balas de un asaltante, no más delincuente que ellos. Habla en voz baja del ejército, y no la levanta para abrir delante de él, el abismo que separa el campo de los servidores de la sociedad, del de los pretorianos que la traicionan. Saluda con frases de júbilo a los terratenientes, que llegan en trenes expresos a Montevideo, a reunirse en congreso y reclamar de Terra el oro que les hurta, y olvida que ésos que ahora protestan pidiendo más oro, son los mismos que rodearon al dictador en potencia, cuando gritaba contra el gobierno constitucional, "¡no más impuestos!"

¿Qué brazos serán, pues, los que empuñen las armas?

¿Sobre qué base social se levantaría el gobierno de una revolución triunfante?

Dos años hace que lo estamos preguntando, los integrantes de la "Agrupación Batllista Avanzar"; intentando, desde el seno del Partido, clarificar el ambiente y proponiendo las nítidas líneas de una política de izquierda que nos quite, sí, dudosos concursos; pero que nos dé la adhesión que los hombres precisan sentir para arrojarse al sacrificio, hasta la muerte.

Pero la tremenda lección de los prolegómenos del golpe de Marzo, no ha sido aún suficiente experiencia para algunos de los que se afanan por encauzar las corrientes y los movimientos de la opinión pública.

Al contrario; no han faltado quienes, en una incomprensible regresión mental,—ante hechos de una tan clara objetivación como han sido los fenómenos so-

ciales que produjeron y ambientan a la Dictadura— hablen de la necesidad de dar a la oposición un fervor místico o espiritualista.

Productos de una cultura elemental, juzgan algunos grandes movimietos de la Humanidad como impulsados por el tono sentimental de sus tribunos, y no advierten, a través de las palabras, formas de superficies, las profundas aguas que mueven a los pueblos en su incesante afán de liberación total sobre esta tierra.

Fácil es caer en esa posición mental, al político de cultura mediocre, improvisada sobre las páginas de los periódicos; además, ella le presta un tono patético a los discursos con que él conmueve la frágil sensiblería de la gente.

¡Espíritu puro!; proclaman como la primera necesidad revolucionaria, mientras Terra se sostiene con el apoyo de los grandes ricos de fuera y dentro del país, y los trabajadores nuestros y la clase media, se asfixian de miseria.

¿Pero puede un pueblo, avanzar hacia la conquista de su justiciero destino, a través de la muerte, confiado en los éxtasis sentimentales o en los gestos histéricos de sus tribunos?

Su instinto, alerta por la necesidad, lo defiende invariablemente.

Pero por desdicha, todavía en nuestro país es difícil discutir ideas y métodos, sin que se grite que se está atacando a un hombre. De este modo se mezclan y confunden los problemas, y se esteriliza lo mejor del razonamiento.

Frente a esas fuerzas sin definición precisa, levantamos nuestra palabra, adelantándonos a señalar los peligros en los cuales tan pronto cayó el frente opositor.

Fuimos desoídos o vencidos, cuantas veces intentamos dar a la lucha, categóricas definiciones en materia económica y social.

Y sin embargo, estamos allí, en el campamento revolucionario. No porque hubiéramos creído en el triunfo de un plan militar que no conocíamos; pero sí porque creímos, y seguimos creyendo, que sólo con una conmoción de esa violencia, podrían empezar a determinarse claramente los campos de la lucha; caerían muchos inocentes optimismos, y la realidad de los hechos hablaría a los hombres con una elocuencia que no halló nuestra palabra en los debates.

Por otra parte la guerra, cualquiera fuese su intensidad, serviría para descubrir ante los ojos del pueblo, la íntima incapacidad del poder de Terra, y para valorar con exactitud, la eficacia de las fuerzas en que se apoyaba.

Pero no eran éstos, los pensamientos que entonces ocupaban a los soldados de la División Cerro Largo, mientras junto a los fogones el mate continuaba sus lentos círculos, y chorreaba la grasa de los asados.

En todos ellos los rostros eran graves; las palabras inquietas.

Alguien nos traje la novedad de que el Mulato Ferreira no podía contener ya a su escuadrón, dispuesto a regresar a su pago.

—Esa intención se extiende, Coronel, por todo el campamento. El hombre que detuvimos en el paso, nos enteró en voz alta de la dispersión de la gente del General Muñoz, y nuestros tiradores lo oyeron. Alguien debe haberlo repetido en la columna, abatiendo su ánimo.

—¿No le parece que sería bueno llamar a los oficiales y plantearles la realidad de nuestra situación?

—¿Para determinar su actitud de acuerdo con el resultado de esa entrevista?

—No, eso no. Mi actitud está resuelta; mientras haya un hombre que quiera encabezar la Revolución, yo seré un soldado a sus órdenes.

—Donde quiera que usted vaya, iremos nosotros. ¿Nos reuniremos antes de acostarnos esta tarde?

—¿No le parece mejor, en seguida de churrasquear?

—Como usted orden. Creemos, sí, que debemos intentar detener el desaliento que se va extendiendo por los fogones.

Ya empezaban los soldados a tender sus recados para el sueño, cuando los oficiales comenzaron a llegar a nuestro fogón.

A nuestra espalda los altos mimbres y sauces sombreaban la Isla de los Muertos; una pequeña corriente de agua separábala del campo llano en que estaba tendida la División Cerro Largo.

El sol de la tarde pesaba sobre el paisaje abierto y silencioso. En la sombra de los árboles de la isla, el suelo estaba húmedo bajo los viejos gajos caídos en el piso de arena; cruzábanse enredaderas espinosas que herían los brazos desnudos de los que iban llegando; resbalaban las botas en las barrancas de greda, o en el tronco mojado de un sauce, tendido como un rústico puente sobre el agua; en la copa de un árbol el canto de una paloma acompasaba al tiempo.

Los rostros tienen el cansancio de las marchas y la gravedad del momento que todos comprenden; algunos llevan el pecho desnudo, en donde el sudor es gotas doradas; otros tienen puesto el poncho de verano, remangada la camisa, en la nuca el sombrero. Las palabras lentas y escasas, como los gestos que el sueño apaga.

Un ayudante guarda la entrada a la isla donde los oficiales comienzan a sentarse en círculo que el Coronel inicia.

Un leve promontorio de arena; un tronco caído; un trecho de ceñida sombra; un sauce en el cual recostar la espalda, parecen muelles poltronas que los oficiales se ofrecen, corteses.

El mate amargo ya está en la rueda; los cigarros encendidos; el silencio es atento.

Es el Coronel quien habla:

—Sé que corre por la División el rumor de que el General Muñoz ha abandonado la guerra antes dé iniciarla.

—Así es;—dice uno, llenando el breve silencio.

—Pues bien; hemos querido llamarlos a ustedes, compañeros, para que sepan por nosotros mismos, la verdad de la situación.

Mientras unos clavan la mirada en los labios que hablan, otros húndenla en la arena del piso o entornan los párpados, como si quisieran alejar toda imagen que distrajera al pensamiento en acecho.

—El Mayor detuvo en el Paso de Pereira a un hombre que traía, en efecto, la noticia de que el General había resuelto abandonar a la Revolución. Por su parte el teniente Rufino Noblía, nos ha trasmitido idéntica novedad. Todo hace creer que la actitud atribuída al General sea, en cierto grado, cierta. Supongo que las condiciones en que ha debido realizar su entrada al país, lo obligaron a no esperarnos en la Cuchilla de Caraguatá, de donde salimos esta mañana; y no hemos recibido ningún chasque suyo, indicándonos su rumbo, que yo creo sea éste que traemos. Por mi parte, desde Pereira le he enviado al teniente Noblía, para que lo busque y le pida que no dé todo por perdido mientras no se incorpore a nuestras fuerzas, que continúan marchando hacia él, dispuestas a cualquier esfuerzo. No tenemos ninguna noticia de lo que ha ocurrido en Montevideo ni en los demás puntos del país; no conocemos la actitud de los regimientos con cuya adhesión se contaba, ni la del jefe militar de nuestro Partido, a quien vi últimamente en la frontera. Pero estamos, recién, a dos días del levantamiento; las comunicaciones son difíciles, y aún pueden producirse o haberse producido, acontecimientos que ignoramos.

Por nuestra parte, el Mayor y yo, estamos dispuestos a seguir en lo que consideramos el cumplimiento de nuestro deber; mientras haya una esperanza, no de triunfo pero sí de lucha, continuaremos en pié de guerra. Pero nos parece indudable, que el gran levantamiento que esperábamos en todo el país durante las primeras veinticuatro horas, no se ha producido. En cuanto a mí, ustedes saben bien que no soy un caudillo, ni tengo conocimientos militares para ser el Jefe de ustedes.

Considerando estos hechos, he resuelto dárselos a conocer y decirles que, desde este momento, quedan ustedes desligados del compromiso de acompañarme en la guerra, con el que me han honrado tanto.

Nunca me he sentido jefe, si no el amigo que los acompaña en una lucha por una idea que nos es común. Acepten mi gratitud por eso.

Se hizo un grave silencio en la rueda, donde sonaban, lentas, las emocionadas palabras. Difícil era, a través de los gestos reconcentrados, conocer los pensamientos que iban por las frentes inclinadas.

La voz fina del Comandante Amestoy, levantó de nuevos las miradas de todos:

—¿Usted ha dicho, Coronel, que con el General Muñoz, o sin él, continuará la guerra?

—Mientras tengamos quien nos acompañe, seguiremos la lucha.

—Entonces, para mí, aquí todo está resuelto: con uno, o con cien, entre los que lo acompañen a usted me contará.

—Muchas gracias, Comandante. Pero insisto en pedirles que consideren la situación que les hemos planteado, y mi incapacidad para dirigir la campaña. Por mi parte, ofrezco mi obediencia al jefe que ustedes nombren aquí.

—No tenemos nada que cambiar. En todas las revoluciones a las que he ido, situaciones parecidas a es-

ta se han planteado, sin culpa de nadie... Además, nuestro deber no es vencer, sinó luchar.

El Mayor Silvino González, habló:

—¿Usted cree que podremos comunicarnos con el General?

—Le he mandado dos chasques.

—¿No les parece entonces, que es prudente esperar a su incorporación para resolver la actitud definitiva?

—Si pedí esta reunión, fué también, porque me preocupaba la idea de que alguien pudiera sospechar que ha sido por mí engañado.

—De usted no se tiene, ni se tendrá nunca, esa duda, Coronel.

Las palabras enérgicas de González, expresaron el leal sentimiento de todos, que las comentaron en unánime y grave afirmación.

El diálogo se dispersó entonces entre palabras amargas y promesas varoniles de aquellos hombres en cuyo ánimo más fuerte era la voluntad que el desaliento.

Aislados de toda comunicación; habiendo atravesado largas distancias entre la indiferencia de los que miraban con ojos curiosos a los que iban a sacrificarse por el interés del país; desarmados casi; ante la tremenda realidad del fracaso, los hombres de Cerro Largo, campesinos, ciudadanos, renovaban la vieja tradición de sus pagos, de sus nombres, en aquel apretado círculo bajo los sauces de la Isla de los Muertos.

—¿Marcharemos esta noche?

—Cuando se ponga el sol.

—Hay tiempo, entonces, para dormir un rato...

Nos pusimos todos de pié.

Dignos; severos; más fuertes que el cansancio y la desilusión, los oficiales se quitaron los sombreros, y dijeron:

—A sus órdenes, Coronel.

La emocionada gratitud puso un temblor en las palabras de Exequiel Silveira al contestarles:

—Gracias. Hasta luego.

Y por el tronco mojado, tendido como un puente entre las barrancas, fuéronse alejando los oficiales, mientras nosotros nos tendíamos sobre el recado.

—¿Piensa dormir?

—Todavía es temprano; diga a los ayudantes que pueden hacer lo mismo.

El sombrero puesto sobre los ojos, nos apagó la radiante luz de la tarde en el campo.

—¡Qué lejos relincha ese caballo!...

—No se les puede despertar...

Todavía oímos decir al asistente, contestando a una voz cuyas palabras el sueño no nos dejó oír.

* * *

—...Mayor...

¿La estamos oyendo, o es una perdida palabra que la conciencia retuvo cuando ya el sueño nos apagaba las voces del campamento?

—...Mayor...

¿Quién habla así? ¿A quién llama? ¿Dónde estamos, para oír este zumbido de mangangaes junto a la cara?... Debe ir naciendo el día; por esa rendija se ve clarear la luz afuera... Todavía hay tiempo para dormir unas horas... El cuerpo está caído, todo pesado, en el sueño; entornando los párpados, volveremos a dormirnos en seguida....

—...Mayor... Mayor...

¿De quién es ésa voz? ¿Por qué nos habla así, si queremos dormir? ¿Dónde está el que nos llama? ¡Ah, nos hemos tendido en el recado; nos pesan los pies, con las botas calzadas...

La palabra cruel que nos ha arrancado del sueño, nos continúa hablando, indiferente:

—Aquí hay un hombre que quiere hablar con el Coronel.

Ahora comprendemos todo: el Capitán Jacinto Mu-

jica es quien nos habla; a su lado, de pié, un hombre de cabeza encanecida, con vestidos de rico del campo, nos mira con curiosidad. Es un tipo altanero, con la altanería del que no ha hecho otra cosa en su vida, que mandar a otros hombres tiene en los labios la huella violenta de las palabras arbitrarias y la mirada impertinente en sus pequeños ojos ensombrecidos por las cejas negras y abundosas.

—¿Quién es usted?

El nos dice su nombre, como si fuese una noble y augusta jerarquía que ha de impresionarnos.

—¿Qué quiere de nosotros?

—De usted, nada; quiero hablar con el Coronel Silveira.

Comprendíamos que aquel rico nos juzgaba inferiores a él; bastaba vernos la modestia de nuestras ropas; acaso nos miraba como a malhechores lanzados a conmover una paz en la cual él era un poder absoluto y despótico.

A él le molestaba, por su parte, la somnolienta indiferencia con que le hablábamos.

Despertamos al Coronel, a quien el desconocido se acercó, ya con el gesto desdoblado en una intención amable.

El diálogo fué breve; alejóse uno por el campamento, mientras el jefe revolucionario se volvía para sentarse en nuestro fogón, donde el mate ayudábanos a alejar el sueño.

Un jinete se detuvo frente a nosotros; sudoroso el caballo, alegre la expresión.

La noticia que aquel hombre nos trajo, cambió de súbito la materia de nuestros pensamientos y deshizo la rueda de la cual se levantaron los ayudantes y asistentes, para impartir órdenes y ensillar nuestros caballos. El General Muñoz, alcanzado por nuestros chasques, pedía un escuadrón de cincuenta de los nuestros

para proteger su marcha, y enviaba la dirección en que debía moverse inmediatamente la columna.

Estábamos a pocas leguas de distancia suya, y él debía incorporársenos esa misma noche.

Por la llanura abierta frente al monte; bajo las alargadas sombras de los sauces; desde el seno ya oscurecido de la isla, se alzaban las voces alegres de los soldados a quienes la noticia de la cercanía del General, espoleaba de alegría el espíritu.

El Mayor Silvino González recibió la honrosa orden de partir de entre nosotros en busca de Muñoz.

Vestido de pantalón ciudadano; con un modesto saquito blanco; el pañuelo anudado al cuello, sin ostentación; el sombrero sin divisa; suaves las líneas del rostro que la mirada de los ojos azules dulcifica; apagada la voz con que pronuncia casi para sí mismo las breves palabras, el jefe revolucionario semeja un paciente y sosegado hombre de oficina que ve pasar los días de su vida apacible, mientras llena las páginas blancas de sus libros con una letrita redonda, clara y pulcra.

Quien le viera sentado en el fogón, silencioso entre la charla de los amigos: sin sable que cuelgue de su cintura, ni distintivo alguno de su jerarquía, no creyera en él las bizarras cualidades de guerrillero que la fama en el pago le atribuía y que sus hechos en nuestra campaña no desmintieron jamás.

El chasque no sabe decirnos si el General Muñoz corre riesgo de ser atacado por las fuerzas gubernistas, ni cuántos son los soldados con que lo encontraremos. Pero aquella prisa con que se pide la protección y nuestra marcha inmediata, hacen pensar en que el peligro amenaza de muy cerca al jefe revolucionario.

González recibió de nuestros labios la orden, sin un gesto, ni pregunta; como un viejo soldado. Así iba a cumplirla; sin alarde ni flaqueza.

La tarde está cayendo detrás de los árboles de la is-

la, que alargan livianas sombras sobre la llanura donde se inquietan las caballadas.

Los fogones van achicando sus columnas de humo, mientras los hombres cruzan entre ellos; con el bozal en la mano, unos; tironeando el caballo que aún intenta arrancar los mojados pastos de las barrancas, otros atan a los tientos del recado la caldera, o cortan de los asadores un trozo de carne aún tibia, que aprietan entre los cojinillos.

Pasa una brisa fresca que aligera el cansancio y levanta las voces.

Los oficiales, ya sobre el caballo, vienen y van constantemente trasmitiendo las novedades al Coronel, a quien sigue con aire soberbio, aquel viejo rico que no oculta su gesto hostil ante el paso de nuestros hombres.

Un paisano humilde lo ha reconocido y se acerca al viejo, humillado el gesto, en la mano el sombrero, saludándolo.

El lo mira desdeñoso, sin apartar las manos del bolsillo, y le detiene con la impertinente pregunta:

—¿Vos quién sos?

La inesperada grosería de aquella pregunta, detiene en los labios del humilde la sonrisa del afecto y deja su mano quieta y extendida delante del otro, como esperando la limosna de un apretón cordial.

Aquella escena, tantas veces vista por nosotros en los campos del país, reproducida ahora en medio del campamento revolucionario, nos lastima el espíritu como a una cicatriz que groseras manos maltrataran hasta sangrar.

En la desnudez del campamento, la presencia de aquellas jerarquías odiosas humillando los más delicados sentimientos de aquel hombre humilde, que ha creído en una igual amistad entre un pobre y un rico, muéstranos cuán hondo ha enraizado la injusticia entre los hombres nuestros, y nos avergüenza el tolerarlo ante nuestros ojos. Sentimos en nosotros herida la dignidad

humana, y no vacilamos ni detenemos la violencia del gesto y la palabra con que nos dirigimos al viejo soberbio:

—¿Qué espera usted aquí, todavía?

El se sorprende ante el tono de agresión con que lo tratamos y cruza por su mirada el pensamiento de sospecha de que acaso su libertad o tranquilidad dependan de nosotros.

—¿Está usted pronto, compañero, para marchar?—decimos, dulcificando la voz, al paisano, que nos mira extrañado.

—El Coronel quedó de hacerme devolver tres yeguas que el ejército sacó de mi campo—nos contesta el rico.

—¿Ya no le dijeron que puede llevarlas; qué hace aún aquí?

El Coronel nos ha oído y quiere atenuar la dureza de nuestra actitud, diciéndole:

—Vaya, amigo; vaya a que le entreguen sus yeguas, y déjenos tranquilos.

—Coronel, estamos por marchar y este hombre ha oído sus órdenes. Permítanos tomar con él, las medidas necesarias.

—¿Qué piensa hacer, Mayor?—nos pregunta el jefe, sonriendo.

—¿No vió usted cómo ha humillado a este trabajador que va a jugarse la vida para conquistar una paz que va a aprovechar a este soberbio? Viene a llorar unas yeguas, entre hombres que todo lo dan para que él goce de los frutos de sus sacrificios.

—Tiene razón; pero déjelo. Que no salga a decir que en nuestro campamento ha sido maltratado.

—Usted manda, Coronel; pero no pienso como usted. De hombres como éste, se ha servido la Dictadura.

—Este es más estúpido que malo.

—Porque siempre ha contado con el poder del dinero, para serlo.

La presencia del Mayor González que se ha detenido

frente a nosotros, pronto ya su escuadrón, interrumpe el diálogo.

No se sabe qué palabra ni noticia, ha puesto en todos los rostros un silencio grave.

Tal vez la precipitación con que se ha ordenado la marcha, cuando apenas se había logrado dormir una hora, ha hecho creer que el enemigo está cerca y que aquellos compañeros que González comanda, van a su encuentro.

Ya iniciaban ellos la marcha, cuando el Coronel llama a su hijo, el que lleva su nombre, y le ordena formar en la fila que sigue al caballo del Mayor. Ante aquella actitud, le preguntamos:

—¿Usted cree que pelearán?

—La urgencia con que el General pide la protección, me hace pensar eso. Que vaya, pues, mi hijo entre los primeros.

—¿Qué rumbo tomaremos?

—Por Pablo Páez y costas del Cordobés.

—¿A qué hora quiere marchar?

—Cuando esté pronta la columna.

Montedónico está transportando nuestro parque para un carro, pues se ha comprobado la imposibilidad de continuar con el auto.

Ya no quedan caballos en las sogas, y los que pacían diseminados por las llanuras, se enfilan y aprietan bajo los silbidos de sus conductores.

Algunos jinetes sorben aún el mate, formando rueda apoyados en la carabina o en el cuello inclinado de los caballos. De las ramas de los sauces van descolgándose las maletas; las matas de carqueja vuelven a levantarse, libres del peso de los ponchos que se van arrollando y sujetando en los tientos de los recados. Nuestro asistente ensilla para nosotros un nervioso y pequeño tordillo, mientras Clarín pace, distraído, junto a un suce en cuyo tronco se anuda su maneador.

Los escuadrones comienzan a alinearse; pasan alegres palabras entre órdenes breves.

Ya son los fogones círculos grises, punteados de rojo, sobre el campo ensombrecido.

Más fuerte que los voces de los hombres, que los relinchos, es el silencio que la tardecita está volcando en el paisaje, bajo la mojada luz del lucero tan alto.

El Coronel ya anda con su caballo rosillo por la rienda; con sus vestidos negros, el viejo rico es una sombra que le sigue.

—La columna está a caballo.

—Diga al Comandante Amestoy que ocupe la vanguardia; al Capitán Rebollo la retaguardia, con órdenes expresas de no dejar que nadie se retrase en la marcha.

Cuando trasmitimos al Comandante la orden recibida, advirtiéndole que marchábamos al encuentro del General y que no se descartaba la posibilidad de hallar, antes, al enemigo, el guerrillero nos contestó, sin intentar ocultarnos su sobria emoción:

—Cumpliré la orden, agradecido al honor que se me hace señalándome este puesto, en estas circunstancias.

La delgada figura erguida sobre el caballo; el gesto grave; el acento emocionado; la palabra caballeresca, eran como una imagen de los viejos romances, rediviva ante nuestros ojos, bajo el arco inmenso de la noche llegando.

—¿Marchamos?

—Sí, Comandante.

La División comenzó a desfilar lentamente; a su izquierda, la Isla de los Muertos; a su derecha, la mancha oscura de las caballadas interrumpiendo la llanura.

Ya montaba el Coronel, cuando le oímos alzar la voz enojada:

—¡No me moleste más, amigo! ¿Usted cree que estamos aquí para ocuparnos de sus yeguas? ¡Lléveselas, y no aburra!

De al lado suyo se alejó, lenta y sola, la figura del rico hasta detenerse y quedar, como un mojón de sombra, en el campo abierto.

—Lo cansó el hombre... — bromeamos, cuando ya íbamos en medio de la columna.

—¡Caramba; toda la tarde aburriendo por tres yeguas y cuando se le entregaron, pretendiendo que se las llevasen hasta su estancia.

—Nos confundió con sus peones. El hombre está acostumbrado a mandar, y no cree que una Revolución pueda arrancarle ese privilegio.

Un soldado se acerca para decirnos con voz jovial:

—Aquí viene este hombre, que se vuelve ciego cuando cae la tardecita.

A su lado venía un paisano que comentó la frase con palabras temblándole de enojo:

—Sí señor; me vuelvo ciego cuanto cái el sol. Naides me crée, y yo digo la verdá.

—¡Ciego, ¿y con un caballo de tiro? Se le va a perder, compañero.

—Usté tampoco me crée y se ríe. Pero yo puedo aprobar que soy tan revolucionario como cualisquiera otro; sí señor. Pero de noche...

—Bueno; métalo entre la fila. No sea cosa que se caiga en una zanja, o el caballo que lleva de tiro lo desvíe para la querencia.

—¡Mire, Coronel... yo le puedo aprobar... de noche!...

Ya no le oíamos más; el suelo se había vuelto sonoro en el claro del corredor alambrado.

Avanzábamos por el departamento de Cerro Largo, costeando el arroyo Cordobés hacia el sur.

La noche estaba oscura y fría. Ibamos al tranco y en silencio. El espíritu oscilaba entre la alegría de ir al encuentro de Basilio Muñoz, y la amargura producida por la desobediencia de casi todo el escuadrón del Mulato Ferreira; aquellos con quienes montamos a ca-

ballo en el primer campamento de Guazú Nambí. Ya en marcha la columna, se habían negado a incorporárseños, y desde su campamento cercano al Paso de Pereira, se disponían a regresar a sus pagos.

El estado moral de la División, quebrantado por la certidumbre de que la inmensa mayoría del país continuaba en paz, hubiera vuelto muy peligrosa cualquier actitud enérgica que se hubiese adoptado para obligarlos a continuar entre nosotros.

Pero ese hecho podía ser un síntoma grave de mayores deserciones.

La presencia de Amestoy en la vanguardia, era una garantía de que por allí no habrían de producirse.

El Coronel, seguido de algunos ayudantes, fué a colocarse junto al capitán Rebollo, cuyo escuadrón cerraba la marcha, mientras nosotros vigilábamos el centro de la columna.

Una caballada se había adelantado y avanzaba a nuestro flanco, bajo las voces lentas y alargadas de los caballerizos. Sobre el silencio de los hombres, pasaban los relinchos; en el bajo, en el alto, jalonando el espacio que la columna iba ocupando y dejando.

De pronto, casi pegándose contra los alambres que cerraban el camino, cruzaba un jinete al galope flameando sobre la sombra de sus formas, la más ténue del poncho de verano, visible bajo la luz de las estrellas.

—¡Refrescó la noche!

—Seña de seca; tanto calor de día y frío de noche...

—¿El General trae mucha gente?

—Parece que no.

Entre las pesadas sombras deslizándose con lentitud en la noche, se alargaba el chasquido vibrante de un alambrado al cortarse; se avivaban las puntitas rojas de los cigarros.

—¡De vuelta, compañero, que erra el camino!

—¡A la izquierda, compadre!

—¡No peche, pues!...

Se sintió un rebenque golpear sobre el anca de un caballo, y una voz enojada:

—¡Abríte, pues!

—¡No me peche, ¿no vé que soy ciego?

—¡Ciego, y en la Revolución ¿Venís pa cantor?

—Soy tan revolucionario como usté; ya le digo, pues!

—Ta bien, compadre. Pero la Revolución va pa acá, y usté le va errando el rumbo.

—¡Echelo por delante si no obedece, compañero; y cuídelo en los portillos — rezongó una voz enérgica.

—¿Por qué me trata así?

—¡Marchá, marchá, desgraciao!

—¿Qué pasa ahí? — dijimos, en voz más alta que el redoblar de los caballos sobre la cuchilla.

—Aquí va un ciego muy raro: con caballo de tiro y en todos los portillos el hombre erra la senda y busca pa la querencia.

La explicación irónica tornó a enojar al otro, que alzó su voz para replicarle:

—Buscando la querencia no, ¿sabe? Son ustedes, que me van rempujando.

—¿Dónde va su escuadrón?—le preguntamos.

—Yo no sé; no veo nada.

—Desde hoy viene sentando pa atrás—explicó el otro.

—Sentando, no. Si no veo, ¿qué querés que haga?

—Pero se te aclara la vista en los portillos.

—Será el caballo...

—¿Quién manda en esta caballada?—preguntamos, para cortar el diálogo de aquellas dos voces en que una estaba a punto de reir, y la otra se empañaba con el principio del llanto.

—Soy yo, Mayor; ordene — nos gritó la voz conocida de Reboledo.

—Haga marchar a ese hombre adentro de la caballada; échelo por delante.

—¿Por qué me hace éso, si soy un voluntario?

—Para su tranquilidad, compañero; así no se pierde. Y sáquenle el caballo que lleva de tiro.

—¡Bueno, marchá, marchá!

Todavía entre los multiplicados ecos de los cascos y los relinchos de los caballos asustados, sentimos la voz del extraño ciego:

—¡No me peche, pués... soy un voluntario!...

Nos distrajo la noche, tan honda y luminosa.

La llanura nos enviaba una brisa fría, que hizo decir a Rufino:

—Parece que vamos a tener que echar mano a los ponchos de invierno.

Debía ser ya tarde; ni un fogón en el campo, la aguja de luz de las Tres Marías, bajaba por la esfera azul del cielo.

Fuéronse acallando los relinchos; cerca nuestro, a la espalda, sentíamos crujir las ruedas del carro del parque. A veces distinguíamos claramente la voz de Montedónico:

—Altooo... siiiga...

—Va a salir la luna.

—¿Usted crée?

—Ya hace mucho que venimos caminando. ¿No ve aquel resplandor atrás del monte?

—Parece. Llevo los piés fríos.

—¿Quiere un trago de caña? ¿Para los piés?

—Siempre es bueno...

Desde la retaguardia se acercaba el galope de dos jinetes; cuando pasaron frente a nosotros, reconocimos al Coronel, que nos dijo:

—Allá en el bajo se ven venir unos autos.

Desviamos nuestro caballo de las filas de la columna y lo pusimos al galope hasta alcanzar al jefe, seguídos por el Estado Mayor.

—Debe ser el General;—nos dijo.

—¿Viene en auto?

—Tal vez. Ahora se distinguen claramente.

Vamos dejando a nuestra espalda los escuadrones que marchan alineados de a tres, comentando con alto murmullo extendido a lo largo de la columna, la presencia de aquellas luces en la llanura.

—¿Van muy adelante sus descubiertas?

—Deben ir ya por el bajo, Coronel—contesta Amestoy cuando ya nos adelantábamos a la vanguardia.

Las luces lejanas se van acercando con lentitud, describiendo una ancha curva en el llano. De pronto se apagan, vuelven a encenderse, como si estuvieran con alguien comunicándose con esa simple telegrafía.

Debemos ir entrando a un bañado; el piso se ensordece y los caballos galopan resoplantes y medrosos.

A nuestra izquierda se levanta y corre a lo largo del silencio, el sonoro latigazo de un alambrado al caer; como un eco, respóndele el que cierra por la derecha el camino.

Delante nuestro sentimos abrirse el sordo galope de la descubierta, cuyas sombras parecen flotar en la noche.

Los focos de un auto son como una espada de luz que corta la copa de los árboles y el pajonal que ellos hacen visible en la llanura; jadean los motores con pesados ecos que se van rebotando en el silencio.

Otra franja de luz sorprende a un jinete galopando en las sombras; lo arranca de ellas, y parece levantarlo sobre el piso iluminado, flotante el poncho cuyas puntas esconde la noche. Ya lo deja, y se extiende como una angosta y alargada llanura por cuyas orillas galopan las sombras de los guerreros.

Más alta que el eco de los motores, suena una voz enérgica:

—¡Haga alto!

Se ensordecen los autos y apagan sus luces, mientras sentimos el brusco sofrenar de los caballos de la descubierta, y una voz que al primer grito contesta, como un eco:

—¡Haga alto!

Y suenan los cerrojos de las armas; la luz de un auto se ha encendido y su claridad se va por el campo.

En el silencio, nuestros caballos continúan marcando el compás del galope, con sus narices resoplantes.

—¡Viva la Revolución!

—¡Viva la Revolución!

—¿Quién vive?

—El General Muñoz.

—La División Cerro Largo.

Aquellas palabras enérgicas y viriles despiertan nuestra emoción, que se aviva en los ojos, aligera la frente y levanta la mano que con la rienda tensa, arquea el cuello del caballo.

Se encienden de nuevo las luces y vemos andar por ellas a varios hombres vestidos con traje de campaña, que se adelantan y estrechan la mano a nuestros tiradores formados en abierto círculo, con la cabeza descubierta. Reconocemos la figura alta, voluminosa, del Comandante Nicolás Muñoz.

¿Y aquel otro, bajo, ágil; vestido con una casaca de cazador, pantalón de montar y altas botas; con sombrero de corcho; cruzado el pecho por la mancha negra de unos gemelos de campaña, quién es?

Detrás suyo forman círculo cuatro hombres jóvenes, de rostros ciudadanos.

Desde nuestro caballo, nos parece más pequeño y menudo aquel que se lleva al sombrero la mano enguantada, y pregunta con una vocecita cordial y nerviosa:

—¿Y el Coronel Silveira?

—A sus órdenes, General — contesta desde al lado nuestro Exequiel, cuando ya desmontaba y extendía sus brazos hacia los del General Muñoz, cuyo rostro inquieto, de ojitos vivísimos, parece ensancharse en una sonrisa leal.

Echamos pié a tierra y formamos en el grupo a la espera de que el Coronel nos presente. Al oír nuestro

nombre, el viejo General que ya nos estrechaba la mano, echó hacia atrás el busto, paseó su mirada alegre y punzante por todo nuestro cuerpo, y nos tendió los brazos con un gesto de vieja amistad:

—Estaba seguro de encontrarlo en la Revolución.

—Muchas gracias — contestamos con la satisfacción que nos produce aquella anticipada certidumbre sobre nuestra conducta en semejantes circunstancias.

Le acompañan sus hijos Alberto y Basilio, Juan Falcón y Fares Marexiano; hombres ciudadanos, dominados por la alegre impaciencia de ir estrechando las manos amigas de los oficiales y soldados de Cerro Largo, que van llegando y desmontando junto a los autos.

Alguien dió un grito que fué como un toque de clarín repetido a lo largo de la columna, levantando ecos cada vez más potentes que rompieron el silencio y turbaron la noche. Como si aquellas palabras fueran por el llano, la cuchilla, el bajo, rebotando en las almas escondidas en las sombras y levantándolas en una enardecida afirmación viril:

—¡Viva la Libertad! ¡Viva el General Muñoz!

Así iba el grito hasta no ser ya, en la oscurecida distancia más que una alargada voz sin palabras que unos labios lejanos levantaban, y la brisa llevaba hasta tenderla en el campo.

Pero de pronto, más lejos, otras almas lo recogían y lo alzaban de nuevo, como una voz del silencio curvado por la tierra y el cielo. Parecía abatirse sobre las cabezas; recogíanlo otros labios más cerca, y tornaban a lanzar las palabras hacia las estrellas. Y así volvía a nosotros; ondulando, cayendo; levantándose; como las sucedidas curvas con que las cuchillas sobre nuestras llanuras se van, más allá de la vista, por el iluminado paisaje bajo el cielo.

.. La presencia de Basilio Muñoz ha levantado esas palabras; banderas desplegadas que la brisa agita sobre las cabezas.

Por el campo alejado se sintió acercarse el sordo redoblar de un galope, como ensordecidos tambores que vinieran a lo largo de la columna dando órdenes viriles o saludos de camaradas, a los que contestaban las voces de nuestros hombres:

—¡Viva la Revolución! ¡Viva la División Cerro Largo!

En el círculo tajeado de sombra y luz que se apretaba a nuestra espalda resoplaron sorprendidos los caballos; chocaron con las botas las carabinas; se oyen frases de bienvenida y apagadas risas; pies que se sueltan ágiles del estribo y pisan el suelo como al final de un salto; galope que una mano firme clava en la tierra.

Volvimos hacia allí la mirada en el instante en que avanzaba entre los trozos iluminados de rostros y ponchos de los que estaban apeados, y pechos de caballos, el busto del coronel Basilio Antúnez, cubierto por un poncho gris y en su rostro encanecido un gesto de alegría irreprimible.

—¡A sus órdenes, mi General! — dijo, quitándose el sombrero y dejando al descubierto la frente tostada de sol bajo la cabellera cana que la luz del auto convertía en un blanco resplandor.

¡Vieja estampa del país, que aquel rayo de luz arrancaba de la noche del campo sobre una abandonada huella del camino, como de las sombras de los tiempos de nuestra historia olvidada!

Basilio Muñoz, Exequiel Silveira, Basilio Antúnez; suave, rudo, ingenuo; caudillos de nuestra tierra sobre los campos de Cerro Largo abrazados.

Blanco, colorado, blanco; así están los tres de pie ante nuestra vista, vestidos de guerra, modestos, sobrios, sin galones, sin espada, sólo el rebenque colgando de la muñeca, como aquel que fué el primero, de desnudo pecho como el río Yi, en cuya orilla tenía su rancho levantado.

Hablan con pausadas palabras, mientras sus miradas se inclinan sobre las manos tranquilas que lían el cigarro. Sólo en un sombrero la luz aviva una divisa: azul, blanca y roja, sobre la frente del coronel Silveira.

Gruesos pliegues o finos paños de ponchos que la brisa ondula haciendo modelar las rugosidades de las botas camperas o los fuertes muslos; relámpagos de luz en las carabinas y en los estribos; mórbidas ancas, ágiles cuellos; dorados y pequeños arcos en la prolija crin de los caballos, y en sus ojos pozos de luz, verde o roja, invertidos; más alto, manchas blancas en los pechos de las camisas; temblorosas alitas de seda en los cuellos, que quieren irse en la brisa; sombras de los sombreros deformando los rostros; estrellitas fugaces de los cigarros que la noche apaga; así es la multitud que se une en las palabras:

—¡Viva la Libertad! ¡Viva la Revolución!

Más fuerte que el silencio en la llanura, en la cuchilla, en el bajo, desde las sombras de la tierra, es la voz viril de los jinetes invisibles sobre los campos de Cerro Largo.

Arriba, lejos, va saliendo la luna.

Parece que el tiempo no ha pasado; o que aquel auto ha levantado con el tajo audaz de su luz viejos fantasmas que dormían bajo las gramillas.

Dormidos parecieron durante treinta años, bajo el canto de los motores de las trilladoras en las huertas; de los aviones entre las nubes; tirados, más allá de las más largas distancias, por las palmas grises de las carreteras, sus escondidos rumbo. Blanquearon las escuelitas de rojizos techos en las cuchilas en donde antes humeaban los campamentos; se calló la voz de los payadores junto al mostrador en que el pulpero abrió la sábana blanca y negra de los diarios, y por el aire, que antes era monótona y apagada voz que el galope alzaba, pasan escondidas palabras en un vuelo más rá-

pido que el de las palomas regresando al monte al caer de las tardes.

Eran ya gastadas imágenes en los labios de los tribunos y sueños románticos en las frentes de pensamiento recogido bajo la realidad de la paz que gozaba para siempre el país.

Pero esta luz del auto, confundiendo los tiempos, los ha levantado de nuevo sobre los campos del Uruguay y ellos son, otra vez, la cruda verdad del país.

Sueño, inocente sueño, aquellos treinta años que una mano aleve quebró con la más inaudita y grosera realidad.

—¡Viva la Libertad! ¡Viva la Revolución!

Cuando ya montamos para marchar, todavía nos llegan desde la noche los gritos de los jinetes cuyas sombras la lenta luna va extendiendo en el campo.

El coronel se ha ido en el auto con el general Muñoz a descansar en una estancia próxima, y ha entregado su caballo y el mando de la columna al comandante Nicolás Muñoz.

—¿Dónde estamos?

—Entre Pablo Páez y Cordobés. ¿Quién manda la vanguardia?

—Amestoy.

—Hágale avisar que nosotros llevamos el rumbo. Camparemos aquí cerca.

La luna va abriendo el paisaje; el monte a la izquierda; ancha llanura a la derecha. Arriba, frente a nuestros ojos, la Cruz del Sur aleja con su luz al horizonte.

Vamos marchando al tranco sobre el piso de un bañado en el que la madrugada está levantando al frío.

En el extremo de la columna se alza una voz; la distancia borra las palabras, pero sucesivas voces lentas las van acercando:

—Altooo... altooo... altooo...

—¿Qué ocurre?

—Es el carro del parque que pierde la huella.

Los caballos se detienen; las palabras se callan, en la espera. Hasta que otra voz se levanta, lejos, y nos llega rebotando en los labios:

—Siiiga... siiiga... siiiga...

Una cañada; alto pastizal que ensordece la marcha; el declive de una loma; una zanja; se acercan y se alejan los trozos del paisaje, con la lentitud del tranco cuyo compás van marcando las voces:

—¡Altoo!... ¡Siiga!...

—Estamos — nos dice el comandante Muñoz.

El monte forma un círculo obscuro a nuestra espalda, a cuyo abrigo van alineándose los escuadrones.

Echamos pie a tierra.

Las caballadas comienzan a abrirse en el límite visible de la llanura; se sienten caer los recados y pasar las voces alegres de los amigos llamándose. Por el campo van algunos seguidos del caballo, hasta encorvarse y hundir en el silencio los golpes que aseguran la estaca.

Montedónico ha encendido un fogón que nos levanta del recado con la promesa de su calor y del mate amargo que ya vemos pasar en la rueda.

El cansancio ha volteado a Gino sobre el pasto, sin darle tiempo a hacer la cama.

La madrugada se ha vuelto fría y empapa de rocío los ponchos y las botas.

—Todavía está bueno — nos dice Edmundo al devolverle el mate y ponernos de pie.

—Gracias; ya nos quitamos la sed.

El murmullo sordo y tenaz de los caballos pastando se lleva nuestro pensamiento perdido.

La Cruz del Sur parece sostener al cielo entre sus brazos de luz.

CAPITULO VII

La sorpresa de Cerrozuelo

Hemos andado durante toda la mañana por las llanuras y los bañados del arroyo Cordobés; lo hemos cruzado internándonos en el departamento de Durazno y continuado la marcha sin apartarnos de sus costas hasta campar, ya pasado el mediodía, sobre el Paso de Villar.

Los soldados tienen el ánimo abatido por las largas marchas y por el sol y la sed de estos días de un verano intensísimo, que hacen amarillear los campos y secan o pudren el agua escasa de las zanjas. Las noches refrescan hasta volverse frías, mientras las mañanas se incendian de un sol que atraviesa los ponchos de verano, las camisas, y nos hiere con agujas de fuego en las espaldas y los brazos.

No parecen calzadas, sino colgando de las piernas las pesadas botas; las carabinas machucan los músculos; los cojinillos se aplastan sobre el recado y a su blandura perdida sucede la dureza de la cincha. Sería preferible ir con el pecho desnudo, descubierta la cabeza que el sombrero oprime; pero no es posible resistir al calor de aquel sol que nos abrasa y reverbera en las gramillas doradas, en los pedregales, sobre el verde tierno del monte, y se quiebra en infinitos cristales cuyos reflejos en las cuchillas lejanas, hieren los ojos. Abrimos sobre los hombros el círculo del pañuelo de seda; las riendas

se humedecen y ablandan en las manos; las bombachas se pegan a las piernas. El sudor nos empapa las ropas; sécalo el sol y a poco nos cubre de nuevo, provocando en el espíritu una sensación extraña de animalidad salvaje. Los caballos voltean el cuello; duerme la cabeza; sólo la espuela aguijoneándolos de continuo logra que no detengan el cansado tranco o tropiecen y rueden en las cuevas de lechuzas o en los troncos de las pajas. Cualquier agua los detiene en las zanjas y la sorben, ávidos, indiferentes al látigo con que los jinetes quieren levantarles el cuello para que no se sacien y luego lleguen a "aplastarse" en una marcha cuyo término puede aún estar lejos.

Nadie silba, ni canta, ni habla casi. Unos van rumiando sus pensamientos, cuyas puntas dejan asomar a los labios en una palabra perdida, que el compañero apenas si contesta; otros van durmiendo bajo los párpados entornados.

Los cigarros se apagan en los labios resecos. Se olvida el paisaje; nadie mide la distancia, ni el tiempo.

Las casas se muestran, lejos, con sus islas de sombras; nuestra marcha sigue fatigosa en el mar quemante de luz. Los soldados no han comido otra cosa, desde ayer a las tres de la tarde, que el churrasco asado en la Isla de los Muertos. Nosotros, con el Coronel, hemos tomado el café con leche que la gentileza de un viejo amigo nos ha ofrecido en su estancia.

Pero más que los sufrimientos físicos, abaten el ánimo de los soldados las inquietudes morales.

Al entusiasmo primero con que se acogió el encuentro con Basilio Muñoz, ha sucedido el desaliento.

La División creía encontrarlo al frente de un ejército y ha sabido que sólo seis hombres lo acompañan. Lo sabe por el rumor extendido en el campamento, pues, a pesar de que hemos marchado durante toda la mañana y el principio de la tarde bajo sus órdenes, nadie ha visto al General entre nosotros.

Por su voz, transmitida desde el Brasil, todos los que allí están en aquel inquieto campamento abandonaron familia, intereses, esperanzas; burlaron la vigilancia policial, se agotaron en viajes de leguas durante dos noches y se lanzaron a la guerra.

La justicia de la causa que los movía bastaba, sí, para impulsarlos; pero la jefatura del viejo caudillo cuyas hazañas del 97 y 1904 todos recuerdan, era una esperanza.

¿Qué quiere ahora? ¿Por qué esta nueva marcha y este campamento, sin llegar hasta nosotros? ¿Dónde está el enemigo? Y los amigos, ¿cuándo y dónde llegarán? Durazno, tierra de su raza y su prestigio, ¿lo ha abandonado también? ¿Qué esperanza queda entonces? ¿Es que él no nos acompañará ahora?

Están estas preguntas sonando en los fogones, mientras el mate en la mano se olvida, cuando en el silencio del mediodía avanzado se extienden los ecos de un avión gubernista sobre el campamento recién extendido.

Su mirada desde la altura parece haber descubierto las columnas de humo en aquel seno del monte. Así avanza, seguro y recto, por los azules caminos del cielo hacia nosotros, quebrando y avivando la luz en su rígido cuerpo de acero. Los caballos levantan la cabeza asustados y detenidos por el cansancio; el motor sacude el silencio con repetidos y brutales ecos a los que responden los grititos nerviosos de los teru-terus. Al principio es como un trueno de tormenta lejana, que pesadas nubes acercan; ahora es una poderosa voluntad que avanza, con rezongos de cíclope, haciendo temblar al cielo y al recogido silencio que sombrean los árboles de copas abrazadas sobre las lagunas del Cordobés.

Ocúltanse los recados; recógense los ponchos; las calderas chorrean el agua del mate sobre los fogones. que se ahogan en una dispersión de humo. Desde las cerradas sombras de los mimbres, los hombres se lla-

man; algunos ya le acechan por entre el claro de las copas, tirados en el suelo, el arma en la mano; otros confunden su cuerpo con el tronco de un sauce y alzan, por el caño de la carabina, la mirada hasta el trozo de cielo que cubre su cabeza.

El avión ya está sobre nosotros; cielo y monte sacuden sus ecos. Todavía hay algunos soldados que corren de un rincón a otro que les parece más escondido, mientras otros se han sentado en la orilla de sombra de los árboles y con el mate en la mano, la caldera a los pies, apenas si levantan hasta el cielo la mirada desdeñosa.

Se diría que sabe que estamos allí; tanta es la tenacidad con que el pájaro luminoso y gris nos busca.

En lo alto él domina el silencio y el paisaje; amenazante, con su rápido vuelo y su jadear poderoso.

En el seno escondido del monte le acechan los caños de los fusiles, centenares de pequeñas líneas obscuras en las manos firmes y miradas atentas, mientras callan los labios, en una espera que la emoción colma o como si quisieran ahogar hasta el más leve murmullo para que no se espante y aleje el pájaro soberbio.

De pronto parece como si le enojase la quietud del monte y su soledad; va, viene, gira en círculo cerrado sobre nuestras cabezas, trepidando ensordecedor, amenazando abatirse en un vuelo de ave de presa, sobre la llanura.

Abajo, callados o con breves palabras que la inquietud aviva, lo acechan desde el silencio poblado de miradas atentas; las carabinas afirmadas en los troncos de los árboles; las manos prontas para hacer la descarga; severos y pacientes cazadores del ave amenazante y temerosa que vuela entre las nubes, donde las balas no podrán alcanzarla.

—¿Le tiro? — pregunta uno.

—Espera a que baje.

—Se nos va a ir. Desde aquí lo veo claro.

—No lo alcanzarás. Hay que tirarle adelante.

—¿Ves? Ahí se va.

—¡Que lo parta un rayo!

Volvieron a encenderse los fogones, junto a los cuales se clavaron los asados; formáronse de nuevo las ruedas que el mate unía y otra vez en los dorados pajonales se extendieron las manchas rojas y grises de los ponchos.

—Desde esa altura, ¿a quién van a ver?

—Miralo, todavía se distingue en el fondo del horizonte. Parece una águila gris.

Por el sendero abierto en el rincón del monte en que nos hemos reunido para comer, pasan continuamente hombres desnudos, con el caballo por el cabestro, en dirección a la laguna desde la cual nos llegan las voces alegres de los que ya se están bañando.

Uno de los compañeros en el almuerzo frugal nos señala a un paisano que va bajando hacia el arroyo, con dos latitas para llenarlas de agua.

—¿No lo reconocen? — nos pregunta.

—¿Quién es?

—El ciego de anoche.

Nos sorprende de tal modo saber que aquel hombre que va con el rostro alegre es el mismo que la noche anterior quería desertar, que lo llamamos a nuestro fogón:

—¿Qué tal, amigo; entonces se le había oscurecido la vista, anoche?

—No señor, no se me había oscurecido; es que cuando dentra el sol, me vuelvo ciego. Allí va aquel compañero que puede aprobar si digo la verdá.

Ante la extrañeza de todos, el otro confirmó las palabras del enfermo, con quien nos disculpamos por la injusta desconfianza con que lo habíamos herido.

Recién nos habíamos tendido para el sueño, cuando llegaron al Estado Mayor los hermanos Rincón y Aníbal Artigas, y el capitán Isidoro Noblía.

Los rostros preocupados con que acogieron la cordialidad de nuestro saludo, nos hizo pensar en que aquellos compañeros, esforzados y cultos, llegaban deseosos de enterarnos de algún hecho cuya gravedad no intentaban disimular en su expresión.

Así era, en verdad. Autorizados por el Comandante Amestoy, en cuyo escuadrón formaban, los amigos venían a trasmitirnos la impresión dominante en el campamento desde que se nos incorporara el General.

Rincón Artigas, médico de la columna; Aníbal, su hermano, dentista y más que éso, un estudioso auténtico; Isidoro Noblía, periodista y orador, no son hombres a quienes derrota el ánimo un abandono como aquel en que nos hallábamos. Mas, espíritus sagaces, han percibido en las ruedas de los fogones, cómo crece el descontento y la desilusión, amenazando destruírlo todo.

No se comprende la actitud del General, ni aquella marcha que venimos realizando sin verlo en nuestras filas.

El Coronel les anuncia que Muñoz ha pedido uno de nuestros carros para trasportar la munición y las ametralladoras que tienen sus hermanos y Perdomo. Que ha ordenado ensillar para la marcha, probablemente al encuentro de esos compañeros, y que ha desprendido chasques llamando de nuevo a aquellos que en un primer momento abandonaron la guerra.

Oíamos aún a los amigos, cuando llegó a la rueda el Coronel Basilio Antúnez, preocupado por idénticos pensamientos. La gravedad de las circunstancias, que ellos exponen con una certera visión, aconseja tomar una actitud inmediata y prudente. Antúnez y nosotros somos los encargados de ir al encuentro de Muñoz y pedirle que sin pérdida de tiempo se incorpore a la División cuyo mando ha de asumir.

Acompañados por el noble jefe nacionalista de Cerro Largo y por el Capitán Fermín Mujica, cruzamos

el Cordobés y seguimos orilleando su monte, hasta los fogones del General revolucionario, a quien hallamos ya vistiéndose para montar.

Ahora podemos observarlo a nuestro placer, mientras él anda, con menudos pasos y movimientos ágiles, entre los escasos hombres que le rodean.

Viene de los tiempos en que el coraje se alargaba hasta las puntas de las lanzas y los hombres se miraban a los ojos para matar o morir en los entreveros, en los que el trabuco era lento y el puñal un relámpago. Lo recuerdan los viejos labios del campo cuando se iluminan con las estampas de las antiguas crónicas que ilustran las melenas blancas de los caudillos, los vivos rojos y celestes de los chiripás, con sonidos de lloronas en las botas de potro y de coscojas en los frenos plateados.

Es un claro recuerdo de nuestra infancia emocionada, galopando audaz a chocar con la escolta de Muniz en la cuchilla ocre de Arbolito en el 97, y en las resistencias cruentas de las retiradas ante la presión violenta de nuestro abuelo en los días de 1904.

Sangre de caudillos; nombre de ellos, los suyos, que eran tradición en un tiempo de los pagos, que hoy es ya tradición para nosotros.

Decíase que era pulcro, cordial y suave en el vestir, los movimientos y el trato; y que eran los campos de las guerrillas y los entreveros, como salones alfombrados de verde y rojo, en los que él lucía un valor juvenil, presumido y elegante.

Vestía como un oficial de gabinete y hablaba con la cortesía de aquellos señores españoles del coloniaje.

Frente a los gauchos que le descargaban el trabuco y le arrojaban las boleadoras, él adelantaba el sable, firme en la mano enguantada.

Así lo hizo en nuestra imiginación el relato unánime de los que le vieron en los combates; con sonrisa cor-

dial y palabra sobria en los labios de Muniz, con gestos asombrados en los rostros ingenuos de los paisanos.

Bajo este sauce a cuya sombra estamos hablando, el tiempo se borra en nuestro recuerdo, ante la imagen viva que está, como en las viejas narraciones que alargaban las veladas familiares frente a la plaza del pueblo perfumada por los naranjos florecidos, calzándose ahora los guantes de cabritilla oscura.

Tiene ya más de setenta años; su cabeza es blanca, pero los ojitos siguen iluminados por el brillo vivísimo de la juventud, que aumentan sus cejas negras. Todo en él, formas del cuerpo y del rostro, es menudo y elástico. Su voz apenas rayada por la edad; las palabras nerviosas.

Nada en él recordara, para quien no conociese su historia, a los antiguos caudillos que manchaban el pecho de los ponchos con el torrente de sus barbas renegridas, ni a aquellos a quienes el viento del galope agitaba la melena como blancos pañuelos de seda.

Es preciso pensar en sus años; en cuantas imágenes de muerte habrán visto esos ojitos inquietos que ahora examinan el caballo tordillo; cuántas amarguras habrá soportado su espíritu; las horas en que las puntas de las lanzas rodearon su pecho de curva levantada, y aquéllas en que las ametralladoras barrieron las barrancas de los pasos en que él tendió la División Durazno; es preciso recordar su vida, para sentir la bella lección moral que está dando al país. Expuesto al bombardeo cobarde y aleve de los aeroplanos gubernistas, cuando tantos jóvenes, militares, civiles, prostituyen su alma por los miserables dineros que el Dictador arrebata al pueblo y arroja en sus manos mendigas.

Sí; es necesario el amargo conocimiento del oscuro lodazal de tantas almas que pudiendo servir al país, están a estas horas sumando y restando intereses para saber cuál será su actitud en la lucha; es preciso avivar en la frente ese recuerdo que la ensombrece, para

ver cuánta firmeza moral hay en este anciano que la oculta, como sus años, con ágiles movimientos, en las palabras de suave ternura con que habla a sus hijos.

Nos separan de él, grandes distancias mentales; su partido es uno, el nuestro es otro; combatió a nuestro abuelo, en la paz y en la guerra.

Pero como a nuestros mayores, a nosotros nos mueve emocionada simpatía la elegancia de su valor sin flaqueza y la lealtad de su espíritu.

El parece haber sentido nuestro pensamiento; o acaso se hizo el suyo al pasar esta clara corriente de agua en el Paso de Villar:

—Quién nos iba a decir, Coronel Antúnez, que un día íbamos a llevar entre nosotros, sobre los campos del Cordobés, de compañero de guerra, a un nieto de Muniz. ¡Qué hombre aquél!

—Es verdad, General. ¡Qué caudillo!

—Con el Coronel Antúnez, ya hemos tenido el gusto de compartir una misma prisión — bromeamos.

—La gente de Terra nos alojó quince días, por no sé qué historias — comenta Antúnez con un ceceo que da a sus palabras un tono de inocencia picaresca.

Mientras vamos costeando el monte, la conversación se endereza hacia el estado revolucionario del país.

Advertimos que Basilio Muñoz habla con serenidad pero sin ningún optimismo; aunque él no lo dice, bien se vé que no cree ya en la posibilidad de un triunfo inmediato y que sólo de circunstancias que hasta ese momento ignora si se han producido, espera una victoria lejana. En sus palabras hay una reserva cuidada, que no intentamos quebrar; sólo nos importa ahora, que esos hombres que ya están sobre el caballo, formando círculo a la vera del monte, con sus oficiales al frente mientras nos acercamos a ellos y en el campo va cayendo la tarde, reciban con la presencia del General, el entusiasmo que se ha ido perdiendo en largas horas de incertidumbre.

Para muchos de ellos la revolución iba a ser un paseo gallardo y victorioso por los campos del país; para otros, la aventura brillante, que los devolvería al hogar con el legítimo orgullo de la jornada cumplida y la charla en el fogón enriquecida de bellos recuerdos. El alma del hombre, por más que pasen los años con sus lentas y extendidas amarguras, ha de guardar siempre, como una emulación heroica que estará actuando desde lo sub-consciente, el afán por realizarse en sus más nobles y bellos impulsos.

La guerra, cansada, cruel, sucia, desnuda a las frentes de esos sueños; sólo los realmente fuertes de espíritu no se sorprenden, ni se abaten.

Para las almas varoniles, y para las ingenuas, deseamos la emoción de este momento en que el Coronel Silveira, seguido por los ayudantes, se adelanta por el centro de la llanura y bajo las miradas atentas de la División Cerro Largo, detiene su caballo y se quita el sombrero, frente al General Muñoz que igual le saluda, adelantándose a su escolta que nosotros formamos, también descubiertos. Y la emoción, en un ancho círculo que rodea el monte y por la llanura se extiende, desde allá nos abraza con un grito:

—¡Viva la Revolución!

Van los tres jefes delante; les seguimos nosotros, Estado Mayor y ayudantes del General, alineados de a tres, pasando frente a la columna formada, cuyos escuadrones, como un clarín alegre, repiten el saludo:

—¡Viva la Libertad! ¡Viva el General Muñoz! ¡Viva Exequiel Silveira y Basilio Antúnez!

Así hasta adelantarnos a la vanguardia, a la que se da orden de marcha.

La tarde se está tendiendo callada y suavemente en los brazos de los árboles y en los inclinados pajonales por los que pasa la brisa.

A nuestra espalda, desde el alejado horizonte, nos está mirando el lucero.

Vamos avanzando por el departamento de Durazno. Dejamos la llanura; comenzamos a subir y bajar cuchillas cada vez más pronunciadas.

Alguien ha extendido en la División, la noticia de que vamos en busca del enemigo para sorprenderlo; y los soldados la acogen con vivas entusiastas que durante largo espacio van turbando el silencio de la nochecita ya hecha en el campo.

En realidad, marchamos por el camino de la cuchilla para torcer luego buscando el Paso de las Palmas, en donde deben esperarnos esa noche, de acuerdo con las órdenes que han llevado dos chasques, los hermanos del General y Perdomo, con los suyos. El propósito es marchar después sobre el pueblo de la Paloma. en el cual se espera sorprender a una fuerza enemiga compuesta por cien hombres bien armados.

La alegría con que nos sigue la columna, contrasta con el tono grave que tiene el diálogo entre nosotros.

Aunque nadie ha querido mostrar impaciencia por interrogar al jefe sobre el movimiento revolucionario en el país, y se respetan las lagunas que él va dejando en lo que dice, nos afirmamos en la impresión de que él cree, como nosotros, que estamos abandonados y aislados entre los ejércitos gubernistas, que ya empiezan a moverse formando un círculo de miles de hombres, armados de todas armas, sobre nuestras huellas.

Aún expresa su esperanza de que se hayan sublevado los regimientos que se ofrecían como una de las bases más firmes de la Revolución y que el departamento de Canelones esté amenazando a Montevideo, mientras Colonia y Soriano sostienen el sur-oeste y nos aseguran la fácil comunicación con la Argentina. Treinta y Tres, en cambio, parece perdido; llegan noticias vagas de que los gubernistas detuvieron a tiempo el chasque que llevaba la orden del levantamiento. Espera hallar a sus hermanos y Perdomo, al frente de 300 hombres de Durazno, bien armados.

Se ha hecho la noche.

La columna marcha en un orden sostenido, apesar de las irregularidades del camino por el cual vamos avanzando.

En la primera línea, al frente, van el General, el Coronel Silveira y un hijo de aquél, en su puesto de ayudante.

Les seguimos nosotros; a nuestra derecha el Comandante Nicolás Muñoz; a nuestra izquierda los capitanes Fermín y Jacinto Mujica. En seguida los demás ayudantes del General y el Estado Mayor; un poco más atrás, sentimos las voces del primer escuadrón cuyos soldados van anunciando a Montedónico los peligros del camino por donde él conduce el carro con el parque.

La densa oscuridad que nos envuelve, apenas si nos permite distinguir las pesadas formas de los árboles a la vera del corredor que vamos siguiendo, y nos oculta al resto de la División desde la que nos llegan altas voces alegres.

A intervalos, muy lejos, se alza el relincho de un caballo.

—Feo lugar para dormir en el suelo vamos a tener esta noche.

—¿Por qué, Comandante?

—No he visto lugar de más víboras que ese Paso de las Palmas, donde vamos a campar.

—¿Hay cruceras?

—Es lo que sobra.

—El sueño no nos va a dar tiempo a sentir miedo.

—¿Viene muy cansado?

—Pero no del caballo; lo que fatiga son estos soles tremendos que vamos soportando. Hoy apenas tuvimos un rato de sombra y ya volvimos a montar, sin haber hecho la siesta.

—¿A qué hora se volvió a ensillar?

—Tal vez a las cinco.

—Ya son como las diez.

—Anochece muy tarde.

Basilio Muñoz, hijo, adelanta su caballo y nos dice:

—¿No podré mudar este matungo, por otro que venga descansado?

—La noche está tan oscura, y venimos marchando... A lo mejor pierde en el cambio.

—Peor que éste, ninguno; se me viene cayendo. ¡Cómo para ir al encuentro del enemigo!...

—El asistente trae a nuestro alazán de tiro; ¿quiere ensillarlo

—Se lo acepto, si a usted no le molesta.

—Al contrario; con mucho gusto: ¡Vicente—decimos en alta voz—ensíllele el Clarín al Teniente Muñoz!

—¿Traemos buenas caballadas?

—Usted las ha visto, Comandante. Pero todavía no se ha organizado bien ese servicio. Con estas marchas tan continuas y prolongadas, se llega al campamento y no hay tiempo más que para comer y dormir. No faltan quienes crean que los caballos son propiedad privada; habría que encontrar el modo de imponer una disciplina rígida que termine con esos conceptos.

—El paisano es así, por el caballo... La verdad es que desde el día en que nos levantamos, no hemos comido más que una vez por día.

—A usted le va a venir bien — bromeamos.

—Mejor le va a venir a mi caballo — concluye jovialmente el Comandante Muñoz.

Pasamos junto a un monte de eucaliptus que sombrea el camino en la cuchilla; los caballos empiezan a pecharse y resbalar en las profundas zanjas que en el bajo se abren y atraviesan ante nuestro paso; a veces estamos a punto de golpearnos las piernas contra los alambres que la oscuridad nos oculta; una barranca nos sorprende, con su curva de sombra, como si fuese un pozo en el que ya estamos por caer.

Atentos a las sorpresas del camino, nadie habla en-

tre nosotros; a intervalos nos llegan las voces que guían el carro: ¡a la derecha!, ¡a la izquierda, cuidado!

En la cumbre de la cuchilla que ahora vamos subiendo, se alza la pesada silueta de una casa en cuyos árboles se ahonda la oscuridad de la noche. Ya estamos frente a ella, cuando sentimos que Alberto Muñoz se separa de la fila junto al General y el Coronel, y se dirige hacia allí.

—Haga hacer alto, —nos dice Silveira.

La orden se trasmite a media voz a lo largo de la columna que se detiene en silencio.

Delante nuestro, poco más allá de la cabeza de nuestros caballos, se han detenido los jefes y hablan en voz baja. Sólo las puntas de los cigarros, que se avivan y apagan, nos descubren a los jinetes que nos rodean como sombras confusas y calladas. Más atrás, se han dejado de oir los golpes del carro en las zanjas del camino.

Alguna tos apagada; el bocado de un freno que un caballo nervioso hace golpear contra sus dientes; un relincho, más que turbar, ahondan la sensación del atento silencio.

—¿En dónde estamos, Comandante?

—Aquí es Cerrozuelo.

—¿Eso es una pulpería?

—Parece.

Los dos jefes se han apeado delante nuestro, teniendo el caballo por la rienda; Nicolás Muñoz se acerca a ellos inquiriendo la razón de aquel alto.

Oímos de nuevo la voz del ayudante aludiendo a un hombre que la oscuridad no nos deja ver:

—Papá, a ver si conoces a este hombre?

—Quiero hablar con Vd., General, si me permite — dice una voz desconocida, hacia la cual vemos apartarse la pequeña sombra de Basilio Muñoz de la mancha blanca de su tordillo.

Hay un silencio de espera.

—¡Haga alto...!

—¡Hagan alto! ¿Quién vive?

Suenan a media voz las palabras viriles, al tiempo que sentimos sofrenar el tranco de unos caballos y chocar sables contra el suelo.

Una voz en la que el temblor nervioso sacude las palabras, contesta:

—¿El General Muñoz? ¿Dónde está el General?

La vocesita del aludido se ha vuelto ruda al contestar:

—Aquí estoy, avance.

—¿Qué es eso, Mayor? —nos pregunta el Capitán Jacinto Mujica.

—Parecen soldados.

Junto al alambre, del otro lado del camino y en el campo abierto, vemos al General que se ha apartado a hablar con un hombre entre cuyas botas ha chocado el sable que lleva al costado. Ante aquella valiente imprudencia del jefe revolucionario, nos apeamos con el revólver en la mano, seguidos por los ayudantes, y formamos un semicírculo en torno de los dos hombres, uno de los cuales pregunta enérgico y contesta el otro en voz alta, con las palabras ahogadas por la emoción.

Al grupo formado por el Coronel y el Comandante Muñoz, se han agregado otros hombres a quienes oímos hablar en un nervioso murmullo.

—¿Son nuestras descubiertas? —nos pregunta un ayudante.

—No; veníamos sin ellas. Nosotros éramos la vanguardia. Parecen prisioneros.

—¡Arrímese, escribiente; lo llama el General! —dice en voz alta el desconocido a quien rodeamos.

—¿Son policías?

—Sí; se han pechado con nosotros —nos contesta el Coronel, que ha venido a detenerse a nuestro lado.

—¿Cómo no nos sintieron? Si piensan con serenidad

y se les ocurre hacer una descarga, voltean al Comando de la División. ¡Qué extraño!

—Es verdad... Habíamos hecho alto; pero asimismo...

—¿No vendrán a presentarse?

—No; han caído sin pensarlo. Son las descubiertas del Coronel Barbadora, jefe de las fuerzas de Durazno. Dicen que están campadas ahí no más.

—¿Con mucha gente?

—Según éstos, entre los que vienen en autos y camiones, y la caballería, son como ochocientos, bien armados.

Ahora, cuando el Coronel se une al General, distinguidos claramente a tres hombres vestidos de uniforme, que se acercan un paso a nosotros.

—¿Qué dice de ésto, Comandante?

—Y... son como el ciego que traemos nosotros: no ven de noche.

—¿Se entregaron todos los que venían?

—Parece que se escapó uno. El comisario es ése de adelante. Dicen que la vanguardia de ellos está en ese bajo.

—¿Sabían quiénes éramos?

—Parece... Desde el principio gritaron por el General.

El Coronel nos ordena:

—Hagan dar vuelta a la columna en el mismo orden en que viene marchando, y que siga al tranco por el camino que traíamos.

Cuando ya montábamos para impartir la orden, agregó:

—Comandante Muñoz: hágase cargo de los prisioneros.

Pero el ruído de nuestros caballos girando en apretado espacio sobre el piso sonoro de la cuchilla, impidió que esa voz fuese oída por aquél a quien iba di-

rigida, que ya marchaba con nosotros haciendo retroceder a la columna.

Los hombres de la División iban acogiendo con sordo murmullo, que el tranco de los caballos confundía, aquella maniobra extraña en la cual se desorganizaban los escuadrones, opresos entre los dos alambrados que cercaban el camino.

—No me gusta esto — comentó el Comandante.

—¿Iremos a buscar otro rumbo para llegar a Las Palmas?

—Parece que nos retiramos.

Cruzamos de nuevo el bajo, en el que sentimos encabritarse a los caballos que tiran del carro y sonar la tijera cortando el alambre; volvemos a subir la cuchilla a cuya vera se alzan las sombras de unos eucaliptos; vamos ya por la ladera, entre las voces enérgicas de los caballerizos levantándose sobre las sombras móviles de las caballadas.

La columna sigue girando sobre sí misma; lenta, trabajosamente, entre voces graves que imparten órdenes breves, chasquidos de rebenques en las ancas; resbalar de cascos en las cortadas barrancas del camino y chocar de las culatas de las carabinas en los hilos y postes de los alambrados.

Por nuestro costado vemos surgir de la oscuridad de la noche, adelantarse hacia nosotros, enfrentarnos y alejarse, a las confusas sombras de los jinetes, con las rojas banderitas de los cigarros junto a los rostros que no alcanzamos a reconocer; en un murmullo de voces confundidas, del que no entendemos las palabras, ni podemos precisar cual es la del amigo que pasa.

Se borran los hombres, y sólo queda la multitud como una desmodelada forma ondulando en la noche, sombra en la sombra; con una sola voz, hecha de palabras apagadas y pasos de caballos sobre el camino; con una misma sensación y un mismo pensamiento de

peligro cercano, que sorprende a una mano nerviosa haciendo sonar el cerrojo de un arma.

Los dos jefes revolucionarios han vuelto y marchan ahora en la misma línea que nosotros. El General aprueba la sugestión de Exequiel de interrogar severamente a uno de los prisioneros, para determinar entonces la conducta a seguir, y nosotros recibimos la orden de ir personalmente en busca de uno de los guardiaciviles apresados.

Desandamos el camino, deteniéndonos junto a los oficiales de los escuadrones para interrogarles por aquel a quien buscamos.

Ya vamos subiendo la cuchilla de Cerrozuelo, cuando recién creemos hallar al prisionero, de quien nadie nos daba razón, marchando, todavía armado, al margen de la columna.

Volvíamos con él cuando se nos da aviso de una novedad cuya importancia hace que galopemos hasta alcanzar a los jefes para trasmitírselas sin pérdida de tiempo. Montedónico avisa que el carro del parque se ha roto y quedado inservible para la marcha.

Recibimos la orden de hacer cargar a lomo de caballo los cajones de munición, sin dejar un tiro, y volvemos a desandar el camino, acompañados por el Capitán Jacinto Mujica.

Ya la cabeza de la columna, en la que marchan los jefes, ha dejado a una larga distancia aquel bajo en que se ha roto el carro; muchos escuadrones marchan desordenados por los caballos que se mezclan entre ellos y se dispersan, con saltos de miedo al ser empujados por otros al fondo de las zanjas, o al sentirse enredados en los alambres. Todavía está marchando una parte de la División hacia la cuchilla de la pulpería, mientras los otros ya vuelven por la margen del camino que nosotros vamos haciendo al galope.

Los oficiales llaman por sus nombres a los soldados, que contestan desde el grupo de sombras quietas que

forman los caballos extraviados; se alzan y extienden los silbidos de los caballerizos; pasan galopando a nuestro lado, cayéndose, levantándose, sombras de jinetes que hacen sonar los rebenques sobre las ancas del animal para afirmarlo en la rienda.

Dejamos a nuestra espalda las lentas manchas oscuras de los escuadrones que retroceden bajo la voz de los oficiales que van repitiendo: al tranco, al tranco; no pierda la formación.

Así llegamos al bajo en cuya oscuridad ahondada percibimos la silueta del carro del parque, desde la cual se alzan los ecos de un martillo golpeando en un hierro. Y a Montedónico, cuya voz reconocemos, trasmitimos la orden:

—Haga cargar a lomo de caballo toda la munición, sin dejar un tiro.

Y como advertimos que los golpes del martillo se suceden, agregamos, pensando en la capacidad del amigo para trances semejantes:

—...Desde luego, siempre que Vd. no pueda componer el carro.

—Está bien; cumpliré la orden —nos contesta la conocida voz del compañero.

De pronto, desde los árboles de la pulpería junto a la cual se tomaron los prisioneros, suena una descarga, instantánea, de fusiles cuyas rojas llamas relampaguean un brevísimo momento en la oscura cuchilla que estamos mirando.

Suena una voz enérgica, amenazante:

—¡No dispare, cobarde...!

Más cerca nuestro, sobre la ladera de la izquierda, como formando un semicírculo sobre el camino en el que se aprietan los escuadrones, otra descarga hecha desde el suelo, sacude el silencio y nos muestra sus cuatro fogonazos rojos.

—¡Peleen, maulas... hagan frente...!

Gritan voces en un tono de soberbia provocación en la cuchilla, en la ladera, en el bajo.

A nuestra derecha, en el alto, vemos a un escuadrón que permanece en silencio, alineado tranquilamente dando frente al campo.

...Todo cambia antes de que el pensamiento haya logrado formular una hipótesis; medir la situación.

Estallan los relinchos asombrados; gritan las voces palabras de enojo, de insulto o de súplica; unos llaman a los compañeros para tenderse en guerrilla, mientras otros pasan golpeándose contra las barrancas y los alambres, gritando que estamos rodeados por los enemigos.

Un caballo ensillado viene disparando, hostigado por el terror, amenazando arrastrarnos en la violencia de su carrera; apenas si tenemos tiempo para perfilar el nuestro en la línea paralela a la que trae el otro, que aún así nos golpea una pierna con el recado que ya va perdiendo del lomo.

Dos jinetes que corren hacia nosotros y pasan rozándonos con el caño de sus carabinas, nos gritan:

—¡Abrase compañero, ábrase!

—¡Den vuelta, maulas, peleen...!

Exclama contínuamente, hasta enronquecerse, una voz a la que contesta otra, cerca nuestro, como empapada de un llanto de coraje desesperado:

—¡Sí, compañero, no los deje disparar... aquí vamos a morir todos...

Y otra, triunfando del tumulto:

—¿Qué quieren que hagamos; no ven que estamos embretados?

Las sombras de los jinetes siguen pasando veloces, sonoras; tropezando en las barrancas; golpeándose contra los alambres, mientras nosotros, en la mano el revólver, unimos nuestra voz a la de aquellos que intentan detenerlos.

Parece que la tierra se quiebra en mil pedazos que

del suelo se alzan, con profundos sonidos; que una tormenta invisible se ha desatado en la cuchilla y rueda, cargada de truenos, hacia el bajo; que el huracán ha despertado y sacude cielo y tierra. En el poderoso clamor que ya baja rodando por la ladera, se ahogan las voces de los hombres y sólo se alzan sobre él los estremecidos relinchos con que los caballos lo vienen anunciando, como clarines de espanto.

Ya se acerca; nos rodea... va a arrastrarnos...

Retumbar de centenares de cascos sobre el duro suelo; lomos desnudos, levantadas cabezas como oscuras proas hendiendo el aire; ancas que se aprietan, se aplastan, se separan; jinetes entre estas sombras, que insultan, llaman, ordenan...

Por un trecho abierto del alambrado, hemos podido guiar, levantado por la espuela y la rienda, a nuestro caballito tordillo, enardecido y medroso.

Ya suben la otra cuchilla. El clamor no cesa, sólo se distancia y se agranda.

Desde los árboles que nos quedan a la espalda, como de aquellos que están a nuestro frente, vuelven a sonar disparos.

Y las voces se repiten:

—¡No disparen desgraciados... peleen!

—¡Muestren el coraje, maulas!

—Estamos cortados, en un círculo de fuego desde las dos cuchillas...

—¡Nos embretaron!

Más lejos, donde deben estar los jefes, sigue sonando el clamor poderoso de la caballada disparando.

Cerca nuestro suenan disparos; tan cerca, que el pensamiento vigilante comprueba: no impresionan como si lanzaran la muerte; de lejos, parecen más temibles.

Desde el campo abierto, en la dirección en que se alza la pulpería, vemos acercarse dos sombras. Ibamos a hablarles, cuando de pronto una llama roja ilumina

el blanco cuello de nuestro caballo y el estampido de dos disparos nos queda zumbando largamente en los oídos.

Los buscamos en la oscuridad, que el fuego de sus fusiles ahondó en nuestros ojos; el caballo ha dado un brinco hacia adelante, y nos ha distanciado de ellos, pareciendo que quiere romper las riendas tensas y lanzarse a correr. Pero los volvemos a ver, apeados, cerca nuestro; extendemos el brazo y disparamos sobre ellos dos veces.

Todo ello tuvo la rapidez de un minuto. Un pensamiento nítido, preciso, guiaba la voluntad, como desde la superficie de la frente: sujetar el caballo; buscarlos; alargar el brazo; disparar; otra vez aún. Nada más; basta con esos dos tiros. Y atrás de la conciencia actuante, una voz sorda, pero tan clara que nos sorprendió y avergonzó el espíritu. La voz que contestaba ahora, frente a los hechos, la pregunta tantas veces hecha; la que se burlaba de los prejuicios de nuestra sensibilidad de hombres cultos; del énfasis de nuestros asombros infantiles, y nos decía: "Ya ves; ¡qué frialdad; así se mata, así se muere! ¡qué suave el revólver! Aún dispones de cuatro balas".

Varios jinetes se cruzan, galopando, entre ellos y nosotros por el campo abierto.

Se oyen todavía las voces:

—¡Abrase, compañero!

—¡No disparen!

—¡Son amigos!

—¡No se amontonen; tomen distancia!

—¡Viva la Revolución!

¿Quién manda? ¿Quién obedece? ¿Quién tiró desde el frente y desde la retaguardia? ¿Y estos dos a nuestro lado, de dónde venían?

Las voces se van callando; han cesado los disparos; todavía se sienten los relinchos en la distancia, levantarse como del seno de un trueno lejano.

Guardamos el revólver y nos orientamos buscando la dirección en que deben hallarse los jefes.

Los repetidos galopes sonando sobre el piso endurecido, nos señalan el camino al que nos acercamos intentando tomarlo.

Un jinete viene en galope desenfrenado, por la misma ladera que nosotros.

—¿Tiene una tijera para cortar este alambre, compañero

—No tengo nada. Nos tienen rodeados... —nos contesta con la voz enronquecida, sin detener la carrera.

Y así otro, y otro, y otro. Unos sobre el camino; éstos por el mismo campo que pisamos. Nadie tiene tijera; ninguno se detiene; no nos contestan siquiera; otros nos responden que es preciso huir, pues estamos rodeados.

Recibimos la sensación de estar asistiendo al desbande de las fuerzas revolucionarias que huyen en distintas direcciones de un enemigo que no ven, sin intentar antes una resistencia que nada demuestra su inutilidad.

Y la tranquilidad de ánimo con que, sin nuestra voluntad, atravesamos los fugaces momentos en que creímos que ya sólo quedaba morir allí, de la más estúpida muerte, acaso causada por los propios compañeros, nos abandona entonces, bajo la angustia que nos sube a la garganta viendo aquel galopar desordenado de los jinetes que siguen cruzando por el camino, por el campo, sin escuchar nuestras voces.

Y todo esto ocurrirá sin que nosotros, por más fuerte que sea nuestra voluntad, podamos hacer nada para evitarlo.

Para que la angustia nos colme, advertimos que estamos expuestos a quedar aislados de los jefes, cuya suerte ignoramos, por aquel alambrado que nos cierra el camino, y acaso por algún otro que no tardará en atravesársenos en las sombras, sin que haya nadie que nos alcance una tijera para cortarlos. El General y el Co-

ronel estarán esperándonos, llamándonos, no sabemos dónde, para organizar guerrillas de resistencia o para morir rodeados de unos pocos. Y allí no estaremos nosotros.

No tuvimos que esforzar la voluntad para mantener el espíritu sereno durante los momentos en que creímos que en la muerte estaba para nosotros el fin de aquel entrevero. Acaso aquella voz que nos subía desde lo más íntimo de la conciencia, era la de una desgarradora convicción sobre ciertos valores de nuestra vida, que la volvían inútil y destrozada a nuestros ojos. No entraba en aquella serenidad, para nada, el valor; quien ha mirado largamente tambalear y caer los más bellos edificios que la esperanza y generosas realidades levantaron en él, no ha de sentir mayor dolor porque una mano desconocida arroje al viento el polvo de las columnas sobre las que se asentaron los arcos por donde se iluminaba la casa de su alma.

En cambio, nos es precisa toda nuestra voluntad para dominar la angustia que nos acomete en este instante veloz en que creemos que va a dispersarse en la obscura noche, la División Cerro Largo. Recordamos la responsabilidad que nos cabe en su formación; nuestra palabra en las tribunas públicas; todo lo que hemos callado y sufrido, para que llegase la hora de la Revolución. El sentimiento del deber puede así rechazar los impulsos del instinto de conservación, y él, que no tiembla ante la muerte, puede llorar de vergüenza ante una derrota que no se ha merecido y no puede evitar.

Y seguimos galopando junto al alambre, frente al camino, mientras pasan las sombras de los jinetes que no oyen nuestra voz, no contestan a nuestras palabras que se repiten como una obsesión: ¡Una tijera, una tijera!

Nos exalta la amargura, la vergüenza de pensar que en aquel momento decisivo, no estamos en nuestro pues-

to, y acaso se nos imagine entre éstos que van en un sordo galope, quién sabe hacia qué rumbos.

Alcanzamos a reconocer, entre los que pasan por el camino, al Capitán Jacinto Mujica, y le gritamos:

—¡Capitán, haga el favor, corte este alambre!

El nos ha reconocido, a su vez, y se acerca a nosotros.

—No tengo tijera, Mayor.

—Pare a alguno de ésos, Capitán, y pídasela.

El intenta hacerlo con uno, con otro; atraviesa su caballo en la carrera de ellos; ordena, pide. ¡Todo inútil; nadie tiene tijera, ni llave!

—Vamos a quebrar el primer poste débil que encontremos. —Nos dice, y galopa inclinado sobre el alambre, intentando sacudir las maderas que se resisten, inmóviles, a su impulso.

—¿Qué puede hacer Vd., Capitán, que es un veterano?

—Vamos a ver, Mayor. ¡No han cortado los alambres..., maturrangos!

—¡Qué vergüenza; nos estarán esperando, y nosotros aquí!

Así vamos, separados por aquella obsesionante línea del alambrado, galopando y hablando, mientras él continúa estirándose sobre los postes para probar su resistencia.

¿Cuánto hemos andado? La inquietud de no estar en nuestro puesto ayudando a detener a los que la confusión y el pánico producidos por la disparada de la caballada, que les hizo creer fuese el enemigo sorprendiéndolos, nos alarga la distancia y el tiempo.

—Ha sido un entrevero entre los nuestros mismos.

—Nosotros también lo creemos. ¿Pero quién para esta gente desbandada, ahora?

—En todas las guerras ocurren estas confusiones. Son los peores momentos... Después, esta noche tan obscura y este camino cercado...

—Nadie obedece a nadie, Capitán.

—Así es al principio; después se calman.

—¡Qué tristeza; con el enemigo tan cerca!...

—¿Qué vamos a hacer? El Comandante Amestoy y otros escuadrones quedaron en la retaguardia.

—Sí; pero los que se han dispersado, ¿qué sabemos cuántos son?

—Es lo peor que hay, una disparada de caballada...

En la cuchilla que empezamos a subir, vemos moverse grupos de sombras como de jinetes que estuvieran detenidos. Cuando llegamos hasta ellos, el Teniente ayudante Rufino Silvera se apea de su caballo y corta el alambre para abrirnos paso al camino donde ellos se encuentran.

Un poco más allá, sobre la ladera en el campo abierto, sentimos la voz del Coronel y hacia allí nos dirigimos para transmitirle la novedad de la terminación de aquel desgraciado entrevero.

No habíamos terminado de darle nuestra opinión sobre el origen de aquellos sucesos y de afirmarle que en el bajo donde se produjeron aún quedaban fuerzas revolucionarias, cuando un jinete que nos está oyendo afirma con palabras impacientes y voz emocionada:

—Yo le aseguro, Coronel, que allá no quedó nadie.

—¿Cuándo salió Vd. de allí?, —preguntamos, irritados por aquella afirmación.

—A los primeros tiros... Yo le aseguro, por mi honor, que allá no quedó nadie... Podíamos marchar, Coronel...

La inquietud con que hablaba, disculpó en nuestro ánimo la impertinencia de aquellas palabras con que el compañero, perdido el dominio de sus nervios, intentaba arrancar la orden de marcha.

Los jinetes continuaban llegando; silenciosos, al tranco, y se situaban entre los grupos que se movían en la ladera obscurecida, sin orden alguno, entre inquietos murmullos.

Sobre el caballo cuyo tranco el cansacio había vuelto pesado, íbamos entre las sombras de los que allí estaban o iban llegando, impartiendo órdenes que era preciso repetir dos, muchas veces, sin que pareciese que nos entendían ni obedecían.

En el principio del bajo el General Muñoz se había apeado a la espera del Coronel, con el cual juzgaron, con apagadas palabras que no alcanzaron a oír los que los rodeaban, la situación en que nos hallábamos.

No alcanzaban a cien los que allí estaban, reunidos o dispersos; la impaciencia dictaba planes en los labios inquietos, o gritaban órdenes que nadie atendía. Los más serenos guardaban un grave silencio, o se habían bajado del caballo y formaban oscuros círculos en el campo, en los cuales clareaban las fugaces chispas de los cigarros.

De pronto, desde la llanura de la izquierda, vimos venir la sombra de un jinete galopando, mientras daba grandes voces que el silencio de la noche alzaba y llevaba por las cuchillas:

—¡Ahí vienen..., ahí vienen..., me traen cerca..., allí están...!

—¿Dónde? —Gritó una voz enérgica.

—¡Allí..., en el llano...

En el breve paisaje que la voz señalaba, se veían las quietas sombras de la caballada pastando.

—¡No sea maula; callesé, desgraciado! — Volvió a gritar la voz enojada.

Pero aquella medrosa había ya sonado entre los arcos elevados de la emoción contenida de muchos de los que allí estaban, levantando multiplicados ecos que volvieron a avivar la inquietud.

Entonces surgió el caudillo; con su ruda voluntad; las palabras enérgicas, punteadas por el insulto, como un látigo azotando a las almas dobladas por el miedo, enardeciendo a los fuertes. Y como si la estuvieran aguardando para hacerle coro, por ella emuladas, tras

la voz del Coronel Silveira se alzaron las de los oficiales más decididos, alineando a sus hombres.

De nuevo aquella misma voz quebrada por el terror, se acercaba, ahora de la llanura de la derecha, con la velocidad del galope, gritando:

—¡Allí vienen, me traen cerca..., el enemigo...!

Ni cerca, ni lejos, alcanzábamos a ver ni oír a los enemigos que aquel infeliz parecía sentir como en la cola de su caballo. Ya íbamos a hablarle, con palabras reposadas y piadosas, que su angustia movía en nuestro espíritu, cuando de nuevo se alzó la voz de Exequiel, ruda, amenazante:

—Hagan callar a ese desgraciado, aunque sea a azotes!

Esa era la voz y la actitud del momento.

Los ayudantes corrían por el campo entre los grupos, cada vez mayores; los oficiales llamaban por su nombre a los soldados; los dispersos continuaban llegando de todas direcciones; los diálogos van explicando la razón y el desarrollo del entrevero. Los espíritus van recobrando la calma, y la disciplina comienza a mover de nuevo a los hombres que van, callados, abriéndose en guardias de prevención sobre la cuchilla y la ladera.

El General está, el cigarro encendido en una mano, la rienda del tordillo en la otra, apeado entre los baqueanos consultando los rumbos.

Acompañamos al Coronel Antúnez, que con un pequeño grupo de compañeros se ha situado en el portillo del alambre sobre el camino, para recibir y guiar a la columna de los escuadrones, cuya marcha hacia nosotros ya se ha anunciado.

Desde la distancia invisible, en donde de pronto se vuelven a oír las palabras de mando de Exequiel Silveira, nos llega de nuevo la voz aterrada:

—¡Allí vienen..., me apuran..., allí están...!

—Ese hombre está loco. — Comentamos.

—El cansancio y la alarma del entrevero le han vencido los nervios.

Por el camino oscurecido ya venía asomando la sombra alargada del resto de la columna, anunciada por las chispas de los cigarros y el tranquilo murmullo de las voces sobre el sordo sonar de los caballos al tranco.

La presencia de los compañeros levantó en altas palabras de saludos joviales la alegría de los que esperaban, y el orden se rehizo bajo una disciplina lenta y tranquila.

¿Cuánto había durado aquella angustia?

Apenas más de una hora; pero en la que las escenas y las emociones pasaron por el espíritu de un modo vertiginoso, como el pampero de las caballadas disparando en el corredor alambrado.

Habíamos asistido a una de las escenas más dramáticas de todas las guerras gauchas; aquel torrente de sombras avanzando, incontenibles, entre relinchos de espanto, contra el cual nada podían las voces, ni el rebenque, ni los alzados tizones encendidos, de nuestros antiguos paisanos.

Los viejos labios de los gauchos, veteranos de tantas guerras, se llenaban de emoción cuando en las ruedas de los atardeceres de la estancia, evocaban escenas semejantes en el campo abierto. ¿Cuánto más no habría de impresionar el ánimo de aquella tropa constituída en su mayoría por hombres que no habían conocido la guerra, arrollados por el aluvión de sombras en el límite estrecho de un camino, sorprendidos por descargas de fusiles, venidas desde el mismo punto invisible de la noche en que se prendieron las descubiertas de un enemigo cuya cercanía nadie esperaba?

Pero, a pesar de todo, rarísimos son los que desertan; en el escuadrón del Capitán López Toledo vienen, a lomo de caballo, las municiones del parque; Gino y Montedónico han encontrado compañeros que al verlos a pie, pues han debido abandonar el carro, les han pro-

porcionado caballos y recados en que montar; los prisioneros siguen bajo custodia, con excepción de uno, por quien se hicieron los primeros disparos; se ha conseguido reunir gran parte de la caballada. Los jefes están al frente de la columna; los oficiales, de los escuadrones; los soldados en las filas.

No ha habido ni un muerto, ni herido, en el entrevero.

Ya son las formas de los baqueanos, pequeñas sombras que flotan entre el campo y el cielo, frente a nuestros ojos.

La noche se ahonda en las altísimas e infinitas puntas de luz de las estrellas; la División se alínea en las fugaces y rojizas de los cigarros.

El paisaje es un inmenso seno azul y negro, que el silencio colma. En marcha, la columna en él se adentra; lenta sombra extendida, de apagado rumor, por el rumbo perdido que sólo ven los ojos diestros de los baqueanos.

CAPITULO VIII

UN CAMPAMENTO

—¿Aquí, Mayor?

—Sí, ahí mismo. ¿No hay un altito seco?

—Hay uno aquí, entre las pajas, abajo de estos espinillos. ¿La del Coronel, también?

—Sí; avísele a Cascallares y desensillen juntos.

—¿Suelto el oscurito?

—Suéltelo; mañana ensillaremos el Charrúa.

—El que viene muy lastimado en el lomo es el Clarín; no han sabido apretarle la cincha. No lo va a poder montar más...

—¿Vamos, Mayor? — Sentimos detrás nuestro la voz jovial y afectuosa de Basilio Muñoz.

—En seguida, General; estamos esperando al Coronel.

—Cuando quieran, ya estoy aquí. — Nos gritó la voz de Exequiel desde la franja de sombra junto a la laguna iluminada.

—Con permiso, General.

—Pase no más, compañero.

Haciendo esfuerzos por no caer en la pequeña barranca cuya greda han mojado y vuelto resbaladiza los que entran y salen del agua, Muñoz se detiene para dejar paso a un soldado que lleva un caballo del cabestro.

Desnudo para el baño; apenas envuelto en la toalla;

pisando levemente para no herirse los pies en las espinas y troncos de espinillos, el General va junto a nosotros hacia la laguna que el atardecer mancha de rojos y azules; ágiles los movimientos, alegre la voz.

Por la angosta franja de campo limpio que el pajonal abre sobre el río, van y vienen los jefes y soldados, libres de ropas; comentándonos las incidencias de la marcha extraordinaria que acabamos de hacer, guiando otros los caballos, que al pisar la orilla se sacuden, gozosos, el agua fresca en que se han bañado. Pasan junto al General, y al reconocerlo en aquella figurita nerviosa, o en la voz alegre y clara, le dirigen palabras de afecto, que el respeto hace breves, a las que él contesta con la más juvenil franqueza, limpia de toda intención de conquistar con ella voluntades.

—¿Está fría, Coronel?

—Como para sacarnos del cuerpo el sol de esta marcha.

En la luz azulada de la tarde apagándose, sobre la claridad de la laguna, flotan los desnudos pechos de los guerreros que se hablan con las infantiles palabras que el gozo pone en los labios, mientras las pesadas formas de los caballos se están quietas, como encogidas, bajo la lluvia que una mano tira sobre sus lomos, o entre sonoros resoplidos se levantan sobre la quebrada superficie y tientan dar saltos que el agua aprieta.

A nuestro lado pasa nadando hacia la bóveda oscurecida que forman altos árboles en la orilla opuesta, en acompasados y lentos golpes sobre el agua, un amigo a quien reconocemos por el trozo de rostro que lleva descubierto, como una proa avanzando.

—No pasan los años, compañero.

—No son tantos.

—Será entonces que los nuestros son muy pocos; pues éramos niños, y en Melo ya era popular la picardía de su ingenio, Héctor Texeira.

—Es que fuí un niño prodigio. — Ríe el amigo, le-

vantando la boca de la móvil superficie que su cuerpo va hendiendo.

En el cerrado semicírculo del puerto; en el seno que los árboles oscurecen; en el alejado y ancho espejo que la tarde ilumina con sus últimas luces, andan los guerreros. Van y vienen con cautelosos pasos para no herirse los pies en las caídas espinas de los espinillos; afírmanse en los lomos relucientes de los caballos medrosos, bajo cuyos cascos se ahonda el piso de arena; hundiéndose, levantándose, entre una dispersión de círculos lentos que otros más allá quiebran con el golpear de sus brazos. Torsos blancos, en los que la mortecina luz de la tarde se aviva en el agua que los moja; manchas oscuras tendidas y alejándose, calladas y lentas, como troncos de árboles que la corriente arrancase de una orilla y hacia la otra llevara, hasta tender sobre la playa; brazos abiertos, crucificados; un tajo de luz en un pecho, una punta en la frente vuelta hacia el cielo.

—¡Pudoroso el hombre!

Gritan desde el agua a uno que se acerca a la orilla, conservando en la línea levantada del cuerpo la mancha blanca de alguna ropa. Y el aludido ríe, mientras responde:

—Es que no tengo más que esta ropita, y aprovecho pa lavarla. Cuerpo limpio en ropa sucia, no veo la ganancia.

Cerca nuestro, llegándoles el agua apenas hasta el vientre dos guerreros de pie, cruzados los brazos, uno frente al otro, hablan en voz baja con tranquila gravedad, mientras vienen a romperse en sus cuerpos los círculos de agua que los otros extienden, o les moja las espaldas y los pechos desnudos, la lluvia que los caballos lanzan a su alrededor al sacudir la cola empapada.

—¿Cuántas horas habremos caminao desde ayer?

—Veinte, lo menos, desde Paso de Villar a Cerrozuelo y de allí hasta esta Picada de las Piedras.

—¡Con estos soles bárbaros!

—Y el General derechito, arriba del tordillo...

—Oíle la voz; allá se le siente bromear. ¡Tan tranquilo!

—¡Qué resistencia de hombre! Con setenta y cuatro años; una tarde, una noche y un día, marchando arriba del caballo, y ahí lo tenés, bañándose como un muchacho.

—Le viene de raza.

—La voluntad.

—Tal vez duerma mientras marcha. ¡Milico viejo!...

—Dicen que no; pero pueda ser que sí, que camine pescando.

—¡Y siempre de buen humor!

—Ah, sí; éste nunca se entristece ni se enoja de más. Yo lo conozco de otras; no lo vas a sentir reír a carcajadas, ni mandar a los gritos.

—El Coronel Silveira ya es otra cosa.

—El Coronel es un paisano de buen corazón, pero cuando se enoja lo lleva el Diablo.

—Ha de ser duro...

—Enojao, sí.

—Y decían que se habían acabado los caudillos.

—Mientras haya un paisano y un caballo, siempre puede aparecer un caudillo.

—Y un dictador como Terra en el Gobierno, que lo obligue a ser...

En el centro de la laguna, hasta el cual llegamos nadando, nos alcanza un compañero que nos habla, jovial:

—Ni en Montevideo, Mayor, conseguíamos una playa y un baño como éstos.

—A nosotros nos fatiga el mar, tanto como nos gustan los ríos.

—Hombre de Cerro Largo...

—Tal vez. ¿Se te fué el sueño, Regino Llanos?

—El agua fresca me lo va quitando.

—¿Te acuerdas de aquel profesor de inglés que teníamos en el liceo del pueblo, que dejó la cátedra para hacerse contrabandista?

—¡Buen nadador! ¿Te acuerdas de Florinda?

—¿Qué fué de ella?

—Dejó los estudios para casarse. Se fué al campo; tuvo hijos, y allá se murió.

—Tan alegre y suave, como era...! El que alcanzó celebridad fué Borche, aquel pardito compañero de escuela.

—¿Qué se hizo?

—Asesino. Asaltó un cambio, en Montevideo. Ahora está en la cárcel.

—¡Los padres eran tan buenos! Pero él, desde chico, fué amigo de pelear.

Las sombras de dos nadadores trazan una perpendicular frente a nosotros, y se alejan lentamente hacia la orilla. Sus palabras nos llegan, alejándose:

—¿Cuál será peor, Terra o Herrera?

—Pa mí, el portugués.

—Pa nosotros, Herrera.

—Vos sos blanco. Cada uno habla de su traidor...

—Ah, claro.

Llanos vuelve a hablarnos.

—¿Cuándo vas a amarguear a nuestro fogón?

—En cuanto haya tiempo. Hemos marchado día y noche. ¿Qué ánimos trae la gente?

—Tú puedes verlos, desencantados.

—El cansancio de estas marchas extraordinarias, debe contribuir en gran parte a desmoralizarlos.

—La gente se ve abandonada...

—Un día se explicará eso. Pero nosotros tenemos que empeñarnos por evitar la desmoralización.

—Hasta el más simple comprueba verdades amargas.

—La guerra no es un paseo. Que piensen en el bien que al país están haciendo con sólo haberse levantado.

—Yo creo lo mismo.

Entre las sombras que pasaban a nuestro lado nadando, íbamos acercándonos a la playa, en la que aún se veía cruzarse las borrosas siluetas de los que ya salían del baño, con las de los que llegaban deformadas por la luz de los fogones ya encendidos al abrigo de los espinillos.

—¿Quieres un mate?

—Gracias; mi escuadrón está lejos de aquí. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Bajo la noche oscurecida, de altísimas estrellas, viva luz levantada entre las sombras de los que volvían comentando con palabra tranquila la bondad del baño, recogido en el seno del pajonal que la brisa ondulaba, aquel fogón del Estado Mayor donde se alzaban las voces de los compañeros, nos impresionaba con la extraña emoción de un hogar. Era un rojo resplandor que se alzaba hasta quebrar en trazos violentos las copas de los espinillos; subía por el grueso tronco de un sauce, o como ágiles lagartijas de luz, viboreaba y se perdía en los apretados agujeritos de sombra que formaban los sarandíes en un remanso de la laguna.

Rodeándolo, el Coronel y los ayudantes; más lejos, el silencio extendido, que algún relincho desgarraba.

Sobria escena para tallarse en madera que ilustrara una página de la lucha de los hombres del país por librar a éste de tanta ignominia que lo oprime.

Talla para oponer a la que nos llega de Montevideo, en la que vemos a un gobernante azuzado por la inquietud que le producen las bayonetas que lo cuidan y las fuerzas que lo sostienen.

Amargado; atemorizado; vacilando entre el capital inglés que le prestó millones, y el nacional, que lo aplaude o lo ataca, según lo sirva o lo explote.

Liberal con el arzobispo sentado a su diestra; colo-

rado batllista, con Herrera, blanco fascista, sentado a su siniestra.

Frente a esa imagen de decadencia del país, se opone ésta que la alta luz del fogón crepitante aviva y recorta en el ahondado fondo azul de la noche.

Descubierta la cabeza, desnudo el torso, vestido el pantalón de montar y calzadas las botas, el Coronel Silveira está sentado sobre la mancha blanca de un cojinillo; el mate en la mano, la mirada tranquila. Frente a él, Gino, apenas vestido con leves ropas, semeja el bronce de un atleta adolescente, con los vivos reflejos que la luz pone en la cabellera renegrida, en la frente y en el alto pecho de volúmenes lentos que el agua del arroyo cubre como una brillante pátina. Athos Viera, de verdes ojos que la luz vuelve dos puntas metálicas en el rostro tostado de sol; desnudos el pecho moreno y los brazos de alargados músculos, por los que suben franjas de dorada luz, tiene una sensación de juvenil y reposada fortaleza en la actitud atenta en que se ha sentado, cruzando los pies calzados con gruesas botas, sobre un pequeño tronco de pajas.

Junto al Coronel, Edmundo se ha dejado caer sobre un brazo, con una sensación de cansancio, que está en sus párpados entornados, en la barba azul crecida sobre la pálida blancura del rostro; en los labios entreabiertos; en la pesadez con que tiene tendidas las piernas, una sobre otra.

Los Capitanes Mujica ahí están, altos, magros; de cabello encanecido, Fermín; negro aún, Jacinto; músculos de acero, manos sarmentosas, aunque los pechos parezcan débiles y los hombros se levanten, encorvándose. Los mismos ojitos, como puntitas de luz; las mismas narices de temblorosas aletas; los mismos pómulos levantados y agudos; el mismo gesto cansado en los labios que se curvan hacia abajo en las comisuras.

Uno viste traje campero; el otro, ciudadano; los dos

humildes desde el sombrero de anchas alas, hasta las botas.

Tienen algo de extrañas aves de presa y de nobles lebreles. En medio de las más graves preocupaciones, los dos hermanos se hablan y chancean con la misma alegría de cuando eran niños, y de los labios envejecidos las palabras salen, como en los lejanos días de la infancia, con una no gastada inocencia que el alma conservara escondida en la dura vida, y que la presencia de uno levantara en el otro, empapada de ternura.

La viva luz que ilumina la escena y alarga las sombras de los espinillos sobre el muro ondulante del pajonal donde la brisa se enreda sin llegar a nosotros, destaca los pesados volúmenes del Teniente Almeida, de cabellera azulada y brillante, como la noche que nos envuelve.

Menudas las formas; callados los labios y el gesto apagado por el cansancio; alta la frente, en la que se aviva el resplandor de las llamas; echado de bruces sobre el cojinillo, Rufino Silveira deja irse su mirada por el abierto campo ensombrecido.

Y sobre aquella rueda donde el estanciero, el periodista, el ciudadano, el contrabandista, el pequeño labrador y el peón, síntesis de la sociedad de tierra adentro, rodeando un fogón en el monte, se abate y se alza en lentos movimientos de cebar el mate, la figura de Felipe Almeida; como una fresca estampa de los tiempos de mocedad del país, con sus botas camperas, chiripá de alpala, desnudo torso, rostro juvenil sobre el que cae el paréntesis negro de dos mechones de su breve melena.

Crepita el fuego; chilla la grasa del asado al gotear y llamear entre las brasas. La luz se ahoga bajo el peso del humo que sube en blanca y recta columna hasta quebrarse y dispersarse en las ramas de los espinillos, o se levanta, nueva, jugueteando en las sombras, dorándose en los pechos desnudos, en las frentes; pla-

teándose en las hojas de los puñales y en los aros de las espuelas; estirándose sobre el pasto, subiendo al anca de un caballo. Y así sale al campo, pretendiendo levantar a la noche que allí cerca la ahoga, como a las otras que a lo largo del monte su esfuerzo repiten; pequeñas manchas rojas en el gran paisaje ahondado de silencio, bajo la sola luz altísima y mojada de las estrellas.

Entre las oscuras columnas que los troncos de los espinillos simulan, las siluetas confusas de los tres asistentes, Cascallares, Vicente y Juan José parecen apretar a la pequeña rueda de su fogón, sobre la que se encorvan con apagado murmullo, cerca nuestro.

—¡Qué desgracia la de anoche, Coronel!

—Ahí, sí; una verdadera desgracia.

—¿Desde el primer momento la intención fué retirarse?

—No. Ibamos retrocendiendo de la pulpería de Cerrozuelo, en vista de los informes de los policías que prendimos, cuando, de acuerdo con el Comandante Muñoz, le propuse al General un plan que me pareció lo más prudente en aquel caso: Sacar de la columna a uno de los guardia civiles para interrogarlo con severidad y conocer por él la verdadera situación de Barbadora y el poder de sus fuerzas.

—¿Pensaba pelear, Coronel?

—Eso se iba a ver de lo que consiguiéramos sacarle al prisionero. Nuestro armamento y nuestra munición nos obligan a pensar muy bien las cosas, antes de comprometer pelea. Toda nuestra munición era la que traíamos en el carro, y nuestros soldados, muchos de ellos, no tienen confianza en sus armas.

—¿Y el General estaba de acuerdo?

—Ah, sí. En cuanto se lo propuse, le pareció una buena idea, y me encargó que yo mismo interrogase al prisionero. Vds. saben que él pensaba recibir antes la incorporación de sus hermanos, que tienen buenas ar-

mas y munición, y atacar a los que estaban en La Paloma.

—¿Su plan era sorprenderlos?

—Pues está claro. Si los hombres no estaban muy bien acomodados, nosotros camparíamos allí no más, con el caballo por la rienda, y en cuanto quisiera ir viniendo el día los atacaríamos.

—El Comandante Muñoz era de esa idea.

—Con él la habíamos hablado... Pero antes de llegar el prisionero vino la noticia de que se había roto el carro. Y en seguida el entrevero.

—¿Cuántos tiros se habrán hecho en la confusión?

—Como cien.

—Tal vez no tantos...

—Ya no se podía sorprender al enemigo, con la gente en el estado de espíritu en que quedó.

—A más de que, seguro, han sentido nuestros tiros y se han preparado.

—Y el prisionero que se escapó...

—Claro.

—¡Perdimos un gran momento!

—Lo peor es el desánimo.

—Según nuestras noticias, cinco ejércitos del Gobierno nos rodean.

—Nuestros hombres no tienen, hoy, arriba de cien tiros cada uno.

—¿Cuántos seremos entre todos?

—Alrededor de seiscientos. Muchos desarmados.

—¡Qué marcha bárbara! Una tarde, una noche y un día.

—¿Vieron el balazo a Emilio Yarza? Se salvó por milagro; le atravesó la pierna del pantalón, los cojinillos y el recado. Un poquito más arriba, y es un balazo mortal.

—¡Tan buen compañero!

—¡Cómo no!

Los recuerdos nos distrajeron del diálogo, que tenía la lentitud del mate en la rueda.

Los sucesos que acabábamos de presenciar nos habían dejado una sensación de amargura en el espíritu. Teníamos la impresión de haber envejecido en aquella noche y el día de marcha, de un modo doloroso e impensado.

Desde que montáramos para la guerra, habíamos dispuesto nuestro ánimo para la más rígida disciplina, acallando en lo íntimo del espíritu la melancólica idea que de la vida y sus luchas teníamos en la frente por ella oscurecida. Queríamos ser un soldado al servicio de una sociedad, con el alma indiferente a los sacrificios, a los desengaños, a los triunfos; sólo empeñada en los rudos trabajos, que para nosotros no terminarían, bien lo sentíamos, ni en la victoria ni en la derrota de aquella Revolución.

Almas hay a las que los grandes dolores con que la vida las sorprende y asombra, quiebran sus más nobles resistencias morales y las arrastran por los fáciles caminos de un cinismo desolador, que sólo busca satisfacer las inmediatas esperanzas de la sensualidad.

En otras, el dolor es como un hacha que dura mano voltea sobre los elevados gajos, abiertos a la claridad de los lejanos horizontes, y sólo deja, ahincada en la oscura tierra, escondida raíz que sigue recibiendo y creando la vida, sin sospechar hacia qué cielo ha de dirigirse el tierno gajo de su nueva forma, que un día ha de crecer de la quemada cicatriz de su tronco.

Desde el oscuro subsuelo en que entonces se encoge su vida, no ve ni siente la sinfónica presencia del monte y el campo. No sabe qué fruta colgará su rama, ni qué nido acogerán sus gajos; si repetirá su perdida forma, curvada en una emulación de cielo, o si en dispersos troncos retorcidos se ahogará bajo los mimbres crecidos.

Vieja, ávida, generosa raíz, que absorbió los zumos

de la tierra y los alzó hasta sus brazos iluminados, copa musical, sostén de horizontes, y que hoy toda ella está bajo el oscuro suelo, mutilada, reducida a sí misma, sin forma visible, pero sin cesar un instante de recrear la vida, porque ésa es la ley de su destino. Aunque a su más pura y nueva forma, la queme el rayo o el hacha la tronche.

Así estaba la nuestra; cubierta por la arena de los días, que ningún ojo veía.

Pero aquellas escenas de la noche anterior y las de la mañana y la tarde del fin de nuestra marcha, pasaron como un viento sobre el espíritu y dejaron de nuevo descubierta ante nuestros ojos la quemada cicatriz.

Habíamos oído el pánico en unos labios; la crueldad del egoísmo, en otros; visto la fácil desilusión y el deseo de abandonar el camino del sacrificio que espontáneamente se habían elegido; la protesta contra los guías que no se les había impuesto, sino que habían buscado; el cansancio del cuerpo, que hace renegar al alma de sus más fuertes promesas; lo que fué entusiasta grito de júbilo por la esperanza de una victoria que se creía fácil, volverse murmullo de rencor en el camino desandado.

Naturaleza de la muchedumbre; almas en tensión, como arcos de flecha, que con la misma fuerza lanzan al viento la palabra que exalta y la que abate, olvidando el tiempo desde donde viene el hecho del hombre y aquel hacia donde se proyecta.

Las imágenes vienen a nuestro recuerdo, iluminadas con la viva luz de la emoción con que en la realidad impresionaron a nuestro espíritu.

Algunas se detienen en la memoria, y aun nos hieren, como entonces.—Veníase abriendo la mañana sobre la cañada de un arroyuelo envuelto aún en los tules azulados y grises de la cerrazón.

La columna marchaba con grandes espacios entre sus escuadrones, que habían perdido la rigidez de la

formación en las filas. Algunos soldados se apartaban buscando dormir sobre el caballo al tranco; trotaban otros para aliviar el cansancio de aquel paso con el que veníamos marchando desde la tarde anterior; olvidaban unos la jerarquía militar, y avanzaban sus caballos hasta ponerlos junto al del oficial que marchaba solo, al frente del pelotón, y en quien ellos solamente veían al amigo.

Todos hablaban a media voz y con las más breves palabras; la débil luz de la mañana recién amanecida, pesaba en los párpados; en los labios se apagaban, olvidados, los cigarros. Hay quienes han anudado las riendas y sosteniéndolas en la cabezada del recado, colgados los brazos, van como un bulto balanceándose sobre el caballo que sigue, hipnotizado en su cansancio las curvadas ancas del que va delante.

La fatiga de la marcha sólo ha dejado en todos la voluntad de ahorrar esfuerzos; del pensamiento, de los labios, de los ojos. A veces, alguno que ha venido leguas callado, mira al pajonal que se extiende en el bajo, y dice:

—¡Qué lindo para tenderse a dormir!

Otras veces, uno descubre al amigo, unas filas más adelante, y surge en él la esperanza de que en su compañía y diálogo distraerá los dolores con que la marcha lastima a su cuerpo.

Aviva el paso del caballo hasta acercársele y se esfuerza por pronunciar altas palabras alegres:

—¿Qué tal, vienes bien?

—Sí, muy bien. — Contesta el otro, iluminando el rostro dormido con un breve gesto cordial.

—No te vi en toda la noche...

—Veníamos aquí.

—¡Ah! — Pronuncia el llegado, pero como si ya no fuese él quien hablara.

Y sin que ni uno ni otro lo advierta, se les caen los párpados; quedan entreabiertos los labios y van bajan-

do y subiendo cuchillas, dormidos los dos y acompañándose.

Desde un grupo que marcha en la vanguardia se alzan voces y risas, cuyo tono de burla denuncia que de algún compañero van haciendo mofa.

Ponemos al galope el caballo hasta alcanzarlos, y tenemos el disgusto de ver que varios de los que allí van ríen de la mala figura que hace un jinete, arrollado sobre dos cueros de oveja que ha puesto en el lomo desnudo de un flaco caballo. En el gesto dolorido del rostro y en la sonrisa amarga de sus labios, se advierte el estoicismo con que aquel hombre va soportando la marcha en aquellas condiciones y la valerosa paciencia con que no responde a la crueldad de las burlas.

Nosotros le conocemos bien. Labrador de Cerro Largo, indiferente a las luchas políticas, sólo abandonaba el arado en el surco el día en que iba a votar por un partido que no es el nuestro. Humilde, digno, austero, desde que la Dictadura sumió al país en la esclavitud, olvidó su trabajo, su tranquilidad, su familia, para servir a la Revolución en que ahora va.

Esa noche, viendo a Edmundo privado de caballo y recado, él le dió el suyo y montó, como pudo, sobre aquel flaco rocín y los dos cueros de oveja, olvidado de su cansancio y de que es un enfermo.

Lo ha hecho todo sin alarde, ni jactancia; en la extensión de la noche, nadie ha visto su gesto de dolor, ni le ha oído una queja. Es oficial; el Coronel sabe cuánto vale y sirvió durante dos años a nuestros trabajos; es nuestro amigo. Pudo acercarse y con sólo verlo uno u otro, que lo sabíamos enfermo, hubiéramos ordenado que se le ayudase. No lo hizo. Y ahora, cuando el fresco de la mañana borra el sueño de la frente de éstos que van a su lado, y en la luz descubren su figura cansada de dolor, tómanlo de objeto de sus burlas, olvidando que así va, porque es generoso, estóico y humilde.

La crueldad de aquella escena nos hiere hasta poner en nuestros labios palabras de enojo y ordenar que uno de nuestros asistentes cambie con el dolorido compañero su caballo ensillado.

Avergüénzanse lealmente los que reían, cuando hacen conciencia de la injusticia de sus burlas; pero a nosotros nos quedó en los labios el sabor amargo de aquella dureza de los hombres.

Inédita crueldad de la guerra, que no cuentan las epopeyas, y envejece el alma de quien las sufre.

Aún sentados a la luz acogedora del fogón, mientras cortamos el pedazo de carne que ha de ser nuestra cena, aquel recuerdo nos entristece el espíritu; para ahuyentarlo, preguntamos a la rueda:

—¿Saben cómo empezó el tiroteo en Cerrozuelo?

—Los que cuidaban al guardia civil, cuando vieron que se les escapaba rumbo a la pulpería, le gritaron que se parase. Y como no hizo caso le hicieron una descarga. En ese momento llegaban del bajo los que Montedónico había enviado a las casas a buscar con qué componer la vara del carro, y al sentir que en la oscuridad de la noche les hacían aquella descarga de cuatro fusiles, contestaron con una de los de ellos.

—Por eso pareció que formaban una guerrilla flanqueando a la columna en el camino.

—Es claro. Los gritos de ¡no disparen maulas!, y las respuestas de los otros, terminaron, en una noche en que no se veían ni las manos, de hacer lo demás.

—Y la disparada de los caballos...

—Fué lo peor.

Del otro lado del pajonal se alza el murmullo de la charla en el fogón de Basilio Muñoz, cuya voz sentimos discutir, ágil, cordial, con sus ayudantes.

Largas horas durante la noche y el día de marcha, las hicimos a su lado; distraídos del cansancio, en la narración de viejos recuerdos de tiempos que vieron

sus ojos mozos y conocimos nosotros de los labios paternos en las veladas familiares.

Desde que hemos podido oírlo y observarlo, creemos estar en conocimiento de los ocultos impulsos que lo mueven en estos días.

Muñoz no cree ya en el triunfo de esta Revolución, y sólo le preocupa la suerte de estos hombres que le siguen, entusiastas o resignados, trabajados todos, en lo íntimo, por la misma dolorosa certidumbre que entristece al General. Y tanto como le preocupa la vida de sus soldados, le acicatea el deseo de entregar la suya en cualquier entrevero, o en cualquier sorpresa de la marcha.

Basta verlo colocarse siempre en las filas de vanguardia de la División, y, sobre todo, cuántas veces hemos tenido que poner al galope los caballos del Estado Mayor y sus ayudantes para rodearlo, siempre que un monte o un bañado se cruzaban en nuestro camino. Entonces, sin advertirlo a los que iban a su lado, adelantaba el tordillo y se adentraba, primero que nadie, en los altos pajonales, en los desfiladeros de las sierras o en las profundas picadas de los ríos.

Cuando le alcanzábamos, nos recibía sin dar ninguna orden, sin expresar el propósito que lo había distanciado de la División, ni preguntarnos qué móvil nos llevaba galopando cerca suyo.

Tampoco se lo preguntábamos nosotros.

Y es que uno y otros sabíamos cuál era el pensamiento, que ninguno expresaba.

Si la suerte de la guerra quiere que en un momento nos hallemos cercados por alguno de los ejércitos gubernistas que están marchando sobre nosotros, fácil es imaginar lo que ha de ocurrirnos. Tenderemos las guerrillas; comenzará el combate, cuya duración no podremos prolongar con los cien tiros que tiene cada uno de nuestros soldados.

Y si el general que mande a los terristas es capaz de

avanzar, sobre la derrota nuestra, que no habrá medio material de impedir, vendrá la muerte de un puñado de hombres que estarán, revólver en la mano, rodeando a Basilio Muñoz.

No lo podemos imaginar dando rienda a su tordillo y galopando en la huída, bajo el insulto y el sarcasmo de los enemigos.

¿Y Exequiel?

No hay, en toda la División, dos opiniones sobre cuál ha de ser su actitud. La violencia que llamea por debajo de sus palabras joviales, se desatará entonces en su frente y allí ha de quedar, sin dar un paso atrás.

Nosotros salimos para la guerra; en ella se nos señaló un lugar y un deber: al lado de los jefes. Nuestra conducta es, pues,, sencilla; mientras esté la guerra, nosotros en ella estaremos, cumpliendo con aquel deber y en aquel lugar.. Seguramente, sin valor, sin gallardía, sin gestos, heroicos; sencillamente, como al fin de un tranquilo raciocinio al cabo de dos años de espera, de amarguras, de desengaños.

No es esta idea la que nos duele. El que no es valiente y sale para la guerra, ha de adiestrar antes a su alma en el pensamiento de la cercana muerte, como el atleta sus músculos para el salto.

Duélenos sí, en cambio, el recuerdo de la frialdad con que disparamos nuestro revólevr, la noche antes, sobre dos hombres.

Durante los largos días en que esperamos el instante de marchar para la guerra, y cuando el pensamiento caía en querer adelantar el tiempo y los hechos, sólo imaginábamos cuáles serían nuestras posibles fatigas y dolores; jamás el daño o la muerte que nuestra mano pudiera causar.

Y no era que creyésemos que no sería nuestra voluntad responsable de las desgracias que la guerra trajera sobre cualquier vida, deshecha o mutilada por las armas de aquellos que con nosotros irían. El presente del

país exige esos tremendos desgarramientos, y a nuestro espíritu no cabe otra actitud que provocarlos; surcos de dolor para que de ellos nazca una vida mejor.

Pero, ¡qué distinto ésto, al hecho de que por nuestra propia mano quedara allí tendido un hombre, perdidas para siempre en las sombras de la noche y de la muerte, sus esperanzas!

Compañeros o enemigos, cualquiera de aquellos dos hombres, tendría una esposa que por sus ojos viera las realidades y los sueños del mundo; una mesa y un lecho, descansos de sus traabjos, íntima sombra de sus fatigas. Tendido sobre el recado en los campamentos, o durmiéndose sobre el caballo, olvidará el cansancio con la promesa cierta de su regreso y de la hora en que la angustia y el llanto contenidos en los días de larga espera, se extenderán hacia él. en el seno abierto de los brazos amantes, estremecidos de dicha. Meditará consejos graves o fábulas regocijadas, para modelar con ellos el alma de sus hijos, en el amoroso y vano intento de darles la experiencia de la vida, limpia de sus dolores y sus luchas.

Y de pronto así, cuando recién empezaba esta guerra de la que espera volver con el orgullo del deber cumplido, seríamos nosotros quienes tendiéramos sobre el campo tanta dichosa verdad, y sin emoción, sin odio que a nuestra mano moviese, cegáramos aquellos ojos, calláramos aquellos labios, frescas fuentes donde bebían los córceles ágiles del amor y el deseo de la esposa; espejos donde se mirara la inocencia de los hijos.

Acostados ya sobre el recado, en el campamento dormido en el que sólo se encendían las brasas de los cigarros y oíanse los pasos de los centinelas sobre el sordo murmullo de los caballos pastando, aún se alargaba en nuestro espíritu la dolorosa sensación de haber perdido en aquella noche de Cerrozuelo, la virginidad del alma, desgarrada por aquel ademán tendiendo la mano para dar la muerte, sin un latido más en las sienes.

A nuestro lado está tendido el Coronel, que nos habla, jovial:

—Nunca he dormido mejor que en esta cama.

—El cansancio la ablanda. ¿Marchamos mañana temprano?

—No sabemos que será lo que pasará mañana. ¿No oyó que invité a los oficiales a nuestro fogón?

—No sabíamos nada.

—Sí, pues. Parece que muchos se quieren ir y abandonar la guerra.

—Habría que hacernos pelear. Un combate levantaría la moral de los fuertes y sosegaría a los débiles.

—Es lo que nos hace falta. Tengo hasta curiosidad por ver cómo se inician las guerrillas.

—Creemos que el combate hará más amigos a los compañeros y más respetados a los jefes.

—Sí, nos hará mucho bien. La gente cobrará una tranquila confianza... ¡Fresca, la noche!

—Está refrescando. ¿Lo llamamos, si ocurre alguna novedad?

—Sólo que crea que es importante.

—Hasta mañana.

—Bueno; hasta mañana.

Dos hombres se están hablando con voces ensordecidas, del otro lado de la pared que forman en torno nuestro los espinillos. Los pesados pasos de un caballo se van acercando, por la arena de la playa hasta la laguna. A la orilla del agua se ha encendido el fogón de la guardia y estira, como un brazo enrojecido, su resplandor sobre la quieta superficie del río. Encorvadas sombras de hombres le rodean; sobre ellos, un sauce extiende un gajo como una pesada nube de tormenta.

Los recuerdos pasan por la frente, como trozos de una película; dispersos, inexpresivos. Gestos sin acabarse; truncadas frases; pensamientos indiferentes; cansancio de una pierna; agua clareando entre los sur-

cos; un alto en el camino que la noche esconde; el avión trazando grandes círculos grises.

Y el espíritu se distrae de ellos, sin curiosidad ni emoción, mientras los ojos se cierran bajo el levísimo peso de la luz de aquella estrella que allá está, en la más alta rama de este sombrío espinillo.

.. ..

—¿Es éste?

—Sí, ahí está.

Parece que estas dos sombras que se inclinan sobre nosotros, nos sacudieran con sus voces graves.

—Mayor... Mayor..

—¿Qué hay? — respondemos, levantando el busto sobre el recado.

—Los centinelas de la retaguardia mataron a un hombre recién.

—¿Adentro de la guardia?

—No, señor. En la misma Picada de las Piedras.

—¿Algún bombero enemigo?

—Todavía no se sabe.

—Pídale informes al Comandante Amestoy, que es el jefe de la retaguardia, y tráigalos.

—Sí, señor. ¿Ordena algo más?

—No, nada; gracias.

Las sombras giraron sobre nuestra cabeza y se alejaron con sus voces graves. El Coronel se movió en el recado, y preguntó:

—¿Ocurre algo?

—Mataron a un hombre en la retaguardia.

—¿Enemigo?

—Mandamos averiguar.

El poncho está empapado de rocío... ¡Qué mal huele a sudor de caballo, este jergón que está a nuestros piés!... ¿Dónde ladrará ese zorro?

.. ..

—¿Tiene orden?

—Sí, el Capitán ha dicho que lo recuerde; traigo una novedad.

—Mayor... Mayor...

¿A quién llama esta vez? ¿Dónde estamos, para sentir este frío en la frente, y a este hombre que nos habla casi pegando su rostro sobre el nuestro?

—¿Qué dice?

—Traigo el informe sobre el hombre muerto, como se ordenó.

—Ah, sí. ¿Habían muerto a uno? ¿Cuándo fué éso?

—Hace como una hora, en la Picada de las Piedras.

—Sí, sí; ya recordamos todo. ¿La guardia lo mató? ¿Quién era?

—Marcos Mieres.

—¿Marcos Miedes?

—Sí señor, un compañero.

—¿Quería desertar?

—No, señor. Entregó el servicio, y parece que dormido agarró por adentro del monte, en vez de volver al escuadrón. La cuestión fué que de pronto los centinelas que están sobre la Picada, vieron venir un hombre rumbo al río, afuera del campamento. Le dieron tres veces la voz de ¡alto!, y no contestó. Se abrá asustado, o seguía dormido. Y le tiraron.

—¿Venía a pié?

—Sí, señor; por entre los espinillos.

—¿Por qué no lo prendieron?

—Dicen que amagó disparar. Le habían dado el "¡alto!, las tres veces.

—¿Está muerto?

—Dos tiros mortales, tiene. Murió en seguida.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Marcos Mieres.

—¿Era joven?

—Un muchacho, casi; muy bueno.

—¡Qué lástima, pobre!... Diga al Comandante que haga una investigación.

—¿Ordena algo más?

—Nada más.

—Con permiso; hasta mañana.

—Hasta mañana.

Marcos Mieres... Marcos Mieres, un muchacho casi; muy bueno...

La picada es muy larga; todavía era el sol alto de la tarde, y al cruzarla ella nos adelantó las sombras del anochecer... Una angosta, tortuosa galería de troncos de espinillos... pequeñas ventanas en las copas, por donde se ven trozos de cielo. El Río Negrro pasa allí, formando bruscos remolinos, embravecido, sobre las piedras. Ancha cinta de cielo en la sombra del monte. ¡Qué silencio!... Allí se sentirá la ronca voz del río alejándose; luz en la noche. Una manchita negra en la breve arena como una sombra caída de los espinillos, será el cuerpo del compañero muerto...

En Montevideo, a estas horas, las ramblas de las playas aún estarán cubiertas de mujeres bellas, insinuantes, felices. Los jóvenes — así era Marcos Mieres — las mirarán con miradas que se alargan como manos temblorosas de deseos, por las formas suaves, prietas, ágiles, que pasan; olvidados del Dictador, de sus culpas, de la guerra.

Huyendo de la quebrada música de las bocinas; de las voces de los vendedores; de las orquestas; de los tranvías, dos jóvenes enamorados han llegado junto al mar. Levantan hasta las estrellas la mirada perdida, mientras la ronca voz de las olas oculta el silencio de sus labios, apretados en un beso... Hasta estas estrellas cuya luz está cayendo sobre la sonora claridad del Río Negro; sobre la manchita de sombra callada, de este muchacho campesino muerto...

Marcos Mieres... Marcos Mieres...

CAPITULO IX

Donde se explica por qué invadió Muñoz

Ya pasan los soldados hacia la laguna llevando el caballo del cabestro, unos; la caldera en la mano, otros, cuando aún es más viva, más cálida y más roja que la luz del cielo, la de los fogones bajo los espinillos.

La mañana está llegando ágil, luminosa, a los escondidos senos del monte en los cuales se recoge el campamento. Ya está en la clara luz que corre por los contornos de las pesadas nubes, se abre en las verdes copas de los árboles, pone hilitos de plata en las ondulantes melenas de los pajonales y se acuesta en el río, limpia, desnuda de cerrazón bajo el cielo profundo. Ya es voz de júbilo en la garganta de los pájaros en el monte; llamado tierno del cordero a la madre distraída en la llanura mojada del rocío; impaciencia de relinchos de los caballos en las sogas, mirando abrirse en el campo a las tropillas de extendido cuello, entre las carreras de los potros que se persiguen y muerden, retozando.

El cuerpo está ágil; libre la frente de los cercanos y amargos recuerdos que el sueño alejó y que la fresca alegría de la mañana, vuelve apagadas imágenes.

No hay orden de marchar, y nos proponemos ganar el tiempo organizando algunos servicios de la División.

Cuando llegamos al fogón del General, ya el guerre-

ro se ha levantado y sorbe el mate, en rueda con sus ayudantes.

—General — decimos—, dos días van que usted está al frente de la columna; durante ellos, ha podido conocer y apreciar la capacidad de los que están bajo sus órdenes. El Coronel ordena decirle que en este momento cesan los cometidos y grados que él asignó, incluído el suyo propio, para que usted quede en absoluta libertad de disponer lo que tenga por conveniente. Los que han sido integrantes del Estado Mayor, le declaran que estarán gustosos al servicio de la Revolución, en cualquier lugar que usted designe.

—No tengo nada que corregir, si no aprobar, todo cuanto el Coronel Silveira ha hecho. Haga el favor de extender el decreto, para oficializar con mi firma las designaciones; lo que haré gustosísimo, pues he podido valorar la capacidad y la lealtad con que están bajo mis órdenes, al servicio de la Revolución.

Ya nos disponíamos a escribir, apoyado el papel sobre una carona que nos servía de mesa, cuando le advertimos:

—¿Quiere tener en cuenta, en la composición del Comando, la filiación política de sus integrantes?

—No, señor. Todos somos igualmente compañeros en el servicio del país, y todos tienen por igual mi confianza.

—Sin embargo, General, nosotros se la señalaremos, por un escrúpulo de lealtad, en cuanto al Estado Mayor.

Redactamos el decreto, que él lee mientras nosotros le vamos indicando el partido a que pertenecen (1) las personas cuyos nombres pronuncia en voz alta, con un tono de complacencia indicando su particular aprobación:

---

(1) Indicación que agregamos en esta página al margen de los nombres.

',El Comando del Ejército Libertador,"

Decreta:

Art. 1º. Reconózcanse como Jefe de la División Cerro Largo e integrantes del Estado Mayor, a los ciudadanos y con las jerarquías que a continuación se expresan:

Coronel: Exequiel Silveira (Colorado batllista).

Mayor: Justino Zavala Muniz (Batllista).

Capitanes Ayudantes:

Fermín Mujica, Jacinto Mujica, Juan P. Muniz (Colorados batllistas).

Tenientes Ayudantes:

Secretario, Edmundo Pica (Batllista); Athos Viera, (Colorado batllista); Rufino Silvera (Nacionalista Independiente; Lionel Escouto Almeida (Colorado batllista).

Alférez Ayudante, Felipe Almeida Jimeno (Nacionalista Independiente).

Asistentes:

A. Cascallares (Colorado batllista); Vicente Silvera (Batllista) y Juan José Valerón (Nacionalista Independiente).

Art. 2º. Los Comandantes de escuadrón deben hacer llegar en el día de hoy al Estado Mayor, el número y composición de las fuerzas a su cargo.

(Firmado): General Basilio Muñoz.

Picada de las Piedras, sobre el Río Negro, 2-1-935".

—Necesitamos, General, dar a conocer la integración del Cuartel General.

—Muy bien; sírvase escribir: "El Comando del Ejército Libertador, designa:

Ayudante Mayor: Teniente Coronel Salvador Olivera (Nacionalista Independiente)

Ayudantes: Teniente Juan D. Falcón (Nacionalista Independiente); **Teniente Basilio Muñoz (hijo)**, (Nacionalista Independiente; **Teniente Alberto Muñoz** (Nacionalista Independiente.

Secretario: Teniente: Fares Marexiano (Colorado).

Firmado: General Basilio Muñoz.

Picada de las Piedras (Río Negro), 2-1-1935.

Desde el día del levantamiento, los oficiales han debido proveer, con sus propios recursos, de las cosas más indispensables a sus soldados. Para evitar que aquella injusta situación se prolongue, nos detenemos largamente en el fogón de Basilio Muñoz, redactando con él el decreto que impone a los propietarios, contribuciones de guerra.

El viejo caudillo nos sorprende con la agilidad de pensamiento y la generosidad de espíritu con que discute y acepta los principios políticos con que nosotros defendemos las sucesivas tasas del impuesto que estamos creando. Mientras escribimos, estamos pensando que aquel hombre no será nunca un peligro para nuestras más avanzadas ideas en el campo económico y social. Porque militamos en partidos desemejantes, cumple a la lealtad decir, que en el momento en que nos separábamos del fin común inmediato, de lucha contra la Dictadura, para anunciar en aquel decreto cuáles serían nuestras directrices mentales en cualquier eventualidad de triunfo, sentimos en Basilio Muñoz una generosa amplitud de espíritu que asegura a la República que él nunca será, por su propio impulso ese fruto maldito de las revoluciones de América: caudillo triunfador en la guerra, ensoberbecido tirano en la paz.

Que no intente ningún político mañoso servirse, para sus fines, del ciudadano que ha honrado a su nombre lanzándose a una de las revoluciones más justas que

el país ha presenciado, y Basilio Muñoz sabrá honrar aún más esa actitud, con el leal acatamiento a los valores cívicos y morales que surjan de la revolución a la cual sirvió. Esta tranquila seguridad espiritual, nos la da su actitud mientras discutimos y redactamos el decreto, cuya aplicación se comete a los compañeros Oribe, Noble y Juan Montedónico.

Dispónese asimismo, que las caballadas dependen del Comando y están al servicio de la División; ordenando así un estado de cosas que, por la propia naturaleza de los hechos, era contrario a la .disciplina y amenazaba producir algún conflicto en momentos en que más necesaria fuese la cohesión de todos los elementos revolucionarios.

Ibamos ya a abandonar el fogón del General, cuando él nos ofrece una muestra de la cordialidad inalterable que se mantiene entre el comando de la División y su General; obséquianos con los banderines y la bandera tricolor con que desde entonces se señalará en los campamentos la ubicación de los fogones de Basilio Muñoz y los del Estado Mayor.

Del campo nos llegan las voces de los carneadores, levantándose sobre los mugidos de dolor de las vacas que se están sacrificando en la mañana ya cálida.

Hacia la laguna van los guerreros, casi desnudos, entre alegres charlas. Llegan las descubiertas que se han enviado la noche antes, y algunos vecinos adictos a la Revolución, con precisos informes sobre la marcha de los ejércitos gubernistas; salen los asistentes hasta la pulpería cercana, o grupos de soldados hacia las caballadas.

La animación del campamento mantiene en el espíritu la alegre disposición del trabajo, y así llegamos al fogón del Coronel.

Habíamos olvidado que la noche anterior, él había pedido a los oficiales que allí se reuniesen para juzgar las posibilidades militares de la División. Por eso nos

sorprende la presencia del grupo que se ha reunido formando círculo y en el que se habla con gestos graves y palabras lentas, entre largos silencios.

Ya nos sentábamos entre ellos, cuando oímos que el Coronel dice:

—Bueno; pero en ese caso, algunos tendremos que ofrecernos para acompañar al General hasta la frontera.

—Ah, sí;—dicen unos.

Pero será difícil hacerlo con la División; muchos quieren irse desde aquí. Tanta es nuestra sorpresa que aún queremos oír, antes de preguntar cuál es el propósito que, más que en la palabra, anuncian algunos gestos reconcentrados, como si un oculto pensamiento estuviese a punto de asomar a los labios.

—Hemos sido engañados...

—¿Por quién?

—¿Yo qué sé? La cuestión es que no se nos ha incorporado nadie.

—Ya prometí a los míos, que esta mañana quedaría en libertad de irse el que lo quisiera.

La dolorosa certidumbre de lo que allí se está resolviendo, nos hace hablar con una impaciencia nerviosa que no podemos, ni queremos ocultar.

—¿Pero qué es lo que ocurre, Coronel?

—Que según algunos compañeros, ya hay quienes no quieren seguir más, y hoy disolveríamos la columna.

—¿De qué hecho surge esa actitud? Es cierto que no hemos recibido incorporaciones; pero sabemos que aquí mismo, buscándonos, siguen nuestros pasos los compañeros que manda el Dr. Goyenola y los de Sofío Díaz. Todo hace creer que Edelmiro Noble se nos está aproximando. Es exacto que parece haber fracasado el gran movimiento nacional que esperábamos. Pero la incapacidad demostrada por esos cinco jefes gubernistas, entre cuyos ejércitos hace una semana que nos estamos moviendo, sin atreverse a acercársenos hasta obligarnos

a combatir, todavía nos permite ganar tiempo hasta informarnos exactamente sobre lo que está ocurriendo en el país.

—La moral de la gente está quebrada por el desengaño.

—Empeñémosnos nosotros en reconstruírla. Este campamento es, por lo menos,, un rincón de la República en el cual no impera la dictadura terrista; es, además, un índice señalando a la conciencia de todos, el camino del deber. Es, al cabo de una semana de Revolución, una prueba que el país necesitaba, de la incapacidad de ese ejército mercenario y de esa aviación que pasa todas las mañanas sobre nosotros, sin reconocernos ni hacernos daño.

Sin combatir, mientras estemos reunidos, estamos venciendo; de ellos es la tarea de guardar el orden de sumisión que soportaba el país hasta nuestra rebeldía.

Mientras no haya orden, es que ellos son impotentes.

Luego, y aunque nunca hemos creído en gestos individuales contrarios al interés de su clase, alguien puede abrigar la esperanza de que algunos de esos generales que tienen ejércitos en sus manos, quiera convertirse en el Libertador...

—Sacrificaremos a nuestros soldados...

—Todos estamos expuestos, en la misma medida, al mismo sacrificio. Y éso es la guerra.

—No se puede decir que haya una sola probabilidad de triunfo.

—No lo podemos afirmar. Pero esta Revolución creará en el país la psicología necesaria para la otra, victoriosa, que vendrá.

—El país nos ha abandonado. Cerro Largo está solo.

—Así parece desde aquí. Pero el país tendrá que asumir un día, esta actitud que Cerro Largo le señala.

—Nuestros soldados son ciudadanos que creyeron en la solidaridad de la República. Yo ya les he dado mi palabra de no obligarlos a seguir.

—Nosotros también hemos dado la nuestra. Mientras los jefes crean que es posible mantener la guerra, en cualquier condición, nosotros los acompañaremos.

—Usted sabe, Coronel, que personalmente yo lo acompaño a donde quiera que usted vaya. Pero no puedo prometer lo mismo de muchos de mis soldados.

—Sí, ésa es la cuestión. Personalmente todos los que estamos aquí, acompañamos a los jefes, cualquiera sea su decisión. Pero, ¿quién levanta el espíritu de los soldados?

—Muy bien. Yo comunicaré al General la opinión de ustedes y, en todo caso, volveremos a reunirnos.

Los oficiales se fueron alejando, preocupados, en pequeños grupos o solos, de aquella reunión de la que nosotros recogimos la certidumbre de que el sostén moral de la columna estaba roto.

Creíamos, como ellos, que ya no era posible pensar en una victoria militar de la Revolución; pero creíamos, también, que todavía no estaba todo perdido. ¿Qué sabíamos, en verdad, de lo que estaba ocurriendo en el país? Y luego, así, sin combatir una sola vez; sin intentar un último sacrificio; sin haber perdido toda esperanza, abandonar las armas y someternos...

Había algo en nosotros que se rebelaba a admitir sin protestas, aquella dolorosa necesidad.

Si disolvíamos aquella División revolucionaria, ¿qué acción intentar más tarde, cualesquiera fuesen los sucesos que luego conociéramos?

Todavía el General podía, con su prestigio, detener aquellos hechos cuya presencia nos amargaba tan profundamente. Y autorizados por el Coronel, cuya opinión era idéntica a la nuestra, volvimos al fogón de Basilio Muñoz.

Le encontramos ignorante de todo lo que estaba ocurriendo. Al principio de nuestro relato, sus ojos se dilataron en una expresión de asombro; luego fué de amargura su gesto. Pero cuando sintió el calor con que

le ofrecíamos la adhesión de los que estábamos dispuestos a acompañarlo, hasta que se hubiese perdido la más remota esperanza, se alegró de nuevo en una tranquila sonrisa y dispuso que media hora después se realizase en su fogón la reunión de oficiales, tal como se lo proponíamos.

Los ayudantes partieron presurosos a los fogones del campamento, llamando a los jefes, que a poco fueron llegando y formando círculo en torno del General.

Centinelas colocados a distancia, impedían que nadie pudiera acercarse ni oír lo que en aquella reunión se hablase.

Ya estaban todos sentados en círculo bajo la sombra de los espinillos, cuando el viejo General, con palabra tranquila y bondadosa, habló:

—Los he llamado, compañeros, para que hablemos sobre los sucesos en que estamos actuando. Sé que algunos de ustedes tienen el ánimo dolorido ante el rumor que se extiende entre nosotros, sobre el abandono en que nos hallamos y la inutilidad de mayores sacrificios. Yo ruego que se me diga cómo son esos rumores, y qué es lo que se quiere.

Se hizo un silencio.

Los labios estaban detenidos, sin palabras, ante las de aquel anciano que había hablado sin amargura, sin rencor; con la serena calma de quien no espera, ni se abate. Las miradas estaban puestas en aquella figura de menudas formas, tostado de sol, blanca cabeza, que esperaba, mirando sosegadamente el círculo de aquellos hombres cuyo afecto había conquistado con su sacrificio sin gestos ni alardes. Los espíritus sabían que iban a herir al suyo, anunciándole una verdad que a todos dolía; y nadie quería ser quien primero lo hiciese.

En la sencillez del ambiente; en aquel círculo de hombres sentados en el suelo a la sombra de los espinillos, sentíase la grave emoción de los momentos definitivos, en que la realidad viene a los labios, desnuda

de palabras solemnes, porque aún las más simples o pueriles, asoman grávidas de la más íntima sinceridad.

Uno habló. Su voz tuvo la emocionada congoja que los labios expresaban a lo largo del campamento.

Estábamos solos, sin comunicarnos con nadie; seguros de que cualquier sacrificio de nuestros compañeros, ya no sería bastante para levantar al país, entre cuya indiferencia iba marchando y campando, nuestra columna. ¿Las causas? No las sabíamos. Pero aquella era la ruda y triste realidad, después de dos años de espera.

Se nos había llamado para la guerra; a combatir contra ejércitos armados hasta el exceso con los dineros del pueblo; sin armas, casi, nosotros; a sufrir, sin poder repeler la agresión cobarde del bombardeo de los aviones; sin más recursos que el caballo y una decidida voluntad de sacrificarnos por la felicidad del país.

Y habíamos ido, sin faltar ninguno.

Pero, ¿qué podíamos esperar ya, como no fuera el dolor de arrojar a la muerte a aquellos que nos habían seguido, y con la certidumbre de que al otro día del tremendo sacrificio, sólo tendríamos la congoja de nuestra derrota, y la pena agobiante del recuerdo de los hogares en donde el llanto de las madres y los hijos, sería el coro desolado comentando nuestros hechos? Los labios se apretaban; las miradas fijábanse en las botas, o en la negra hilera de hormiguitas que iban abriendo caminos de juguetería entre las pajas, bajo las caídas ramitas, sobre las gramillas; las manos golpeaban los látigos sobre las botas o estaban, afanosas, afinando con el cuchillo reluciente, la pequeña vara que cortaron de sobre la cabeza. El pensamiento está allí, siguiendo el camino que las palabras abren, o se va, olvidando del tiempo y el espacio, hacia el recuerdo de los días que han pasado sobre el hogar, sobre el país, o quiere adentrarse y ver qué horas se guardan en los senos ignorados de los días que vendrán.

La voz del General vuelve a alzarse, cordial, tran-

quila, velada apenas por una ténue emoción de amargura:

—Nuestra situación no es, todavía, desesperada. Chasques venidos recién de Cerrozuelo, nos comunican que el Coronel Barbadora se retiró precipitadamente hacia el sur, después que le tomamos los prisioneros. Estamos entre cinco ejércitos del Gobierno. En Durazno, las fuerzas de Barbadora. A nuestra izquierda, las de Tacuarembó; a la derecha, las de Rivera. Por Cerro Largo avanzan dos columnas; una desde Santa Clara, la otra desde Melo. Pero la lentitud con que marchan todos, prueba el desgano con que vienen cercando a la Revolución, o la incapacidad. Los aviones no han logrado localizarnos ni, a la altura que pasan, llevan probabilidades de hacerlo. Llevamos ya una semana en el campo, y no se nos ha obligado a combatir, o a retirarnos por su presión. O nos temen, suponiéndonos más fuertes de lo que somos o no sienten mucho ardor por la desgraciada causa que están defendiendo. Cierto es que su actitud nos permite aún movernos entre ellos, desde este punto estratégico que ocupamos, de acuerdo con nuestras conveniencias. Esperamos recibir hoy la incorporación de Perdomo y mis hermanos, quienes traen armas y municiones con que abastecer a la columna. Busquemos aproximarnos al Brasil, previendo cualquier eventualidad, y mientras tanto conoceremos exactamente el estado del país. Tal es nuestra opinión.

—General: ¿podemos preguntarle francamente?

—Todo cuanto deseen.

—Muchas gracias. ¿Usted cree, General, que los dos grandes partidos opositores estaban avisados de cuándo sería el levantamiento? ¿Había alguna fuerza militar comprometida con nosotros?

—Tengo el deber de creer que estaban avisados. Se me aseguró que contábamos con tres regimientos.

—¿Y si no se hubieran levantado esos regimientos?

¿Y si nuestros partidos no hubieran sido avisados con tiempo y sólo somos nosotros los que estamos en armas?

—En ese caso buscaremos, marchando ordenadamente, el camino del Brasil. No es mi propósito precipitarlos a un sacrificio que sería doloroso para mí y estéril para la República. El Coronel y yo, creemos que aún no estamos vencidos y seguiremos con aquellos que todavía quieran acompañarnos.

—General: yo no sé hablar mucho; pero le sé decir que mientras usted mande, le obedeceré; sea para lo que sea — Dijo, con palabra emocionada, Basilio Antúnez.

Se animaron las voces; alzáronse las miradas; decididos se hicieron los gestos y cada uno, todos los que allí estaban, proclamaron ante el jefe revolucionario, en cuyo rostro había una olvidada sonrisa, la decisión de acompañarlo hasta el fin.

Cuando nos pusimos de pié, y los oficiales se hubieron alejado, Basilio Muñoz dejó que la emoción floreciese en sus labios y se agitara en los brazos entre los cuales nos estrechó, como a un viejo amigo, con bondadosas palabras.

La alegría por aquella noble adhesión de los oficiales, se expresaba en altas voces en los labios de los hijos del General, y en bromas pueriles entre los ayudantes.

Solos los tres, mientras el mate volvía a poner en el fogón su pausado ritmo, Basilio Muñoz, el Coronel Silveira y nosotros, hablábamos:

—Es preciso que usted diga, para que se recuerde y publique con las reservas que la situación del país ha de exigir, las causas de su invasión, General. Su conducta será juzgada, y no debe serlo sin su palabra— dijimos.

—Ah, yo creo, General, que es necesario que se sepa la verdad — comentó el Coronel.

—¿Por qué resolví invadir el 27 de Enero?

—Sí, señor; por orden o de acuerdo con quién.

—Yo estaba, como usted sabe, Coronel, en San Gabriel. No pensábamos aún que ésto fuese tan pronto. Pero el día martes, 22 de Enero, llegó un chasque de Montevideo, enviado por el Presidente en ejercicio del Directorio Nacionalista Independiente.

—¿Ese Presidente era miembro de la Junta de Guerra?

—Sí, señor. Me hacía saber — y decía que con conocimiento de otros dos miembros del Directorio — que, o me lanzaba inmediatamente a la Revolución, o ésta se vería aplazada por un tiempo indefinido. Se sabía que el Gobierno iba a ordenar la prisión de todos los presuntos jefes revolucionarios y el traslado o destitución de los jefes y oficiales que estaban comprometidos con nuestra causa. En cuanto a mí, se iba a insistir en el pedido de mi internación. Por esa causa los oficiales al mando de fuerzas, y amigos nuestros, entendían que el aplazamiento hasta más allá del primero de este mes, significaba la pérdida para la Revolución, de las unidades que habían de apoyarla y cuya adhesión yo conocía.

—¿Eran tres, General?

—Tres regimientos. En esa disyuntiva, contesté de inmediato, por el propio chasque, que invadiría el 27 de Enero, a las doce de la noche.

—¿Qué día puede haber llegado ese chasque, de regreso a Montevideo?

—Salió de San Gabriel con tiempo para llegar a Montevideo el día jueves; el levantamiento se produciría el domingo.

—¿Qué tiempo antes de la Revolución, habló usted por última vez con el jefe batllista?

—El mismo día en que había despachado al chasque. Nos vimos en San Gabriel.

—¿Usted lo enteró de su resolución y las causas que la motivaban?

—Recuerdo perfectamente las palabras con que nos expresamos sobre ello: Apúrese, compañero, o vaya pensando en detener su viaje de regreso al sur, porque yo no sé lo qué podrá pasar en estos días. Pero de cualquier manera, tenga en cuenta que usted nunca llegará tarde.

—¿Y nuestro correligionario no le pidió explicación de su lenguaje, tan vago en esa circunstancia? ¿No deseó conocer qué reservas contenían sus palabras?

—No, señor. Al terminar la mañana de ese día, nos despedimos; y no he vuelto a saber de él.

—¿Pero en los planes que a usted se le trasmitieron por orden de ese Presidente del Directorio, no se le hablaba de un poderoso concurso batllista y que dependía, probablemente, de nuestro jefe? ¿No se le indicó que apreciase, al formar su juicio para fijar fecha, esa circunstancia?

—No, señor.

—¿Lo recuerda nítidamente, General?

—Lo recuerdo de un modo absoluto.

—¿Usted, entendió, General, que esa comunicación traída a San Gabriel por el chasque, era del solo conocimiento de las autoridades de su partido?

—Yo entendí siempre, que era una orden de la Junta Revolucionaria que los dos grandes partidos integraban. Actué con la convicción de que el partido de ustedes, el Batllismo, era solidario de esa orden.

—¿De modo que usted cree que su respuesta ha sido trasmitida al Batllismo, en el mismo momento que al nacionalismo?

—Ah, sí, desde luego. Yo no he estado, en este aspecto de nuestras luchas, obedeciendo órdenes de mi partido, sino de la dirección revolucionaria, que los dos partidos integran. Tan clara es mi convicción a este respecto, que actuando con ella fué que dí aviso inmediato a ustedes los Batllistas de Cerro Largo, por intermedio de mi amigo Exequiel.

—Según eso, General, debemos creer que nuestro partido ha sido avisado con el tiempo necesario...

—Yo entiendo que la resolución fué tomada, vuelvo a decirles, por representantes de los dos partidos, y en el mismo conocimiento de idénticos hechos. Yo no soy más que un soldado al servicio de la Revolución.

—En vista de los sucesos actuales, ¿no crée usted que puede haber ocurrido algún funesto mal entendido?

—Desgraciadamente parece que así fuese.

Cuando nos levantamos del fogón del General, nuestro ánimo se hallaba abatido por los hechos que acabábamos de presenciar y, sobre todo, por aquellas revelaciones que nos quitaban toda esperanza de que aún pudiera organizarse un levantamiento eficaz en el país.

Así lo íbamos diciendo al Coronel, cuando nos detuvimos bajo los espinillos que sombreaban el campamento del Estado Mayor.

Advirtieron los ayudantes el tono de confidencia que nuestro diálogo tenía y permanecieron apartados de nosotros, que nos pusimos a cortar el asado, mientras hablábamos.

—No podemos explicarnos cómo no se ha levantado el Batllismo...

—Yo creo que ha sido sorprendido...

—¿Lo deduce del diálogo que nos acaba de narrar Basilio Muñoz?

—Y de los hechos en que actué directamente. Al otro día de estar con el General Muñoz, el jefe batllista esestuvo conmigo. Yo tenía ya la impresión, por palabras del Comandante Nicolás Muñoz, de que la Revolución iba a estallar muy pronto. Usted sabe que pensábamos que serían unos cuantos días después...

—¿Y usted le trasmitió esa opinión al jefe batllista?

—Se lo dije con verdadera inquietud. Apasionadamente le pedí que volviera a hablar con Muñoz, pues estábamos expuestos a perder elementos poderosos que se acababan de lograr...

—Pero él había hablado ya, el día antes...

—Y así me lo dijo. Mas no creía que Muñoz invadiese. Aludió al compromiso de los partidos; atribuyó esas palabras y actitudes del General blanco, a astucias suyas, necesarias para presionar el ánimo de sus correligionarios e impulsarlos a la acción.

—¿Tampoco él le dijo si había pedido aclaración de esas palabras de un sentido tan vago, que le había dicho Muñoz?

—No les dió importancia.

—Y hablaban dos jefes...

—Ahí tiene. Me prometió, eso sí, volver al sur y tomar las medidas necesarias. Esa madrugada, cuando ya salía para el Uruguay, recibí concretamente la orden de levantarnos.

—¿De parte de Muñoz?

—Usted sabe que era el jefe de quien debíamos recibirla nosotros, los de Cerro Largo.

—Así es.

—Por eso creo que el Batllismo ha sido sorprendido

—Pero el chasque de Muñoz llegó el Jueves a Montevideo y el levantamiento fué el domingo por la noche. Había tiempo suficiente.

—Pero, ¿qué sabemos cómo han ocurrido allí las cosas?

—Eso es lo que habrá de explicarse, un día. Están en juego la suerte del país, el prestigio de la Revolución y la vida de los que han cumplido, a su hora, con su deber. Quienes dirigen a la opinión, tienen el deber de mantener en ellos la confianza pública y actuar con ella, como con cosa sagrada.

—Tal vez no haya culpa de nadie en todo eso.

—La historia nos juzgará. Por nuestra parte, estamos seguros de que si hay alguna culpa, ella no está en este fogón.

—La verdad es que todo ha sido una gran desgracia.

Pero todavía puede reaccionar el pueblo, y no estar todo perdido.

—Nosotros no lo creemos. La técnica que se siguió para preparar la psicología revolucionaria, fué profundamente equivocada. Pero cualquiera sea nuestra convicción, Vd. sabe, Coronel, que mientras Vds. creen que es necesaria la rebelión, de muchos o de pocos, nosotros estaremos sobre el caballo. Preferimos equivocarnos exponiéndonos en esta guerra, que todos hemos proclamado como una necesidad, a acertar, quedándonos en casa o en el extranjero.

—¡Ni un diario hemos leído!...

—Es verdad. ¿Cuánto habremos robado ya, según los escribas del Gobierno? Ya deben contarse por centenares los vecinos a quienes hemos saqueado o degollado.

—Son muy conocidas esas historias, para que se las crean.

—Pero ellos no dejarán de contarlas.

—¡Coronel!, ¿sintieron? — Nos grita desde su fogón el Capitán Juan Muniz.

—¿Qué ocurrió?

—El avión...

—¿Viene?

—Se sintió una bomba... ¡Ahora otra!

—Sí, está tirando sobre el río, todavía muy lejos.

—Parece qu hoy nos visita de malhumor, el pájaro— comentó una voz.

—¡Otra!

—Viene volando hacia aquí.

—Ordenen que se prepare el campamento y apronten las armas, por si se le puede tirar.

—¿No les digo?, el hombre se retrasó y viene enojado...

Cada vez más cercanos, se repetían los poderosos estampidos de las bombas que el avión venía lanzando sobre el monte.

Eran, al principio, como truenos lejanos en la maña-

na tan clara; más cerca, tremendos golpes sacudiendo al silencio de la tierra y el cielo, cuyos ecos repetía el monte y por el río se alejaban.

—¡Allá viene!

—¡Otra!

—No le va a quedar ninguna para nosotros.

Los caballos habían dejado de pastar y se quedaron, inmóviles, en una espera medrosa.

De la laguna comenzaron a salir los guerreros y a correr por el campamento, diciéndose alegres bromas sobre el avión, que ya brillaba bajo el sol de la luminosa mañana, siguiendo la costa del monte.

Ya se percibía claramente su forma; la rígida proa, el sordo martilleo de los motores, cuando de pronto se apartó de la elevada paralela del monte y se alejó sobre la llanura.

—¿Nos habrá visto?

—Es difícil; va muy alto.

Lejos, en el tranquilo horizonte, todavía volvió a estallar el pesado estampido de otra bomba.

—Parece un cañón — comentó un veterano.

—Vamos a sestear un rato; lo que es ése, hoy no vuelve a hacer ruído.

Bajo el dilatado silencio de los amplísimos cielos, a la sombra de los espinillos, durmiéronse los guerreros; tapados los rostros para oscurecer la luz radiante del medio-día.

Apenas nos hemos dormido, cuando nos recuerdan para informarnos que nuestros observadores, Aníbal Artigas y Noblía, comunican desde la estancia próxima en donde están destacados, que el enemigo se acerca sobre nosotros. Sus descubiertas, una partida del regimiento de caballería de Tacuarembó, ya han llegado al puesto de la estancia, y sus bomberos se ven aparecer en las cuchillas cercanas.

Trasmitimos la novedad a los jefes, quienes ordenan que ensillen los integrantes del Cuartel General y del Estado Mayor.

Por la llanura que los pajonales recortan, nos adelantamos hasta un grupo aislado de árboles en donde el General detiene a su tordillo y bájase, rodeado por sus ayudantes, a observar la lejanía del paisaje.

La tarde tiene una suave dulzura de égloga.

Lejos, los montes de eucaliptus son manchas violetas sobre el horizonte de un azul celeste; la luz se quiebra y refleja en los blancos lienzos de las estancias en las alturas. En el llano blanquean las cañadas en los lomos de las ovejas dispersas; empequeñécense los espinillos solitarios a cuya sombra dormitan los ganados.

Los horizontes son un gran círculo cerrando el paisaje, apoyados en las copas de los árboles del Río Negro; en el suelo, quietas, las manchas multicolores de las caballadas. En la bóveda de luz resonante, grandes nubes, viajeras lentas, iluminadas, por el mar de silencio de la tarde.

A nuestra espalda, blancas columnitas de humo que se alzan del círculo rojo de los fogones y suben, rectas, más altas que las copas de los árboles, sin que las quiebre ni disperse, ni la más leve brisa.

Tres grupos se han formado bajo los espinillos dispersos y adentrados en la llanura. Los jefes en uno; los ayudantes en otro; los asistentes, teniendo los caballos, más lejos.

Las miradas están puestas en la cuchilla más alta que domina el paisaje; a la sombra de un árbol, se ha visto moverse a un jinete.

Se dirigen hacia allí los gemelos; pero el ramaje confunde la lejana visión. De pronto, hacia la derecha, más allá del monte, surgen desde un grupo de eucaliptus, hasta seis jinetes que marchan con grandes espacios entre ellos.

Se detienen en el filo de la cuchilla; han puesto sus

caballos de frente a nosotros, y son apenas seis puntitos negros que la hondura del cielo vuelve aún más pequeños.

Dos de ellos se acercan. Ahora se distinguen bien, pues se aventuran y bajan galopando la ladera cuya curva más baja ocultan los árboles de la otra orilla del río.

Desde el árbol solitario sobre la elevada cuchilla ha salido la forma que entre el ramaje se ocultaba. Va galopando sobre el filo de la altura...

Se hundió en el horizonte iluminado que está caído más allá del paisaje.

Ya vuelve. Otro le sigue; y otro. Parecen golondrinas que van volando, veloces manchitas negras a ras del suelo, sobre la curva afilada de la altura, en el cielo clarísimo. Y en el ramaje del árbol se acogen y allí quedan, escondidas, dominando el abierto círculo del monte, donde siguen elevándose las rectas columnitas blancas de los fogones.

A nuestra izquierda el pajonal simula otro piso, dorado, ondulante, que esconde al campo.

La cabeza de un hombre hiende la móvil superficie; se esconde, vuelve a verse, y se pierde.

Ya está cerca; alza el busto junto al que flota, como un trozo de pajonal, el poncho de verano; vuelve a perderse. Blanquea la frente de un caballo, el cuello es una quilla; el jinete se acerca galopante hasta salir al campo limpio, adelantarse aún, y apearse a nuestro lado.

Trae en el rostro el sudor del sol y la alegría de la novedad que trasmite con palabras que parecen salir de sus labios, con el ritmo precipitado del galope con que cruzó las distancias:

—Por una radio argentina, en la estancia próxima se ha sabido y confirmado, que un batallón de infantería combate desde esta mañana en las calles de Montevideo. El pueblo le apoya, con multiplicados focos de

insurrección. En el departamento de Colonia, los revolucionarios han derrotado a las fuerzas gubernistas. Todo el país arde en la guerra y en la escuela de aviación militar se ha descubierto que varios aviadores iban a plegarse a la Revolución. El Gobierno vacila, y no ataca.

La esperanza, tantas veces abatida; la honrada convicción de que estábamos allí expresando la inmensa voluntad del país, el deseo de creer, venciendo el cerco angustioso de las inmediatas y amargas realidades, estallaron de pronto en el espíritu de todos, y el entusiasmo fué una mano que nos levantó del campo, confundió los grupos, borró las jerarquías, los gestos preocupados; lanzó al aire los sombreros, y a los hombres en brazos de los hombres.

Se olvidó el cansancio; la desilusión; aquellas manchitas negras volando sobre la afilada curva de la cuchilla, ya no llevaban tras sus vuelos las miradas atentas; ojos alegres las veían. Las manos de los jefes apretaron, jubilosas, cordiales, a las rudas manos del chasque, que estaba allí, de pié, fatigado, feliz, como si en ellas apretaran y guardaran la noticia grávida de promesas que sus labios habían arrojado entre nosotros.

—¿Se trasmite, Coronel, la novedad a la División?

—Sí, señor. Hágase acompañar por el Estado Mayor, y arengue a los escuadrones — contesta el General.

Por primera vez, desde que salimos para la guerra, hemos ensillado al Charrúa, nuestro noble caballo criollo, cuyo trote liviano nos acompasó tantas meditaciones sobre las lomas del Bañado de Medina, en las calladas noches bajo los hondísimos cielos de infinitas estrellas, él con una en la frente. Las marchas, la sed; los caminos pedregrosos, han apagado en su cuerpo ya viejo, aquel ardor con que iba haciendo sonar el freno, mientras nosotros evocábamos sobre él, escenas semejantes de las pasadas guerras gauchas, que creíamos ya idas para siempre del país. Pero nuestra alegría hin-

ca en sus ijares la espuela que lo azuza, lo levanta y enardece; y otra vez lo llevamos, sonoro el freno, en aquel galope con que sus patas ágiles redoblaban en los silenciosos paisajes de nuestro pago.

Describiendo la onda invertida que el monte forma, los escuadrones, con sus oficiales al frente, se alinean, de pié, el sombrero en la mano; el gesto curioso.

El Comandante Nicolás Muñoz nos acompaña y la alegría rebosante de su rostro anticipa la suerte de noticia que traemos a los compañeros que esperan, atentos, comprender la razón de aquella escena que los ayudantes del Estado Mayor cierran, a nuestra espalda.

La emoción dicta nuestras palabras:

"¡Ciudadanos soldados del Ejército Libertador!:

De parte de vuestro General, os transmitimos la feliz noticia: Acaba de saberse, por intermedio de una radio argentina, que el país ha respondido al llamado de vuestra voz proclamando el principio de la rebelión contra la Dictadura. Un batallón sublevado lucha en las calles de Montevideo, sostenido por el pueblo. En Colonia la Revolución ha derrotado al Gobierno; el sur del país está convulsionado y dominado por los nuestros. Algunos aviadores militares salvan el honor de esa arma, que por primera vez guerrea, sirviendo a la causa del pueblo. La columna que vosotros fuisteis los primeros en formar, comienza a moverse, en los campos y las ciudades, atravesando victorias.

¡Ciudadanos soldados, de la División Cerro Largo! Vosotros señalasteis el derrotero de la redención nacional.

Adelante de todos, ¡seguid por él!

¡Viva la Libertad! ¡Viva la Revolución!"

—¡Viva la Revolución! ¡Viva la Libertad!

Las voces fueron bandadas de pájaros alegres que volaron de los labios estremecidos, y poblaron el monte hasta más allá del río.

Cuando volvemos a los espaciados espinillos de la lla-

nura donde aguardan los jefes, recibimos la orden de mandar ensillar. Las noticias de la cercanía del enemigo se han concretado, mientras aquellas manchitas negras que se veían galopar por las elevadas cuchillas del paisaje, empiezan a confundirse con los horizontes que el caer de la tarde está azulando.

—Vienen por el paso de Ramírez — nos entera el Coronel.

—¿Los esperaremos?

—Aguardamos la incorporación de los hermanos Muñoz y de Perdomo, que vienen bien armados y municionados.

—¿Saben nuestra ubicación?

—Basilio Pereira los guía. No deben tardar.

—¿Vé, General? Ahora es una partida desplegángose en aquella cuchilla — dice el Comandante Olivera, quitándose de los ojos los gemelos.

—¿No será Leiva, que salió a buscar caballos?

—No; Leiva debe venir por este rumbo opuesto.

—Se ha mandado ensillar, Coronel; ¿es para marchar?

—Es una precaución; con el enemigo ya cerca...

Ya apenas se vé más allá de la llanura; los cielos han empezado a acercarse y van escondiendo las estancias más próximas.

Pero los gemelos todavía atraviesan las azuladas lejanías, y los labios van señalando la presencia y desaparición de jinetes sobre los horizontes.

El enemigo parece estarnos rodeando y observando

El General y el Coronel miran en silencio los horizontes azules o enrojecidos, y dan las órdenes, sin prisa, sin emoción; con palabras indiferentes.

Fatigados de seguir con la vista los pequeños puntos oscuros que se nos señalan, y que apenas percibimos en la media luz del atardecer, nos distraemos sintiendo la suave emoción que tiene el paisaje, con su lucero de fresca luz y este silencio que parece estarse derraman-

do calladamente del cielo profundo, y tendiéndose, tenue, sobre el pajonal.

Callado el monte oscurecido, hacia el que van a recogerse los tranquilos vuelos de las palomas. Blanquea una iluminada laguna del río.

Se asusta un chajá en el bañado; un balido se ahoga en el silencio. Las palabras que anuncian al enemigo cercano, caen en el espíritu distraído y abren una onda que se ensancha y confunde con aquellas que la visión del paisaje levanta. Nuestras palabras son el punto en que los círculos mentales se hieren:

—¡Bello lugar para morir! ¡Todo está terminando aquí, en esta hora, tan suave y calladamente!

—Asegúrele la cincha a ese colorado—bromea el Coronel.

—Ahí está Basilio Pereira — dice el Comandante Muñoz, señalando al jinete que se ha desmontado frente a nosotros, a la orilla del pajonal.

Trae el rostro grave y la palabra nerviosa. Trasmite el parte de lo que él mismo ha visto:

—Los hermanos Muñoz y Perdomo han sido dispersados y abandonaron las armas. Todo debe haber caído en manos del enemigo.

Los hombres, las armas, la munición que esperábamos, ¡todo perdido!

Y son los propios hermanos del General, los que han sufrido ese contraste.

El rostro del viejo caudillo se nubla de amargura; sus labios enmudecen largamente.

Nadie quiere turbar su silencio.

—¿No estará asustado este hombre, Comandante?

—Este hombre no se asusta, Mayor.

—¡Qué desgracia, entonces!

—Así es.

Basilio Muñoz monta al tordillo y dice, más parece que hablándose a sí mismo:

—¡Qué vamos a hacer! Ordenen la columna de a

cuatro y que marche en filas espaciadas — y agregó, como un comentario:—Por si el enemigo nos está observando.

Espoleó al tordillo; se recogió sobre los hombros el poncho claro, y avanzó.

Bajo las frentes se recoge el silencio; como en el cielo, en el monte, en el campo.

CAPITULO X

Cansancio

—¿Qué rumbo llevamos, Coronel?

—Nos iremos acercando al Brasil.

—Esta noticia que trajo Basilio Pereira ha sido un rudo golpe para el General.

—El tenía muchas esperanzas puestas en la ayuda de esos compañeros. Ahí se han perdido, además de las armas y municiones de ellos, dos ametralladoras nuestras.

—¿Usted cree que esté tan cerca el enemigo, como dicen?

—Parece que sí.

—La verdad es que nunca lo hemos visto.

—Pasan los días y no podemos tender unas guerrillas...

—Llevamos miras de no hacerlo.

—Sería una lástima...

Adelante van, al trote lento, el baqueano y los exploradores; les sigue el General con sus ayudantes; luego nosotros, mientras la columna ha comenzado a moverse y desfilar al tranco por la orilla del monte.

Vamos describiendo las curvas que el pajonal traza sobre el campo limpio, que unas veces se abre ante nuestros caballos, y otras se oprime hasta no ser más que un sendero.

Ya están perdiéndose en el suelo las alargadas sombras del monte que nos rodea, mientras arriba se van

encendiendo las estrellas y un tono azul intenso va lavando las grandes manchas rojas que el sol dejó en el horizonte, al morir.

La nochecita está cayendo en el bañado y levanta una brisa fría, que hace decir a uno de los ayudantes:

—Me parece que esta noche la haremos de poncho.

—Va a estar oscuro — comenta otro. — Estamos a boca de noche y ya apenas se ve.

Una caballada viene trotando rápida y dispersa por el pajonal, obligando a los conductores a encerrarla y calmarla entre alargados silbidos. A nuestra espalda avanza, deslizándose, la mancha oscurecida de la columna, sobre la cual las brasas rojas de los cigarros simulan en el bajo la franja estrellada del Camino de Santiago que ya es un vivo sendero de luz, arqueado de horizonte a horizonte.

Nos llega del General, la orden que trasmitimos:

—Está prohibido hablar y fumar en la marcha.

Sombra adelantando en las sombras de la noche; silencio de los hombres, en el silencio del paisaje; una extendida emoción en las frentes y una espera en los ojos que sondean la oscuridad; un apagado rumor de tranco de los caballos sobre los altos pastos, van lentamente saliendo del círculo de los montes, cruzando la llanura, y subiendo la cuchilla del árbol solitario entre cuyo ramaje veíamos, en la tarde, esconderse las manchitas de los jinetes enemigos. Coronamos la altura; la oscuridad se aliviana y el cielo se ahonda, ya vestido con su leve túnica plateada de estrellas infinitas.

Sobre el murmullo de la marcha se siente redoblar un galope y a un jinete que viene preguntando:

—¿El Estado Mayor?

—Aquí va. ¿Qué hay?

—Comunican del escuadrón que hacia aquel rumbo se han visto dos focos de luz, como de camiones.

—¿Aquellos que se ven allá?

—Sí señor.

—Es la luz de una estancia.

—Hace un rato los vimos de frente. Ahora están a la izquierda nuestra.

—Somos nosotros que vamos haciendo una vuelta.

—Sí, señor. Con permiso.

—La orden de no fumar ni hablar les va a hacer ir viendo al enemigo.

—Vamos marchando en esta cerrada oscuridad, con tan severas precauciones que es fácil explicarse la inquietud de los soldados.

Las sombras van cansando las miradas que quieren penetrar en sus senos, livianos sobre las orejas del caballo, densas, cayendo sobre los hombros del General, cuya silueta percibimos como flotando en el horizonte al coronar una cuchilla.

La marcha se hace lenta, monótona. La brisa se ha vuelto un viento frío en las alturas, que silba en las alas de los sombreros. El Charrúa va pisando cautelosamente y tira del freno queriendo olfatear el piso que se ahonda debajo de sus patas; iergue las orejitas que simulan dos pequeños álamos lejanos. El cuesta abajo se alarga en las sombras que flotan hasta el principio de la otra cuchilla.

Otras veces aligera el paso: alza el cuello; entretiene los nervios en continuos resoplidos. Si una pierna movemos y la espuela lo roza, se atraviesa en la fila, embravecido, pretendiendo galopar por la llanura.

Pisa pesadamente; quiere extender el cuello que la rienda contiene; parece que se achica bajo nuestro peso, mientras su paso es decidido y firme subiendo las alturas.

De pronto se sorprende, levanta la cabeza hasta verle blanquear la estrella de la frente; enhiestas las orejas, escucha el rumor del tranco de una caballada que se ha adelantado y amenaza cortar a la columna.

Vuelven a oirse los chasquidos de los alambres al ser

cortados, y a poco pasamos entre las perpendiculares de sombra que los postes levantan en la noche.

Y seguimos andando, sin fumar, en silencio, lentamente, imaginando por la actitud con que el caballo las atraviesa, las irregularidades del paisaje que la noche nos oculta.

—¿Duerme, Capitán?

—Todavía no — nos contesta la voz apagada de Fermín Mujica.

—Parece aquella noche en que fuimos juntos al Brasil.

—¡Viaje bravo aquél, bajo la lluvia!

—Entonces, todavía era tiempo de alarmar al país contra la Dictadura, que se veía venir.

—¿Qué hicieron de su informe?

—Lo de otras veces: no hicieron caso. Y aquí vamos... ahora.

—A lo mejor, tampoco hacen caso.

—Y...

Los que van adelante se han perdido en una densa oscuridad de la que nos llega el ruído de ramas secas al ser quebradas; parece un pajonal aquella masa sombría que de improviso se ha levantado en la cuchilla y nos oculta la forma del suelo.

Al llegar a su orilla el Charrúa vacila en avanzar y se detiene con nerviosos resoplidos, como en la barranca desde la que se cae a un río; lo hiere la espuela y en el breve salto que dá, quiebra con el pecho aquellas gruesas ramas secas, iguales a las que se aprietan contra nuestras botas, sobre nuestras rodillas, y amenazan rompernos las piernas.

—¿Qué es ésto, Capitán?

—Un chircal bárbaro, parece.

—¿Tan altas y gruesas?

—Nunca había visto igual.

Las sombras se pueblan de breves y secos estallidos de las ramas quebrándose; de resoplidos medrosos de

los caballos, que alzaban la cabeza y hundían los pechos queriendo atravesar rápidamente aquel extraño monte que se había alzado en la oscuridad apretando sus gajos contra las patas, arañándoles los ijares, el vientre; enredándose en las colas, tironeándoselas, como si quisieran impedirles el paso.

A pesar de la orden de silencio el dolor hacer hablar a los hombres, que deben levantar las piernas y apretarlas, como al cruzar un río, porque las ramas, como duras manos, se agarran a las rugosidades de las botas, en los pliegues de las bombachas, en la lana de los cojinillos; y tiran, una, otra, otra, con una fiera tenacidad por arrancarlos violentamente del recado.

—¡Cuiden los ponchos y las maletas! — se oye en voz baja el consejo.

—Parece que ha sido quemado.

—Yo no le veo hojas, ni se siente el aroma.

—... ¡Y cómo se quiebran!...

—Es verdad...

El Capitán Muniz se acerca a decirnos:

—La columna se retrasó al entrar al chircal; está cortada.

—Vuelva y vigílela, que al salir haremos alto esperándola.

—Esos caballos se van a perder — dice el Coronel aludiendo al ruído que a nuestros flancos levanta el trote precipitado de unos animales.

Aquellos en que van los guerreros montados, quiebran las líneas rectas que la espuela y la rienda los obligan a trazar en la oscuridad erizada del chircal; se pegan unos contra los otros creyendo que aquel que va al costado anda por algún sendero escondido, y vuelven a apartarse, enardecidos, medrosos. Estiran el cuello en el desesperado afán de abrir con la cabeza el apretado círculo de ramas que los hiere, pero pronto desesperan, las narices en alto, resoplantes, e intentan saltos imposibles que les abrevien aquel martirio.

Los más débiles se detienen exhautos, temblorosos; miran a la derecha, a la izquierda; olfatean el cerrado espacio que junto a ellos se abre hasta el suelo. Hacia atrás, adelante, los costados, igual siempre aquella sombra callada que los aguarda con sus ramas alzadas y tendidas hacia ellos, con espinas más hirientes que las rodajas de las espuelas; con filos más duros que los de un pajonal; piso más áspero que el de la más quebrada sierra, cuyas puntas se meten en los vasos y se clavan en sus sensibles carnosidades. El dolor y el miedo, riendas sobre la voluntad, los paran allí hasta que el rebenque suena, enérgico, sobre las ancas. Ya cualquier tronco les hace tropezar y amenazan caer; doloridos los cascos, doblan las rodillas, los garrones, como si fueran a echarse de narices, con impacientes quejidos.

En la frente de los jinetes la voluntad tensa, como los músculos del brazo que sostiene la rienda, se siente doler sobre los ojos.

Este no habla palabra, para que en ella no se afloje la idea fija de seguir abriendo un cauce sonoro de ramas secas rompiéndose, mientras otro descansa su tensión nerviosa en bromas pueriles, y aquél alivia en su ánimo la sensación de dolor que los golpes de las ramas le producen, comunicándolos a sus compañeros.

Inútil mirar al suelo; si una zanja se abriera a nuestro paso, por ella rodaríamos sin verla. En vano, así mismo, buscar en derredor un trecho en donde las sombras que se aprietan sobre nosotros, se aligeren con la promesa de un sendero entre ellas.

Sólo queda tirar la rienda firme del Charrúa y dejarlo ir, el pecho vuelto una quilla, volteando rayas de sombras que se quiebran y estallan bajo sus cascos.

Arriba, el cielo con sus horizontes circulares que las estrellas alejan, unidos por el sendero blanco, ¡tan limpio!, del Camino de Santiago.

Así andamos aún una distancia que no podemos medir, entre aquel monte raquítico y sin hojas, hasta que

comienzan a espaciarse los macizos de sus ramas y pisamos por fin el campo abierto.

Todavía adelantamos un trecho para dar espacio a la columna, la que sentimos aproximarse anunciada por el crepitar de las chircas, como si entre ellas se levantaran, no las sombras de los jinetes, sino las llamas de un incendio.

Los ayudantes vienen guiando a los escuadrones hasta dejarlos en la limpia ladera en la que se reorganizan, mientras aún sentimos los relinchos asustados de las caballadas dispersas, que sus conductores van reuniendo con los más apagados silbidos.

Uno ha encendido un fósforo y su luz es un tembloroso resplandor rojizo que le ilumina el rostro.

—Capitán: se ha dado orden de que nadie fume.

La brasa del cigarro había sido apenas dos breves volidos de luz, cuando la vimos describir un arco en las sombras y perderse en el suelo.

En la oscuridad reconocemos a los jinetes por el volumen de sombras que levantan desde el suelo, sobre el caballo; si cambiarán éste, ya no sabríamos quién es el que lo monta.

—Duro estreno de ayudante va a tener, Capitán Muniz.

—Lo hago con gusto. La falta del cigarro parece que ha dado sed a todos.

Delante nuestro el Coronel va en aquel grupo desdibujado que forman el General y sus ayudantes.

Tiene algo de irreal y solemne esta marcha callada que va por las llanuras, las cuchillas, atravesando los campos del país oscurecidos de noche, bajo aquella luz niña y eterna de las estrellas.

No sabemos donde estamos; cuanta es la altura que subimos, ni profundo el bajo que descendemos; no vemos los gestos fugaces y sólo advertimos las simples líneas totales de los jinetes; no nos distraen palabras, expre-

sión del minuto que vivimos, y el pensamiento se busca a sí mismo en la noche sin hora.

Todo aquello que es nuestro, del individuo, no lo alcanzara a distinguir ningún ojo, por más cercano que estuviese observando el desfile. El rojo encendido del color de nuestro caballo; nuestras formas mismas; la viva mirada con que queremos animar el paisaje perdido, se borran en la noche y no somos más qe un trozo de sombra en la lenta teoría que avanza, silenciosa, por rumbos desconocidos.

¿Sobre qué paisaje, hacia qué rumbo, la luz del día que vendrá, señalará nuestra marcha?

De esta confusa sombra alargada avanzando en silencio, ¿cuál será el gesto que el claro sol de la mañana hacia la cual caminamos, iluminará ante todos los ojos? ¿En qué tierra, suave o áspera, se detendrá esta marcha? ¿Cuáles las palabras que romperán, estridentes como un clarín, este silencio? Acaso vayan ya bajo alguna de estas frentes que no se ven, o reunidas y apretadas en alguna de estas cerradas bocas sedientas.

¿Por qué vamos aquí, sombra en las sombras? ¿A dónde lleva este rumbo, entre chasquidos de alambres cortados; tierra, propiedad, cuyos límites rompe esta columna sin saber quién es el dueño de la pesada casa que se esconde en la oscuridad?

El Teniente Almeida nos distrae, llegando desde la retaguardia:

—Los hombres vienen durmiéndose y se apartan de la columna, con peligro de extraviarse.

—Diga al Coronel que si él no ordena otra cosa, pondremos flanqueadores para que vigilen la marcha.

Comienzan a mortificarnos la falta del cigarro y la sed. Vicente ha buscado en todas las zanjas que hemos ido cruzando, y ha vuelto siempre con la misma noticia: el agua es puro barro, no podría tomarse.

Los paisajes continúan sucediéndose, bajo el tranco cada vez menos vivo de los caballos; el frío de la noche

va haciendo desatar los ponchos de invierno, que los guerreros se visten sin dejar de marchar.

La noche no tiene horas en la inmóvil luz de las estrellas, ni el camino distancia en el círculo de sombras que se va abriendo y cerrando a nuestro paso. Pero ellas, horas y distancias, se expresan entonces en nuestro espíritu, con el ritmo que marcan las espaciadas palabras de los ayudantes:

—La columna se detiene... La columna se acerca...

Y nos detenemos a esperarla, o volvemos a andar.

Las caballadas van marchando sobre los flancos de la División, pues sus conductores temen extraviarse en la oscuridad; esto hace que en los lugares en donde el terreno transitable se angosta o en los portillos que los exploradores van abriendo, los caballos sueltos se mezclen en las filas de los escuadrones desorganizándolos o deteniéndolos.

¿Cuántas leguas caminamos así?

Sólo es posible calcularlas por el cansancio que van expresando los guerreros, y por el recuerdo de las veces en que el Capitán Muniz se ha acercado a decirnos:

—La columna se detiene...

—La columna se acerca...

Desde una llanura nos hiere la cansada vista el reflejo de la luz de la noche sobre un lienzo de agua extendido en el bajo, y los caballos al verlo no esperan la espuela de los jinetes para avivar el paso por la llanura que el gramillal ensordece.

Rómpense las filas; disgréganse los escuadrones y el claro espejo azul se mancha con las sombras encogidas de los hombres y los caballos sedientos.

Los sombreros; las calderas; el cuenco de las manos, son vasos que se hunden en el agua y se alzan, chorreantes, hasta los labios de los guerreros, mientras sus animales hunden en el barro de las orillas sus patas delanteras, y sorben sonoramente, distraídos de los pe-

chazos que reciben o de la violencia con que el cabestro oprime el bozal sobre los hocicos.

La sed colmada parece alejar el cansancio del cuerpo, y el pensamiento se anima en breves diálogos que se extienden en un sordo murmullo en la marcha.

Pero las gargantas que el agua refrescó, sufren ahora por la ausencia del cigarro en los labios. Por eso, a nuestro lado mismo y sin detenerlos el ejemplo que vamos dando, los guerreros simulan que el sueño les ha volteado el mentón dentro del poncho, a través del cual vemos avivarse a intervalos ténues resplandores rojizos.

El doloroso esfuerzo de voluntad que nosotros vamos haciendo para no violar la orden, nos hace condescender con aquellos a quienes ha vencido el vicio, y simulamos no advertirlos, distraídos en hablar con el Capìtán Muniz, cuya fortaleza física le permite cumplir el penoso servicio con el cuerpo ágil y el pensamiento despierto.

Debemos haber andado ya muchas leguas, pues el poncho de invierno nos pesa en los hombros como si dos rudas manos se afirmaran en ellos, oprimiéndolos; los cojinillos han perdido su blandura y el Charrúa ya no tira la rienda en continuos escarceos.

De pronto una sombra pasa a nuestro lado, y a poco sentimos a uno de los flanqueadores que le habla:

—¿Dónde va, compañero?

Contesta una voz velada por el sueño:

—¿Quién ordena más que yo?

—Párese, compañero, ¿va durmiendo?

—Soy el jefe... voy a echarme en ese bajito.

—Si aquí no hay ningún bajo... ¡Dé vuelta, amigo, despiértese!

—Ah.... sí... ¿Pero cómo?

Y la sombra del jinete vuelve a pasar a nuestro lado, hacia la retaguardia, buscando a su escuadrón.

—Van muchos como ése — nos dice el ayudante.

Al fin llega la orden del Coronel, de echar pié a tierra, y todos la reciben con la alegre seguridad de que podrá fumarse un cigarro.

Estamos sobre una llanura, bordeando una zanja; rodeándonos se presienten elevadas cuchillas que detienen la brisa fría que venía lastimándonos los cansados ojos.

Al murmullo producido en el momento en que la columna se detuvo y los guerreros echaron pié a tierra, poblando la llanura de innúmeros bichitos de luz, ha sucedido el silencio al que sólo turban los caballos paciendo. En la rueda de los jefes donde nos hallamos, suena alegre, clara, la vocesita de Basilio Muñoz recordando viejos tiempos guerreros en que hizo marchas tan penosas como ésta.

—Debe venir llegando la madrugada — dice el Coronel.

—¿Habremos caminado tanto?

—¿No vé cómo se empiezan a entregar los cuerpos? Es la hora peor. Ahora, cuando estemos entre dos luces, será necesario vigilar severamente, pues se nos va a quedar alguno dormido en el primer alto que hagamos.

—¡Se extraña el cigarro, marchando!

—Con éste que fuman ahora, soportarán bien hasta que aclare el día. No ha de faltar mucho.

—Y la sed...

—Eso es lo peor. El sueño y el hambre se soportan; pero la sed...

Por la orilla de la zanja vemos venir un hombre que parece caminar con los ojos vendados, pues anda tropezando en el suelo llano y limpio; al acercarse reconocemos en él al Capitán Noblía:

—¿Paseando Capitán?

—No, compañero; se me perdió el caballo. No me explico; me dormí con la rienda en la mano...

—¿Y vé lejos, Capitán?

El comprende la broma, y contesta:

—No mucho; de pronto se me tiende un velito en los ojos, y los pies encuentran al suelo antes o después de lo que esperaban.

—Haga prevenir, Coronel, que vamos a marchar.

—Mayor, recorra la columna, no se nos vayan a quedar escuadrones extraviados.

Las voces de los oficiales comienzan a oírse, cordiales al principio, enérgicas muy pronto, entre los guerreros de los que unos ya montan a caballo, mientras otros siguen aún volteados por el sueño.

Dos soldados se han puesto de pié y con el oscurecido recuerdo del último pensamiento antes de dormirse, buscan en el suelo la rienda.

Cada uno de ellos ha encontrado una del animal que pastaba allí, casi sobre sus cuerpos; y sin pensar más nada, uno de ellos tira de la izquierda, otro de la derecha. Los dos, del mismo caballo, que ha levantado la cabeza y espera, paciente, que termine aquella extraña maniobra.

Hasta que los soldados, sorprendidos ellos también, aligerados del sueño por el aire frío que les da en el rostro, comprenden el cómico engaño y se ríen de sí mismos.

Otro se ha sentado bruscamente y busca a su caballo; todos los que le rodean ya tienen encima a sus jinetes. Se pone de pié, nervioso, en el instante en que pasa frente a él un compañero que lleva al suyo de tiro. Sin vacilar, moviéndose con la rigidez de un autómata, se dirige hacia el soldado que va pasando y le arrebata la rienda con que guiaba al animal. Y éste sigue, caída la cabeza sobre el pecho, sin detenerse ni protestar, porque él también, dormido, va sin percibir los hechos.

Vuelve el primero con el caballo de tiro, y a poco se hace un ovillo de sombra en el lugar del cual había partido. Así se queda, olvidado otra vez del caballlo que se va alejando lentamente, ocupado en pastar por la llanura pródiga.

Nos cruzamos con el Comandante Amestoy, que se inclina afanoso sobre el oscuro suelo.

—¿Perdió algo, Comandante?

—Qué sé yo... Me dormí, no sé bien dónde, y perdí el revólver.

Por fin todos montan y volvemos a marchar.

Hemos colocado a nuestro caballo entre los de los capitanes Mujica, y le dejamos andar, distraído el pensamiento en el recuerdo de nuestro niño.

¿Qué tiempos verá su juventud?

¿Será todavía el país, estas inmensas extensiones de campos despoblados que nosotros vamos cruzando sin hallar una huerta, entre perdidos ranchos, sombras humilladas bajo los cielos inmensos?

¿Tendrá él, como nosotros, que un día mover su vida en este columpio dramático que han conocido todas las generaciones del país desde que existió: guerra, paz, guerra?

¿Han de estar todavía, como ahora, ciegos los pueblos y desarmados, para no ver, y defenderse del enemigo que acecha, y socava los cimientos de su soberanía, con el oro y los brazos que explota y esclaviza, de ellos mismos?

Los hijos de los que aquí van, como éstos lo son de aquellos que a las antiguas guerras fueron, ¿no comprenderán, al fin, que ellos son el músculo y el pensamiento que edifica la justicia en la paz; las vidas que se dan en las guerras, para que unos cuantos gocen de sus sacrificios y en sus labios, vasos de sensualidad, prostituyan hasta las más nobles palabras? ¿No comprenderán que los gobernantes como Terra no son un fenómeno aislado, sino la violenta expresión de una casta de explotadores que se visten de frac en los alfombrados salones de sus orgías, y levantan los estandartes chillones de unos valores morales que ellos sólo usan para tapar los ojos, ardientes de llorar injusticias, de los que trabajan y luchan?

¿Sobre esta tierra tan chica, bailará aún sus danzas lascivas esa turba de grandes capitalistas y encumbrados burócratas, que hasta a sus mujeres llevan a los besamanos del Dictador?

¿Se comprará a un escritor con un empleo público, y pintores habrá que con su tela vendan su alma?

¡Espejo de América, nos decían!

¡Magnífico resultado de una cultura política fundada sobre palabras que velaban la terrible realidad social!

Y hemos caído, ni más ni menos que cualquiera otra de las repúblicas sudamericanas; y todavía, desde la oposición, se nos quiere guiar con las mismas palabras que el puñal de la Dictadura ha desinflado hasta la flacidez.

Los campesinos, los jornaleros, los pequeños agricultores que aquí van, durmiéndose sobre el caballo, resecos de sed los labios y las gargantas, no tuvieron nunca en ellos las palabras: Honor y Virtud.

Apenas si al volver rendidos del trabajo en los atardeceres, tuvieron tiempo para decir entre los prolongados silencios del mate amargo, una frase tierna a sus hijos, o una queja de cansancio a su mujer.

Virtud, Honor, eran de los militares y los caballeros del Jockey Club; las tenían en los labios o en medioevales códigos que ellos interpretaban con gravedad de augures.

cuando la ignominia cubrió los claros cielos del trabajo en la paz, los humildes montaron a caballo; olvidaron la herramienta con la que ganaban el escaso pan de sus hijos, en tanto los generales sirven a la Dictadura para no perder sus galones, y los caballeros del Jockey Club la halagan, para que prestigie su circo y cuide sus privilegios.

Hasta Terra, ha de mirarlos y sonreír de desprecio.

Pero mañana, cuando la Revolución que ha de venir, nacida de estas doloridas marchas que vamos haciendo,

triunfe, ¡otra vez las palabras sonoras y los gestos solemnes volverán a engañar a estos luchadores, y sobre el sacrificio de ellos continuará asentada la injusticia.

Si por lo menos, el dolor de estas horas sirviera al país para abreviar las etapas de su comprensión...

Avisan desde la retaguardia que parte de la columna se ha extraviado, y se ordena hacer alto a esperarla y echar pié a tierra.

—¿Va a dormir, Teniente Silvera?

—Ahora no; el aire frío me quitó el sueño. ¿Podremos fumar?

—Mientras estemos parados, sí. Haga el favor; ténganos el caballo mientras dormimos.

Debe ser tarde; el rocío moja el campo en que nos hemos tendido, de cara al cielo.

El recuerdo de nuestro niño está en nuestra frente; las estrellas en los ojos; el cigarro es una pequeña herida roja, en las manos cruzadas sobre el pecho, que se va cerrando, cerrando...

¡Cómo fatiga la vista, esta letra tan pequeña del libro! No debe imprimirse sobre papel de un blanco brillante; termina por herir los ojos...

Nos distrae la voz de nuestro hijo dictando, con gesto reconcentrado, lo que él llama su segundo libro. Todavía, cinco años tiene, no sabe escribir; pero el ambiente en que ha nacido y se ha criado, le presta un lenguaje que él maneja, grave, y cuya sonoridad le sorprende, de pronto, hasta hacerle decir:

—Papito, escucha; mira qué frase!—Y la repite, alargando los acentos, consciente de la musicalidad que en su espíritu adquieren las palabras de las imágenes con que está jugando su pensamiento, tal como otro niño jugaría a manchar de vivos colores el blanco virgen de una hoja:

—La luna es el alma de los que se mueren. Los álamos duermen estremecidos en la noche...

Este mate está frío.... Podíamos dejar este vicio;

puede llegar una hora en que su falta nos haga sufrir, y ésto es absurdo... También debíamos no fumar más...

Una clara voz conocida ríe en el fondo del escritorio, y otra vez nos distraen las palabras del niño:

—Papito, escucha. No me entienden, y es tan claro lo que quiero poner en el libro.

—A ver, dígalo.

—Dos peones van cansados, por un camino del campo... Lee, pues...

La voz repite el diálogo que el hijo ha dictado:

—¿Ves aquélla luz?

—Sí.

—Deben ser unos ricos que vienen a caballo. En la noche brillan sus espuelas de oro.

—¿No será un fósforo encendido que han dejado caer?

—¡Qué suerte que vienen esos hombres! ¡Estamos tan cansados!...

—Si son ricos, no pasará nada; serán como el viento en el campo. Si son pobres, galoparán y no tocaremos los alambres.

— No está bien, papito?

—¿Por qué dice eso de los ricos?

—Pues está claro; pasarán sin pararse a ayudar a los pobres...

—¿Y lo de no tocar los alambres?

—¿No son los alambrados, lo único que hay en el campo en donde agarrarse para no caer? Si son pobres los que vienen, correrán a abrazar a los peones y no los dejarán caer...

—Mayor... Mayor...

—¿Cómo dijo? ¿En el campo?

—Dieron orden de marchar. Aquí está su caballo.

—Ah, sí; tiene razón...

Y otra vez marchando, sin hablar palabra, las manos afirmadas en el recado: la cabeza caída sobre el pecho; entre los capitanes Mujica que van durmiendo

en la marcha con la misma profundidad con que lo harían tendidos en el campo.

No sabemos dónde, ni qué tiempo después de haber vuelto a montar, cruzamos una zanja. El Coronel pide agua y Vicente se aparta para llenar nuestra cantimplora y alcanzársela.

—¿Usted quiere, Mayor?

—Guárdela; después le pediremos.

De pronto nos parece que el cielo gira delante de nuestros ojos entornados; que el caballo va a hundirse en un pozo abierto de improviso delante de sus patas; que alguien nos llama de una distancia que ignoramos; el poncho se aplasta sobre los hombros; el rocío ha achicado el sombrero que nos oprime las sienes.

Sentimos una extraña angustia en el estómago y recordamos que no hemos comido desde el día anterior; el frío nos corta los labios resecos y el aire pasa por la garganta como un filo.

—¿Queda agua todavía en la cantimplora?

—Sí señor; sírvase.

Cuando alargamos hacia ella los labios sedientos, nos pega en la cara el pesado olor fétido del agua descompuesta, y no podemos beberla.

—¿Cuándo alzó esta agua?

—Es la que tomó, hace un rato, el Coronel.

—Tírela; imposible tomarla.

Los párpados se caen pesadamente y hacen un horizonte de desnuda oscuridad sin estrellas; el Charrúa ha comenzado a aflojar las manos, y sentimos que se va hundiendo en un tembladeral.

¡Cómo duermen estos Mujica sobre el caballo! ¡Quién pudiera!...

—Hay orden de hacer alto; la columna viene retrasada.

Cuando miramos de nuevo, nos hallamos junto al Coronel a cuyo lado echamos pié a tierra.

Miramos a lo largo de la columna y sólo una sombra

vemos elevada sobre el caballo; es la del General Muñoz. Al frente, los exploradores están cortando un alambre.

Y nos dormimos.

.. ..

—¡Vamos, compañero, arriba!

Parece molestarnos de propósito la voz; y sin embargo, obedientes, nos ponemos de pié, sin saber quién nos llama ni qué se quiere de nosotros.

¿Qué son estas sombras que se mueven rodeándonos, hablando a media voz?

—¿Y el Charrúa, nuestro caballo, que ha hecho, Teniente Silvera, de él?

Sentimos la voz del Coronel que nos habla:

—¿No es ése, su caballo?

Pero nosotros no queremos escuchar sus palabras: nuestro pensamiento es otro; él no sabe lo que estamos diciendo, ni con quién hablamos.

—¿Qué ha hecho, Teniente de nuestro caballo?

El Coronel insiste en contestar a un pensamiento nuestro que él no conoce; queremos estar allí, sin movernos, repitiendo aquellas palabras, nada más que aquéllas, pues presentimos lo fatigoso que será decir otras...

—Ahí tiene su caballo. El Teniente no está aquí.

Sí, es verdad; ahora reconocemos al Charrúa porque le vemos blanquear la estrella de la frente.

—¿Y las riendas?

El Coronel ríe con tal fuerza, que nos sacude el pensamiento y lo dispersa.

—Si las tiene en la mano... ¿Está dormido, compañero?

Y ahora reímos los dos, mientras montamos y volvemos a andar.

—Creíamos estar, todavía, en el otro alto que hicimos. Allí le habíamos dado el Charrúa al Teniente.

El cansancio ha enmudecido los labios de los gue-

rreros; volteado las miradas y aflojado las riendas cuyas ondas los caballos van columpiando por debajo de sus extendidos cuellos.

Las únicas palabras que se oyen son para quejarse de la sed, del hambre, de la necesidad del cigarro; a veces sentimos las voces enérgicas de los flanqueadores devolviendo a la columna a los soldados que, dormidos, se dejan ir al antojo del caballo, también entontecido por la fatiga. Otras veces, las contenidas risas de los que, más fuertes, chancean al compañero que al cruzar un portillo ha perdido la fila y va a pegarse contra el alambre firme.

Uno se ha apeado y marcha con su animal de tiro, defendiéndose del sueño con el ejercicio físico.

Ninguno intenta siquiera iniciar un diálogo en qué distraerse, porque sabe que nadie ha de contestarle otra cosa que monosílabos sin sentido, para que no les interrumpan el sueño.

Nuestra voluntad comienza a recogerse en los planos oscuros de la conciencia, desde los cuales la trae de nuevo a la frente cualquier palabra que se nos dirige; pero cada vez es más fugaz su presencia, y se retrae como algo que blandamente se disgrega en nosotros. Se nos cansan los párpados; el poncho parece voltearnos los hombros; el pensamiento huye y sólo nos queda sobre los ojos entornados la sensación de una invencible pesadez y un silencio de los cuales salimos en esfuerzos cada vez más dolorosos. A nuestro lado, los capitanes Mujica van balanceando el cuerpo hacia atrás, adelante, con el lento ritmo del tranco. A intervalos uno de ellos alza la cabeza, tira de la rienda, tose apagadamente, y vuelve en seguida a encogerse y continuar durmiendo, acunado por el paso lento que llevamos.

El Capitán Muniz continúa yendo y viniendo, y sus palabras son como tirones que da a nuestro pensamiento perdido:

—La columna se detiene... La columna está en marcha...

—Capitán: entiéndase con el Coronel directamente. El sueño nos vence.

¡Qué alivio haberlo dicho! Ahora podemos mirar a los Mujica sin envidia; también nosotros afirmamos las manos en la cabezada del recado, volteamos sobre el pecho la cabeza, no pensamos nada...

El cielo ha perdido las estrellas, el suelo no es duro, son mullidas sombras en las que se hunden las patas del Charrúa... ¿Por qué nos pecha, don Fermín?

Vamos bajando... bajando... bajando...

¿Cuándo entramos en el día, y por dónde?

La cerrazón cierra el paisaje; voltea los cielos en las llanuras; es levísima cortina gris que las pesadas formas de los exploradores van rompiendo y que cae sobre las alzadas cabezas de las caballadas que vienen, con un trote alegre, descendiendo las laderas entre las cuales va marchando la División. El caballo del General parece un fino y elegante juguete pintado con sus claros colores, sobre el que va el jinete erguido, sin vencimientos, tan ágil la actitud como el atardecer en que montó; como si sus viejos hombros no hubieran atravesado tan larga distancia sosteniendo el peso de la noche.

—Nos venció la madrugada — bromea el Coronel.

—Es verdad. Nunca creímos poder dormir de este modo.

Los rayos del sol ya elevado hieren, con heridas cada vez más anchas de luz, a aquellas ligeras nubes azuladas que viajaban sobre los hombros de los guerreros, en los senos de los ponchos, en las ancas de los animales.

Todavía algunas, las más livianas y gráciles, juegan a quedarse, enredándose en las oscuras manos levantadas de las carquejas, o pasan su levísimo peso sobre

las aguas de las zanjas; los alambrados cuelgan hilos de plata de las sutiles gasas desgarradas, o retazos de ellas brillan, caídos en el chircal.

La mañana lava de los ojos el sueño, y ahora es la División una alegre columna que marcha olvidada del cansancio en que acaba de viajar.

En una cañada de húmedas gramillas hacemos alto; los jefes y ayudantes formamos círculo alrededor de un trozo de carne asada y fría con que un compañero a obsequiado al General.

—¿Qué le parece a usted, si torcemos el rumbo hacia la Picada de los Ladrones, sobre el Río Negro?

—¿Qué plan tiene, Coronel?

—Nos acercaríamos, General, a Cerro Largo; en todos aquellos montes yo soy muy baqueano. Observaríamos desde allí la marcha de la columna del General Urrutia, y decidiríamos entonces un ataque por sorpresa a Melo, o nuestra marcha hacia el Brasil. Si el país se ha levantado, podemos dar un gran impulso a la Revolución, tomando a Melo y dirigiéndonos inmediatamente sobre Treinta y Tres.

—Me parece muy bien, Coronel. Desde aquí al Río Negro ya tendríamos muy pocas horas de viaje. ¿Ustedes creen que la gente las resista sin desensillar?

—La División trae muy buen ánimo, General — contestamos.

—Bueno; avise al baqueano que tomaremos ese rumbo, y haga montar.

Porque aún nos quedarán varias leguas que hacer antes de campar, hemos cambiado de caballo, pues la noche de marcha ha vencido, por primera vez desde el año lejano en que le pusimos el freno, a nuestro noble caballo colorado, de frente iluminada por una estrella.

Lentamente lo vemos alejarse por la hondonada que ya vamos abandonando, en busca de la caballada que los conductores han empezado a reunir y arrear por nuestras huellas.

Ya no lo veremos nunca más; en los bañados del Río Negro va a quedar perdido, cuando una bomba de los aviones enemigos caiga sobre ellos y los disperse, aterrados y relinchantes.

Viejo caballo que nos vió volver, año tras año al pago, y ritmó con su trote nervioso en los atardeceres lentos y en las calladas noches del verano, las imágenes que de las lomas familares se levantaban hasta nuestra frente, o los sueños que desde nuestros ojos se abrían sobre el paisaje queriendo hallar la escondida música, o la eterna sustancia que se hace ingénuos colores en los macachines y coros de astros sobre el silencio atento de las llanuras.

Cuanto hemos escrito, sobre sus lomos fué pensado; por aguardar a tener delante de los ojos la imagen viva; oír distinta la voz; sentir la emoción heroica; la del crimen; el vencimiento de la humildad o la fatiga de una esperanza nunca cumplida, acortamos sus noches de libertad, mientras él nos llevaba, ágil, entre las sombras de sus amigas tropillas de la querencia.

¡Qué bella lección de voluntad él era, llevándonos por los amplios paisajes, los largos caminos; campos llanos, duras sierras, monte y agua, sin menguar la alegría de su escarceo, la agilidad de su trote. ¡En la noche más oscura; en el día más pesado de sol, él adelantaba siempre con igual y firme paso, arrancándonos de la mano la rienda, por las más largas distancias.

Cuando quisimos la soledad, él nos la dió sin distraernos jamás del feliz pensamiento, ni del extendido dolor que nos borraba el paisaje, porque su trote gallardo era alegría de su voluntad, más punzante que la espuela.

Ya no lo distinguimos entre las manchas multicolores de los otros caballos, que nos confunden a la suya, de un rojo quemado.

Bajo el sol que empieza a herirnos los ojos, vamos marchando hacia el Río Negro, entre cuyos verdes pajonales él va a quedar como una brasa encendida, perdido.

Viejo Charrúa, sobre cuyos lomos éramos una imagen familiar en los caminos del pago; que engañó con el continuo escarceo de su cabeza estrellada, los ojos más expertos de los paisanos, confundiéndoles su edad. Dueño de su querencia; celoso de su tropilla; arisco a la voz que no fuese la nuestra, cuyo recuerdo él guardaba a través de los meses de libertad; no saben los guerreros que le arrean confundido en la caballada, cuánto de nosotros lleva consigo, ni sabrá la mano indiferente que le ponga freno al encontrarlo perdido bajo los espinillos del Río Negro, con qué afectuoso ademán le acariciábamos todas las mañanas y las tardes, antes de ensillarlo, la blanca estrella de la frente que él nos tendía, dócil, entornando los grandes párpados.

Siempre al tranco, continuamos cruzando afiladas cuchillas desde las cuales vemos abrirse los paisajes en la mañana luminosa; andamos por los caminos que orillean las casas en cuyas puertas entreabiertas asoman los rostros sorprendidos y temorosos de las mujeres y de las que han huído los hombres al distinguir la mancha extendida de la columna levantarse sobre el fondo del horizonte; bordeamos arroyos cuyos montes, con la presencia de su sombra húmeda, vencen la voluntad de los que vamos agobiados por el sol de fuego. Nos hablamos con breves palabras entre silencios de sueño que un escarceo, un paso más rápido del caballo, sorprenden y despiertan.

Las frescas cañadas nos detienen y dispersan un momento, con el clarear de sus manchas de agua entre los gráciles juncos; los pajonales nos envuelven el rostro con el vaho asfixiante de sus miasmas que el sol levanta; los pedregales se erizan de finas lanzas de luz, cuyas puntas se clavan bajo los párpados y los vencen y voltean sobre los ojos, a los cuales ya no distrae ninguna imagen ni paisaje.

Los pesados ponchos van colgando de los recados y el sol se aplasta sobre los desnudos pechos de los guerreros; no hay manantial cuya agua sea tan liviana y fresca como para apagar la sed que el cigarro y la falta

del mate han puesto en las gargantas; la falta de alimento en tan prolongada marcha, vuelve un esfuerzo doloroso el más breve diálogo; la badana quema, como un fuego que atraviesa las bombachas, las piernas; y las distancias siguen abriéndose, acortándose, delante nuestro, y alejándose, sin que nadie intente medirlas.

Las llanuras comienzan a sucederse; los pajonales se van repitiendo cada vez con más frecuencia, hasta que de pronto una cuchilla afilada nos muestra un paisaje que levanta los ánimos.

¡El Río Negro!

Es una anchísima franja verde sobre la que se apoya el horizonte, allí cerca; se vuelve gris, más lejos; es una perdida línea azul en los últimos planos visibles del campo.

Los que no pueden hacerlo, miran con envidia a los que dormidos van acortando sin ninguna impaciencia, la distancia que aún nos separa del río.

Ya era cercano el mediodía, cuando el silencio del cielo se sacudió por los ecos del avión que bien pronto vimos aparecer en el horizonte, y volar por el rumbo que nosotros llevábamos.

La columna se dispersa en la llanura, sobre la cual se forman pequeños grupos que echan pie a tierra, preparan las armas y esperan, con bromas de burla, a que el pájaro gris vuele encima nuestro, para disparar sobre él.

Nadie muestra temor ni inquietud; todos piensan que no podrá dejar de vernos en aquella llanura limpia en que estamos; y esperan su ataque, que parece inminente, para contestarle si es posible.

Pero es cosa demostrada, que estos aviadores gubernistas padecen de una miopía realmente lamentable, o que la cercanía de la tierra ejerce sobre sus espíritus un efecto de repulsión tan poderoso, que los lanza hasta más alto que las nubes, donde no alcanza ninguna bala de máuser, y desde donde ellos dejan caer, valerosos, sus bombas, lo mismo sobre una columna revoluciona-

ria, que sobre un campamento de sus mercenarios camaradas.

Debe ser un espectáculo lleno de sugestión el Río Negro visto desde tan gran altura; basta observar el placer con que estos aviadores vienen buscándolo todas las mañanas, y cuando a él se aproximan, cómo elevan el vuelo hasta no ser más que una gran mariposa gris en el espacio.

¡Lástima grande, que tan inocente y fácil emoción estética lleve luego a estos intrépidos descubridores gubernistas a afirmar que han visto y bombardeado a la Revolución en el arroyo Caraguatá, al que nunca nos acercamos en toda la campaña. Culpa que bien debe perdonarse, si se piensa que, desde tan alto, natural es confundir los típicos e inmensos montes del Río Negro, con los clareados y pequeños de un arroyo.

Así vuela éste, ahora, a poca distancia nuestra, como si fuera a atacarnos, para torcer de improviso su línea gris y perderse alejándose sobre la curva del río.

Nuestras sombras se han acortado en el campo, hasta ir recogidas entre las patas de los caballos, y han comenzado a alargarse de nuevo sobre las empinadas cuchillas, a cuyos pies ya vemos levantarse las cabezas despeinadas de las palmas sobre la maciza bóveda del monte.

El espíritu de los hombres se alegra ante la cercanía del río, que ya los acoge y refresca las frentes con las sombras de los espinillos y los ceibos, adelantados en los angostos cañadones.

Estamos terminando una marcha de diecinueve horas, iniciada en el lento atardecer de la Picada de las Piedras; sostenida en la oscura noche cuyo frío nos obligó a soportar el peso del poncho de invierno; alargada en la tibia mañana, y en el sopor de este principio de la tarde ardiente del verano.

Un viejo sauce criollo, nos recibe con la fresca sombra de sus brazos abiertos sobre el blando suelo de arena.

CAPITULO XI

PROPOSICIONES DE PAZ

Mientras unos van por las llanuras buscando ganado para carnear, otros caminan rumbo a la cercana pulpería en busca de provisiones; bajan la barranca de la picada los guerreros que vienen a refrescarse el rostro y llenar de agua las calderas del mate, en el Estado Mayor se están recibiendo y trasmitiendo al jefe, las noticias que traen los vecinos amigos y las descubiertas desprendidas durante la noche.

Por ellos nos enteramos de la lentitud de desgano con que las tropas mercenarias vienen acercándose al río, y del estado de anarquía en que actúan sus jefes. Ninguno entre ellos confía en el que le acompaña; y así marchan vigilándose, amenazándose con sus ametralladoras, y sembrando el camino que hacen, de frases de recelo para el que los viene siguiendo.

Por Rivera avanza un ejército integrado por un regimiento de caballería, las fuerzas policiales bajo el mando de su jefe, y unos paisanos que ha podido reunir Nepomuceno Saravia. El jefe del regimiento teme al de Policía y le vigila como a un enemigo; éste a aquél; y ambos a Nepomuceno Saravia, cuya condición de guerrillero sin principios conocen ellos de sobra y contra el cual se previenen llevándolo, más que como a un amigo, como a un prisionero armado.

Por Cerro Largo ha empezado a marchar la columna del General Urrutia; policía, ejército, paisanos herreris-

tas, con una cautela muy típica en el carácter de quien la manda.

Allí se formó la División Cerro Largo, el núcleo más numeroso de la Revolución, dominando la campaña desde la noche del domingo hasta la tarde del lunes en que cruzamos el Río Negro por el Paso de Aguiar. Por ese mismo departamento marchamos y campamos durante dos días, buscando y realizando la incorporación de Basilio Muñoz.

Y el general cartaginés que el Gobierno tiene en Cerro Largo, una semana después del pronunciamiento revolucionario, recién se encuentra marchando a cuatro leguas de Melo, de la cual había partido.

Imposible imaginar una incapacidad más absoluta y una prudencia guerrera más libre de todo riesgo.

Lo que no le impedirá decir más tarde, en un reportaje, que tiene la seguridad que si hubiese salido de Melo con doce horas de anticipación, copa por completo a la columna rebelde y hasta apresa al propio Basilio Muñoz.

Es innegable que si el General Urrutia hubiese marchado con una modesta regularidad; con un mínimo sentido de la responsabilidad que le incumbe como jefe gubernista obligado a imponer el orden, nos habría alcanzado desde el primer día de nuestro levantamiento, cuando nuestros grupos recorrían la extensa región a su cargo, sin encontrar más policías que aquéllos que prendió el Coronel Silveira y que siguen en nuestra columna. El general cartaginés, que después de disuelta la División revolucionaria, imprime tal fanfarronada, sabía muy bien que podría alcanzarnos. Y porque lo sabía, es que ha empleado ciento cuarenta y cuatro horas para hacer veinte kilómetros de marcha con su ejército.

Precaución, como se ve, más que prudente, para no tener la desagradable sorpresa de encontrarse con los revolucionarios en algún recodo del camino.

Pero nadie podrá negarle, que si fué prudente hasta la sabiduría, en la guerra, es audaz hasta la temeridad en la paz.

El Capitán Oriente Leiva, que había quedado a nues-

tra retaguardia, se incorpora al campamento y trasmite las novedades que ha recogido en su servcio de descubierta.

Vecinos de Cerrozuelo le informan que la noche durante la cual tomamos los prisioneros al Coronel Barbadora, la vanguardia de ese contingente gubernista huyó en desorden hacia el sur, abandonando un camión, cantimploras, municiones y armas, refugiándose en los montes del Río Negro un grupo de veinte soldados.

En las inmediaciones del Rincón de Pereira, un escuadrón del regimiento de Tacuarembó pretendió cortarle el paso y ocuparle las caballadas que él arreaba. Nuestro compañero tendió su guerrilla, compuesta sólo de doce hombres y los gubernistas, cuyo regimiento se hallaba a media legua escasa de distancia, se conformaron con hacerle algunos disparos y dejarlo marchar tranquilamente, sin intentar una acción que les sería seguramente ventajosa. Mientras tanto, el Coronel Silveira ha propuesto al General el ataque sobre Melo, cuya oportunidad sólo detiene la lentitud con que marcha Urrutia.

Se ha podido saber que el jefe gubernista dirige su rumbo hacia nosotros y cruzará el arroyo Frayle Muerto probablemente por la Picada de Suárez. Se han enviado descubiertas a ese rumbo, y se dispone formar una pequeña columna de cien hombres a cuyo frente se colocará el Comandante Amestoy. Cuando la distancia que nos separa de Urrutia se haya reducido, y prolongado la que a él lo separa de Melo, el Comandante Amestoy se dirigirá sobre la Picada de Suárez, a fin de provocar el combate con la vanguardia gubernista hasta obligar a todo el ejército a pasar la Picada y hacerse perseguir en dirección al Paso de Aguiar.

La División, entretanto, esperará a Amestoy en la margen opuesta del Frayle Muerto, donde él deberá incorporársenos después de haber dejado en los pantanos del Rincón de Aguiar al ejército gubernista, con sus autos, carros y camiones.

Aprovechando las ventajas que nos proporciona la agilidad de nuestras fuerzas y la probada resistencia

física de nuestros soldados, marcharíamos precipitadamente sobre Melo —entre cuyos guardadores sabemos que impera el miedo,— y a la cual sorprenderíamos al amanecer del día siguiente.

De este modo, la marcha que Urrutia va a tardar ocho días en hacer, la realizaríamos nosotros en una noche, provocando en ellos el lógico desconcierto que nuestros fusiles aumentarán hasta su entrega o dispersión.

Ocupada la ciudad, apenas nos detendríamos allí hasta cumplir las más elementales exigencias de la guerra, para marchar inmediatamente hacia el sur buscando la incorporación de los revolucionarios de Treinta y Tres.

Calculadas las distancias; la capacidad de resistencia física de nuestros hombres; la posición de los ejércitos gubernistas; la pesadez de sus marchas y el estado moral y material de la guarnición de Melo, el plan del Coronel Silveira que el General Muñoz aprueba íntegramente, pues él es también baqueano en el departamento, debía cumplirse con toda felicidad.

Habríamos dejado muchas leguas al norte, a nuestra espalda, a los cinco ejércitos gubernistas en campaña contra nosotros, y obtenido un éxito militar cuyas consecuencias morales en el espíritu del país, serían extraordinarias.

La noticia de nuestra marcha victoriosa hacia el sur, levantaría al espíritu público, y señalaría nuestro rumbo a las aisladas columnas revolucionarias que comenzarían a realizar su incorporación con nosotros.

El descanso y la seguridad de que al otro día no se ha de marchar, prolongan la luz de los fogones en el campamento recogido, como ninguno de los que hemos ocupado, en los cerrados senos del monte del Río Negro.

La vanguardia ha encendido los suyos bajo los árboles de la orilla que marca el límite del departamento de Tacuarembó; el Cuartel General y el Estado Mayor, en el apretado semicírculo que el río describe, con anchas lagunas, sobre un lecho de arena que bordean los despeinados sarandíes. Perdida de nuestra vista por las barrancas que los espinillos ensombrecen, la División ha

extendido sus fogones ya, sobre los campos de Cerro Largo.

Sobre una lejana y áspera cuchilla que cierra el paisaje en la noche luminosa de estrellas, junto a las formas desvanecidas de las casas del ciudadano Lidio Silvera, es un centinela de luz en la oscuridad callada, el fogón de la guardia que comanda el Capitán Juan Muniz.

La cena frugal, carne asada en las brasas, ha terminado, y aún en los fogones se prolongan los diálogos mientras el mate comienza de nuevo a recogerse en el hueco de las manos. Por el blando piso ya andan las lentas rondas de los centinelas, y cae desde la elevada copa del sauce la luz de las estrellas.

Las últimas noticias recibidas muestran a los jefes el fracaso del movimiento revolucionario en todo el país.

Alguien nos ha traído los primeros diarios que leemos desde que montamos para la guerra. Bien sabemos que sus informaciones sobre la Revolución deben ser admitidas con grandes reservas, pues provienen de fuente gubernista y su espíritu no puede ser otro que el de mostrar al país como totalmente pacificado. Pero aún así mismo, ciertos hechos y nombres nos dan la amarga certidumbre de que todo está perdido.

Nuestros compañeros de Colonia y Soriano, bajo el mando de Ovidio Alonso y González Viera, ya se han batido bravamente en Paso Morlán, entregando algunas nobles vidas a la causa libertadora. Pero su sacrificio ha sido dolorosamente estéril, pues nadie se les ha reunido, ni ha intentado protegerlos.

Las listas de ciudadanos reducidos a prisión en Montevideo y en el interior, demuestran que será en vano esperar una acción vigorosa de la opinión revolucionaria. La casi totalidad de los que serían los indicados para organizarla y dirigirla, están en las cárceles; los demás en el destierro y algunos, los menos, sin que se sepa dónde se ocultan ni qué hacen.

No hay noticias del jefe batllista; como no sea la certidumbre de que no se encuentra en campaña al frente de una columna revolucionaria.

Los informes recibidos por radio cuando levantábamos el campamento en la Picada de las Piedras, han sido desmentidos; no se ha pronunciado por la Revolución ningún contingente del ejército, ni de la policía.

Villanueva Saravia, a quien el comentario público atribuía antes del movimiento un poderío militar impresionante, ha logrado reunir unos trescientos paisanos y ubicarse al norte de Cerro Largo, en pie de guerra. Pero sin buscar ni desear contacto con nosotros, ha sufrido el bombardeo de los aviones gubernistas; y ante esa presión, se nos dice que se ha dirigido a Terra haciéndole saber que es neutral en la lucha. El Gobierno, por su parte, no ha querido comprender esa extraña neutralidad, y le ha impuesto la inmediata disolución de sus contingentes.

En tales circunstancias, ¿qué esperanza abrigar, aunque arrojáramos a nuestros compañeros al más esforzado sacrificio?

No tenemos munición; nuestras armas no alcanzan para dotar de ellas a todos los soldados; no llevamos más dineros que los escasos que cada uno ha podido quitar a la pobreza que dejó en su propio hogar; no nos acompaña en el país, ni siquiera una intensa propaganda escrita, dirigida desde Buenos Aires, con cuyos efectos pudiéramos contar en el caso de internarnos en el centro o el sur de la República.

Y para que el sentimiento del total abandono en que nos hallamos, no deje ningún apretado resquicio a la esperanza, llega al campamento un amigo del Coronel Silveira, en cuya sensatez y veracidad hace plena fe el jefe batllista.

Aquél acaba de abandonar el ferrocarril en que ha viajado normalmente desde Montevideo a Cerro Largo.

Durante los primeros días de nuestro levantamiento, la Capital ha vivido horas de agitada expectativa sobre la suerte de la República, cercando al Gobierno en un temor que sus propias precauciones denunciaban.

Pero nadie se ha lanzado a la calle a gritar su solidaridad con los paisanos que ya van por el campo, lu-

chando por la libertad de todos. Ya a esas horas varios días después de estar el país convulsionado, Montevideo se ha distraído de estas vidas que se están ofreciendo por librarla de la ignominia de una Dictadura, porque unos cuantos futbollistas han conquistado para el Uruguay ese título de campeones del deporte, que nos colma de alegría y ya va pareciendo que es la más alta y noble aspiración de la República.

El valor criollo; la inteligencia de la raza; la hidalguía, el orgullo; el ánimo ardiente, vencedor de contrastes; el sentimiento del sacrificio de la individualidad para que triunfe el armonioso y justo equilibrio del conjunto; el amor a la patria, que pone fuerza insospechada en los pies y lágrimas de emoción en los ojos; todas nuestras más puras virtudes se las llevan a lucir por el extranjero nuestros futbollistas, mientras Montevideo se agolpa en las calles y plazas oyendo a los altos parlantes que la electrizan de angustia hasta el llanto, con la narración prolija de la dramática lucha en la que se está jugando el honor de la República.

No importa que en Paso Morlán hayan caído muertos y heridos, ciudadanos a los que balas mercenarias abatieron; nadie sabrá ni recordará que en aquella cuchilla se estaba ofreciendo a la muerte, la vida de Francisco Espínola (hijo), uno de los cerebros más nobles y poderosos de la literatura del país. No importa que centenares de hombres hayan abandonado sus tranquilas vidas, para restablecer la libertad y realizar la justicia en un día que muchos de ellos no verán, por que desde el cielo las bombas enemigas les cegarán de muerte los ojos.

¿Quién sufre por ésto y porque en el Uruguay Terra haya quebrado una tradición honorable de vida cívica y moral, si de nuevo somos campeones de fútboll?

El valor criollo, la inteligencia, el espíritu heroico, se han salvado.

¡Vuelen las campanas; abrácense los hombres; lloren las mujeres. El rico ama a esos muchachos del pueblo

que, lejos, honran a la patria; el pobre olvida que mañana lo espera el taller, donde lo explotan...!

¡Qué incontenible, estruendosa alegría, sentirse uruguayos, campeones de futboll!

Bajo la luz que las estrellas están derramando calladamente sobre el Río Negro; perdido en la ligera sombra de los espinillos; envuelto en la tibia arena, Marcos Mieres está muerto.

Marcos Mieres, peón de estancia... Marcos Mieres... ¿Quién lo recordará?

El motor de un auto puebla de multiplicados ecos las oscuras galerías del monte, y a poco nos avisan que han llegado al campamento tres amigos: Gonzalo Arrarte, un hijo suyo, y Juan José Gari.

Trae el primero, proposiciones de paz que el General Urrutia le ha hecho concretamente, pidiéndole que las trasmita al comando revolucionario.

Nosotros tenemos una opinión tan arraigada del crédito y atención que merece la palabra de ese servidor de la Dictadura, que por primera vez desde que formamos en la División Cerro Largo, permanecemos al margen de la deliberación de los jefes.

Es en el fogón del General Muñoz en donde se realiza la entrevista, a la que asisten además del jefe, los ciudadanos Arrarte y Gari y el Coronel Silveira.

El campamento se ha dormido; sólo brillan bajo las pesadas sombras de los árboles, el fogón del Cuartel General y el nuestro.

Era ya cercana la medianoche, cuando vemos avanzar hacia la salida de la Picada al grupo de los viajeros, y nos adelantamos a despedirlos. Va con ellos el Coronel, quien nos dice, mientras vamos andando entre los guerreros dormidos sobre el recado:

—El señor Arrarte nos ha traído unas proposiciones de paz del General Urrutia, a las que hemos contestado con el General Muñoz, después de considerar la situación del país. Vd. habrá visto que los ferrocarriles continúan corriendo en todas las líneas, sin ninguna interrupción; que los ejércitos gubernistas se mueven sin

ser molestados por ninguna fuerza nuestra de alguna entidad. Todo nos muestra que en el campo estamos solos, y en la capital no podremos contar con ningún apoyo.

—Esa es la verdad, por desgracia.

—Nuestra proyectada marcha sobre Melo no nos aportaría, pues, las ventajas morales que nos prometíamos de ella. Porque una vez internados en el centro o sur del país, ¿cómo proseguir la lucha si no tenemos munición, ni esperanza de que nadie nos secunde? Precipitaríamos a nuestros compañeros al sacrificio, sin haber cambiado en nada el curso de la guerra.

—Hemos esperado un tiempo más que suficiente para provocar la acción solidaria del país, y ésta no se ha producido, ni ya parece posible que se produzca. ¿Qué garantías ofrece el general gubernista?

—El mismo ha declarado al señor Arrarte, que no duda de que algunos regimientos estuvieran comprometidos con nosotros; pero es evidente que en caso de haberlo estado, no han cumplido su compromiso, ni lo cumplirán ya. Nos propone la disolución de la columna y su desarme, aconsejando que nos ocultemos unos días los responsables del movimiento, en la certidumbre de que aún cuando él sepa nuestra ubicación, no nos hará molestar.

—¿Y nuestras armas?

—Nos propone que le dejemos algunas, viejas, en el lugar en donde desarmemos a la División.

—¿Le contestaron afirmativamente?

—Vd. comprende que con esas proposiciones se asegura el regreso tranquilo a sus hogares de los compañeros en la campaña, sobre quienes no recae, ni puede recaer, la responsabilidad que nosotros asumimos.

—En la situación de aislamiento en que nos hallamos, convencidos de la imposibilidad de hacer vacilar al Gobierno, debe ser, sí, nuestra fundamental preocupación, la vida y tranquilidad de los que tan generosamente nos han acompañado.

—Eso es lo que ha decidido nuestra respuesta acep-

tando las bases de paz que se nos proponen. En cuanto a nosotros, personalmente, marcharemos rumbo al Brasil.

Junto a su auto sobre las barrancas de la Picada de las Piedras, en donde habían de quedar el resto de la noche para partir a la mañana siguiente llevando la respuesta a Urrutia, dejamos a los amigos y regresamos a tendernos en los recados.

* * *

La mañana se está levantando diáfana y alegre en el cielo que, como una invertida copa azul derrama su luz sobre el río, donde ya suenan las voces de los guerreros y andan los caballos. En el espacio abierto del monte, el viejo sauce criollo es un ligero toldo verde y luminoso bajo el que se enciende el fogón del Estado Mayor.

A pocos pasos de distancia, en el principio de un sendero que sube las barrancas montuosas, el General habla en el círculo de sus ayudantes.

Alguien ha esparcido en la División el rumor de que se nos han enviado por el jefe gubernista proposiciones de paz, y sólo turba la alegría con que se acoge la noticia, el pensamiento de que vamos a separarnos sin haber visto al enemigo con sus guerrillas tendidas.

Olvidados de la lucha, entre nosotros está sonando la pena de saber que en el campamento hay un padre que abandonó su hogar dejando en él a un hijito enfermo, y que aún ignora que el niño murió mientras él estaba ausente. Nadie se atreve a nublar la tranquila confianza del escribano Fernando Guerrero, volcando sobre su alma tanto dolor.

Estamos esperando la llegada del comisario Zarza, el mismo que apresáramos en Cerrozuelo a las fuerzas de Barbadora, y a quien hemos enviado a buscar, pues se nos ha dicho que teme por su vida en la División.

Cuando el policía prisionero llega, ya estamos con el Coronel acompañando en el mate amargo a Basilio Muñoz y hasta allí se le conduce. Niega el hombre el temor que se le atribuye y encuentra fáciles y cálidas palabras

para expresar la tranquilidad de espíritu y la gratitud con que marcha entre los soldados revolucionarios, que no han herido ni del más leve modo su dignidad humana, ni su presunta adhesión al gobierno al que servía hasta el momento de ser tomado prisionero. Y aunque él insiste en demostrar que nada teme ni le molesta en el escuadrón encargado de su custodia, el General Muñoz lo invita a marchar y campar entre nosotros, acompañado del guardia civil con quien se le apresó y al que se ha permitido que sirva al comisario de asistente.

Nadie dijera, viéndole la alegría del rostro, la desenvuelta espontaneidad de la expresión, ni oyendo la generosa cordialidad con que los jefes revolucionarios le hablan, que aquel hombre era un prisionero de guerra.

Ya no bastan las menudas hojas del sauce a detener el pesado sol de la mañana, por lo que Vicente ha improvisado una ligera carpa con nuestro poncho de verano. Porque en la División Cerro Largo no se vieron nunca las alegres manchas de las lonas extendidas dando abrigo y sombra a los guerreros. Tendidos en el sueño, o reunidos en las ruedas del mate amargo junto al fogón, nadie supiera quién era el jefe, cuál el soldado, entre aquellos que, todos por igual, no tenían más techo que las combadas copas de los árboles iluminados de estrellas o sosteniendo el peso de un sol de fuego; sentados en el suelo, sobre los blancos cojinillos, sin uniformes, galones ni sables.

No se oyeron nunca las guitarras de los payadores, ni la voz del canchero anunciando los tiros de taba.

Todo el tiempo ha sido en los campamentos para descansar de las extenuantes marchas, atender los servicios de la guerra y ensillar de nuevo para seguir andando.

Recién en esa clara mañana del domingo, los hombres bajan sin prisa a bañarse en las anchas lagunas del río; se olvidan del tiempo en las ruedas del mate amargo, o van y vienen por los fogones avivando los diálogos de los amigos.

Estamos esperando la respuesta gubernista que han

de traernos los mediadores, y no ha de marcharse hasta que ellos no lleguen.

Bajo nuestra reducida carpa, buscamos alejar del espíritu la melancolía que sobre él se tiende, como un atardecer de otoño, toda vez que el pensamiento descansa de las inmediatas preocupaciones de la guerra; y nos acostamos sobre el recado para distraernos en la lectura de Shacha Jegulev.

El campamento descansa en la certidumbre de que el enemigo se encuentra lejos y de que la paz es cuestión de horas; las que tarden en ir al alcance de Urrutia y regresar los mediadores. Por eso siente acercarse el avión por el cielo silencioso de la tarde, y apenas si los soldados obedecen a la voz de los jefes que les ordenan ocultarse en el monte y preparar las armas.

Nadie espera el ataque de aquellos mismos que nos han hecho llegar sus proposiciones de paz. Calculadas las horas que han transcurrido desde que partieron los mediadores con la respuesta de que han sido aceptadas las condiciones de nuestro desarme, y la distancia que han debido recorrer para alcanzar al ejército de Urrutia, lógico es pensar que este aviador que viene volando sobre el Río Negro, ya haya recibido informes sobre la situación de armisticio de hecho en que nos hallamos. Para eso disponen los gubernistas de los más veloces y modernos medios de comunicación.

Desde la sombra de los espinillos o apenas protegidos por un grueso gajo del sauce criollo que traza una recta oscura sobre la tierra, los guerreros continúan llamándose y hablándose con altas voces, mientras aún siguen llegando a las lagunas del río, los que vienen a dar de beber a sus caballos.

Nadie ha pensado en apagar los fogones y apenas si los caballos se han recogido en la orilla de sombra del monte.

Cruzábamos nosotros el espacio abierto de nuestro campamento, cuando nos encontramos con Segundo Muniz que iba, al tranquilo paso del caballo, hacia la salida de la Picada.

—¿Vas a la pulpería? — le preguntamos.

—No, voy aquí no más, al campo limpio.

—Viene el avión. ¿No sientes que ya está muy cerca?

—Sí, por eso voy a mirarlo, campo afuera. Ya viene ahí.

—¿Te parece mejor esperarlo al descubierto?

—Ah, sí. Hasta luego; ya se nos viene encima. ¿Tirará?

—Nos han propuesto la paz. Hasta luego.

Pareció que el monte temblaba; que un pedazo de cielo había caído y rodaba sobre las aguas del río, con sordos ecos.

Los caballos levantaron los sonoros hocicos; más allá, se acallaron las voces alegres de los hombres. Siguió un grave silencio del paisaje, que los motores sacudían estrepitosamente.

Las miradas estaban puestas en las copas de los árboles; los labios callados; las manos en las armas. Y de nuevo, como por un cañón cercano, se sacudió el cielo, el monte, la tierra y el río.

—Es con nosotros... —dijo una voz.

—¡Nadie se mueva! ¡Apunten!

No podemos verlo; pero le sentimos volar velozmente sobre el campamento; sus ecos se derraman con pesadez y desde la altura, hienden las copas de los árboles y se multiplican en las bóvedas sombrías.

Pareció la furia de un cícople estallando en la llanura; repitiéndose en el monte; alejándose por los sonoros senos de los cañadones.

El silencio de la tierra tenía una sensación de asombro patético, ante aquellos estampidos que lo despedazaban. El relincho de un caballo fué como una apretada herida sonora por donde se escapó la angustia.

—Nos está viendo.

—No esperen la orden; si baja un poco, ¡fuego sobre él!

Los motores muerden rabiosamente al silencio; van, vienen, giran sobre nosotros; parecen alejarse entre rezongos de furia, hasta que de pronto, heridos de despecho por aquella mudez con que el paisaje ahoga sus

écos, lo golpean de nuevo, en el cielo, la tierra y el río.

—¿Pegará?

—Fué en el rumbo en que está la División.

—Cayó en el campo.

—Todavía está ahí.

—Nos busca.

Pero no; es el río entre las barrancas; son las bóvedas de los espinillos y los surcos de los cañadones, que nos acercan sus ecos; el avión ya sigue las curvas del Río Negro, trazando desde lo alto una paralela con la franja verde del monte en la llanura.

Sin embargo aún sentimos el último estallido de la bomba que acaba de arrojar, como un trueno cercano.

—Se despide el hombre...

—Hasta mañana, valiente.

—Si estos aviadores no mueren de grippe, lo que es de bala están libres. Con esa altura...

—¡Los temerarios aviadores gubernistas!

Ya volvíamos a los fogones, cuando los soldados preguntaban aún:

—¿Y es ésta la paz de Urrutia?

—Será la última vez; no habrán tenido aún comunicación.

Momentos después, el ciudadano Julio Lauría llegaba al campamento a abrazar a su hijo, soldado de la Revolución, y nos describía los tremendos efectos de las bombas en los árboles del monte. Y ante la duda de burla con que se acogían en el Estado Mayor sus informes sobre los proyectiles gubernistas, impacientábase el narrador y reanudaba, apasionadamente, la descripción minuciosa de todos los daños que él había observado en la tierra y en los espinillos.

Traía para enseñarnos trozos de hélices, de espoletas, sucia metralla que había desgarrado el tronco de un ceibo; pruebas inequívocas de la perversidad con que Terra mandaba ultimar a los ciudadanos que luchaban por una libertad que él arrebató de modo artero; mandato que unos hombres jóvenes cumplían, con una saña

sólo comparable a la inaudita prudencia con que para emplearla se elevaban hasta más allá de las nubes.

Basilio Pereira, asistente del General, ofreció un mate al Comandante Muñoz, diciéndole:

—¿No ve, Comandante; si por este bicho dejo el fogón y voy a echarme, se me derrama el agua de la caldera? ¡Si no pegan a nadie...!

—Para otra busque un pozo, Comandante, —dijo, riendo, el Coronel Silveira.

—¿Por qué, compañero?

—¿No vió que cuando Vd. invitó a su cuerpo a acostarse, como lo hizo boca arriba, le quedó el vientre como una barranquita?

—No se ría, tiene razón, —bromea Nicolás Muñoz. — Para la otra lo aplasto con una piedra.

—Ya no vendrán más, —pronunció uno en voz alta; el pensamiento que estaba en su frente, reconcentrado.

—A estas horas debe estar en el ejército gubernista el mediador.

Tornó el silencio a curvarse en el cielo desnudo de nubes; quebróse la cercana laguna del río con el cuerpo de los guerreros bañándose. Bajo los sarandíes de la orilla se elevaron las blancas columnas de humo, serenas como la tarde, y por el monte sin pájaros, corrían las voces ágiles de los hombres que ya empezaban a preparar la cena.

Así se va la tarde y se nos viene la noche, que el lucero puntea con una luz más pálida que aquellas que los fogones levantan en el círculo de sombras del campamento.

En la rueda del fogón, prolongada después de la cena, domina la tristeza por lo que ha de suceder mañana. Ocho días hace hoy, domingo, que a estas mismas horas íbamos trotando por los campos de Cerro Largo, alegres de esperanzas, imaginando las calles y los caminos del país, erizados de gritos de rebelión contra la Dictadura. Todo dolor; todo otro deber; lo que más nos une a la vida y lo que de ella quisimos hacer; la angustia de las que nos despidieron con amorosos brazos, se

lo llevó de la frente el viento del atardecer que hizo flamear como ágiles banderines las puntas de nuestro pañuelo, sobre las sierras de Guazú Nambí.

Regresaríamos o no; pero aunque quedáramos para siempre en el campo, una madre podría decir, en la tempestad de su dolor, dulcemente: no estaba seca en su corazón la vieja semilla de la que nació mi alma, ni aquélla, más cercana, que en mí germinó para que él naciera. Un hijo quedaba para que mañana, cuando su espíritu mozo vacilara entre las sensualidades de la vida y el áspero deber de luchar por la justicia, el recuerdo del padre le condujese, como una mano tiernamente tenaz, por en medio de las llamas hasta realizar su virtud.

Una hora más de descanso para el que se dobla, débil como un junco, en el taller; la sombra de un árbol, el abrigo de una casa, el peso de un niño en las rodillas, para el que hoy desfallece en la desolación de los cercados caminos; vuelo no aprendido aún de un íntimo pensamiento de mujer, libre y puro, entre los prejuicios, más duros que el acero, de los hombres; fugaz instante de desnudos ojos para mirar el real milagro de las formas del mundo, y liberados labios para cantarlas; la más humilde realización de estos sueños, bien valía la imperturbable mudez de nuestros labios y la quietud por siempre de nuestras manos. Porque la vida habría sido un hecho, aunque para alcanzarlo se arrojara a la muerte. Y aquí estamos ahora, rodeando la viva luz del fogón que ya mañana no se encenderá, porque la indiferencia, la fatalidad de los sucesos o la incomprensión del momento, fueron frías cenizas que en nosotros apagaron a las llamas de la esperanza. ¿Cuándo ha de renacer en estos seiscientos hombres que, como nosotros, están revisando las horas de cansancio, angustias y trabajos, en esta última noche de campamento?

La arena del piso ensordece los pasos con que vamos acompañando al Coronel hacia el bosquecillo de sarandíes en donde están tendidos nuestros recados. En el fogón del General todavía se oyen las voces del Comandante Olivera y del Teniente Alberto Muñoz.

Los centinelas van, silenciosos, jalonando de puntitos rojos las rectas de sus guardias.

En el tronco de un árbol la sombra de un guerrero se mueve y habla a media voz, dormido.

Hay más luz en la laguna del río, que en la llanura del cielo.

Lejos, el balido de un toro afirma en el silencio su orgulloso dominio; cerca cantan los grillos, estrellas de sonidos en la tierra.

.. ..

—Mayor... Mayor...

—¿Quién habla?

—El Teniente Azpiroz, a sus órdenes.

—¿No es Vd. el jefe de la guardia?

—Sí, señor. Aquí está el compañero Sofío Díaz, que llega a presentarse.

—¡Ah! Coronel, Coronel...

—¿Hablaba?

—Buenas noches, Coronel; soy Sofío.

—Ya sabía que no ibas a faltar. ¿Cómo te fué? ¿Has caminado mucho?

—El lunes salí de Montevideo. Los he andado perdiendo por horas. Antes de salir el sol estuve en Cerrozuelo, al día siguiente de la noche que ustedes pasaron por allí.

—¿Y no te prendió Barbadora?

—El se retiró precipitadamente al sentirlos a Vds. Esa mañana bajé hasta el Paso de Tío Antonio, en donde me uní a la gente de Perdomo. Allí sí llegó Barbadora, que iba retirándose al sur de Cerrozuelo. Les tendimos una guerrilla de doce hombres a cien de ellos, y así estuvimos, sin que vinieran, casi tres horas. Como a las doce llegó Barbadora con dieciocho camiones y nosotros nos acercamos con una segunda guerrilla como a once cuadras de distancia de la línea de ellos. Así estuvimos hasta las dos de la tarde, sin que nos atacaran. Pero en eso me enteró Perdomo que los oficiales querían entre-

garse, y entonces yo levanté a mis compañeros y nos fuimos tranquilamente.

—¿Perdomo se entregó?

—No; él también se fué, con un compañero.

—¿Cuántos te acompañan?

—Los mismos que lo hicieron el primer día: ocho. Además, el Teniente Enrique Goicochea y su amigo Rosas, que me alcanzaron llegando al Paso del Gordo.

—¿Está ahí el Teniente?

—A sus órdenes, Coronel.

—Mucho gusto, Teniente. Hace días que lo esperábamos. El General se va a alegrar de verlo.

—Muchas gracias.

—La pena es que llegan tarde; mañana desarmamos.

—¡Qué lástima!

Las voces siguieron hablando casi en un murmullo...

El río entre los árboles parece un cielo de amanecer.

—Mañana conoceremos al Teniente Goicochea... ¡Qué tranquila su voz...!

CAPITULO XII

LA TRAICION

—Va a llover. Anoche cantaba el "trés-pot".

—Tan temprano, este calor...

—¿Marchamos esta mañana?

—En seguida que lleguen los mediadores.

—¿Se puede decir que estamos en paz?

—Desde luego; Urrutia propuso condiciones que fueron aceptadas por nosotros; de modo que, de hecho, estamos en paz.

—¿De parte de Terra trasmite Urrutia esas condiciones?

—Es lógico suponer que un General, en asunto tan grave, no se aventure a hacer proposiciones concretas al enemigo, si no está autorizado para ello.

—¿Y si no lo estuviera?

—Suya será la responsabilidad.

—¡Vamos a tener un día bárbaro...!

En nuestro fogón se sientan esa mañana, Segundo y Eulogio Muniz, que han venido desde su escuadrón, invitados por nosotros, a pasar juntos estos últimos instantes de campamento.

—Por fin va a descansar, amigo Gino.

—No crea; ya me iba acostumbrando. Lo malo fué aquella marcha primera, desde Guazú - Nambí.

El sauce criollo elevado en el centro del campamento del Estado Mayor, reparte su sombra entre el fogón en donde el Coronel, el Comandante Muñoz y los capitanes

Mujica toman el mate que ceba Cascallares, y el nuestro en el que se sientan hombres jóvenes de la ciudad y el campo, mientras Juan José va pasando el amargo en la alegre rueda.

A pocos pasos de distancia, el fogón del Coronel se anima con el ir y venir de los oficiales que llegan desde el otro lado del río donde está campada la División, y con las palabras altas y nerviosas del ciudadano Lauría, que ha vuelto a visitarnos para dar a su hijo el abrazo de la despedida antes de que marchemos.

Desde la vanguardia, campada en la orilla opuesta del monte, nos están llegando las novedades de la región, que trasmite desde la casa de Lidio Silvera el capitán Juan Muniz, jefe de la guardia avanzada.

—Lauría está asombrado con las bombas.

—Dice que son terribles; que abren en la tierra pozos más grandes que una cueva de toro, y pican totalmente a los espinillos.

—¿Vendrán hoy los aviones?

—Es seguro que no.

—Lo que soy yo —dice Segundo Muniz— no los espero en el monte. Ayer salí campo afuera y los estuve observando tranquilamente.

—¿A qué distancia cayó ayer la más próxima?

—Como a cuatro cuadras.

—¡Una gran puntería!

Pensamos que no debemos despedirnos de aquellos seiscientos ciudadanos cuyo espíritu generoso ha formado la División Cerro Largo, sin expresarles colectivamente nuestra gratitud y las causas que determinan el abandono de la lucha armada.

Para sugerir a los jefes este pensamiento, vamos al fogón de Basilio Muñoz, en el que hallamos también al Coronel, y exponemos a ambos las ideas generales sobre las cuales entendemos que debe redactarse una proclama que será leída a los compañeros en el último campamento. Apruébanlo así los jefes y nos internamos en el monte acompañados por Edmundo, que ha de escribir la proclama que nosotros redactemos.

Un sendero tortuoso parte desde el sauce criollo; pasa junto al fogón de Basilio Muñoz; sube la barranca del monte y en él se adentra describiendo una curva que se anuda alrededor de un grueso espinillo, a cuyo pie cae la sombra de sus cerradas hojas. Bajo una chata galería abovedada de verdes iluminados, tiernos y sombríos, vuelve a partir el sendero en dirección a la arena del campamento, ahogado por retorcidos gajos y ramas espinosas que obligan a recoger el poncho contra el cuerpo al pasar.

Retorcida huella de las aguas del monte buscando al río; camino de los trés-pot que bajo la bóveda verde pasan el fugaz arco iris de seda de su cuerpo; descanso de los ganados, del sol ardiente que picanea sus lomos; galerías amonedadas de luz, por donde vuelan, flores deshojadas, las grandes mariposas; largos caminos de hormigas que en la sombra espesa no advierten la hora del mediodía para el descanso de su tenaz y presuroso andar, el sendero es una cinta manchada de claros y oscuros, que anuda los retorcidos troncos sobre la barranca circular que cierra el campamento.

Lo alfombran espinas, quebradas ramas secas; hojas; trozos olvidados de las resacas del invierno; tiernos pastos que reverdece el rocío, detenido en la cálida mañana por el abrigo de los árboles.

Ni un pájaro en las ramas, ni un ruido en la tierra; sombra y silencio en el monte. Sobre las copas, la resonante luz del cielo.

El pensamiento se recoge trabajosamente para organizar las frases que vamos dictando, porque el espíritu se distrae en el recuerdo de todo lo que esperamos, y se frustró, de aquella Revolución, y en las iluminadas figuras de los guerreros que están pasando frente al sauce elevado en el claro del campamento, como la insignia de los fogones del Cuartel General y el Estado Mayor.

Cuando terminamos de redactar la proclama, vamos en procura del General, para leérsela.

El viejo guerrero está vestido ya para la marcha;

nos pide que leamos en voz alta, a fin de que puedan oirla los ayudantes, entre quienes Basilio Pereira continúa cebando el mate amargo. Sin corregir palabra, Muñoz escucha y aprueba el saludo de despedida a nuestros compañeros, que dice así:

A los ciudadanos del Ejército Libertador, oficiales y soldados de la División Cerro Largo.

Compañeros:

Vuestros compañeros en estos días de trabajos memorables por la libertad del país, se dirigen a vosotros con la simple y ruda llaneza de esta vida de rebeldía que habéis aceptado con tan noble estoicismo, para informaros de la situación actual del país y del movimiento armado que hemos sostenido en favor de sus libertades.

Bien sabéis que sólo atendiendo a dos imperativos categóricos, hemos abandonado la tranquilidad del trabajo en el calor del hogar de cada uno: imperativo de la inmensa mayoría de la opinión pública del país, que manifestó inalterablemente su resistencia a un gobierno surgido de la deslealtad y la traición. Y el imperativo de nuestra propia conciencia ciudadana que nos impide todo tranquilo trabajo y todo hogar feliz, mientras gobiernen a la República la arbitrariedad y el despotismo.

Movidos por tales impulsos, os incitamos a la lucha. Lo hicimos convencidos de la total responsabilidad en que incurríamos ante el país y nuestros partidos.

Creíamos —y seguimos creyendo— ser la expresión, dignificada por la evidencia del desinterés, de los más nobles anhelos del país, y de la voluntad inquebrantable que nuestros respectivos partidos políticos han expresado en sesiones solemnes de sus más altas autoridades.

En la madrugada del 28 de Enero de 1935, la Historia verá clarear, entre las sombras de esta noche de padecimientos que envuelve a la República, las limpias luces anunciadoras de que permanece y alienta entre nosotros

el claro sol que iluminó tantos días memorables de nuestra tradición.

La "División Cerro Largo" ha honrado, con la calidad y el número de sus integrantes; con el admirable espíritu de sacrificio con que ha cumplido los planes militares y políticos del comando; con su austero respeto a los prisioneros caídos en su poder; con su conciencia de que combatía por el país y no contra él, manifestada en la celosa consideración que guardó en todo instante al vecino, sin preguntar su filiación política; ha honrado, reptimos, la pureza de los principios que mueven su esfuerzo.

Ciudadanos de ella: recoged ese lauro, que es vuestro.

Los campos de Cerro Largo, Durazno y Tacuarembó, han visto el gallardo desfile de vuestra rebeldía, entre los ejércitos del Gobierno que quedaban, desalentados, contemplando vuestras huellas, mientras esperábamos el pronunciamiento general del país, propiciado por vuestras marchas, y el recibo de armas y municiones para buscar las acciones decisivas.

Ni uno ni otras han llegado.

No es vuestra la culpa, ni nuestra.

Profundas causas que escapan al dominio de vuestra voluntad, aunque ésta se esfuerce hasta la muerte; y a la nuestra, aunque se arme de todas las previsiones posibles, han producido sus efectos, contrarios a nuestras más legítimas esperanzas.

Aparte de los conocidos movimientos de nobles camaradas de otras regiones, es evidente que las fuerzas del Gobierno, armadas con el dinero del pueblo, quitan en este momento toda posibilidad de una victoria militar a las fuerzas del pueblo.

Mas no habéis fracasado.

Vuestro gesto, obscurecido en lo hondo de vuestra tristeza por la presencia de los hechos actuales, guarda, — estad seguros — como semilla fecunda, la cierta promesa de que de ella partirá, elevado bajo los grandes cielos del país, el árbol de la Libertad.

Esto os debe y deberá la República en la cercana hora que esperamos, de la definitiva justicia.

Pediros más en este instante, sería sacrificaros consciente y culpablemente.

Recoged como vuestro todo el honor de esta jornada, mientras los que aquí firman, proclaman como suya toda la responsabilidad.

Que al regreso a vuestro hogar sepan leer en vuestro ejemplo los mandatos de una conciencia digna, vuestros hijos, ciudadanos de mañana; y que no olvidéis la gratitud con que os despiden los que tuvieron el honor de mandaros, — no por sus méritos, sino por vuestra generosa y espontánea voluntad — es nuestro voto.

Confundidos en el mismo encendido anhelo de libertad, os abrazan con gratitud y cordialidad perennes, vuestros camaradas.

General Basilio Muñoz
Jefe del Ejército Libertador

Coronel Exequiel Silveira
Jefe de la División Cerro Largo

Mayor Justino Zavala Muniz
Jefe de Estado Mayor

Picada de los Ladrones, Febrero 4 de 1935.

Cuando leemos al Coronel el documento que hemos redactado y que él aprueba, nos dice:

—Ordene ensillar. Marcharemos inmediatamente.

—¿Volvió el ciudadano Arrarte?

—Se acaba de ir. ¿Sabe con qué se salió Urrutia, ahora?

—No nos hemos enterado, aún.

—Pues dice que Terra contestó al telegrama que él le pasara, dándole cuenta de su gestión, con la orden severa de desarmarnos y prendernos.

—Eso no depende de Urrutia, si no de nosotros. ¿Y

qué piensa hacer él, después de una respuesta semejante?

—Mandó decir que él avanzará lentamente dándonos tiempo a que nos desarmemos y disolvamos la División.

—Tenemos entendido que Uds. no entregarán arma ninguna...

—¡Desde luego! No les dejaremos ni aún las inservibles.

La orden de ensillar se cumple en breves minutos por que los guerreros, que saben desde el amanecer que marcharemos esa mañana, ya tienen los caballos prontos y recogido el campamento.

Mientras esperamos a que Vicente nos traiga a Clarín, estamos atendiendo a las novedades del servicio y juzgando los últimos hechos, con el doctor Rincón Artigas, el ayudante Athos Viera y Lavalleja Arpí. El ciudadano Lauría viene entre los guerreros, abrazándolos con ruidosas palabras de despedida; cerca nuestro besa a su hijo, que ya está sobre el caballo, y luego pasa entre nosotros dirigiéndose a la rueda de los jefes.

—¡A caballo!

Miramos alrededor, con el impulso emocionado de guardar en los ojos la visión del último campamento revolucionario.

En las orillas de la laguna ya asoman los primeros soldados de la División, que están dando de beber a sus bestias; más cerca, el General Muñoz, tiene el poncho claro en el brazo cuya mano sostiene la rienda del tordillo; sus ayudantes, el Comandante Olivera al frente, ya han montado.

Aún vemos a Julio Lauría hablando con el Coronel Silveira, que ya tiene a su rosillo por la rienda; hacia la izquierda, bajo los espaciados zarandíes que apenas si sombrean una pequeña barranquita de arena sobre el río, un hombre se ha sentado y parece aún dormido.

—¿Quién es aquél que todavía está a pie?

—El Teniente Goicochea, — nos contesta un ayudante.

Hacia la salida de la Picada, los hombres que la noche

anterior han llegado con Sofío Díaz, y los demás compañeros del Estado Mayor, ya están formando la columna. Los hermanos Muniz, Gino, el Teniente Silvera y Edmundo, forman un grupo a nuestro frente.

Sobre la arena resplandeciente ya no quedan ponchos ni cojinillos; de las sombras de las pequeñas barrancas, apenas si se alzan lentamente las columnitas de humo de los fogones apagándose.

Arriba un pesado cielo de tormenta.

¡El último campamento revolucionario! Las visiones de estos días de guerra que han desfilado por nuestro espíritu, lo han insensibilizado para la fácil emoción; estamos mirando pasar las figuras de los guerreros, con una amarga serenidad que no tiene palabras.

—¿Oyó? Ahí viene...

—¿Quién?

—Escuche; todavía viene lejos, pero ya se le sienten los motores.

La voz del Coronel se alza, ruda, sobre el murmullo que los ecos del avión, aún lejano, ha levantado entre nosotros.

—¡Pie a tierra...! ¡Escondan los caballos!

Sin apuros nerviosos; con pesado desgano; entre frases despectivas o palabras de burla, vamos echando pie a tierra y alineando a los caballos en la sombra que los espinillos voltean sobre las pequeñas barrancas. Unos los atan en los gajos; otros los tienen de la rienda; algunos suben por los senderos que se internan en el monte y se sientan a liar un cigarro casi bajo la inclinada cabeza del caballo.

A nuestro lado pasa Basilio Pereira; la bombilla del mate en los labios, la caldera en la mano.

Gino se ha recostado en el sauce y mira, con su lenta mirada, el cielo luminoso que se abre sobre su cabeza; el Teniente Goicochea viene atravesando el trecho descubierto del campamento.

El silencio del campo comienza a sacudirse por el golpe de los motores que se acercan velozmente.

Vamos pasando entre los caballos que los guerreros

han escondido en la orilla del monte, hasta encontrar el espinillo a cuya sombra redactamos la proclama de despedida.

Ya nos tendíamos sobre la huella que nuestro cuerpo había dejado en los tiernos pastos, cuando los asistentes se arrodillan a nuestro lado, mientras Juan José dice, bromeando:

—Vamos a morir aquí, al lado de nuestro Mayor.

—Son dos los que vienen. ¿Les distingue el ruido de los motores? — pregunta Vicente.

—¡Vení aquí, muchacho! — sentimos la voz de enojo del General, llamando a uno de sus hijos.

Sobre el silencio extendido en el monte avanzaban los ecos de los dos aviones, sacudiendo el cielo y el paisaje que el sol elevado quemaba.

—Hoy ya no han de tirarnos.

—Seguramente. Nos han propuesto la paz; hemos esperado aquí al enviado de Urrutia y confiados en la buena fe de esas proposiciones, no hemos cuidado ocultar la ubicación del campamento. Atacarnos sería una infamia, después que han sabido donde estamos, gracias a las gestiones pacificadoras de Urrutia.

—Son capaces de todo.

—Esto sería demasiado.

Se diría que los hombres, las bestias, los árboles, el río, la abierta llanura extendida bajo el sol, han enmudecido bajo el sacudimiento de aquellos ecos que descienden del cielo de tormenta, cada vez más sonoros, más numerosos, multiplicándose y confundiéndose en el silencio curvado en las sombreadas galerías.

Tan veloz como la marcha que ellos vienen haciendo, tropel violento que ya parece sacudir la tierra, el espíritu los aguarda, los presiente, en una expectativa a cada instante más aguda, que la mudez del paisaje vuelve solemne.

Ahora se distinguen claramente los de uno y otro avión; el primero viene por la izquierda, trazando una perpendicular sobre el monte, mientras el segundo, más retrasado, vuela siguiendo la línea del río.

Se acercan... Se acercan...

Por entre la copa del espinillo se ve un trozo de cielo, altísimo, azul puro.

Los caballos se impacientan y quieren romper los cabestros que los sujetan. La impaciencia levanta a un soldado desde un rincón entre salidas raíces y lo lleva, arrastrándose, a arrollarse bajo un viejo tronco. Suena el cerrojo de un máuser.

—Desde aquí podrá verse — dice una voz.

—¡Cállese! — reprende otra.

Fragoroso tropel de baguales enloquecidos que salta por la curva del cielo, rueda sobre las copas, cae y corre por la tranquila superficie del río; y se lleva las miradas atentas, los oídos aguzados, el espíritu en suspenso.

Se acercan... Se acercan...

Hemos levantado el busto, buscando al General y al Coronel. Basilio Muñoz está sentado en el declive de la barranca cercana a su fogón; en línea recta con él, vemos a Exequiel Silveira a través de los delgados troncos de los árboles que forman un bosquecillo circular.

Los tres estamos formando un cerrado semicírculo cuyo centro es el sauce criollo levantado sobre el piso de arena.

Ya parecen llenar el cielo hasta los horizontes, los rudos golpes de los motores.

Se diría que un sombrío presentimiento está pesando sobre las frentes levantadas de los guerreros cuyos labios enmudecen, y en las testas humilladas de los caballos, que permanecen con las orejas echadas hacia atrás, inmóviles, mientras ruedan sobre unos y otros los ecos que pueblan el cielo y el monte.

—¡Ahí pasó uno... cuidado!

Sí, empequeñecido por la altura resonante, relámpago de luz gris en sus alas rígidas, vimos cruzar uno de los aviones por el círculo de cielo que abrían sobre nuestra cabeza las copas de los árboles.

El pensamiento es aún más rápido que el trepidar de los motores de este otro que viene volando más bajo, y

presiente su ruta, el instante en que estará sobre la Picada, la descarga...

Pasa por la frente una idea de fatalidad, como un desconocido resorte que pusiera en movimiento a todos nuestros nervios; y la voluntad se levanta sobre ellos, fría, inquebrantable, con una extraña sensación de algo solemne y trágicamente placentero.

Que no se turben los ojos, ni se conmueva la voz; ni un gesto, ni un ademán que no tenga un deliberado sentido de utilidad.

Sobre el silencio de los brevísimos momentos que el pensamiento está llenando, queremos que los asistentes sientan nuestra voz, tranquila, describiéndoles las fracciones de segundo que ya van a precipitar la tragedia. Todavía, en un plano más allá de estos pensamientos, hay alguien que acecha dentro de nosotros, que ve el más escondido impulso, y nos juzga.

—Ahí está...

Los ecos golpean el aire sobre el campamento; se precipitan sobre nuestras cabezas. Vemos al avión iniciar una onda hacia la tiera...

—Nos apunta... ¡Nos tiró!

Volteamos el busto; rodeamos la cabeza con los brazos...

¡Qué sentimiento poderoso de humillación se anuda en la garganta, viéndonos con el rostro pegado a la tierra, mientras sentimos la vertiginosa perpendicular de un zumbido cada vez más sonoro y más cercano.

El espíritu está, tenso, esperando...

Zumba, zumba, zumba. Ahí viene la muerte... ¿Sobre quiénes caerá?... ¡Aquí!...

Temblaron la tierra, el monte, el cielo.

¡Qué angustioso silencio!...

El estallido terrible todavía está sonando en el cráneo y dos pensamientos veloces ya han pasado por la frente: no nos hirió; nadie grita.

—¡Muchachos! ¿están heridos?

—No señor. ¿Y usted?

—Tampoco. ¡Cuidado, ahí vuelve!

—¿Cambiamos de lugar, Mayor?

—Si hemos de morir, en cualquier lado es lo mismo, Juan José. Pero si Ud. quiere ir...

—No señor; que sea a su lado.

—Gracias.

Miramos hacia donde estaba el Coronel y no vemos más que su sombrero; más allá se levanta Basilio Muñoz. La falta de Exequiel y el silencio que se recoge detrás del grupo que separa el lugar en donde está su sombrero de aquel en que nos hallamos, nos mueve a llamarlo esforzando la voz para que sienta más alta que el ruido del avión, que aún está volando cerca nuestro. Y cuando gritamos llamándolo, dos voces nos contestan.

—¿Hay heridos? — pregunta la del Coronel.

Desde el sendero a cuyo término estamos, la voz de Segundo Muniz que nos llama por nuestro nombre y quiere encontrarnos entre las paredes obscurecidas que los árboles forman a su alrededor.

Nuestras palabras lo guían, y a poco le vemos surgir con apresurado paso, sosteniéndose el brazo derecho del que cae a chorros la sangre.

El sentimiento de la amistad que siempre hemos profesado a este noble muchacho, más fuerte aún que el directo parentezco que nos une, extiende nuestros brazos para recibir en ellos al herido, cuyo rostro está intensamente pálido, mientras de su brazo la sangre no se derrama, sino que salta copiosa y violentamente:

—Ya ves, me voy en sangre. Tú sabes mi enfermedad. Véndame.

Echamos la mano nerviosa al pañuelo que llevamos al cuello, y en tanto ordenamos a los asistentes que llamen al doctor Artigas, intentamos, con una torpeza que nos angustia, detener aquel caudal de sangre que salta del brazo y nos empapa el poncho.

—¿Duele?

—No, no duele mucho. Es que se me va la vista.

El pañuelo ha dado tres vueltas sobre la herida y la sangre, a través de él, sigue goteando interminablemente.

Desde al lado del sauce nos llegan precipitadas palabras de angustia; hondos quejidos de caballos; el golpe de otros, saltando entre relinchos desgarrados de dolor.

Desde la arena; de las barrancas; del círculo de espinillos, se suceden las voces y son idénticas las palabras:

—¡El médico!... ¡El médico!... ¡El médico!...

Este se ha acercado sudoroso, angustiado, al grupo que nosotros formamos, para decirnos que es preciso llevar hasta una casa a los heridos, pues él carece de medios para atenderlos allí. Y vuelve a alejarse, él también alcanzado por la metralla en una pierna, mientras siguen oyéndose las voces:

—¡El médico!... ¡El médico!... ¡El médico!...

Al lado del sauce suena un tiro. Otro. La voz de Basilio Muñoz grita:

—¿Qué hiciste, muchacho?

—Para que no sufran, papá.

—¿Qué fué eso, Vicente? — preguntamos.

—A unos pobres caballos; desde aquí los estaba mirando revolcarse.

Entretanto, apenas si hemos logrado contener en algo la hemorragia de Segundo, cuando el Coronel se nos acerca:

—Ud. que es más práctico — le decimos — sabrá vendarlo.

Exequiel toma un pequeño pañuelo y ciñe con él el brazo herido, hasta hundírselo en la carne; y la sangre cesa, por fin, de gotear.

—Caramba, amigo, un hijo de Muniz, entregándose de este modo. ¿Qué diría aquel caudillo si lo viera?

—¡Segundo!... ¡Segundo!... ¿no nos ves?

No, no nos ve; los párpados le están cayendo pesadamente sobre los ojos a los que cubre una tenue opacidad. Tal vez nos oiga aún, porque sus labios se distienden lentamente para sonreír. Pero no, tampoco nos oye; es que comienza un ronco sonido en la garganta y ha abierto la boca para no ahogarse.

—¡No se entregue, compañero... un hombre de su raza!...

Todo parece inútil; la cabeza va resbalando por el pecho de Exequiel; los brazos se han vuelto una cosa flácida; apenas si logramos mantenerle el busto, apoyado en las rodillas del jefe.

—¡Esto faltaba... bandidos!

—Se nos va, Coronel.

—¿Es enfermo?

—Del corazón. Pocas noches antes de salir para la guerra, él nos lo decía en Bañado de Medina.

—¡Levante ese ánimo, Segundo. Si Ud. va a quedar hasta para semilla!

La voz del Coronel volvía a tomar un tono de simulado desprecio, mientras su mano no dejaba de agitar el aire con el sombrero, junto a los labios del herido.

Lentamente, como si volviese de una lejanía que había cansado la mirada de sus ojos verdes, Segundo Muniz los levantó hacia uno y otro de los que le sosteníamos, y sonrió con una tranquila bondad.

—¿No ve, amigo? Si estos blancos se entregan por cualquier zoncera...

El herido comprendió el espíritu afectuoso de la broma y contestó, sonriendo:

—Si no me entregué... Habrá sido un descanso.

—Busque caña, Mayor, y traiga; a éste le ha de gustar.

Nos levantábamos ya para ir en procura del alcohol, cuando se nos acercó un soldado que, extendiéndonos los brazos manchados de sangre, nos dijo como en un tono de humilde reproche:

—¿Y a mí quién me cura?

La sencillez de aquellas palabras apagadas por el respeto; el dolor de su gesto, fueron como una tremenda acusación cayendo sobre nuestro espíritu, recordándonos que por atender a un pariente habíamos olvidado acudir al campamento a cumplir nuestro deber. Y le hablamos con las más tiernas palabras, pidiéndole que se sentara allí mismo, que ya volvíamos con el médico.

Vamos cruzándonos con hombres que hablan precipitadamente, mientras van sacando los caballos del abri-

go de los árboles; otros han andado unos pasos y regresan con gesto de enojo a buscar el arma que han dejado olvidada al levantarse. Este está arreglando su recado y mira, con ojos en los que asoma el odio, hacia el espacio abierto del campamento. Aquel va galopando, picada afuera, sin contestar a las frases que le gritan los que con él se cruzan. ¿Es que huye ese hombre; por qué?

Bajábamos por el sendero hacia el seno de la barranca en donde aún humeaba nuestro fogón, cuando vemos venir un soldado que camina como un sonámbulo, extendido, rígido, el brazo en cuya mano sostiene una botella; dura la mirada que el horror de la muerte ha llenado.

—¡Traiga esa caña! — le decimos con deliberada violencia al quitarle de la mano la botella, y él se la deja arrebatar sin mirarnos, sin hablar, sin detener su paso de autómata.

Pisamos, junto a nuestro fogón, un charco de sangre que el vientre desgarrado de un caballo muerto sigue ensanchando. Más allá, a la sombra de los pequeños sarandíes, un caballito bayo aún ensillado, tiene ya la rigidez del cadáver. A su lado, vemos las piernas de un hombre; sobre la cabeza y el pecho le han extendido piadosamente un cojinillo.

—¡Caramba... ya hay un muerto! — nos suenan las palabras en la frente.

Dando bruscos saltos como si tuviera las manos presas por la manea, un caballo rosillo pasa junto a nosotros quejándose, mientras la sangre salta a chorros desde una sonora herida que lleva debajo del cuello. El animal, martirizado de dolor y de miedo, alza la cabeza, la voltea hacia el suelo; se encoje, se levanta sobre las patas; da un salto, otro, hasta que cae, boleado por la muerte, contra una barranca.

El Teniente Silvera nos alcanza.

—¿Quién es aquel muerto?

—El Teniente Goicochea.

—¿Sufrió?

—Parece que no. Tiene una enorme boca en el pecho.

—¡Pobre; llegó hoy de madrugada, para morir de esta manera!

—El General está herido.

—¿Grave?

—Tiene tres pequeñas heridas; dos en la cara y una en la pierna. Pero él se ríe al señalarlas.

Frente a nosotros Basilio Pereira está sentado, sosteniéndose en un brazo, abiertas las piernas cuyas bombachas empapa la sangre.

—¿Está muy herido, compañero?

El nos reconoce la voz, y tuerce lentamente el cuello para mirarnos. Las palabras se nos mueren en los labios y un odio violento nos golpea en los pulsos, en el pecho, en la frente. El noble paisano no puede hablarnos porque tiene una inmensa herida en la mandíbula inferior, que le pone un gesto macabro en el rostro cubierto de sangre. Aquellos ojos fulgurantes con que nos mira; el grito salvaje que ha lanzado la boca sobre cuyos labios la sangre aplasta la masa negra del bigote; aquella carne abierta y magullada que se abre, roja, con una violenta sensación de ferocidad, resumen para nosotros toda la magnitud de la traición gubernista y de la cobardía de aquel ataque desde alturas inalcanzables para los máusers. Y la piedad por los hombres y los animales que manchan, heridos, muertos, el círculo que el sauce criollo sombreaba, se apaga en los vivas llamas del odio, que pone en los labios las más duras palabras.

Edmundo nos ha visto pasar, y nos llama desde un grupo que se encoge con murmullo de angustiadas voces, sobre el cuerpo de un hombre cuyo busto desnudo sostienen las rodillas de Exequiel Silveira (hijo).

—¿Quién está ahí? — le preguntamos.

—Ayúdanos, llama al médico... se nos muere... ¡Qué desgracia!

—¡Toma, dale caña; a lo mejor no es más que un desmayo. Y no hables así, Edmundo, puede oírte.

Pero cuando nos acercamos e inclinamos el rostro soble las espaldas de los conmovidos compañeros, reconomos a Gino; lívido, vueltos hacia adentro los ojos; sal-

picado el pecho de estrellas rojas de las que está manando la sangre.

—¡Pobre; no ha hecho más que sufrir, desde la primera noche!

Los rostros todos se estiran sobre él, cuya cabeza de adolescente descansa, pesada, en las rodillas del amigo que lo sostiene; un mechón de su pelo negrísimo hace un paréntesis leve en la frente de una palidez verdosa; también los brazos están punteados de heridas. Le llaman en voz baja, con el más suave acento, los labios ansiosos; las manos lo sostienen con la prolongada ternura con que un padre acaricia a su hijo; las miradas quisieran animarle la vida que se le está yendo por aquellos labios lívidos que sólo responden a las voces con que le llaman, pronunciando trabajosa y blandamente.

—Mamá... Mamá...

—Levántalo en seguida que llegue el carro, Edmundo. Y mientras tanto, no le quiten el aire; hace un calor que ahoga.

—¿Pero qué hacemos, qué hacemos?

—Pues eso...

—Es que se nos muere, mira, se nos muere...

Nos vamos de allí, porque el deber no permite que el alma se quiebre de dolor, ni los ojos derramen lágrimas. Y sentimos, como si desde que nos levantáramos de aquel fogón en donde tomábamos mate con Gino y Segundo Muniz, hasta este instante en que ellos están sangrando, hubiéramos envejecido rápida y dolorosamente.

Lejos, todavía, se siente al avión continuar bombardeando los montes del Río Negro.

Entre nosotros, al espectáculo de la muerte, producido por aquel estallido terrible que llegó hasta levantar totalmente al caballo del Coronel y tirarlo en el suelo sin haber sido herido, ha sucedido un momento de confusión en el que los más débiles montaron a caballo y abandonando las armas, sólo pensaron en alejarse de aquella picada antes de que volviera a producirse el ataque alevoso que habíamos sufrido.

Pero la imperturbable serenidad de Basilio Muñoz y las violentas palabras de Exequiel Silveira, que así llama y ordena, o las de burla con que se dirige a los heridos para hacerles reaccionar el coraje bajo el látigo del aparente desprecio con que les habla, detienen la impaciencia de los menos, y señalan a todos el deber del momento.

Ya no se acongoja el espíritu, ni se turba un instante el pensamiento llevado por la piedad; la voluntad es un escudo de insensibilidad contra el que chocan sin penetrarnos con su emoción las tremendas visiones, ni las doloridas palabras.

El espíritu se sorprende mirando esta inconmovible rudeza con que anda en el cerrado círculo que sombrea el sauce criollo, en el que la muerte tiene una tan viva imagen de brutalidad.

La vida se ha desnudado de las más nobles, más armoniosas y bellas formas con que el pensamiento ha ido aprendiendo a recrearla, como el paisaje moral a que aspiró, desde una dorada lejanía de la conciencia en la niñez; cuando el alma desfallecía por no saber expresar en qué instante de la nube, del atardecer caído más allá de la calle del pueblo, en qué perfume o voz de niña en la plaza, estaba sonando idéntica música a la que angustiaba la garganta y llenaba la frágil bóveda de la frente, de dormidos sonidos.

La muerte no es aquí un pensamiento, ni una angustia del alma; no nos mueve sombrías meditaciones, ni estoicos renunciamientos; graves palabras, ni gestos humillados.

No; es algo tan vivo como la vida; forma, imagen, hecho, que se expresa a sí misma y sobre la cual hay que pasar, mirarla, pisarla; detenerla con una botella de caña que la mano pone en los labios lívidos y ellos acogen sin que vean los ojos, ni oigan los oídos. Que nos mancha de sangre los pliegues del poncho sobre el pecho; la suela de las botas, que se empapan; las manos. Ya es un zumbido pegajoso de moscas revoloteando desde el vientre abierto del caballito bayo, hasta el

cojinillo que cubre un noble rostro. Está en dos enormes ojos verdes, luminosos, hieráticos en la tostada cerviz tendida pesadamente sobre las espinas de unas ramas; ya la anuncian. un relincho quebrado, el salto sonoro de un chorro que el sol vuelve rojo iluminado como una llama. Estas patas; ¡tan ágiles!, se han extendido rígidas sobre la arena y trazan dos blancas palalelas en que la luz se quiebra y retorna al aire pesado de la mañana. Es un gesto de salvaje ferocidad en la quijada abierta que eriza ahora una dentadura reluciente, como si la bestia infeliz hubiese tirado una última dentellada a la metralla que le desgarró el cuero y se lo dejó, fláci-do, colgando sobre el hocico.

La anuncian las palabras blandas, con un acento de tibieza más tierna que el pecho de una paloma: Mamá, Mamá... Los ahogados ronquidos, como un reloj que va a pararse y aún continuará sonando en las frentes que se inclinan sobre los labios abiertos y pálidos; los lamentos de los que están tirados en este hoyo sombrío que los espinillos aprietan. Y aquel grito, que no es de hombre, ni de bestia, ni han sentido jamás, como él, tan trágico y violento, los que le escuchan; grito que salió de Basilio Pereira que continúa sentado, con sus dos piernas deshechas y una boca más grande que su boca, bajo la mandíbula, en el cuello.

Llora Rosas, no su herida si no la muerte de su amigo Goicochea; se vuelve rojo o pálido de dolor el rostro de Fares Marexiano, el secretario del General, sin que sus labios pronuncien una queja; tiene un botón rojo en el brazo, Falcón, el ayudante; y Alberto Muñoz una cinta de sangre en la espalda; de la de Julio Lauría sigue manando el líquido que cae y se ensancha sobre la piel tostada de sol. Eulogio Muniz se ha salvado milagrosamente de un casco de metralla que le ha desgarrado el cuello bajo la nuca.

Edmundo no siente su pequeña herida, porque sus nervios no tienen sensibilidad más que para sufrir los instantes de dolor que sus ojos miran en el rostro de su amigo Gino.

La voz de Basilio Muñoz suena tranquila, paternal, entre los ayes de los heridos y los ronquidos de muerte de los caballos; el Coronel Silveira y el Comandante Muñoz, simulan reírse, burlándose de las heridas que les muestran; nosotros buscamos las palabras más tiernas, más cordiales, que caigan como una caricia sobre el dolor ardiente de los guerreros.

Pero ninguno, en verdad, está pensando lo que el gesto y el acento muestran a los compañeros; por debajo está el odio, quemándonos; la compasión y la tristeza por no poder hacer más por aquellas nobles vidas sacrificadas traidora y cobardemente.

Todavía se están sintiendo los estampidos, ahora sordos y lejanos como de un cañón, que sacuden el monte y se van por el río. Pueden aún volver los aviones y otra vez desde alturas que ningún máuser alcanza, sacrificarnos a los compañeros, aunque se nos llenen de odio los ojos que los miran, desesperada el alma.

Ya se siente rodar al carrito por las piedras de la Picada, y es preciso acercar a él y subir a los heridos.

Llamamos a Segundo Muñiz, a quien rodean y cuidan sus hermanos, Rebollo y el Comandante Ubilla.

En escasos labios queda aún la inquietud por montar a caballo y alejarse de aquel pequeño espacio que la muerte colma.

—Mayor, ¿cuándo marchamos? Sigue el bombardeo; volverán los aviones y nos descubrirán ahora fácilmente.

—Mientras quede un solo herido, y una sola arma en el campo, nadie se moverá de aquí. Esa es la orden.

Pero ya nadie quedará dentro de unos momentos, ni arma abandona se perderá en el monte; podemos ahora ir a sentarnos junto a Basilio Muñoz y el Coronel, esperando a que los ayudantes avisen que todo está pronto para la marcha.

El General nos acoje bromeando acerca de sus heridas;

—¿Ha visto, Mayor? Casi me ocurre un desastre.

—De veras, General; esa punta de sangre sobre la nariz y esa otra sobre la ceja, pudieron ser fatales.

—El desastre me lo produciría ésta de la nariz; si llega a sacarme un pedazo, ¿con qué me remiendan? Si por lo menos fuera como la suya...

—Con un pedazo menos, saldría ganando.

—Pero fíjese ésta — nos señala un ayudante.

La casaquilla del viejo caudillo está desgarrada en un ancho trozo, a la altura del pecho, por la metralla.

—Esa sí, General.

—Ni siquiera la oí, cuando pasó.

El Teniente Silvera se acerca a transmitirnos la novedad:

—Hasta ahora se cuentan: un muerto, trece heridos, y más de treinta caballos entre muertos y lastimados.

El Coronel pregunta:

—¿Alzaron ya a todos los heridos?

—Sí señor; en este viaje van los últimos.

—Si a Ud. le parece, General, mientras la columna marcha bajo sus órdenes, nosotros iremos a ocuparnos de ellos.

—Sí, Coronel, ordene montar.

Volvíamos al campo cerrado por el monte y en el que la muerte empezaba a ser un agrio hedor en el aire de fuego de la mañana, cuando nos detiene el paso el Comisario Zarza para decirnos, con una sonrisa de incontenible alegría:

—Ya estamos otra vez de sable — y nos muestra el arma que se está ciñendo al costado.

—¿Se va?

—Sí señor; me acompaña el Comandante Olivera.

—¿Por orden de quién?

—Del propio General; ya estoy en libertad.

Le estrechamos la mano que nos tendía, mientras le decimos:

—Ud. podrá decír, comisario, cómo ha tratado la Revolución a sus prisioneros. En cambio, mire cómo nos atacan a traición esos bandidos. Y que Ud. sea feliz.

Cuando pedimos a Clarín para montarlo, Vicente nos lo trae con el gesto entristecido, y señalándonos la sangre que enrojece a su pelo tostado, nos dice:

—Tal vez no resista una marcha.

—¿Está muy herido?

—Tiene doce.

Ha cambiado el paisaje; su luz, su emoción.

No están los hombres y las cosas en él, sino él en los hombres y las cosas. La forma del árbol; el rayo de sol; las huellas en la arena; el silencio del monte y del río, son el toldo, el gesto, el recuerdo, la callada emoción, que cubren, avivan y envuelven a los hombres y caballos muertos, o moviéndose por última vez en la Picada de los Ladrones.

Un pequeño hoyo en la tierra, a la sombra del sauce; blancas y numerosas cicatrices en los troncos de los espinillos que a sus pies tienen tiernas ramas tronchadas; la bombilla del mate, cortada junto a los labios de Basilio Pereira, que recogemos y ofrecemos al General, quien la guarda con piadosa emoción; el rígido cuerpo del Teniente Goicochea cuyo rostro cubre ahora un blanco pañuelo de seda. Caballos blancos, tostados, bayos, negros, colorados; rígidos sobre el suelo, abiertos los vientres, quebradas las patas, saltados los ojos, dulcemente dormido uno, con una extraña sensación de candorosa inocencia. Y sangre; sangre; que el sol incendia en el vaso blanco de una huella en la arena; mancha morada a la sombra de los árboles; charco entre las piedras; caminito de hormigas sobre el sendero subiendo; recuerdo de una mano en el tronco de un árbol; mojando los pastos aplastados; encogiendo, endurecida por el sol, un cojinillo; simulando un trozo de sombra de los delgados sarandíes, sobre el piso.

Así vemos por última vez la Picada, después que se ha levantado desde el tronco del sauce, la lluvia de la sucia metralla.

Los torpes aviadores gubernistas han hecho un tiro que el acaso convirtió en certero; la bomba, arrojada sin duda sobre el blanco que a la orilla del monte presentaba nuestra vanguardia, cayó a doscientos metros de distancia del objeto al que atacaron, y explotó en el centro de un semicírculo que formaban el Cuartel General y el Estado Mayor. Quiso la extraordinaria coincidencia de circunstancias vulgares, que cayese y explotase a la misma distancia — doce metros escasos — del General Muñoz, el Coronel Silveira y nosotros, tendidos, entre anchos espacios, señalando la curva sobre el sauce criollo.

La División va desfilando lentamente por la orilla del monte, y nosotros llegando a la casa del ciudadano Lidio Silvera en la cual se ha instalado a los heridos.

La clásica ternura maternal de las mujeres, tiene allí una alta y noble imagen que conmueve al espíritu viendo a aquellas señoras poner su casa, los lechos, todo cuanto puede encontrarse, para el alivio de la carne desgarrada, con el más generoso espíritu al servicio de aquellos hombres que descansan en la bondad de las palabras con que ellas les hablan.

Ya recibirán, dos días después, estas mujeres ejemplares, el castigo por su generosidad. A ellas, como a la señora María M. de Torres, que en Frayle Muerto instalara para recibir a los heridos un hospital de sangre en su casa, la barbarie de los terristas perseguirá y humillará con actos del más grosero salvajismo.

La presencia de los compañeros destrozados por la metralla que la traición arrojó sobre ellos, enardece el ánimo del Coronel a quien vemos entonces por primera vez en la campaña, con los labios desbordantes de palabras de cólera. Suya es la orden de redactar este telegrama, que él firma y envía por dos chasques sucesivos que van hacia Frayle Muerto en busca de autos en los cuales transportar a los heridos:

A General Urrutia:

"Lo hacemos responsable a Ud. de las severísimas " represalias que tomaremos con prisioneros y amigos " Gobierno, por criminal bombardeo aviones a esta co- " lumna ya disolviéndose ante sus proposociones de paz.

Exequiel Silveira". (1)

Abrazamos, entre palabras cordiales, a Segundo Muniz que ya ha reaccionado y olvida la gravedad de su herida.

Gino ya no puede oirnos; los brazos de Edmundo le sostienen el busto acribillado de metralla, mientras de uno de sus pies sigue chorreando la sangre.

En el fondo de la pieza en la que Gino aún pronuncia quedamente el nombre de su madre, Basilio Pereira, de un valor admirable, está sentado en la cama y nos mira con su gesto que la herida ha hecho trágico. Nos acercamos con el Coronel a despedirnos de aquel paisano hu-

---

(1) Este General Urrutia va a decir después, en un órgano gubernista "El Diario", Febrero 10-1935: "Me refiero a la especie circulada según me consta por algunos elementos insurreccionados, de que la bomba que un avión arrojó sobre los rebeldes el 4 del corriente y que causó a éstos considerables perjuicios, los sorprendió porque ellos se consideraban como en situación de armisticio, a raíz de la mediación que ante mí tuviera para negociar la entrega, el hacendado de esta zona, señor Gonzalo Arrarte. No es así, sin embargo. Es cierto que el señor Arrarte me hizo llegar a nombre de los sublevados una proposición de acuerdo con la cual aquéllos se entregarían, pero sin permitir que se les requisaran las armas. Como Ud. puede imaginarse — comentó el General — semejante condición era inadmisible, razón por la cual la rechacé de plano, según correspondía."

Nos resistimos a comentar semejantes palabras, de un hombre tal. Nuestra narración, del más absoluto rigor histórico — hasta textual en todo lo que a este episodio se refiere — señala a la conciencia honrada del país y de América, la actitud verdadera del jefe gubernista.

Pero más que nuestras palabras, ahí está ese telegrama, como una mano que con violenta nobleza desnuda a ese hombre, a quien Cerro Largo ha de decir un día, como el centinela a Macbet:

¡No dormirás más, Macbet! ¡No dormirás más!

milde que no profiere una queja, y que sólo puede contestarnos entornando los párpados.

Ha sido preciso dejar a Clarín; sus heridas le impiden ya andar.

La División se va perdiendo en la curva de una hondonada; nosotros vamos bajando hacia el río.

—Se nos mueren, Coronel.

—Tal vez pueda salvarse Gino. Segundo ya no corre peligro.

Morirán de gangrena. Con este calor extraordinario, y la infame suciedad de la metralla con que han sido heridos los matarán. Acuérdese de Grauert.

—El pobre Basilio, sí. ¿Nos habrá conocido al despedirnos?

—Pareció reconocernos.

—¡Qué bandidos!

—Son los mismos que mataron a Grauert y precipitaron a Brum al suicidio.

—Y con este día de tormenta, de calor insorpotable...

La División va subiendo por el plano inclinado de una loma en la que se acuesta un sendero.

Nosotros vamos a descender la última cuchilla que nos cierra el paisaje que se ahonda en la Picada de los Ladrones.

Todavía vemos las casas de Lidio Silvera donde abrazamos por última vez a Segundo Muniz, Luis J. Gino y Basilio Pereira... Nos pesa en la frente el presentimiento de la dolorosa certidumbre de la muerte, que hoy ya quebró aquellas nobles vidas.

Saliendo de la Picada, sobre el suelo quebrado que cae a un cañadón, se alza un árbol, solo; de un gris azul desvanecido en la luz del invierno; manchado de sangre luminosa en primavera.

Abrazado por las raíces del ceibo, bajo el suave pañuelo verde del pasto de sombra, allí está tendido el cuerpo del Teniente Enrique Goicochea.

—¿Para qué murieron?

Eran jóvenes; eran fuertes; eran humildes. Trabaja-

ban, amaban y soñaban. ¡Cómo Uds., hombres del Uruguay!

Y ahora... mírenlos y contesten:

—¿Para qué murieron?

CAPITULO XIII

RUMBO AL DESTIERRO

Hace una semana que nos hemos despedido de Basilio Muñoz. Fué en una rinconada del Río Negro, que un tres-pot cruzaba con su absombrada curiosidad, al día siguiente de haber disuelto la División. El partió al tranco de su caballo de guerra, seguido de unos pocos amigos, por la llana orilla del monte que los pajonales cubrían, después del abrazo emocionado con que se desprendió de nosotros y volvió a tomar los rumbos del destierro.

Y nos quedamos solos los dos, con Exequiel Silveira, a la hora en que el sol incendiaba el cielo por el cual volvía a resonar en círculos tenaces sobre nuestra cabeza, un avión gubernista.

Por Cerro Largo y Rivera se va cerrando el cerco de los ejércitos terristas que, conocedores del abandono de la lucha por parte de los revolucionarios, marchan ahora precipitaadmente, desprendiendo partidos numerosos hacia Pago de Aguiar y Mazangano.

Las silenciosas bóvedas del Río Negro nos sirven de abrigo, mientras continuamos esperando cumplir nuestro último deber, sin inquietud ni impaciencias, cuando a nuestro alrededor se va levantando y creciendo el coro de los vecinos ultrajados, expoliados, saqueados, por las fuerzas que vienen imponiendo el orden dictatorial.

Los intrépidos guerreros mercenarios, ahora que nos saben solos y desarmados, vinen diciendo que nos buscan con celoso ardor; y no queda casa, rancho, monta, en nuestra cercanía, en donde ellos no busquen, afanosos, la presa que tan fácil les parece tomar. Así campan una noche a pocas cuadras de distancia de donde dormimos, y pasan una mañana por las cuchillas que caen al río en cuya orilla arde nuestro fogón.

La generosidad criolla nos acoge y nos colma de cordialidad en nuestra lenta marcha; la simpatía que nuestra actiud provocó, pone oídos atentos en los caminos, en los comercios, en las llanuras dilatadas, que presienten los ecos de la marcha de los gubernistas que cuentan su número, y labios que hasta el monte llegan y nos señalan sus rumbos, sus intrigas, y las humillaciones que van dejando a su paso, como honda huella en el espíritu de la tranquila vida campesina.

Nuestros caballos pacen al alcance de la mano; los revólvers bajo la cabezada del recado; vestidas las bombachas; y como despierto el oído que el grito de los chajás hiere en el monte y nos hace levantar la cabeza, atisbando al silencio que en la callada noche parece estarse levantando desde la tierra hasta las estrellas.

No nos hemos quedado en los campos del Uruguay para que ellos nos prendan; lo sabemos los dos y por eso es que no necesitamos palabras para volcar el agua de la caldera del mate sobre el fogón; esconder las huellas, pronto el caballo y esperar atentos entre los troncos de los espinillos, a que se acerquen los pasos cuyos ecos sordos se levantan en la orilla del monte, en la dirección que señalan nuestras miradas y el revnlver en la mano firme.

Uno está allí, porque ése es su carácter; impulso desatado de una voluntad que se vió tantos días maniatada por la responsabilidad de tantas vidas confiadas en él. El otro, por que ése es su deber; para eso montó para la guerra, y no será de sus labois de donde ha de

salir la palabra de vacilación. Y porque, más hondo aún, hay un pensamiento que nunca ha de expresarse.

Ya estarán entre los suyos, los policías de Cerro Largo que Exequiel apresó en la primera mañana de la Revolución, y libertó el medio día último en que nos despedimos de los compañeros. Irán volviendo a sus hogares los que con Antonio Gianola y Edelmiro Noble, tan ardorosamente buscaron nuestras huellas para incorporársenos. Basilio Muñoz debe haber cruzado la frontera.

Nunca supimos, durante la guerra, que Saturno Iru-reta Goyena había conmovido el sur del país levantando una división a la que no pudieron destruir los ejércitos gubernistas. De haberse sabido, acaso el curso de la guerra hubiera sido otro.

Ocho días han pasado, durante los cuales las partidas del Gobierno, desprendidas de los ejércitos que no nos combatieron, apresan ahora a los ciudadanos que regresan tranquilamente a sus hogares. Y desahogan sobre ellos la nerviosidad con que han vivido en tanto la Revolución estuvo sobre los campos del país, dándoles un tratamiento de vándalos que sus soldados, prisioneros nuestros, no conocieron jamás.

Y, mientras tanto, dos hombres de los más directamente responsables, han dormido y viajado lentamente, a escasa distancia de esos ejércitos, sin que ninguna partida enemiga siga por el claro rumbo que ellos han ido señalando con los portillos abiertos en los alambrados, y su marcha en las levantadas mañanas.

La tarde está cayendo dulcemente en la inmensa llanura que el Río Negro, ondulante cinta oscura, reparte. Desde el lejano horizonte, parecen vigilarla, como dos grandes nubes quietas, el Cerro de Carpintería y el del Vichadero.

El paisaje tiene una austera línea, desnuda de accidentes, desde la cumbre áspera de este Cerro de Aceguá desde el cual lo estamos mirando, mientras los baqueanos calculan el más escondido rumbo de la fronte-

ra, y los caballos descansan hasta que la noche caiga y esconda nuestro paso.

En el reducido plano que una ladera recorta, nuestros ojos están olvidados, recogiendo las imágenes:

Una piedra gris, sobre la que estamos sentados; una mata de chirca que nuestras manos distraídas desgarran, mientras ellas las cubren con llanto de leves lágrimas blancas; un pajarito no puede dormirse en las abiertas ramas del árbol que los caballos sacuden buscando el pasto verde sobre sus raíces, y sale y entra en asustados vuelos. La tierra se aprieta y se quiebra en la herida, luminosa de cielo, del cañadón. Sobre aquellas piedras hace equilibrios la luz para no caer en las sombras que hacia ella van alargando los pequeños árboles.

Perdidas manchas oscuras, arrolladas o extendidas en aquella cumbre, somos los cuatro viajeros. Guardadas en ellas, tantos sueños, tanto dolor, tanta lucha y, todavía, la esperanza.

Bajo la frente donde se cruzan pensamientos que huyen de los callados labios, son dos puntitos negros, los ojos, que están recorriendo las eternas líneas de las curvas impasibles, entre las que se levanta un inmenso silencio indiferente.

La noche va cayendo sobre los campos de Uruguay, cuyos perfiles suavizan las sombras.

Más allá de esta llanura, los hombres siguen sufriendo, trabajando, soñando. Unos gozan sobre el dolor de los otros; niños se están muriendo porque el pecho de las madres está exhausto por falta de alimento; mujeres pasean en auto a sus perros, por las calles de la ciudad, como una sangrienta injuria del egoísmo a la miseria. Unos hombres van entrando a la picada de un monte, conduciendo el contrabando que ha de sostener la vida de la lejana casa, y otros les esperan para darles muerte, porque así ganan ellos la vida de sus ranchos humildes.

Pero el silencio ahoga las voces con que los hombres

protestan, gimen los niños, suena el disparo que lleva la muerte.

La distancia vuelca sus aguas de sombra sobre los fogones; sobre las ciudades. Y sólo quedan estas líneas inmensas, inmutables, de los horizontes, donde sólo vive y muere el tiempo.

Terra; sus ejércitos, sus policías, sus aviones, sus palaciegos; miles de frentes humilladas; de labios que hablan apenas por temor de que oigan el aire o las paredes. La fuerza; el miedo; la intriga; la obediencia servil...

El redoble alegre de un galope sobre el tambor de una cuchilla; un poncho, como una bandera, pasando a lo largo de la columna revolucionaria; un pañuelo celeste en el cuello, cayendo sobre el pecho como el cielo en un río; humildes las ropas; rico de juventud el rostro que la emoción heroica enciende... Ahora es un montoncito de arena entre las altas y rudas voces del Río Negro, bajo los árboles silenciosos, Marcos Mieres.

Como la inalterable línea del paisaje y el silencio del tiempo, su imagen—al igual de la de todos los sacrificados—ya no tiene gesto, ni voz, ni inquietud alguna.

Pero su juventud no envejecerá jamás; y en las sombras que envuelven al Urruguay, continuará galopando su caballo alegre, hasta que el día le sorprenda sobre los campos, siempre el poncho alzado por el viento, como una bandera. Entonces se erguirán las frentes; gritarán los labios; actuará el valor. Y las muchedumbres le reconocerán, y comprenderán que él, joven campesino humilde, era la fuerza verdadera...

*
* *

Cuatro sombras silenciosas, somos nosotros, descendiendo las sierras que levantan la cinta de un camino que allí ciñe al Brasil.

Esta obra fué concebida en las
marchas y los campamentos
de la Revolución y escrita
en el destierro,
en el año
1935

OBRAS DEL AUTOR

CRÓNICA DE MUÑIZ.

CRÓNICA DE UN CRIMEN.

CRÓNICA DE LA REJA.

LA CRUZ DE LOS CAMINOS (Teatro).

LA REVOLUCION DE ENERO (Apuntes para una Crónica).